

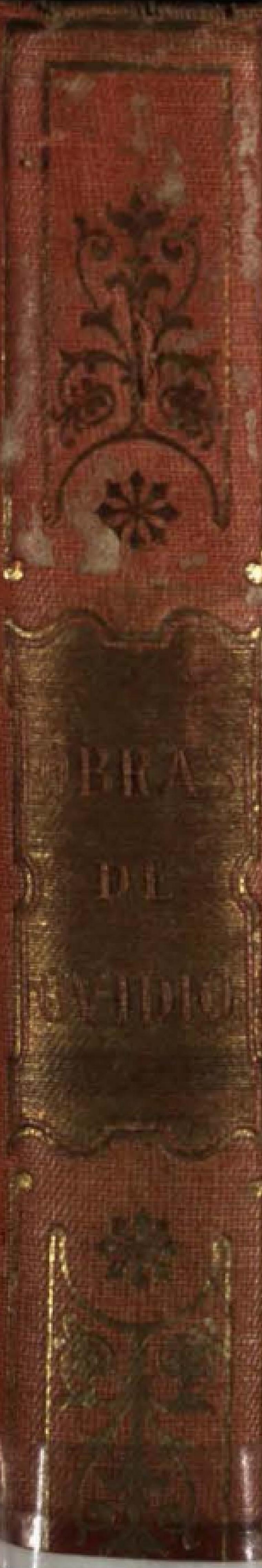
B

IBLIOTECA

CLÁSICA.

MURCIA
General
Biblio

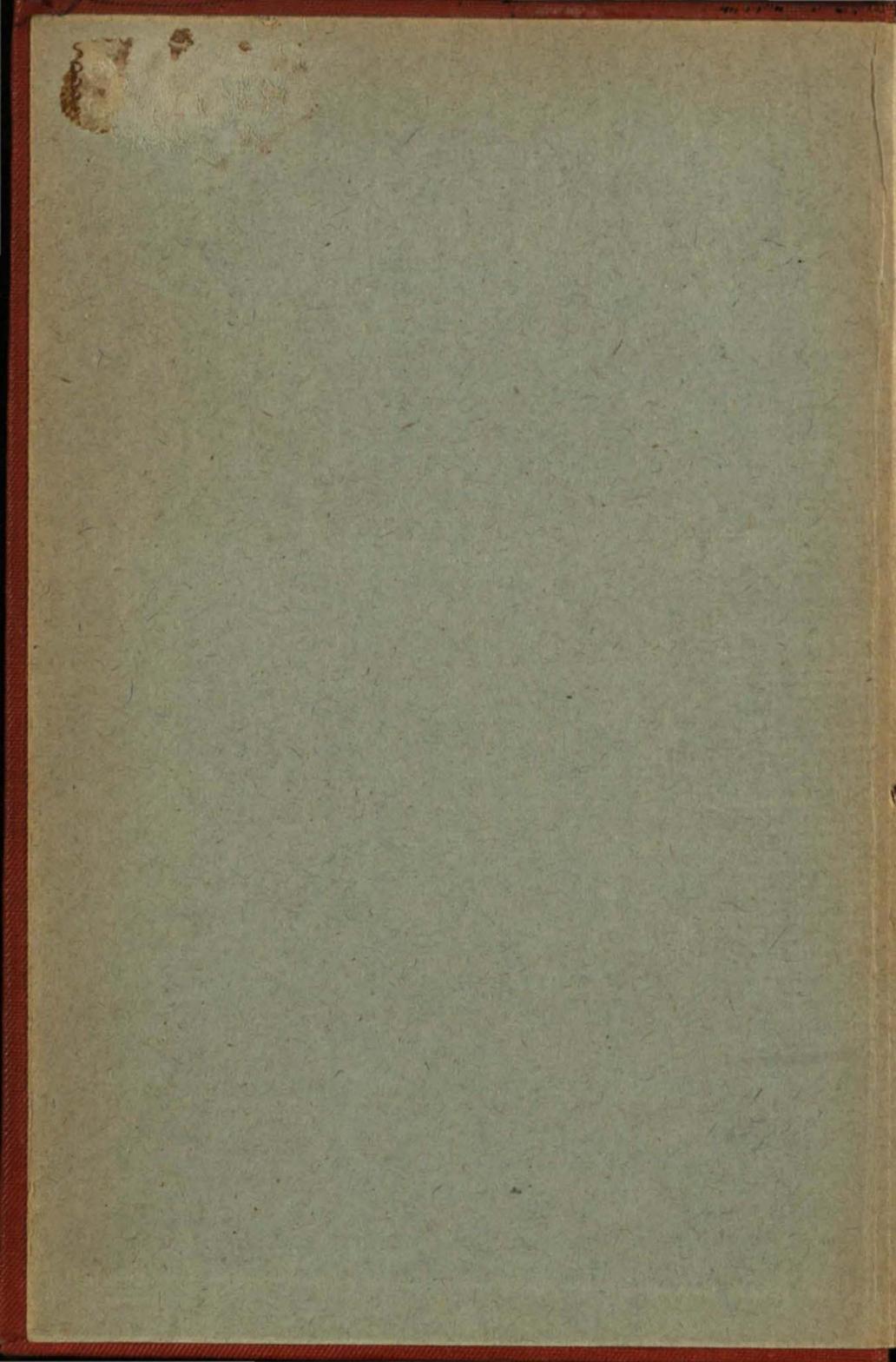
X



UNIVERSIDAD DE MURCIA
Biblioteca General
Fondo Antiguo

S. XIX

838



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MURCIA

ARMARIO N.º

76

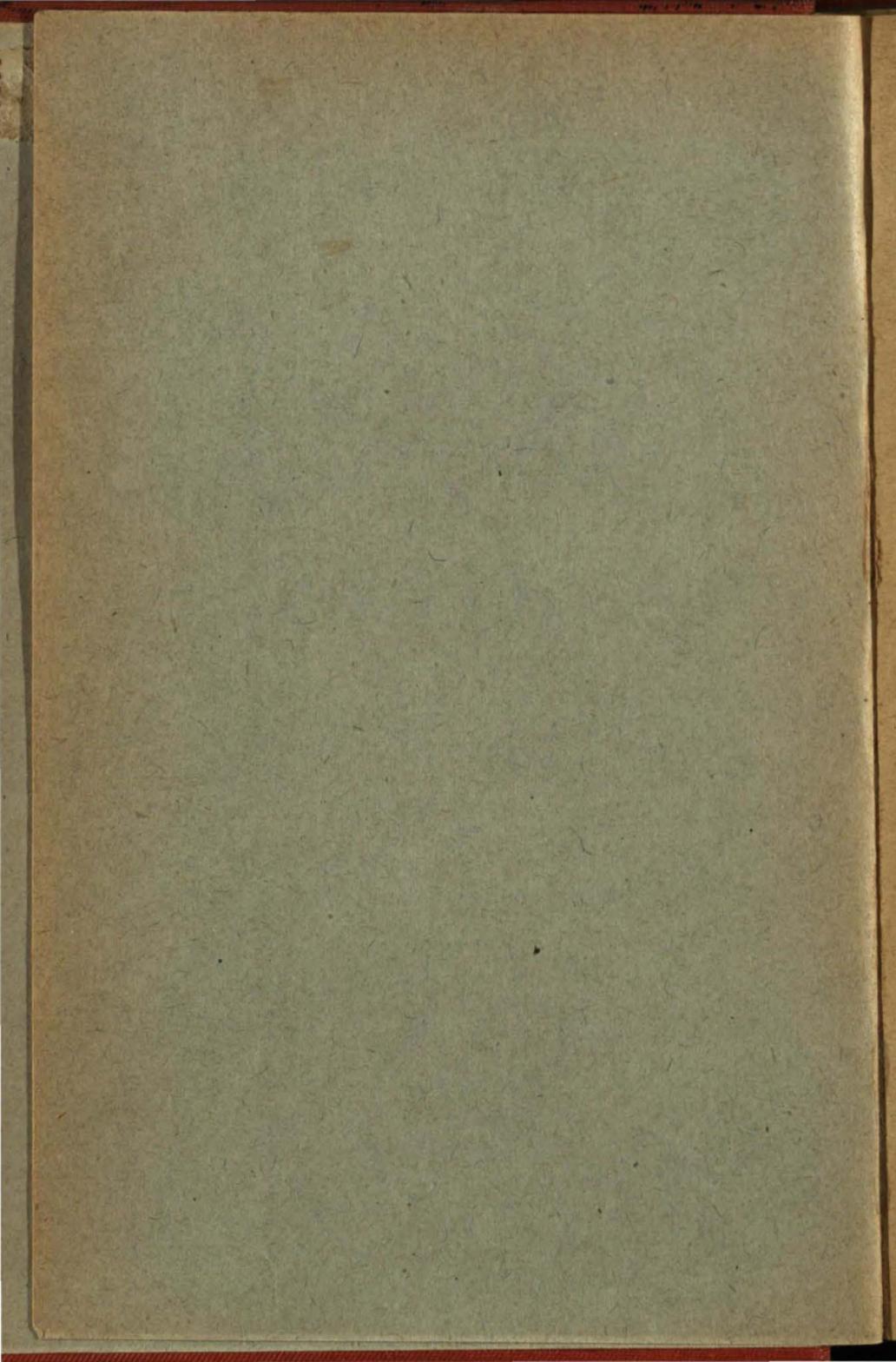
ESTANTE

VOLUMEN N.º

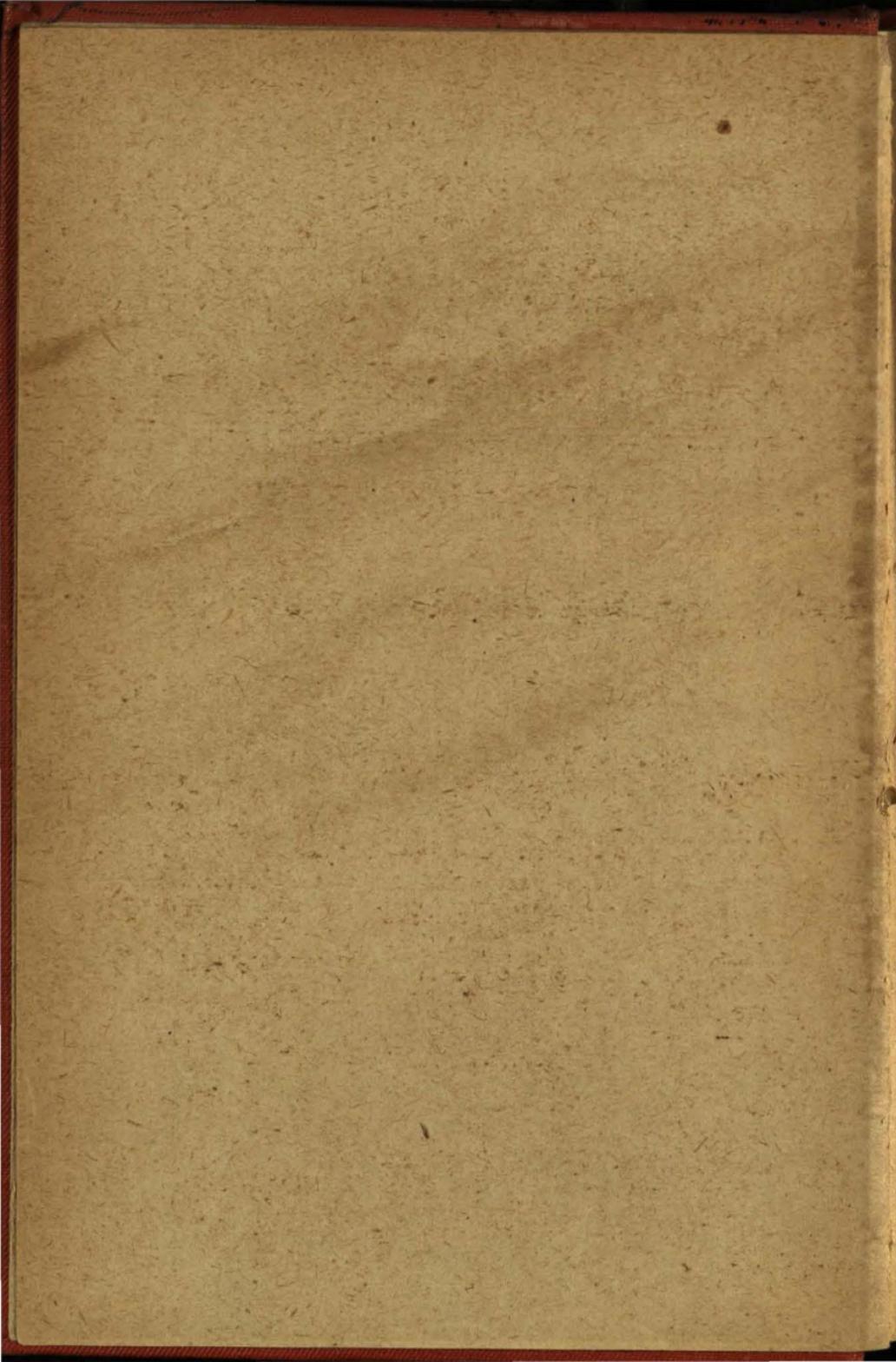
853

UNIVERSIDAD
DE MURCIA
BIBLIOTECA

S
253



OBRAS DE OVIDIO



N. 13404
BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CCLIII

OBRAS DE OVIDIO

TRADUCIDAS Y ANOTADAS

POR

DON GERMÁN SALINAS

TOMO III

Los Fastos. — El Ibis. — El Nogal. — El Pescador.

MADRID

LIBRERÍA Y CASA EDITORIAL HERNANDO (S. A.)

Calle del Arenal, núm. 11.

1925



W. 4302

—
ES PROPIEDAD
—

MADRID, — Imp. de la Lib. y Casa Edit. Hernando (S. A.), Quintana, 31.

ARGUMENTO DE «LOS FASTOS»

Incluimos en este tercer y último volumen, que completa la traducción de las obras de Ovidio, junto con *Los Fastos*, los poemas menores titulados *El Ibis*, *El Nogal* y *El Pescador*, siendo los primeros dos desahogos personales de las amarguras de su existencia, ennegrecida por la sombra de la adversidad y soliviantada por la persecución de un cobarde, a quien evita nombrar, para no darle la celebridad resonante que los malvados alcanzan en ocasiones por sus crímenes, como los héroes por sus hazañas.

Los egipcios tenían en veneración al Ibis, porque limpiaba los campos de orugas, culebras y otros bichos que los infestan. *Ibim saturam serpentibus*, como dice Juvenal; y sabido es el amor que los habitantes del Nilo profesaban a la agricultura y a los que consideraban sus númenes protectores; pero el pasto de que esta ave se alimentaba hacía a muchos repulsiva, y Calímaco la convirtió en símbolo del enemigo rencoroso que por su maldita boca vierte imputaciones nauseabundas, y lo aplicó al héroe de una invectiva escrita contra Apolonio de Rodas, a quien llenó de

tan atroces insultos, que le obligaron al abandono de la patria donde tan malparada dejaba su reputación, por el odio del implacable censor que los cultivadores de las letras consideraban el más genuino representante de la época literaria, cuyo centro fué la ciudad de Alejandría. Ovidio le copia en el procedimiento, le imita y parafrasea, y pretende sacarle ventaja en el cúmulo de dicerios que descarga contra su víctima y en los horrendos suplicios con que amenaza a este monstruo feroz, abortado por el vientre de una mujer. Algunos suponen que tal sujeto era Higinio, el falso amigo que en los días de la tribulación le abrumó con denuestos y calumnias sin tasa, escarneció a su esposa llamándola la mujer del desterrado y pretendió que se le confiscasen los bienes, no tanto por amor a las instituciones imperiales cuanto por apoderarse de buena parte de los mismos y labrar su fortuna sobre la ruina del que perseguía sin descanso, disfrazando con la máscara del civismo su impúdica y desaforada codicia. Mas no faltó quien, atento al país de donde el Ibis procede, asegure que el enemigo de quien tan amargamente se quejaba era natural de Alejandría, y por esta razón le llama así, para intimidarle con todas las maldiciones que le sugiere su encono, ya que no puede vengar las ofensas que recibe, porque su condenación le priva de los medios necesarios para devolverle los golpes.

Sea quienquiera este individuo, por fortuna desconocido de la posteridad, hemos de reconocer que si el poeta estuvo en su punto y lugar en la epístola que le reprocha sus persecuciones, al desearle que padeciese los tormentos que le afligían, para que la experiencia le diese a conocer si estaban o no en relación con la culpa cometida, en *El Ibis*, arrebatado de vesánico furor, traspasa los límites de la justa venganza, si hay venganza que lo sea, y se convierte en implacable verdugo del agresor, pidiendo su castigo a los dioses con los suplicios más bárbaros que la Historia y la Fábula mencionan en sus páginas sangrientas.

Increíble parece que el poeta que había escalado la cumbre del arte con sus obras eróticas olvidase por un momento que si el odio es pésimo consejero en las relaciones de la vida, es un guía peligroso a quien nunca debe seguir el que aspira a la realización de la belleza ideal. El amor ha inspirado a los poetas rasgos inmortales, y a los que no lo son, sacrificios y abnegaciones que merecen perpetuarse en letras de oro; el odio sólo es capaz de alentar sarcasmos brutales y refinamientos de crueldad que convierten al hombre en verdugo de sí mismo y de sus semejantes; y de manantial tan turbio nunca surgieron creaciones bellas ni luminosas. Hay más: sin reparar en el absurdo, y poniendo a contribución su felicísima memoria, aquí tan mal empleada, enumera los suplicios espanto-

sos que narran los anales y las ficciones mitológicas, y todos, uno tras otro, los lanza sobre el sujeto que provoca su animadversión; lo mismo los que fueron justos castigos de maldades inicuas, que los fatales accidentes en que por error o inadvertencia, y aun tal vez por excesiva bondad, cayeron personajes dignos de eterna loa. Alguien se ha entretenido en contarlos, y los hace ascender a ciento treinta y nueve, y no faltó quien los dividiese en diferentes clases, contando de ellas cuarenta y dos. No se le ocurrió al desvalido vate que la Naturaleza nos ha dado una sola vida, y que el menor de los suplicios que describe basta y sobra para aniquilarla, resultando superfluos los demás.

Sin duda el dolor reconcentrado y la desesperación de colmarlo enconaron sus heridas y le exasperaron de modo que se olvidó del Arte y de su reputación, en buena lid conquistada, dejándose arrebatado por un frenesí próximo a la locura en este poema que había de contribuir muy poco al realce de sus nobles sentimientos, y menos a mitigar las congojas que le abatían y anonadaban.

Juicio más benévolo nos sugiere *El Nogal*, corto poemita que es una melancólica alegoría de las vicisitudes y contratiempos que perseguían al autor en su tristísimo destino. Hubiera sido un zángano de colmena, incapaz de toda producción, y nada tendría que sentir de la crueldad de sus semejantes. Como los plátanos estériles que sombreaban

los parques, nada tenía que recelar de los aficionados a la rapiña, que se cuentan por legiones. Mas no sabía permanecer ocioso; el favor público le estimulaba y la compañía de las Musas le era más imprescindible que la de las mujeres a quienes dedicó las primicias de su ingenio, y en el camino de la gloria le salió al paso la persecución, que golpe tras golpe acabó por desacreditarlo primero y sumirlo después en el abismo de la infelicidad y la miseria.

¡Pobre Nogall; a los ultrajes continuos de los chicuelos tiene que añadir las quejas justificadas de los árboles próximos, cuyas ramas se ven desgarradas por los tiros a él solo dirigidos; de suerte que hasta su vecindad resulta aborrecible. Bajo su grata sombra se resguarda el caminante de los rayos del sol y el ganado sesteaa en las cálidas horas; mas los buenos servicios se agradecen poco, y como la considera funesta a los sembrados, el dueño le plantó al extremo del campo que linda con el camino y le dejó expuesto a las acometidas de los transeuntes, que no todos se distinguen por las buenas intenciones. Para gozar algún momento de relativa tranquilidad, aguarda los rigores del invierno, en que se desnudan sus ramas de hojas y fruto, y entonces, como nada posee, nadie tiene interés en atacarle, y goza días de reposo a costa de su riqueza y frondosidad. Pero viene el estío, y cuando se cubre de verdor, y sus frutos,

lechosos aún, esperan la sazón, la turba de chiquillos y vagabundos le acometen a pedradas, que hieren las ramas, destruyen las hojas y derriban las nueces antes de tiempo, robando al colono la cosecha sin que a ellos les sirva de regalo; así que al ver incumplidas sus promesas y el campo cubierto de piedras, maldice del árbol y del día que lo plantó; y el Nogal, desesperado, porque no puede hurtar el cuerpo a los ultrajes que recibe, desea que la muerte ponga término a sus desdichas, que lo descuaje la violencia del huracán o lo reduzca a cenizas el fuego del rayo, hastiado de su existencia fructífera que le acarrea las maldiciones de su dueño, la enemiga de sus compañeros y las heridas sin cuento que le producen los que sin ningún derecho pretenden regalarse con su sabroso fruto; y a tal punto llega su desesperación, que pide como gran favor, si se le cree culpable, que la segur le arranque de cuajo para servir de leña en los fogones y no de blanco a los maleantes que lo maltratan, en pago de la sombra y el fruto que liberal les ofrece. ¿Quién no ve en este árbol sin ventura la imagen del poeta maltrecho y aniquilado, a juicio suyo, por los poemas que escribió para deleite y solaz de sus contemporáneos y convertidos para él en fuente de las desgracias que ennegrecieron sus últimos días? Cada queja que profiere el Nogal por la injusticia y barbarie de sus perseguidores, es un grito arrancado del alma

y una recriminación contra los que olvidando sus servicios a las letras, hicieron de los mismos los fundamentos de sus acusaciones para expulsar sus libros de las bibliotecas públicas y privar al autor del agua y del fuego, relegándolo al país aborrecible de los Getas.

El fragmento que nos resta de su poema *El Pescador*, que alguien atribuyó a Gracio Falisco, sin tomar en cuenta el testimonio de Plinio el Naturalista, que rotundamente afirma pertenecer a Ovidio, nos instruye en las astucias de que se valen los peces para librarse de anzuelos, nasas y redes, defraudando los esfuerzos del pescador; y puesto que el gran Naturalista lo aplaude, no sería corto su mérito, y bien podemos imitarle nosotros, sin miedo de equivocarnos, y declarar que el desterrado del Ponto triunfó en toda la línea, si se exceptúa la filípica de *El Ibis*, donde el encono le privó de la noble serenidad que reclaman los partos de la Poesía.

Dejando a un lado estos poemas, vamos a examinar el magnífico de *Los Fastos*, que comenzó a escribir en Roma, prosiguiéndolo en el destierro, hasta que la muerte vino a interrumpir sus estudios y poner término a sus dolores. Debió constar de doce libros, dedicados a los doce meses del año; mas sólo llegaron a nosotros los seis primeros, y no sabemos con certeza si los restantes se han perdido o quedaron en proyecto, por anticiparse la

muerte a sus cálculos, lo cual es muy verosímil, pues según afirma Heinsio, ya no existía a principios del cuarto siglo, y las citas que trae Lactancio en sus *Instituciones Divinas*, todas están tomadas de los seis primeros libros; laguna sensible que priva a la posteridad del conocimiento íntegro del calendario romano y de los datos y noticias que sin duda habría recogido el autor; aunque en ello no padezca grandes quebrantos su fama, suponiendo que ni desmereciesen de los que vieron la luz ni les sacasen decisiva ventaja.

Los Fastos, en opinión de sabios críticos, constituyen la obra más importante y perfecta de Ovidio, y *Las Metamorfosis* podrían únicamente disputarle la primacía, sin la seguridad de arrebatarla en la contienda. Son los anales más completos de la antigüedad que dan a conocer las fiestas religiosas, sus orígenes y las ceremonias rituales con que se acompañaban, el empleo de los días, las tradiciones históricas, las leyendas populares y cuanto afectaba a la vida política, civil y religiosa, recordando de paso aquellos sucesos trascendentales que habían dejado honda huella en la memoria del pueblo, para enardecer su patriotismo e inspirarle la fortaleza que triunfa al cabo de los mayores reveses. A primera vista el asunto parece antipoético y casi vulgar. Acostumbrados a la sequedad de nuestros almanaques, que cumplen su misión con indicarnos el día en que vivimos y si la Luna es

creciente o menguante, no nos explicamos que con datos tan prosaicos y uniformes se componga un poema de alta trascendencia; pero los antiguos lo concibieron con más alteza, elevándolo a la categoría de institución nacional, y el calendario de Ovidio es tan indispensable para penetrar en el fondo de la sociedad y las costumbres de su patria como la *Historia*, de Tito Livio; los *Comentarios*, de Julio César, o los *Anales*, de Tácito.

¡ Rómulo estableció la primera e incompleta división del año. Nunca creyó dar solidez a las instituciones de la nueva ciudad, apoyándolas en la firme base de las creencias religiosas, y distribuyó los días en fastos, aquéllos en que eran lícitas todas las ocupaciones, y nefastos, que se dedicaban a aplacar a los númenes con víctimas y ofrendas. También había algunos que, siendo nefastos por la mañana, después que los sacrificios se habían consumado, permitían a los ciudadanos entregarse a sus quehaceres. En esto como en todo la religión encubría ocultas miras políticas, que, aunque sospechadas, no debían ser conocidas por la plebe. Los pontífices eran los guardianes e intérpretes de los sagrados libros, que notaban en ellos los sucesos de resonancia, las fiestas públicas, los triunfos y las derrotas, las mudanzas de las leyes y la elevación y cesación de los magistrados. Con pronunciar la palabra *nefas* impedían que se alterase el orden establecido, siendo los Fastos en sus ma-

nos un arma poderosa para resistir a las exigencias siempre crecientes de la plebe, que un día rompió la valla y el velo del misterio quedó descornado ante sus ojos. Luego los poetas los hicieron objeto de sus inspiraciones, como Ennio en los *Anales*, hasta que Ovidio les prestó los encantos de su fantasía y produjo el mejor poema didáctico sobre la distribución del año entre sus compatriotas, poema que contrasta con el árido prosaísmo de los almanaques modernos, de los que huyen la Ciencia, la Poesía y la Historia como si desdeñasen ilustrarlos con sus altas enseñanzas.

Sin considerarlos una obra perfecta, porque no faltan en ellos pasajes que autorizan la reprensión, confesamos de buen grado que mezclan lo útil y deleitable, *utile dulci*, como exigía Horacio a las obras que pretendían los sufragios generales. Una exposición del plan y argumento nos revelará sus aciertos singulares y los defectos de que adolece, ya debido a las circunstancias, ya al temperamento del autor.

Comienza el primer libro proponiendo el asunto que se dispone a tratar: la división del año en meses, y éstos, en días fastos y nefastos, sin apartarse de la marcha aparente del Sol por los signos del Zodíaco; mas antes de entrar en materia dedica el fruto de sus vigiliias al gran Germánico, cuyos triunfos le conquistaron una reputación envidiable, cuyo ingenuo trato y nobilísimo proceder cautiva-

ba los corazones y cuyos talentos literarios le acreditaron de elocuente orador y egregio poeta, digno, por consiguiente, de servir de escudo a las producciones de un vate desvalido, que invoca su patrocinio como la única áncora de salvación para su bajel deshecho por la tormenta; pasa luego a referir la división hecha por Rómulo del año en diez meses, como quien conocía mejor los negocios de la guerra que las revoluciones de los astros. Numa, en este punto más sabio, lo completó con los de Enero, dedicado a Jano, y Febrero, a las expiaciones de los difuntos; dividió los días en fastos y nefastos, fortaleció el vigor de las leyes con las enseñanzas de la religión y, en vez de inaugurar el año a la venida de la primavera, señaló su principio tras el solsticio del invierno. El poeta, como un sacerdote de Brahma, dirige al dios de la doble cara multitud de preguntas sobre su forma, su misión y los oficios que desempeña y éste, complaciente, satisface la curiosidad y le explica la anomalía de su doble faz, que conserva como vestigio del antiguo Caos, y la obligación que tiene de vigilar las puertas del cielo y ver al mismo tiempo los que entran y los que salen sin necesidad de volver la cabeza. Cuando le pregunta por qué razón comienza el curso del año en invierno y no en la primavera, cuando el suelo florece, cuando las yemas brotan en los sarmientos, el árbol se viste de hojas, las semillas germinan, las plantas crecen

y la golondrina vuelve de tierra extranjera, recibe esta contestación, que no admite réplica: «Porque en invierno comienza y termina la carrera del Sol», y a la extrañeza de su interlocutor porque los Tribunales funcionaban el día primero del mes, responde con razones de alta política: que no convenía que fuese festivo, sino consagrado al trabajo, para que sirviese de norma a los restantes del año. Sigue el vate en sus demandas y el dios en sus respuestas, y al interrogarle por qué se le ofrecía dinero, riéndose de su simplicidad, se dispara una invectiva contra la codicia desenfrenada reinante, tan opuesta a la sobriedad de los siglos primitivos, que ha llegado a contaminar a los mismos dioses, los cuales se avienen con gusto a ser adorados en templos que resplandezcan con el mármol y el oro, por convenir esta riqueza a su majestad soberana más que el humilde santuario en que los coetáneos de Rómulo veneraban al sumo Júpiter.

Sigue el vate insistiendo en las preguntas y el dios le contesta, y descubre el velo del misterio ante sus ojos, ávidos de contemplar la verdad, narrándole la buena acogida hecha a Saturno, expulsado del cielo por Jove, suceso que atestiguan aún la nave grabada en las monedas de cobre, y aprovecha la ocasión para entonar el elogio de la felicidad que gozaba Italia en aquellos venturosos tiempos de paz y justicia, en que la bondad de los hombres permitió que vivieran en su compañía los

dioses que por fin abandonaron la tierra, espantados de los crímenes y fechorías que dieron al traste con la sencillez primitiva, y el poeta termina el interrogatorio, regocijándose con la paz que gozaba el orbe sometido, gracias a las victorias de Germánico y al celo con que Augusto se esforzaba por conservarla.

En seguida canta un himno fervoroso en loor de los sabios que, libres de bajas pasiones, se lanzaron audaces a explorar los infinitos espacios, a medir la carrera de los astros y aproximar el cielo a la tierra, no arrojando el Osa sobre el Olimpo para escalar las sublimes alturas, y caer derribados como los Titanes en el abismo a que los despeñó su arrogancia, sino valiéndose de las luces y los instrumentos aplicadas a observar los grandes fenómenos siderales, que revelan la pequeñez del planeta que habitamos, comparado con los soles y mundos que gravitan en el éter insondable. Trozo magnífico de poesía en que el vate se enardece poseído del espíritu divino, y acredita que si en los temas ligeros desplegaba tesoros de gracia y sales urbanas, en los graves sabía sostenerse a la altura que demandaba la grandeza de los asuntos, y hasta en aquellos que menos se prestan a las galas poéticas expone las noticias que juzga de provecho con facilidad y ligereza, como si su Musa se recreara en amontonar y vencer obstáculos que para otros serían realmente insupe-

rables. Nada más enojoso que las cavilaciones etimológicas sobre el origen de las voces que tanto preocupan a los filólogos y tanto desprecia el vulgo de los lectores; pues bien, Ovidio, al tratar de los sacrificios a Jano, cuatro días después de las nonas en las fiestas Agonales, expone las varias etimologías de esta palabra, sin resultar enojoso, y se inclina por la que juzga más verosímil, sin imposiciones autoritarias, dejando libre al lector de aceptar o contradecir su autorizada opinión; lo mismo procede con el significado de otras palabras no menos dificultosas, y siempre sale vencedor el filólogo por el buen sentido y el poeta por la amena forma que da a sus disquisiciones.

En las fiestas Agonales sacrificábase un carnero, hecho que le lleva a investigar la causa de que ya no se aplacase a los númenes con la torta de trigo y sal de los pasados tiempos, cuando la nave extranjera no aportaba a Italia las lágrimas de la mirra, ni se conocía el incienso de la India, ni los hilos del azafrán de Cilicia. Un día Ceres exigió que se le sacrificase la puerca que destruía los gérmenes de las plantas, y Baco ordenó la muerte del macho cabrío por roerle las hojas de los sarmientos. Al toro también le llegó su hora, a pesar de los excelentes servicios que presta al labriego, y fué aquella en que el pastor Aristeo, quejándose a Cirene de la pérdida de sus abejas, recibió la orden de dirigirse a Proteo, sujetarle con fuertes

ligaduras y obligarle a que le indicase el remedio del daño que lamentaba, consistente en matar a un becerro, sepultarlo en tierra y esperar que brotasen los enjambres de sus carnes putrefactas; episodio bellísimo de la cuarta *Geórgica* de Virgilio, que Ovidio narra en tono menos conmovedor y con más sobriedad en los pormenores. Tras el toro siguió la oveja, por rumiar las verbenas con que una vieja adornaba los númenes campestres; en pos siguieron la inocente cierva y el corcel generoso, y, por último, el asno aplacó con su sangre a Priapo por haber rebuznado a destiempo, rebuzno célebre en los anales mitológicos, que puso al guardián de los campos, enamorado de Lotis, en la situación más ridícula en que puede verse un inmortal, y que el poeta describe con la maligna intención que derrocha sobre este género de aventuras.

Tampoco escudó a las aves su inocente sencillez: se las acusó de divulgadoras de los designios celestes, y la paloma, el gallo y el ganso, defensor del Capitolio, regaron con su sangre las aras que no reclamaban víctimas humanas, como otras religiones sedientas de carnicería.

Entramos en la mitad del invierno: el Delfín surge de las olas, y el sol siguiente alumbrará la festividad de la ninfa Carmenta, la madre de Evandro, que abandonó la Arcadia, y acompañada de su hijo remontó la corriente del Tíber y señaló el

sitio donde debía renacer la extinta Troya. Evandro, establecido allí, recibe la visita de Hércules, que lucha esforzado con Caco, descarga tres o cuatro veces la nudosa clava en la frente del monstruo e inmola a Júpiter uno de los toros que le había robado y eleva el ara Máxima en el sitio conocido por el Boario.

En los idus de Enero enalteciose a Octavio con el título de Augusto, a nadie concedido; su etimología viene de las cosas sagradas y de todo lo que vive y se acrecienta merced al favor del supremo Jove, y esto le mueve a cantar por centésima vez la grandeza de los Césares, que dividen el dominio universal con el soberano de los dioses.

Al tercer día después de los idus vienen las Carmentales, instituídas para la conservación de los jóvenes y las doncellas. Es fama que las matronas de Ausonia usaban en visitas y paseos los carros llamados *carpenta*, que el Senado les privó intempestivamente de tal honor, que ellas se indignaron y determinaron negar a sus maridos la prole, y aun hubo quien malogró el fruto de su legítimo enlace. Asustóse el Senado de las consecuencias y castigó a las culpables; pero puso de nuevo en vigor la ley derogada, con la que se aquietaron los ánimos femeniles, y estableció las fiestas de Carmenta, nunca contaminadas con los despojos de las víctimas.

En el día inmediato, por haber cesado los dis-

turbios populares que amenazaban a la República, Camilo levantó el templo de la Concordia, que hubo de ser restaurado por Augusto y su excelsa consorte, la única mujer digna de compartir el tálamo del descendiente de los dioses.

El poeta confiesa haber leído y releído los Fastos, sin encontrar el día que se consagra a la fiesta de las semillas, por ser una de las que ahora llamamos movibles, que se fijaba en distinta fecha cada año, después que la simiente se depositaba en los surcos y antes de que fuese posible su germinación. Entonces reposaban en los pesebres los bueyes coronados de follaje, suspendíase el arado de una estaca, ardían los lugares en diversiones y cantaban los labriegos himnos fervorosos a Ceres y la Tierra, en la esperanza de ver recompensados sus afanes con la abundancia de la cosecha si las lluvias eran frecuentes y no devastaban las aves los sembrados, ni las hormigas invadían los campos, ni el anublo corrompía los tallos, ni el raquitismo o la excesiva lozanía los agostaban; y el poeta encomia los beneficios de la paz que disfruta el Universo gracias a la política del César, y vuelve a las acostumbradas lisonjas harto sospechosas de falta de sinceridad por la insistencia con que las prodiga siempre que vienen a cuento.

Comienza el segundo libro con el mes de las expiaciones, que ocupó el último lugar, hasta que los decenviros lo pusieron entre el de Jano y Marte.

Creían los delincuentes que la expiación borra-
ba todo crimen, toda impureza, y aunque el autor
no participa de esta credulidad y se revuelve con-
tra la superstición grosera de que se lave en las
ondas de un río la mancha sangrienta del homici-
dio, acepta el hecho, ya que no admite el dogma
absurdo de la purificación de los malvados.

Las varias etimologías de la palabra *februa* todas
convergen al mismo sentido; se denominaban así
objetos empleados en las ceremonias expiatorias:
lo mismo la lana que recibían los pontífices que
las tortas de farro y sal que el lictor llevaba a las
casas; así las ramas que ceñían la frente de los
sacerdotes como las correas de cuero con que los
Lupercos azotaban a las mujeres; y la tradición
recordaba innumerables ejemplos en que las ondas
de un río o una fuente borraron los vestigios del
crimen, en quien pugnaba por libertarse de los
agudos remordimientos del mismo, que como
Furias implacables atormentaban las horas de su
existencia.

El primer día se levantó el templo de Juno Sós-
pita, que el curso demoledor del tiempo hizo des-
aparecer, como hubiesen desaparecido otros mu-
chos si el celo del que empuñaba las riendas del
Imperio no se desvelara tanto por la conservación
y restauración de los que amenazaban desplomar-
se con las estatuas de los protectores del Lacio,
títulos que glorifican a César Augusto no menos

que el de pacificador del orbe sometido a la pujanza romana.

La desaparición del Delfín coronado de estrellas le trae a la memoria al poeta de Lesbos, al émulo de Orfeo, que detenía el curso de los ríos y amansaba las fieras salvajes con la dulzura de la lira y el canto. Habiendo conquistado en Sicilia celebridad y riquezas, quiso regresar a la patria y saborear en quietud el premio de sus afanes; pero la chusma y el piloto de la nave que le conducía resuelven apoderarse de sus tesoros, y levantan contra él las manos con aire poco tranquilizador. Arión les suplica que detengan el ejecutar sus propósitos y le permitan tomar la lira y arrancarle los últimos sonidos para despedirse de la vida cantando, como el cisne, su desventura. Acceden al ruego del vate, que toma su instrumento, le arranca divinas melodías, salta luego sobre las espaldas de un delfín que le oía embelesado, huye, y con su canto amansa el furor de las olas. En premio del servicio, Júpiter lo puso entre las constelaciones.

Detrás viene el día memorable por excelencia, aquel en que Augusto recibió el título de padre de la patria, que ya antes había merecido, y esto le induce a trazar un paralelo entre las empresas de Rómulo y las del emperador para adjudicarle la palma en detrimento del hijo de Ilia, y añadió otra nueva adulación a las muchas que le prodigara, sin alterar en lo más mínimo su olímpica indiferencia

con las nubes de incienso que quemaba en sus altares.

Apenas descubre los pies del guardián de la Osa, se acuerda de la ninfa Calisto, metamorfoseada primero en tan selvático animal y después en una espléndida constelación. Prometió por el arco de Diana conservar intacta su virginidad, y hubiera cumplido la promesa a no ser solicitada por el omnipotente Jove. Un día que la diosa cazadora invitó a las doncellas que formaban su séquito a bañarse en las aguas de escondida fuente, Calisto, sonrojada, descubrió el vientre que delataba su flaqueza. Diana, colérica, la arrojó del coro de las vírgenes, cuya castidad afrentaba, y Juno la convirtió en una osa que erraba solitaria por los montes, hasta el día de reconocer a su hijo, ya mancebo, que se disponía a traspasarla con su venablo. En el mismo momento fueron trasladados a las mansiones celestes, y aún allí les persigue el rencor de la hermana de Júpiter, que alcanzó de Febo que la ninfa Calisto jamás se bañase en las aguas del Océano.

Los idus corresponden al campestre Fauno, día en que salieron por la puerta Carmental los trescientos Fabios que a la margen del Cremera pelearon como leones contra los Tirrenos, y víctimas de páfida emboscada sucumbieron varonilmente, sin que quedase de aquel ilustre linaje más que un niño de corta edad, de quien nació Fabio Máximo

Cunctator, el vencedor de Aníbal, y en tiempos posteriores el Máximo a quien dirige varias epístolas del Ponto, rogándole que interceda con Augusto, a fin de conseguirle la remisión de la pena o cumplirla en país menos nocivo a su quebrantada salud. Ovidio, en la narración del suceso, eleva el tono a la altura de la epopeya, y acredita que su propensión a la poesía retozona y ligera no le restaba los necesarios alientos para sobresalir en la heroica.

Viene luego la graciosa anécdota del Cuervo, la Crátera y la Serpiente, y la razón que indujo a Febo al castigo de su ave favorita por haber olvidado las órdenes que le diera y pretender además engañarle con burda superchería.

A continuación nos explica el origen de las Lupercales, por qué Fauno vagaba en los montes sin que los vestidos embarzasen su carrera y por qué ordena a sus sacerdotes que le imiten siguiendo la costumbre de los rudos Árcades; sin embargo, una tradición rebotante de malicia atribuye el odio de Fauno a las vestiduras, a cierta equivocación cómica que desbarató sus proyectos amorosos. Fauno vió a Hércules acompañar a la reina de Meonia, la seductora Onfale, por la cual concibió una pasión enloquecedora capaz de atropellar todos los inconvenientes. Averigua el antro en que reposaba en compañía de Hércules, aunque en lecho separado, y cuando los cree dormidos lán-

zase a la aventura. Se acerca al lecho de la reina, pero al tocar las cerdas de la piel de león que la cubre se retira espantado. Pasa al próximo lecho en que dormía Hércules cubierto de ricas estofas, quien al sentir el contacto del incómodo huésped le da con el codo y lo derriba por el suelo. El estrépito alborota a las siervas que acuden e iluminan con antorchas la cómica escena. Hércules suelta la carcajada, su amante no se queda atrás y el dios campestre, molido, quebrantado y desnudo, cobró eterna aversión a los vestidos que ocasionaron su engaño y le pusieron en situación tan ridícula.

A esta picante anécdota añade la leyenda nacional, que explica por qué el lugar de tales festejos se llamó Lupercal, relatando el nacimiento de Rómulo y Remo, el triste destino que los condenaba a muerte y la aparición de la loba que los nutrió con su leche en el sitio donde se celebraban las Lupercales, cuyos sacerdotes corrían como locos por las calles repartiendo azotes a las mujeres que tropezaban, para hacerlas fecundas, según les había prometido en horas de tribulación la magnífica Juno.

El Sol llega al signo de los Peces, colocados en el firmamento por haberse prestado a salvar a Venus y Cupido cuando huían del terrible Tifón, y el día posterior se consagra a Quirino, bajo cuyo nombre se admitió a Rómulo en el cielo, por lla-

marse *quiris* el asta con que combatían sus soldados o por haber sometido la ciudad de Cures a su dominio. Un día que dictaba leyes al pueblo, el Sol obscurecióse de repente, el agua cae a raudales, el trueno y el rayo acobardan y dispersan a los reunidos y Rómulo asciende a la altura en el carro de Marte y se sienta entre los númenes inmortales. El vulgo no se explicaba satisfactoriamente la desaparición; acusaba a los senadores de su muerte, y la falsa creencia hubiera producido grandes disturbios a no aparecerse a Julio Próculo la noche en que regresaba de Albalonga, ordenándole reprimir las lágrimas de los quirites y que se le ofreciese el incienso y la adoración como a los dioses.

Tras esta leyenda y la brevísima de la diosa Fornax, pasa a dar cuenta de los honores que se tributan a los manes de los sepulcros, los cuales estiman la piedad sincera más que los ricos presentes, y satisfechos con poco, les bastan las coronas de flores naturales, con un poco de trigo y sal y un pan empapado en vino, siempre que el fervor de las plegarias testifique el sentimiento del corazón. Eneas introdujo tan pía costumbre en el reino de Latino; pero durante una época de guerras porfiadas cayó en desuso, y bien pronto el pueblo hubo de sentir el castigo de la sacrílega omisión, y aterrado por fatídicos prodigios volvió al culto de las sombras de los muertos, y enton-

ces cesaron los siniestros alaridos en que prorrumpían alterando el silencio de la noche. Los días de las expiaciones no son aptos para encender la antorcha de Himeneo, que rehusa llamar nuevos seres a la vida, mientras oye tributar recuerdos dolorosos a los difuntos.

Entre un grupo de muchachas, una vieja cargada de años sacrifica con ritos estafalarios a la diosa del Silencio, creada por la indiscreción de la náyade Lara, que puso en guardia con sus habladurías a Joturna, amada de Júpiter, y a Juno, haciéndola sabedora de las trapisondas de su omnipotente esposo, el cual la dejó muda y ordenó que descendiera a la región infernal acompañada de Mercurio. Éste, no insensible a los encantos de la Náyade silenciosa, tuvo la poca aprensión de violentarla y convertirla en madre de los Lares antes de llegar a las márgenes de la Estigia.

En las Caristias los deudos congregábanse en torno de la mesa del festín, y cumplidos sus deberes con los muertos respectivos, se alegraban los que vivían con la presencia de los parientes, y quemaban incienso por los dioses tutelares de la familia. El día posterior correspondía al Término, que señalaba el límite de las heredades, representado por una piedra o por el tronco de un árbol, al que los colindantes coronaban a la vez y le ofrecían dos tortas por guardar los campos y las fronteras de las naciones. Al echarse los cimientos del

Capitolio, la turba de los dioses cedió a Júpiter el puesto; sólo Término permaneció firme, no queriendo ceder ni ante los hombres ni ante el padre de los dioses, y siguió ocupando el recinto en que éste fué reverenciado.

Seis días antes de terminar el mes se recordaba la expulsión de los reyes y la consiguiente instauración de la República. Sixto, hijo de Tarquino, encendido en amor criminal por Lucrecia, esposa de Colatino, abandona el sitio de Ardeá, sorprende a la noble mujer, abusando de su hospitalidad a título de pariente, le declara su culpable resolución, mezcla los ruegos con las amenazas para combatir su resistencia, y cuando se persuade de que todo es inútil, concibe y le anuncia el infame proyecto de asesinarla y propalar que la encontró en brazos de un esclavo, para que la deshonra la persiga más allá de la muerte. Cede la infeliz ante el miedo, avisa al anciano padre y al esposo, les cuenta con sonrojo el triunfo de Sixto, y aunque perdonada por ellos, hunde el acero en su pecho antes que sobrevivir a la afrenta que sus labios acaban de revelar. Bruto y Colatino sublevar al pueblo, huye Tarquino con su proscriba raza, queda abolida la Monarquía y el amor a la libertad establece el gobierno de los cónsules y enciende un odio inextinguible contra las testas coronadas. Ovidio se inflama aquí como si el aliento de los libertadores enardeciese sus versos cálidos

y vibrantes, y profiere briosos anatemas contra los tiranos y profanadores del lecho conyugal; él que, en su *Arte de amar*, dió tan sutiles lecciones para burlarse de guardianes y maridos recelosos, preconizando el placer que se saborea a espaldas de la ley y a costa de la ajena infelicidad.

Marte reina en el tercer libro; el poeta le invoca y le ruega que deponga la lanza, el escudo y el casco, que impide flotar su brillante cabellera, y que aparezca como el día en que sorprendió a la vestal Silvia, a cuya sorpresa debe Roma su origen divino.

Esta sacerdotisa iba de madrugada a traer el agua de los sacrificios, y a la margen del río cae desvanecida. Marte la ve, la desea y no la solicita, porque la posee mientras duerme, convirtiéndola en madre de dos gemelos, a quienes reserva altos destinos. Cuando Amulio supo la infausta nueva, ordenó que los niños fuesen arrojados al río, cuyas ondas rehusaron ser cómplices de la iniquidad, y los depositaron en seco sobre la ribera. Una loba los amamantó con sus ubres y unos pastores los recogieron en su cabaña; llegados a la mocedad, sometieron a los habitantes del contorno, y conocido el secreto de su nacimiento, cobran nuevos bríos, destronan y matan a Amulio y devuelven a Numitor el reino de que fuera desposeído; alzan las murallas de la nueva ciudad, y Rómulo consagró a su padre el primer mes, el de Marzo, en el antiguo calendario.

Pueblo tan belicoso tenía que dar la preferencia al numen que preside la guerra, adelantándose a los de Alba, que le dedicaban el mes tercero; los Faliscos y los Equicolas, el quinto; los Hérnicos el sexto, y el décimo los de Laurento. Nunca advirtió que para la completa revolución solar faltaban dos meses, Enero y Febrero; mas estaba reservada a Julio César la sabia reforma del calendario, que en sus días provocó las burlas cáusticas de Cicerón, y es la que hoy rige aún, levemente modificada.

Ovidio finge extrañeza de que las matronas veneren al dios de los combates, a quien pide le saque de su confusión, y el amante de Ilia se desciñe el yelmo y le recuerda los humildes principios de su ciudad predilecta, y la carencia de esposas que padecían sus moradores, rechazados como yernos por los opulentos vecinos, hasta que infundió en Rómulo la resolución de conquistar por las armas lo que se negaba a las súplicas, y con el rapto de las Sabinas satisfacer sus legítimas aspiraciones y evitar la extinción de tan valerosa raza. La guerra, consecuencia de tal fechoría, estalló tarde; las doncellas robadas habíanse convertido en madres, y temerosas del conflicto en que de un lado peleaban los padres y hermanos y del otro los esposos, toman el partido de interponerse entre los combatientes, y convierten el día de sangre y mortandad esperadas en el más feliz de su exis-

tencia, por la reconciliación de los dos bandos enemigos, y las escenas de ternura que en el campo se desarrollaron, descritas de mano maestra, constituyeron un triunfo único en la Historia, sin vencidos ni vencedores, porque los gritos de la sangre fueron más enérgicos que los arrebatos de la cólera encendidos en el ánimo de los combatientes.

Existían otras razones por las cuales honraban las matronas a Marte, como la de haber sido éste esposo momentáneo de Ilia, la de comenzar en Marzo la vuelta de la primavera y la de ser Lucina protectora de las que la invocan en las críticas horas del alumbramiento, para que las alivie con dulzura del peso que llevan en el vientre y pugna por tomar parte en el concierto de la vida universal.

Cuando quiere averiguar por qué los Salios llevan los escudos anciles y repiten el nombre de Mamurio, se dirige a la ninfa Egeria, que satisface su curiosidad, declarándole que Numa tuvo que sujetar con el freno de la religión sus gentes, siempre dispuestas a dirimir las rivalidades con las armas, y valerse de los prodigios celestes para instaurar el reino de la justicia y la benevolencia mutua entre los ciudadanos. A raíz de una tormenta que sobrecogió a los menos temerosos, reveló a Numa que los rayos podían conjurarse, y que Pico y Fauno le enseñarían los ritos de la expiación. El rey los sorprende, los sujeta y les obliga a responderle en consonancia con sus pretensio-

nes y a que fuercen con sus misteriosos recursos a Júpiter Elicio a descender sobre la Tierra, como así lo hicieron. El soberano de los dioses, persuadido de la grandeza del rey, promete darle a la mañana siguiente pruebas inequívocas de la grandeza del Imperio, y, en efecto, apenas el Sol descubre entero su disco luminoso en un cielo sin nubes, entre los estallidos del trueno que sigue al rayo, deja caer un escudo de fabricación divina, llamado *ancile*, porque tiene escotaduras en sus bordes sin señalar ningún ángulo. Él recoge el celestial presente, encarga al artífice Mamurio que labre otros de igual forma para burlar a los que intenten arrebatarlo, y éste realizó la labor con tanto acierto, que Numa le prometió la gracia que le pidiera, a cuya oferta respondió Mamurio como artista, exigiéndole que su nombre sonara al final de las estrofas del himno que cantaban los Salios instituídos para la guarda y conservación de los escudos defensores de la ciudad. Conténgase la impaciencia de los amantes y no apresure las bodas en tales días; los deberes de la guerra son incompatibles con los del esposo; así que las armas se encierren en el santuario, lo verificarán con mejores auspicios.

El Boyero se oculta y aparece el Vendimiador, o sea el joven Ampelos, amado de Baco, muerto en la flor de la edad, y por el dios elevado a los astros, ya que lo había perdido en la Tierra.

Seis días después los adoradores de Vesta llevan las cráteras y el incienso a los fuegos troyanos. César el pontífice los preside, como descendiente de Eneas, que salvó las piadosas reliquias de las llamas de Ilión.

En las nonas se inauguró el templo de Vejove, así llamado el gran Júpiter en la edad infantil.

A la noche siguiente de observarse el Caballo de la Gorgona resplandecerá la Corona de Ariadna, que Vulcano regaló a Venus, y cuyos brillantes convirtió Baco en luminares, poniendo término a las lamentables querellas de la hija de Minos por el abandono de sus amantes. Quejábase amargamente de la ligereza del uno y la inconstancia del otro, que la exponían a ser juzgada digna de tan repetidos engaños, puesto que lo fué dos veces, y Baco, que la seguía los pasos, la abraza con efusión, enjuga sus lágrimas y la indemniza del infortunio que como amante y esposa la persiguió en la Tierra, elevándola a los cielos, donde se la reconoce por la Corona de Ariadna formada por nueve estrellas.

En los idus se desborda la alegría por Anna Perenna. La gente se traslada a las riberas del Tíber y se entrega a danzas poco circunspectas, canciones picantes, licencias que pasan de la raya y borracheras descomunales. Vuelven a sus hogares dando traspiés por el camino, y los transeuntes les llaman los dichosos, porque suponen haberlo

sido cuando menos aquel día. Los pareceres andan discordes acerca de esta diosa, y el poeta apunta los que llegaron a su noticia, inclinándose al último, que explica a satisfacción el carácter de tan licenciosos festejos. Quiénes sospechan que Anna Perenna es la hermana de la infelicísima Dido, arrojada por Jarbas de su palacio y obligada a buscar refugio en tierra extranjera, trasladándose a la isla Melita, en que reinaba Bato, por quien se vió acogida con los respetos que sus desgracias merecían. Al poco tiempo su hermano Pígmalión la reclama en tono amenazador, y tiene que evadirse como fugitiva, más temerosa de caer en sus manos que de desafiar las olas alborotadas que la conducen a la playa de Laurento, donde reinaba Eneas, ya casado con Lavinia. Su encuentro casual con el héroe es dulce y patético, como la memoria del bien irremisiblemente perdido, y cuando éste sabe el fin desastroso de la reina de Cartago, que jamás pudo sospechar, y las persecuciones que acosan a la que tiene entre los ojos, se esfuerza por calmar su inquietud, le brinda generoso hospedaje y la recomienda a las atenciones de Lavinia, pagando la deuda de la antigua hospitalidad que acarreó tan funestas consecuencias. Mas no cesaron todavía los sobresaltos de la infeliz Anna. Lavinia concibe contra ello estúpidos celos, busca desembarazarse de la que cree su rival, y la sombra de Dido se presenta a su hermana, advirtiéndole el peligro de

residir en aquella casa, y la persuade a la fuga. Salta por la ventana, corre extraviada de acá para allá, se aproxima a la margen del Numicio, éste la acoge en sus ondas anhelantes, la lleva a su tálamo, la convierte en una Ninfa fluvial, y el gentío que la buscaba se entrega al alborozo que provocan las danzas y libaciones.

Otros la identifican con la Luna o la hija de Ínaco; pero una tradición popular menos remota explica de otro modo tan originales festejos, y a ella se inclina con preferencia el autor. Cuando la plebe, rebelada contra los patricios, se retiró al monte Aventino, sufrió con estoica firmeza la escasez de víveres propia de las circunstancias, y cierta Anna, vieja pobre y laboriosa, compadecida de la situación, amasaba día y noche gran número de tortas, que repartía por la mañana entre los sediciosos. Por fin se impuso la concordia; el pueblo agradecido la levantó una estatua y todos los años renovaba su memoria con júbilo y algazara. Anna, convertida a su muerte en una diosa, fué solicitada por Marte para el oficio poco honroso de tercera, y la astuta vieja jugó una treta al numen de la guerra que lo dejó confuso y cariacontecido, y a Venus satisfecha por la burla del infiel amante. De aquí los bailes alborotados, las canciones obscenas y las licencias más atrevidas:

El asesinato de César llena a Ovidio de consternación : quisiera pasarlo en silencio y no pro-

pagar la fama del horrendo crimen; pero Vesta le libra de temor y le asegura que el hierro de los conjurados no hirió más que la sombra de su pontífice, que trasladado a los cielos participa de la gloria inmortal y se goza con el castigo que Augusto descargó sobre los criminales en los campos de Filipos.

A los tres días de pasados los idus se conmemora el portentoso nacimiento de Baco, sus triunfos sobre los Sitonios y los Indos, los castigos de Penteo y Licurgo y la piedad con que siempre reverenció a su padre. Las tortas que se le ofrecen se llaman *liba*, de Liber, porque le gustan las cosas dulces, y aun se le atribuye la invención de la miel y el modo de curar las picaduras de las abejas, que tan malparado dejaron a Sileno por robarles el tesoro de sus panales.

Tras la leyenda del milano convertido en astro por los servicios que prestó a Jove en la guerra de los Titanes, vienen las Quincuatrias de Minerva, que duran cinco días, e incitan a venerarla a las que trabajan la lana, a los que cursan la Medicina, a los preceptores de la juventud, a los que manejan el buril o el cincel y a los alumnos de Apolo, entre los cuales se cuenta; y, sin decidirse por ninguna, nos da a conocer cuatro etimologías de la voz *capta* aplicada a la diosa de los combates y protectora de las profesiones que se desenvuelven en el tranquilo ambiente de la paz.

El libro termina con el episodio de Helle y Frixo, sentenciados a muerte y salvados por su madre con el carnero de áureos vellones, aunque no pudo prevenir que su hija, desvanecida, cayese y diera su nombre al estrecho de los Dardanelos.

El poeta que dedicó los ocios de su juventud estrepitosa a la madre de los amores, siempre más inclinado a las empresas galantes que a los trabajos de la guerra, al tocar en el mes florido de Citerrea, se halla en su propio elemento y se dispone a cantar sus glorias con el entusiasmo de otros días; porque le debe más venturas y satisfacciones que a ningún otro numen del Olimpo, y la diosa, que reconoce los excelentes servicios de que le es deudora, le perdona la maligna ironía con que antaño relató la sorpresa de los celos no infundados de Vulcano, roza sus sienes con el mirto y le estimula a perseguir la obra comenzada.

Rómulo dió el primer lugar a Marte, como padre de la raza, y el segundo a Venus, como madre de Eneas, el que unió la suerte de los Latinos a las profecías que anunciaban el resurgimiento de Troya en Italia. Ovidio expone de una manera rápida la serie de sus descendientes, hasta el fundador de la ciudad, que siempre sostuvo que Marte era su padre y que llevaba en las venas sangre de la diosa reverenciada en Pafos, lo cual le indujo a consagrarle el segundo mes.

Entre las dos etimologías que se disputan la

significación de Abril, se atiene sin vacilar a la de *Afros*, espuma de mar, y no le sorprende que Afrodita se designe con una voz de la lengua helénica, porque la antigua Italia casi se reducía a la Magna Grecia, donde arribaron, uno tras otro, Evandro de Arcadia, Alcides el de la potente clava, Ulises de Nerito, Halero, Antenaz y Solimo, que echó los cimientos de Sulmona, patria del vate y de Germánico, y se indigna contra los que pretenden derivar el abril de *Aprire*, porque todo se abre en primavera a las caricias del Sol y los halagos del viento, y todos los seres vivos, impulsados por el instinto de la generación, se unen a fin de perpetuar las respectivas especies sobre la haz del planeta. Ninguna estación convenía a la diosa como la primavera vestida de ricas galas, que alientan la esperanza de fructíferos dones; a ella deben los ciudadanos que una progenie divina empuñe las riendas del Imperio y las matronas el respeto que impone su pudor, olvidado algún día con grave detrimento de su fama e infundido de nuevo en los corazones del sexo débil por Venus Verticordia, para que fuesen dignas madres de los descendientes de Eneas que como esposas fieles daban a luz.

El Escorpión, de vibrante cola, se sepulta en las ondas y aparecen las seis Pléyades, porque la séptima se oculta sonrojada por la vergüenza de haber unido su suerte a la de un simple mortal.

No bien la Tierra (el Cielo, según Oyidio) gire tres veces sobre su eje, resonará la flauta de Berecinto por Cibeles la madre de los dioses: comienzan las representaciones escénicas y la multitud corre a presenciarlas. Erato, una de sus hijas, responde a las preguntas del vate que quiere descorrer el velo que encubre los misterios de la divinidad, y de sus labios oye que Saturno, el mejor de los reyes, temeroso de la predicción del oráculo que le amenazaba ser destronado por uno de sus hijos, tomó el partido de devorar a cuantos tuvo de su prolífica esposa Rhea, condenada a los dolores del alumbramiento y a sentir la muerte de los que habían de llamarla madre. Resentida y valiéndose del engaño, burla a Saturno con el estrépito de los cascós y los escudos golpeados; nace Jove, y así que crezca expulsará a su padre del celeste reino.

Si Cibeles lleva leones uncidos a su carro, es porque amansó la ferocidad de los hombres primitivos; si sus ministros se mutilan, es por imitar la conducta de Atis, el mancebo amado de la diosa, que recorrió delirante las cumbres del Ida, y si Roma alzó un templo a Cibeles, que prefería la soledad de los bosques, fué porque los libros Sibílinos aconsejaron recibirla en Ausonia, y el rey de Frigia, tras reiteradas negativas, allanóse a cumplimentar el mandato de la diosa y la entregó a los comisionados. Al penetrar en el Tíber la nave que la conducía, acaeció el estupendo prodigio

realizado por Claudia Quinto, que confirmó la honestidad de sus costumbres con el testimonio de la madre de los dioses.

Sigue la fundación del templo a la Fortuna Pública el día en que César derrotó al ejército de Juba, y Ovidio aprovecha el coloquio que sostiene con uno de los veteranos del egregio caudillo para recordarnos, por segunda vez, que mereció la distinción de ser elegido decenviro, de lo cual se enorgullece, aun siendo tan poco propenso a los estímulos de la vanidad que sienten los imbéciles cuando logran a fuerza de intrigas o bajezas escalar los puestos honoríficos que ambicionan.

Inmediatamente vienen los juegos de Ceres, la magnífica diosa de la agricultura, que substituyó por el grano de la espiga la silvestre bellota con que se alimentaban los hombres de las edades pasadas; la pródiga dispensadora de las buenas cosechas, que exige de sus adoradores las tortas de harina y sal, aparta el cuchillo de la cerviz del toro que ha de labrar los campos y apenas consiente el sacrificio de la puerca, y eso por el delito de haberle estropeado las semillas depositadas en el seno de la tierra. El autor juzga éste el momento oportuno de contar el rapto de Proserpina, que la simboliza; pero narra el suceso con tal amplitud, enumerando las cien regiones y pueblos visitados por la desolada madre, que produce fatiga al lector incapaz de seguir su carrera vertiginosa. Des-

pués de recorrer inútilmente antros, ríos y montes, persuadida de que no ha de hallarla en Sicilia, unce a su carro dos serpientes dóciles al freno y lánzase a las olas, salva las Sirtes y los peligros de Caribdis, recorre el Adriático, arriba a Corinto, pasa al Ática y allí se sienta a descansar sobre una roca, y sospechando el poeta que jornadas tan largas no fuesen para recorridas sin interrupción, se detiene a contarnos el encuentro de Ceres con la familia de Celeo y Metamira, el recurso de que se valió para devolver la salud al niño Triptolemo y la resolución que tomó de hacerlo inmortal, a no impedirlo el amor ciego de su madre por querer salvarle del fuego que había de purificar sus escorias humanas. Sin perder momento, la diosa recorre el Egeo y el Jonio, atraviesa el Helesponto, visita la Arabia, la Hesperia, las regiones que fertilizan el Ródano, el Rhin y el mismo Tíber, y como en la Tierra nadie responde satisfactoriamente a sus preguntas, se eleva a las constelaciones con los mismos negativos resultados, y, por último, interroga al Sol, quien le declara cómo la hija que busca impera en el tercer reino unida con el hermano de Jove, y éste, por aplacar a la madre, dispone que Proserpina viva en las regiones sombrías con su esposo seis meses y otras tantas con su madre entre los númenes celestes. Sensible es que el relato adolezca de falta de sobriedad, porque una historia prolija y minuciosa y la

conversación de un charlatán inaguantable, son capaces de dar al traste con la paciencia de Job, que no siempre es la de los lectores.

Los idus de Abril pertenecen a Júpiter vencedor; en ese día se elevó el templo de la Libertad, digna de ser reverenciada en pueblo tan amante del derecho y tan aborrecedor de la autocracia, y que, no obstante, vino a caer en el monstruoso cesarismo de los Calígulas y Neronés. Ovidio recuerda henchido de satisfacción, al menos aparente, que veinticuatro horas después el César derrotó en la batalla de Módena a sus enemigos para confabularse en seguida con ellos y acabar los restos de las instituciones republicanas que agonizaban entre los vítores de los soldados y el servilismo de los ciudadanos que, como el autor, amaban la libertad y seguían las banderas del que las secuestraba con singular audacia y mayor fortuna.

Cuando tras los idus amanezca la tercera auro-ra, los príncipes aplacarán a los dioses sacrificándoles una vaca preñada. Habíase ordenado a Numa inmolar dos vacas con una víctima sola, mandato que le llenó de confusión e incertidumbre. Egeria le descifró el enigma, advirtiéndole que se le exigía conducir al ara una vaca preñada; así lo hizo, cesó la sequía, el año fué abundantísimo, no se malograron las crías de los ganados y el malestar que afligía a los colonos cedió el puesto a la esperanza de una feliz recolección.

Las Híadas desaparecen, las carreras del circo se inauguran y la gente se entrega a locas diversiones en memoria del chicuelo que cazó una zorra, la envolvió en paja y heno, le prendió fuego y la dejó escapar, sin darse cuenta de que abrasaría las mieses que ya aguardaban la hoz; estrago por el cual se estableció en Carseolo que fuese quemada viva la zorra que se cogiera, en castigo de la desolación que la primera víctima produjo en las mieses.

Las fiestas de Palas, diosa protectora de los rebaños y sus guardianes, revestían excepcional importancia, y entre los varios orígenes que se les atribuyen, el autor admite como más verosímil el hecho de trasladarse el pueblo a la nueva ciudad, abandonando los lugares que habitaba, a los que prendió fuego, saltando a través de las llamas pastores, rebaños y colonos; espectáculo reproducido en la fiesta que conmemoraba la fundación de Roma, y que le da ocasión para entonar un himno fervoroso a Rómulo, escogido por los dioses para la realización de la alta empresa. Rómulo, cuya fortaleza de ánimo se reveló en la muerte de Remo, conteniendo las manifestaciones de dolor que le embargaban, para exclamar: «que así atravesen sus murallas todos los enemigos», y sólo llegado el crítico instante de separarse del cadáver dejó que la fuerza de la sangre obrara con libertad y que llorasen sus ojos la pérdida que no pudo evitarse.

Un solo día separaba las Palilias de las Vinales, consagradas a Venus, por remontarse a los tiempos de Eneas, que triunfó de su adversario Mecencio gracias al ofrecimiento de los vinos de Lacio hecho a Júpiter si salía victorioso del combate a que se le provocaba. Las mozas alegres que traficaban con su cuerpo, al quemar el incienso a Citerrea y brindarle la menta, pedíanle la belleza, las simpatías de los jóvenes, el arte de acariciar y las palabras sugestivas que multiplicasen la ganancia para darse una vida regalona, ya que les era imposible volver pasos atrás y mezclarse entre las mujeres honradas.

Concluye el libro y el mes con la procesión de la diosa Robigo, a quien se dirigen plegarias para que el anublo no esterilice las mieses, y se ofrecen las entrañas de una oveja y los intestinos de un perro, en memoria del que brilla en el firmamento, cuyo influjo quema la tierra y precipita la sazón del trigo.

Indeciso el poeta, como viajero desconocedor del camino ante rutas diversas, no se atreve a precisar por su cuenta el origen de Mayo, invoca a las Musas y les suplica que le saquen de su embarazosa situación. Polimnia viene al llamamiento, y le revela que, como consecuencia del Caos, reinaba el mayor desorden entre los dioses, y ninguno reconocía las preeminencias debidas a los que, por su excelsitud, eran llamados a gobernar en los cielos

como los reyes en la tierra. Entonces nació la Majestad con la frente altiva y soberana, imponiéndose a los demás y sofocando los últimos rescollos de la sedición en la guerra de los Gigantes, que dejó su poder sólidamente asentado. Urania expuso distinta opinión. A su entender, el respeto con que los jóvenes miraban las canas de la vejez, atendían sus consejos y envidiaban sus preeminencias, motivó que designase este mes la edad avanzada, en contraposición al de Junio que se dió a los jóvenes. Caliope, la primera del coro de las Musas, no se conforma con tal etimología, porque opina que procede de Mayo la hija de Atlas y madre de Mercurio, el cual le adjudicó este quinto mes en testimonio de cariño filial, y el autor, menos resolutivo que Paris, no se atreve a dirimir la contienda y deja al lector en libertad para escoger la explicación que más le satisfaga.

La primera noche descubre en el cielo la Cabra de Olenia que amamantó a Jove con su leche y sufrió el percance de romperse uno de los cuernos, que, recogido por Amaltea, adornado de hierbas y colmado de frutos, se convirtió en el símbolo de la abundancia. En el mismo día de las calendas alzóse el altar de los Lares que protegen las moradas, a cuyas pequeñas estatuas acompañaba un perro tendido a los pies, porque unos y otros vigilan la hacienda del dueño y ahuyentan a los ladrones.

No tardan en aparecer las Híadas lluviosas que, afligidas por la muerte de su gallardo hermano, lloraron con lágrimas tan sinceras y abundantes su fin prematuro, que esta piedad fraternal las elevó a la altura desde donde aún derraman copioso llanto que refresca el suelo y favorece el crecimiento de los tallos. Detrás vienen los festejos de Flora: comienzan a fines de Abril y se continúan en Mayo. En griego se llamaba Cloris, y alterada una letra se convirtió en Flora, que vagaba al azar por las campiñas; la sorprendió Céfito para convertirla en su legítima esposa y darle el reino más envidiable: el de las flores con que las Gracias engalanan sus divinas cabelleras. Ella convirtió a Narciso, Jacinto y Atis en espléndidas flores, ennobleciendo sus desgracias con una fama imperecedera, y por industria suya nació Marte, aunque no quiere divulgar el secreto de tal alumbramiento. Irritada Juno de que Minerva viese la luz sin haber tenido arte ni parte en su gestación, quiso vengarse de Jove y convertirse en madre sin su amor; suplica a Flora que ayude su pretensión, y ésta, en vez de responderle, corta una flor misteriosa, roza con sus pétalos a Juno y le hace sentir la dicha suprema de la concepción. A su tiempo Marte ve la luz, y ya mozo, en testimonio de agradecimiento, estableció las expansivas fiestas de Flora, que guardan feliz consonancia con la época en que se verifican.

A la tercera noche descúbrese el Centauro Qui-

rón, maestro de Aquiles en el arte de tañer la lira, y por su mala ventura huésped de Hércules, pues cayéndosele un dardo emponzoñado con la sangre de la Hidra, se causó en el pie herida tan dolorosa, que le arrancó agudos lamentos y le produjo la muerte, elevándose a los cielos convertido en una constelación de catorce estrellas.

Tras las nonas se dedican piadosos recuerdos con extrañas ceremonias a los nocturnos Lémures o sombras de los antepasados; antes se llamaban Rémures, por la aparición de la sombra de Remo a Fáustulo y Acco, entregados al sueño, para suplicarles, después de lamentar su triste destino y maldecir la imprudencia de Celer, que se honrase su sombra y se instituyese una fiesta que recordara su vida malograda. Con el tiempo la palabra se corrompió, alterando una letra, de donde vino llamarse Lémures a las sombras de los difuntos que no quieren ser olvidados por aquellos que les están unidos con los vínculos de la sangre.

El nacimiento de Orión es tan estupendo como el de Minerva. Júpiter viajaba en compañía de Mercurio y Neptuno, y los tres aceptaron el hospedaje que les ofrecía la cabaña del anciano Hiri-co, el cual, por las palabras de uno de ellos, conoció la calidad de los huéspedes que albergaba, los agasajó liberalmente y expuso a Jove sus cuitas, manifestándose tan digno esposo como amante de la paternidad. Viudo y sin familia, prometió a su

primera y única mujer que no contraería nuevo matrimonio, y cumplió lo prometido; pero le aguijoneaba el deseo de ser padre sin recibir en su cabaña a una segunda esposa. Los númenes acceden; el pudor impide al vate referir los medios de que se valieron para realizar las aspiraciones del pobre viejo, y Urión vino a la vida, cambiando pronto por la *o* la primera letra de su nombre y convirtiéndose en Orión, cazador infatigable, compañero de Latona, y su salvador, cuyos servicios fueron premiados llevándole a ocupar un puesto distinguido entre los astros.

A poco de desaparecer Orión el estrépito resonante de las armas alborota la ciudad. Marte Vengador desciende de las alturas para contemplar satisfecho el templo que Augusto le edificó con fastuosa suntuosidad por haberle dado la victoria en la guerra sostenida contra los matadores de César y haber reducido a los Parthos a devolver las enseñas de Craso y a reconocer el poderío incontrastable del dueño del orbe.

La noche que precede a los idus descubre la cabeza del falso toro que cargó sobre sus espaldas a una doncella de Fenicia para convertirla en su esposa y dar su nombre al continente europeo. Las doncellas solían arrojar desde el puente de madera muñecos rellenos de paja que algunos consideraban vestigios de sacrificios humanos y otros les daban significación menos nefanda, aun-

que impropia de gentes que respetaban la ancianidad con respeto casi religioso; pero es más verosímil la conjetura que apunta el vate de haber ordenado a sus descendientes los compañeros de Hércules, domiciliados en Italia, que arrojasen sus cadáveres al río para que éste los llevase al mar y el mar a las playas de la patria querida, mandato que la piedad filial se negó a obedecer, y en su lugar se arrojaban estos cuerpos de paja, por no contradecir abiertamente las órdenes recibidas.

En los idus se consagró el templo de Mercurio, cuyos loores entona el poeta, por ser el árbitro de la paz y la guerra entre los númenes del cielo y del infierno y prestar su insinuante elocuencia a la defensa de las causas más sospechosas, y, sobre todo, porque oye benévolo las súplicas del mercader, que pretende se den al olvido sus perjurios habituales y las falacias con que embauca al comprador de su mercancía, proporcionándole dos grandes placeres: el de la ganancia ilícita y el reírse de la víctima de sus tratos fraudulentos, que acreditan su habilidad en el arte de engañar, y le aseguran mayores lucros en el porvenir si oye conmovido sus plegarias el dios que no vaciló en robar los toros de Apolo, convirtiéndose en el numen tutelar de mercachifles y ladrones.

Doce días antes de terminar el mes, Febo visita la constelación de los Gemelos, acreditados de hábil jinete el uno y el otro de púgil formidable.

Robaron a Leucipo sus hijas, prometidas en matrimonio a Idas y Linceo, y negándose a entregarlas a quienes con tan justos títulos las reclamaban, hubo de dirimirse la contienda por las armas. Linceo atraviesa con la espada al infeliz Cástor, Pólux se precipita a vengarlo, pero Idas se lanza contra él seguro de abatirle con su potente diestra, y cuando el primero advierte que se le abren las celestes regiones, pide a Jove que admita en el cielo que le brinda a los dos hermanos, porque la mitad del premio le será más grato que el premio entero. Sus votos son oídos y los Gemelos se convierten en una constelación zodiacal propicia a los navegantes.

De las Agonales habló en el primer libro, como refirió en otro lugar la leyenda del perro de Eri-gone. El día siguiente se llama Tubilustre, porque en él se purifican las trompetas que Vulcano fabricó, y al otro se conmemora la consagración de un templo a la Fortuna Pública de Roma. Con la aparición de Hias termina el libro y el mes.

Llegamos al último del poema, porque los contratiempos y enfermedades le impidieron penetrar en Julio, perteneciente al vencedor de Farsalia; en Agosto, dedicado a su omnipotente sobrino, y en los siguientes, designados por su número de orden. Perplejo ante los diversos orígenes que se le atribuyen, y no osando resolver por sí la cuestión, se pone al habla con los númenes sabedores de la

verdad, pues le asiste el derecho de preguntarles y recibir las contestaciones y transmitir las en sus versos, a los que la inspiración divina da una fuerza incontrastable. En la sombría espesura de una selva, cuyo silencio apenas turba el murmullo de los cristalinos arroyos, se le aparece Juno, la primogénita de Saturno, esposa y hermana a la vez de Tonante, aunque con motivos para enorgullirse más de los lazos de la sangre que de los vínculos amorosos, la cual le declara que el nombre de Junio procede del suyo, y lo reclama con energía, poco dispuesta a tolerar que se le prive de una honra que ha obtenido la concubina Maya, y menos a que los fastos de Lanuvio, Aricia y Laurento así lo reconozcan y sea Roma, su ciudad favorita, la que se atreva a negarle semejante distinción; pero apenas cesan sus imperiosas voces, óyense las de la bellísima Hebe, la esposa de Hércules, que, con la timidez pintada en el rostro y en tono de suplicante más que de competidora, se duele de que no basten a su madre los honores que recibe en el Capitolio y pretenda arrebatarle una gloria que por las hazañas de su esposo esperaba recabar para sí, y le recuerda la división de los ciudadanos por Rómulo en mayores y jóvenes, el haber dado a éstos el sexto mes y el anterior a los primeros. Aparece la Concordia pronta a apaciguar los ánimos divididos, explica la etimología discutida por la fusión de los Tacios y Quirinos, y

el vate, escarmentado por las consecuencias del juicio de Paris, no se atreve a fallar el pleito ni a provocar el enojo de dos diosas, viéndose amparado por una sola, y nos deja sin adivinar su opinión sobre el origen de Junio, que lo mismo puede proceder de Juno que de *juniores*.

En las calendas reina Carna, la protectora de los quicios, que perseguía con los venablos y las redes a las fieras salvajes, y no menos celosa de su virginidad que la hermana de Apolo, aunque menos áspera y desabrida, con maliciosa travesura burlaba a la multitud de sus pretendientes fingiendo amables condescendencias si la dirigían a sitios retirados donde el pudor no se avergonzara de la luz, y ocultándose entre la maleza de modo que no les fuera posible encontrarla, estratagema que obtuvo repetidos éxitos, hasta el día de su definitivo fracaso. Quiso emplearlo con Jano, sin advertir que el dios de la doble cara veía por delante y detrás, y descubierta la malicia, pagó las burlas pasadas con amargas realidades, y el dios biforme al despedirse de ella saturado de placer, en desagravio de su perdida virginidad le concedió el derecho de vigilancia sobre los goznes de las puertas y la elevó a la categoría de diosa, sin modificar su sencillez puesta de relieve en la salvación del niño Procas, ni la frugalidad de sus alimentos, reducida a un caldo de harina y habas, rociado con grasa de puerco. Como diosa primitiva no exigía

los peces raros, las ostras suculentas, las grullas extranjeras ni los francolines de Jonia que se servían en las mesas de los Lúculos y Apicios, y el que imitaba su sobriedad ya podía confiar en el vigor y la salud de su estómago.

Entonces levantó Camilo el templo de Juno Moneta en la cima del Capitolio, donde radicaba la casa de Manlio, el salvador de Roma contra los Galos, que en su vejez pagó con la vida el crimen de ambicionar el reino, y en el mismo día se festejaba a Marte fuera de la puerta Capena.

La Tempestad mereció contarse entre los Celícolas, por haber salvado la escuadra en las costas de Córcega, y a poco se ven aparecer el ave favorita de Jove y las Híadas, que descargan lluvias abundantes sobre los campos.

Appio el Ciego, durante la guerra Toscana, consagró en el día siguiente el templo de Belona, y cerca del mismo alzabase la pequeña columna desde donde el fecial arrojaba el dardo anunciador de las hostilidades.

Las nonas pertenecen a un dios de escasa nominación, pero conocido por tres nombres distintos: Sauco, Fidio y Semo. El tercero después de las nonas, los panaderos honran al Tíber, y seis días antes de los idus cumpliéronse los votos hechos a la razón, por los patrióticos consejos dados al pueblo en el momento en que el desastre de Cannas le había infundido el terror más espantoso.

Elevando el tono se remonta a la época del pacífico Numa, el adorador de la diosa no representada por ningún simulacro, sino por su templo circular y el fuego que en su recinto se guarda. Vesta es lo mismo que la Tierra: una y otra alimentan el fuego perpetuo, y la redondez del planeta impone a su santuario la misma forma para que la imagen reproduzca el orbe que representa. Sus sacerdotisas son vírgenes, y la razón es obvia. Ceres y Juno contrajeron lazos nupciales; Vesta, su hermana, no aceptó la compañía del varón, ¿qué tiene de extraño que la diosa virgen confíe a manos vírgenes su espléndido culto? Además, Vesta es la llama personificada, y ningún ser nació nunca de la llama, y por lo mismo no tolera ser representada por imágenes de forma humana; se la llama Vesta porque se sostiene por su propia fuerza, y se denomina vestibulo la primer estancia de la casa, porque en ella se encendía el sacro hogar de la familia. Mas con todo no se libró de las asechanzas de Priapo, y gracias que el rebuzno estruendoso del asno que Sileno montaba le advirtió a tiempo de un atentado contra su honestidad; por eso se sacrifica en las aras del dios del Helesponto el asno, a quien la diosa adornó con collares de panes en recompensa del aviso merecedor de su agradecimiento.

Tampoco carecía de significación el ara de blancura deslumbrante de Júpiter Pistor. Roma,

invadida por los Galos, no contaba con otro recurso para su defensa que los pocos combatientes refugiados en el Capitolio. Ya la escasez de víveres amenazaba los últimos esfuerzos de una resistencia desesperada e inútil, cuando Júpiter les increpa de noche por su falta de resolución y les ordena arrojar por las murallas al campo enemigo aquello que menos quisieran perder. Pronto adivinan que se les manda deshacerse de la provisión de granos que poseen: cumplen las celestes órdenes, y los Galos, viendo caer los dones de Vesta sobre los cascos y escudos, pierden la esperanza de rendirlos por hambre y desisten del pertinaz asedio.

El incendio fortuito de su templo le trae a la memoria el espanto del Senado y el pueblo, y la heroica abnegación de Metello que se arrojó en medio de las llamas por salvar las reliquias amenazadas, conducta que aprobó la diosa mostrándose reconocida al único varón que hasta entonces había penetrado en su santuario.

Las Matralias tienen lugar en el templo que Servio erigió a Matula, la Leucontoe griega, o la misma Ino, que crió con el celo de una madre al niño Baco, a pesar del odio de Juno, que perseguía despiadadamente a toda su familia; mas no impidió que la suerte le deparase el reino de los mares y a su hijo Palemón el señorío de los puertos. Ovidio aconseja a las madres piadosas que no la invoquen en favor de sus hijos, puesto que fué una

madre harto desventurada; sin embargo, pueden recomendarle la prole de otras mujeres, ya que tan solícita anduvo con el tierno Baco.

En el santuario de la Fortuna se colocó la estatua del rey Servio, cubierta por multitud de togas, y sobre tan extraña particularidad había tradiciones para todos los gustos. Una de ellas insinúa que Servio fué el único hombre para quien la Fortuna no estuvo ciega, que le vió, le amó y solía penetrar por una ventana de su palacio a las altas horas de la noche; pero que avergonzada de haberse rendido a un simple mortal, cubría de togas su regia cabeza. Otra supone que la muerte de rey tan bondadoso produjo tal impresión en el pueblo, que a la vista de su imagen el dolor rebasaba todos los límites, y se ordenó cubrirla, a fin de que cesara la consternación general, y la tercera explica el caso acudiendo al crimen de Tarquino, que acabó con el mejor de los reyes para entronizar al más pésimo de los tiranos, y su relato produce escalofríos de terror, como el desenlace de una tragedia cuando se oye exclamar a la víctima: «Ocultadme para no ver el nefando rostro de mi hija.»

En el área que antes ocupaba un palacio que Augusto mandó derribar, porque estimó peligrosa su ostentación, Livia edificó el magnífico templo de la Concordia, y en los idus se alzó otro al invicto Jove.

Las Quinquatrias menores le incitan a referir el suceso cómico de los flautistas, que discurrían por calles y plazas con máscaras y largas estolas en remembranza de su voluntario destierro y su regreso inopinado a la ciudad, y constituía un nuevo número de las fiestas de Minerva la transgresión de las órdenes contra ellos dictadas.

Las constelaciones surgen y desaparecen y brillan de nuevo, como el joven Hipólito, blanco de calumniosa imputación, a quien destrozaron sus espantados caballos para renacer por segunda vez a la vida en el bosque de Diana.

Ocho días antes de finalizar el mes ocurrió el desastre de Trasimeno, y en el siguiente se conmemoraba la decisiva batalla en que pereció Asdrúbal con toda su hueste, y antes de terminar se consagró el templo de la Fortuna Fuerte, el de los Lares, el de Júpiter Estator y el de Rómulo Quirino, y el libro acaba con las acostumbradas lisonjas a la familia del César, que, por lo repetidas, llegan a constituir uno de los lunares más graves del poema mejor pensado, planeado y escrito de cuantos legó a la posteridad el inconsolable desterrado del Ponto.

LOS FASTOS

LIBRO PRIMERO

Cantaré el año romano, sus causas, sus divisiones, el aparecer de los astros y su ocaso bajo el horizonte. César Germánico, acepta con benévolo semblante esta obra, y dirige el rumbo de mi tímido navío. No desdeñes el modesto honor que te tributo, y sé propicio al presente que te ofrezco. Conocerás las ceremonias sagradas que aprendí en los antiguos anales y los sucesos que señalan cada día del mes. Aquí encontrarás las fiestas domésticas de tu familia; leerás no pocas veces los nombres de tu padre y tu abuelo, y la honra que alcanzaron inscribiéndolos en los Fastos, tú y tu hermano Druso la alcanzaréis también un día.

Canten otros las victorias de César; yo ensalzaré los altares que ha levantado y las nuevas fiestas que ha instituído. Favorece a quien se apresta a entonar las alabanzas de los tuyos, y libra mi corazón de temerosas inquietudes. Muéstrate afectuoso conmigo, y darás vigor a mis cantos; el ingenio se anima o decae según el aspecto de tu rostro. Mi libro, sometido al

juicio de príncipe tan docto, tiembla de miedo como si lo enviase al dios de Claros. Sentimos la elocuencia arrebatadora que brotaba de tus labios cuando defendías con ella a los espantados reos, y sabemos qué raudales de inspiración se desatan de tu fecunda vena, siempre que el entusiasmo te impulsa a cultivar nuestras artes. Si me es lícito y los dioses lo consienten, te pediré que rijas como poeta las riendas de otro poeta, y bajo tus auspicios será feliz el curso íntegro del año.

Cuando el fundador de la ciudad se propuso la división de los tiempos, estableció que el año lo constituyeran diez meses. Ciertamente que Rómulo conocía mejor las armas que los astros, y su mayor empeño estribaba en vencer a los pueblos limítrofes. Sin embargo, César, no le faltaban motivos para obrar de tal suerte, y su error tiene razonable excusa. Juzgó suficientes para completar el año los diez meses que bastan al infante para salir del vientre de su madre, y el mismo número viste de luto en su casa solitaria la mujer que llora la muerte del esposo; esto decidió a Quirino, vestido de la trábea, a establecer la división anual entre aquellos rudos pueblos. El primero de los meses se consagró a Marte; el segundo, a Venus; la una, madre de la raza; el otro, su padre. La vejez dió nombre al tercero; al cuarto, la juventud, y los siguientes se designaron por el orden de sucesión. Pero Numa no olvidó a Jano ni a los manes de los antepasados, y añadió otros dos a los antiguos meses.

Precisa que no ignores los privilegios de cada uno de los días, porque no todos se dedican a cumplir los mismos deberes. Será nefasto aquel en que no

pueden pronunciarse las tres palabras en los Tribunales, y fasto cuando se permite obrar a la Justicia. No vayas a creer que todos los días resbalan bajo la misma ley; tal que por la mañana es nefasto, será fasto a la tarde. En el momento que se hayan ofrecido al dios las entrañas de la víctima, cesa el entredicho de las palabras, y el honorable pretor recobra el derecho de pronunciar los edictos. Hay días en que el pueblo se reúne legalmente en los comicios, y días de mercado después que aparece la Luna por novena vez. Al culto de Juno se consagran las calendas de Ausonia, en los idus se sacrifica a Jove una gran cordera blanca y ningún dios preside las nonas. Procura no equivocarte: el que sigue a todos éstos es de negro color, el presagio viene de los sucesos históricos. Roma en aquellos días, por la enemiga de Marte, padeció sangrientas derrotas. No repetiré lo que es aplicable a todos los Fastos, por no romper la ilación del poema.

He aquí, Germánico, que te anuncia un año venturoso Jano, que se ofrece el primero a mis cantos. Jano, el de las dos cabezas, principio del año que resbala con táticos pasos y el único de los inmortales que ves por la espalda, muéstrate propicio a los caudillos, cuya previsión asegura la tranquilidad en la tierra fértil y la llanura del Ponto. Muéstrate propicio a los senadores y al pueblo de Quirino, y que a una señal tuya se abra tu templo deslumbrante. Próspero es el día que amanece; silencio y recogimiento; un buen día reclama palabras de feliz auspicio. Que en nuestros oídos no suene el clamoreo de los pleitos; vayan lejos los incesantes procesos, y las lenguas de

litigantes resérvense para mejor ocasión. ¿No ves cómo el aire trasciende con los perfumes evaporados y el azafrán de Cilicia chisporrotea en los fuegos encendidos? El fulgor de la llama reverbera en los áureos templos y sus trémulos destellos recorren las altas bóvedas. El pueblo sube a la roca Tarpèya en traje de fiesta, vistiendo el color que a tan fausto día conviene. Van por delante las nuevas fascas, resplandece la nueva púrpura, el nuevo magistrado se sienta en la silla de marfil deslumbradora y los novillos que alimentó la hierba de los prados Faliscos ofrecen a la segur la cabeza nunca sometida al yugo. Cuando Júpiter desde el alto Olimpo contemple el vasto Universo, verá que son romanos todos los pueblos encomendados a su defensa. ¡Salve, día feliz, vuelva cada año más hermoso y más digno de que te solemnice el pueblo rey!

¿Mas cómo explicar tu naturaleza, Jano, de doble cara? Grecia no tiene ninguna divinidad que se te parezca. Dime: ¿por qué razón eres el único de los inmortales que ve al mismo tiempo por delante y detrás? /

Cuando con las tablillas en la mano mi pensamiento agitaba estas cuestiones, esparcióse una luz más brillante que de costumbre en mi morada, y de súbito el santo, el maravilloso Jano de doble forma, aparecióse ante mis ojos. Quedé lleno de estupor, sentí que el miedo erizaba mis cabellos y que un frío repentino me helaba el corazón: el dios, con el báculo en la diestra y la llave en la izquierda, me dirige el primero tales palabras: «Depón el miedo, poeta laborioso del año; aprende lo que anhelas saber y presta

atención a mi discurso. Los antiguos me llamaron el Caos, porque soy cosa muy antigua: oye a qué época tan lejana se remontan mis tradiciones. 'Este aire transparente y los tres elementos que restan, fuego, agua y tierra, formaban una masa común; el choque de los cuerpos opuestos originó su separación, y disuelta la masa cada uno ocupó su nuevo lugar. La llama ascendió a las regiones superiores, extendióse el aire por debajo y el mar y la tierra ocuparon el suelo firme. Entonces yo, que había sido un globo sin imagen precisa, recibí el cuerpo y el semblante de un dios; mas al presente aún conservo reliquias de la confusión de mi primitivo estado, y ostento la misma cara por delante y detrás. Existe otra causa de mi extraña forma; cuando la sepas reconocerás mi poder. Todo cuanto ves dondequiera, cielo, mar, nubes, tierra, se abre y se cierra por mi mano. A mí sólo se ha confiado la guarda del inmenso mundo, y la obligación de hacerlo girar sobre su eje a mí sólo incumbe. Si permito a la Paz salir de mi dichoso santuario, camina libre por interminables vías, y si no encerrase la Guerra con fuertes cerrojos, el orbe entero se inundaría con la sangre derramada. Vigilo las puertas del cielo en compañía de las plácidas Horas, y el mismo Júpiter entra y sale gracias a mis buenos servicios. Por eso me llaman Jano, y cuando el sacerdote lleva al altar la torta de Ceres y la harina mezclada con sal, te reírías de mis atributos; el sacrificador ya me invoca con el nombre de Patulcio, ya de Clusio; la sencilla antigüedad quiso significar con estas diferentes voces mis varios oficios. Conoces mi poder, ahora te explicaré la causa de mi forma, aunque

ya tú la veas, a lo menos en parte. Dos frentes tiene toda puerta, uno de los cuales mira a la calle y otro a los Lares domésticos, y como el portero de nuestras casas, sentado en el umbral, mira a los que entran y los que salen, así yo, portero de la celeste región, observo a la vez el Oriente y Occidente. ¿Ves a Hécate con sus tres caras, que dan a otros tantos lados, para guardar las tres vías de las encrucijadas? Así, para no perder el tiempo volviendo el rostro, se me concede la visión hacia atrás y delante sin mover el cuerpo.» Dijo, y con su aspecto dióme a entender que sería complaciente conmigo si le dirigiese otras preguntas.

Cobré ánimo ya repuesto del temor, rendí gracias al dios, y con los ojos clavados en el suelo pronuncié estas pocas palabras: «Y dime: ¿por qué el año empieza con los primeros fríos? ¿No sería mejor que comenzase en primavera? Entonces todo florece, el tiempo se remoja y la reciente yema brota en el sarmiento hinchado de savia; el árbol se engalana con las hojas nuevas, la semilla germina y alza su tallo en los surcos; en el aire tibio resuenan los gorjeos melodiosos de las aves y los rebaños saltan y juguetean en los prados. Los soles son gratos; la golondrina, después de su ausencia, vuelve y labra el nido de arcilla en las vigas de nuestras casas; el campo se somete al cultivo y deja que lo hienda el arado; por esto se debía llamar la renovación del año.» A mi prolija pregunta contestó de seguida con laconismo, encerrando en dos versos la respuesta: «En invierno comienza y termina el curso del Sol; Febo y el año tienen el mismo principio.» Como extrañara que en

el primer día funcionasen los Tribunales de Justicia, Jano prosiguió: «Te diré el motivo; no quise que los negocios se suspendiesen en el primer día, temeroso de que por tales auspicios el año entero transcurriese en la inacción; así cada cual pone mano en el arte que profesa y declara los trabajos a que se dedica.»

Luego insistió: «¿Por qué, Jano, aunque haga sacrificio a otras divinidades, te ofrezco a ti primero el incienso y el vino?» «Para hallar buen acogimiento en los dioses que reverencias, por mí que guardo la entrada del cielo.» «¿Por qué en el día de tus calendas se pronuncian palabras satisfactorias y damos y recibimos cien parabienes?» Entonces el dios, apoyado en el báculo que su diestra empuñaba, me replicó: «Los presagios suelen sacarse del principio de las cosas. Oís las primeras voces con oídos temerosos, y el augur predice según el vuelo del ave que antes distingue. Los templos se abren, los dioses escuchan atentos, la lengua piadosa no murmura preces en vano y sus dichos tienen gran peso.» Jano acabó su breve respuesta, pero yo no permanecí largo rato en silencio; mis voces se confundieron con las últimas que él pronunció, y dije: «¿Qué significan los dátiles, los higos arrugados y la blanca miel servida en un vaso blanco?» Respondió: «Son presagios que desean aquel sabor a los sucesos, y que el año termine el emprendido curso con su dulzura.»

«Comprendo por qué se regalan cosas dulces; pero dime, ¿por qué se ofrece también dinero? Dimelo, para conocer cuanto atañe al día de tu festividad.» Se rió y contestóme: «¡Oh, cómo desconoces los tiempos, si crees que la miel es más dulce que el dinero!

Apenas conocí uno que otro en el reinado de Saturno a quien el lucro no pareciese harto delicioso. El transcurso del tiempo acrecentó la codicia de atesorar, que ha llegado al colmo, y ya no puede ir más lejos. Las riquezas gozan más estimación que en las primitivas edades, en que el pueblo era pobre y Roma acababa de nacer; cuando Quirino, vástago de Marte, habitaba en humilde cabaña y con los juncos del río se aderezaba el angosto lecho. El gran Júpiter apenas cabía en su reducido santuario, y el rayo que en la diestra empuñaba era de arcilla; ornábase con follaje el Capitolio que hoy deslumbra con piedras preciosas, y los mismos senadores apacentaban las ovejas. Nadie se sentía avergonzado de entregarse al plácido sueño en la paja, ni de reclinar la cabeza sobre un manojo de heno. El cónsul, a poco de dejar el arado, dictaba leyes al pueblo, y se consideraba crimen el poseer una delgada lámina de plata. Mas así que la Fortuna de este lugar levantó la cabeza, y Roma tocó el alto cielo con la frente, crecieron las riquezas y la ansiedad furiosa por amasarlas, y cuanto más se posee más se quiere poseer. Lúchase por adquirir y prodigar, y después por recobrar lo que se prodiga, y estas mismas vicisitudes sirven de alimento a los vicios. Así, los que padecen con el vientre hinchado por la hidropesía, cuanto más beben más se afanan por beber. Hoy reina el oro; la hacienda da los honores y las amistades; al pobre nadie le atiende. Y tú, no obstante, me interrogas si la moneda es de buen auspicio, y por qué reciben con gusto mis manos el cobre antiguo. En otra época se me ofrecían piezas de cobre; en el día, el oro es de mejor

presagio, y la moneda vetusta se declara vencida por la nueva. Aunque aprobamos la sencillez de los antiguos, nos agradan los templos resplandecientes de oro; esta majestad conviene a los dioses: alabamos los usos pasados y nos aprovechamos de los actuales; unos y otros son igualmente dignos de respeto.»

Cesó de instruirme, y, como antes, dirigí de nuevo mis preguntas respetuosas al dios portador de la llave: «He aprendido de ti muchas cosas, ¿mas por qué en las monedas de cobre se graban en el anverso una nave y al reverso una doble cabeza?» «Podrías reconocermé — dice — en esa doble imagen, si las injurias del tiempo no hubieran casi borrado mis rasgos en la vieja moneda. Me falta explicar la razón del navío. El dios que se arma de una hoz, después de haber recorrido el orbe entero, arribó en su nave al río de Etruria. Me acuerdo bien que recibí en esta comarca a Saturno, expulsado por Jove de los reinos celestes; de aquí que se diese a la Tierra el nombre de Saturnia, y también el de Latío, porque en ella se ocultó un dios. Piadosa la posteridad, grabó en las monedas la nave que atestiguaba el arribo del divino huésped. Yo mismo cultivé el territorio de la margen izquierda que bañan las plácidas frondas del arenoso Tíber; aquí, donde ahora se alza Roma, reverdecía una selva respetada por la segur; y la que había de llegar a tanta grandeza, ofrecía pastos a unos pocos toros. Mi ciudadela era el collado que esta edad reverente designó con mi nombre y llamó el Janículo. Yo reiné entonces, cuando la Tierra toleraba a los dioses que solían mezclarse en los poblados con sus habitantes; los crímenes de los mortales aún no ha-

bían ahuyentado a la Justicia, que fué la última de las divinidades en abandonarla. Sin violencias ni castigos, el pueblo se gobernaba por su probidad, y no costaba ningún trabajo guardar el derecho de ser tan justos. No me preocupaba la guerra; defendía la paz y las puertas.» Y enseñándome la llave, dijo: «Éstas son mis armas.»

Callóse el dios; entonces desplegué los labios, y mis preguntas le obligaron de nuevo a contestar. «Habiendo tantos templos consagrados a Jano, ¿por qué tu estatua se reverencia únicamente en el que se eleva entre los dos foros?» Él, acariciándose con los dedos la barba que le caía sobre el pecho, me refirió sin demora la guerra de Tacio, el descendiente de Ebalio, y cómo una infiel guardiana, deslumbrada por los brazaletes de los Sabinos, le descubrió el camino de la ciudadela. «Entonces, como ahora — dijo —, el sitio por donde descendéis era una pendiente que se alzaba sobre el valle y las plazas. Ya Tacio tocaba a la puerta cuyas cerraduras arrancó la pérfida hija de Saturno, y yo, no osando provocar a combate a tan excelsa diosa, eché mano con astucia de mis propios recursos, abrí las bocas de las fuentes, cuyo ministerio me compete, y dí salida repentina a las aguas; pero antes rocié con azufre los líquidos raudales para que el agua hirviente cerrase a Tacio el camino. La estratagema obtuvo pleno éxito; los Sabinos fueron rechazados; el lugar, ya seguro, volvió a la primitiva forma, y junto a reducido santuario se me levantó una ara donde las llamas consumen las sagradas tortas.» «Mas ¿por qué te ocultas en la paz, y sales de tu retiro al movimiento de las armas?» Contestó a

mi pregunta sin tardanza: «Para que halle libre la vuelta el pueblo que parte a la guerra, caen mis cerrojos y las puertas se abren de par en par; una vez terminada, las cierro para que la paz no pueda salir, y cerradas permanecerán largos años, gracias al imponente nombre de César,» dice, y dirigiendo la vista a diversas partes, abraza con sus miradas lo que sucede en todo el orbe. La paz reinaba, y por tu triunfo, ¡oh Germánico!, el Rhin sometía sus libres ondas a su valor. Esfuérzate, Jano, porque sea eterna la paz, eternos los héroes que nos la proporcionan, y el príncipe a quien la debemos trabaje sin descanso en su conservación.

Por lo que pude averiguar en los mismos Fastos, nuestros antepasados consagraron en este día dos templos. La isla que el Tíber rodea, dividiendo sus aguas, recibió a Esculapio, hijo de Febo, y a la ninfa Coronis. Júpiter reside también allí; un mismo lugar venera a entrambos, y el templo del nieto se alza junto al de su ilustre abuelo.

¿Quién me impedirá cantar la aparición y el ocaso de las estrellas? Es misión que he prometido cumplir. Dichosos los hombres que se consagraron los primeros a conocimientos tan elevados y escalaron las mansiones celestes. Debo creer que, al mismo tiempo que dirigían su mente a las alturas, se despojaban de las pasiones humanas. Nada detuvo el vuelo de almas tan sublimes: ni Venus, ni Baco, ni los trabajos del foro, ni las fatigas de la guerra; no les dominó la inconstante ambición, ni la gloria con su mentido brillo, ni la sed de acumular cuantiosas riquezas. Aproximaron a nuestros ojos los astros tan distantes

de la Tierra, y con su genio dominaron los etéreos espacios. Así se conquista el cielo, y no arrojando el Osa sobre el Olimpo y queriendo que la cima del Pelión toque en las mismas estrellas.

Nosotros, pues, conducidos por tan insignes maestros, mediremos la extensión del cielo, y pondremos bajo cada signo los días correspondientes. Así, cuando llegue la tercera noche que precede a las nonas, y la tierra se humedezca con el rocío celeste, en vano intentarás descubrir el Cangrejo de ocho patas que se precipita y esconde bajo las aguas de Occidente. Llegan las nonas, las lluvias torrenciales despedidas de las sombrías nubes anuncian la aparición de la Lira, y cuatro días después se ofrece un sacrificio a Jano en las fiestas Agonales, palabra que puede venir de tu situación, ¡oh ministro!, que con la túnica relevada sacrificas la víctima a los dioses, y dispuesto a teñir en su caliente sangre el desnudo cuchillo, preguntas: «¿Heriré?» Y no lo haces si no se te ordena. Otros creen que el día se llama Agonal porque las ovejas no acuden, sino que son llevadas a la fuerza. Otros opinan que la festividad se llamó Agnalia por nuestros antecesores, quitando a la palabra una sola letra. Acaso dió nombre a tal día el espanto que sobrecoge a la víctima antes de morir, viendo los cuchillos en la fuente del agua. Otros, asimismo, piensan que el vocablo procede del griego, y designa los juegos en que se ejercitaban nuestros antepasados. En el antiguo idioma el ganado se llamaba agonia, y ésta última, a mi entender, es la verdadera interpretación. Lo que parece indudable es que el rey de los sacrificios debe inmolar a los númenes el carnero de

esposos vellones. Se llama víctima la que cae bajo una mano victoriosa, y hostia si se inmola después de rechazar una agresión del enemigo. Antiguamente la torta de trigo y algunos brillantes granos de sal bastaba a reconciliar al hombre con los dioses. La nave extranjera que surcaba los mares aún no nos había traído las lágrimas de la mirra, ni el Éufrates nos enviaba el incienso, ni la India el costo oloroso, ni conocíamos los hilos del rojo azafrán. El ara humeaba satisfecha con las hierbas sabinas y el laurel que chisporroteaba en el fuego. Pasaba por rico quien a las guirnaldas entretejidas con flores campestres podía añadir las violetas, y el cuchillo que al presente desgarrá las entrañas del robusto toro no tenía entonces ninguna misión en los sacrificios. Ceres se regocijó la primera con la sangre de la ávida puerca, condenada en justicia a la muerte por destruir los gérmenes de las plantas, pues descubrió a la llegada de la primavera que las bestias de ásperas cerdas le devoraban las semillas ya hinchadas de lácteo jugo. La puerca sufrió el condigno castigo, y tú, macho cabrío, aterrado por el ejemplo, debieras haberte abstenido de rumiar los sarmientos. Alguien te sorprendió clavando en las vides los dientes, y con ánimo encolerizado prorrumpió en tales términos: «Roe, macho cabrío, la vid, mas no por eso dejará de producir el vino que se derrame en tus cuernos cuando te lleven al ara del sacrificio.» La profecía se cumplió, y el delincuente, entregado a ti, ¡oh Bacol, cayó con los cuernos rociados de vino. Mató a la puerca su culpa lo mismo que al macho cabrío; mas ¿qué delito cometieron el toro y las inocentes ovejas?

Lloraba Aristeo contemplando la pérdida completa de sus abejas y los panales nacientes destruidos, cuando su madre, habitadora de las ondas, se esforzó por consolar tanto duelo, y acabó sus persuasiones con estas últimas frases: «Hijo mío, reprime las lágrimas. Proteo aliviará tu daño, y te dará medios de reparar la pérdida que te aflige; mas para que no te turbe con sus transformaciones, átale las manos con fuertes lazos.» El joven se acerca al adivino, sujeta los brazos del viejo habitador de las olas entregado al sueño, el cual, valiéndose de su arte, se transforma de aspecto, mas al fin, vencido por las ligaduras, vuelve a su primitivo ser, y sacudiendo el rocío de la cerúlea barba, le pregunta: «¿Quieres saber cómo restaurarás tus panales? Mata un novillo, sepulta en tierra su cuerpo, y lo que exiges de mí te lo dará él.» Hace el pastor lo que se le manda; los enjambres brotan ruidosos en las carnes putrefactas del toro, y a costa de una vida se producen millares.

Un hado fatal persigue a la oveja; tuvo el atrevimiento de rumiarse las verbenas que una vieja piadosa solía ofrecer a las divinidades campestres. ¿Qué animal estará seguro cuando son inmolados en las aras el rebaño que nos proporciona la lana y el buey que labra nuestros campos? El Persa aplaca con la muerte de su caballo al radiante Hiperión, por no ofrecer a éste rápido dios víctimas de lento paso. La cierva murió la primera vez por una virgen en el ara de la triple Diana, y todavía se sacrifica, aunque no haya necesidad de salvar a ninguna virgen. Yo he visto a los sapeos y los habitantes del nevado Hemo llevar las entrañas de los perros al altar de Hécate. El asno

se sacrifica en honor del rígido guardián de los campos; la causa fué bastante vergonzosa, pero digna de tal dios.

Grecia celebraba la fiesta de Baco coronado de hierba en época fija; cada tres inviernos acudían solícitos los dioses, sus amigos y todos aquellos que amaban sus placeres. Los Pan, los Sátiros, jóvenes propensos a la lascivia, y las Ninfas que habitan en los ríos y las campiñas solitarias; el viejo Sileno acudía en su asno, cabizbajo, y el dios que espanta con el falo rojo a las tímidas aves; llegaron todos a un sombrío bosque que invitaba a deleitosos esparcimientos y se reclinaron sobre helechos de fresco césped. Baco servía el vino; cada cual se coronó de follaje, y un arroyuelo brindaba sus aguas que se bebían con sobriedad; allí aparecieron las Náyades, unas con los cabellos sin peinar, otras los disponían con arte seductor sobre la frente, ésta con la túnica alzada a las rodillas sirve a los invitados, la otra se quita el velo que oculta su seno, cuál descubre la espalda, cuál roza con el vestido la hierba y no sujeta con lazo alguno sus pies delicados. Unas abrasan en dulces fuegos a los Sátiros y otras al dios que ciñe las sienes con ramas de pino. También despiertan tus insaciables deseos, lujurioso Sileno, cuya liviandad aún no te permite parecer viejo. El rubicundo Priapo, honor y defensa de los jardines, habíase prendado de Lotis entre todas aquellas beldades: la desea, la solicita, suspira sólo por ella, se lo da a entender con el ademán, y pide que le corresponda. La arrogancia es propia de las bellas; la soberbia, condición de la hermosura, y ella le desprecia burlándose de su ansie-

dad. Era de noche, los cuerpos aletargados con el vino yacían aquí y allá por el suelo en dulce sopor. Lotis, fatigada de tanto fuego, tendióse aparte, sobre un lecho de césped, a la sombra de los acebos; su amador se levanta, contiene la respiración, y rozando apenas el suelo con los pies, avanza silencioso. Así que toca en el secreto retiro donde duerme la hermosa Ninfa, ahoga el aliento para que el ruido no la despierte, y ya tendía su cuerpo sobre la hierba en que ella reposaba entregada a profundo sueño. Llé-nase de regocijo, y apartando el velo que le cubre los pies, en el momento que la suerte feliz le lleva al logro de sus votos, rebuzna el asno en que cabalgada Sileno y sus roncós sonidos fueron harto intempestivos. La Ninfa se incorpora sobresaltada, rechaza con las manos a Priapo, que, al huir, alborota el bosque, y el dios, aún armado para las luchas de Venus, y descubierto a los rayos de la Luna, fué la irrisión de todos. El asno que produjo aquel clamor pagó su culpa con la vida, y de aquí viene que sea una víctima grata al dios del Helesponto.

Hubo un tiempo en que se os respetaba, inocentes avecillas, habitadoras de las selvas y delicias de los campos, que construís vuestros nidos, que resguardáis los huevos con las alas y emitís por la ágil garganta dulcísimas melodías; pero de nada os sirven tales prendas: vuestros cantos son delitos; los dioses os acusan de haber divulgado sus designios, y no es falsa la imputación; como vivís próximos a ellos, ya dais infalibles oráculos con el vuelo, ya con el canto. Por eso la prole de las aves, largo tiempo respetada, al fin roció de sangre las aras, y los dioses aceptaron

con alegría las entrañas en que se interpretaba su voluntad. Por eso la cándida paloma, separada con frecuencia de su fiel esposo, muere abrasada en el sacro fuego, y la defensa del Capitolio no redime al ganso de servir sus exquisitos hígados en tus fuentes, ¡oh hija de Ínacól, y a la diosa de la noche inmólase el ave de roja cresta, cuyo canto matinal apresura la aparición del Sol.

En seguida el signo brillante del Delfin surge del piélago y domina las olas que tiene por patria. El día siguiente divide el invierno en dos partes, la que ha de transcurrir igual a la pasada; al otro, la Aurora, abandonando el lecho de Titón, contempla la solemnidad pontifical de la Ninfa de Arcadia, y en el mismo se edificó a la hermana de Turno un templo en el sitio del campo de Marte que riega la fuente Virginal. ¿Dónde descubriré el origen de tales ritos? ¿Quién dirigirá mis velas a través de este mar?

Ilumínate, Carmenta, que debes tu nombre al lenguaje de la poesía; favorece mis propósitos, a fin de que el error no oscurezca el brillo de tus festejos. Creada antes que la Luna, si hemos de creer lo que dice de su origen, la Arcadia se llamó así del gran Arcas. Aquí vivió Evandro, esclarecido por la sangre de su padre y más noble por la de su madre, de estirpe celestial, que desde el momento de encender la inspiración en su ánimo, pronunciaba verídicos oráculos llenos de espíritu divino. Ella había predicho las vicisitudes que le amenazaban a sí misma y a su hijo, y otros cien sucesos que el tiempo vino a confirmar. El joven huyó con su madre harto veraz, abandonando la Arcadia y los Lares de Parrasio, y la madre, vién-

dole llorar : «Seca esas lágrimas — le dijo —; precisa que sobrellevés con entereza la adversa fortuna. Así lo decretaron los hados; no te destierran tus culpas, sino un dios ofendido es el que te expulsa de la ciudad; no padeces el castigo que mereciste de tu culpa, sino la cólera de un numen; en las grandes calamidades consuela mucho ser inocente. Siguiendo los dictados de la conciencia que le recuerda sus acciones, el hombre alienta en el pecho ya la esperanza, ya el temor. No te lamentes como si fueses el primero que sobrellevase tales trabajos; esta tempestad la han arrostrado héroes insignes. Lo mismo padeció Cadmo, arrojado en otro tiempo de las playas de Tiro, que se detuvo en Aonia como lugar de su destierro. Lo mismo aconteció a Tideo y a Jasón, el héroe de Pagaso, y otros mil que sería prolijo enumerar. El varón fuerte en toda tierra halla su patria, como el pez en las olas, como las aves en la vasta extensión de los aires; la tempestad no se desencadena durante un año entero, y créeme, llegarás a gozar días primaverales.» Evandro fortalece su resolución con las palabras maternas; hiende las olas y arriba a Hesperia, y por los consejos de la docta Carmenta, penetra en el Tíber con su nave y remonta las aguas de este río toscano. La Ninfa dirige la vista por la margen donde se extienden los pantanos de Terento y las cabañas diseminadas en aquellos parajes solitarios, y de repente corre a la popa con los cabellos en desorden, y con torva mirada detiene la mano del piloto, y luego, extendiendo los brazos hacia la diestra ribera, como si delirase, golpea con el pie tres veces el suelo de pino y con dificultad pudo impedir

Évandro que saltase, impaciente por pisar la tierra, oyéndola exclamar: «¡Salud, dioses de estos lugares; salud, tierra que has de dar al Olimpo nuevas divinidades; ríos y fuentes que amenizáis este suelo hospitalario, Ninfas de las selvas, coros de las Náyades, sed de buen agüero para mí y para mi hijo y haced que pise vuestra ribera con planta venturosa! ¿Es ilusión mía o en estas colinas se han de alzar murallas formidables y esta región impondrá leyes a toda la Tierra? El imperio del orbe se ha prometido a estos montes, ¿quién creará que se le reservan tan altos destinos? Ya las naves de Dárdano arriban a los litorales donde una mujer dará ocasión a nuevas guerras. ¡Oh, hijo mío! ¡Oh, Pallas!, ¿por qué vistes las funestas armas?; pero vístelas, morirás y tendrás un ilustre vengador.

» Troya vencida volverá a triunfar, renacerá de sus cenizas, y en ellas quedarán sepultados sus enemigos. Abrasad la Pérgamo de Neptuno, llamas vencedoras; un montón de cenizas se alzaré sobre el Universo. Ya el piadoso Eneas trae las reliquias sagradas con su padre no menos sagrado; ¡oh, Vestal, recibe a los dioses de Ilión. Llegará tiempo en que el mismo Pontífice vele por vosotros y el Universo, y el mismo día alumbrará vuestros sacrificios, y la defensa de la patria correrá a cargo de los Césares, porque los dioses ordenan que esta familia tome las riendas del Imperio. El hijo y el nieto de un dios, aunque lo rehuse, sostendrá el peso de la herencia paterna con su divino poder; recibirá, como en otra edad, eternos honores, y Julia Augusta se sentará entre los númenes.» Así que sus predicciones llegaron a los hechos de

nuestra época, la voz de la profetisa se redujo al silencio. El desterrado descende de la nave y pisa la tierra de Lacio; ¡dichoso a quien se impone tal lugar de destierro! No pierde momento, edifica la nueva ciudad y ninguno reinó más poderoso que el Árcade en las montañas de Ausonia.

Entonces fué cuando el héroe de la clava, después de haber recorrido las regiones del orbe, condujo allí los toros de Euritea; y mientras goza la hospitalidad de la casa de Evandro, su rebaño, sin guardián, vagaba por las dilatadas llanuras. Una mañana, el huésped Tirintio notó, al despertar, que le faltaban dos toros. En vano inquirió las huellas del hurto; Caco había arrastrado por la cola los animales a su antro; Caco, terror y oprobio de las selvas del Aventino y salteador cruel de indígenas y extranjeros, hombre de cara horrible, fuerza prodigiosa, enorme corpulencia y monstruo que tenía por padre a Vulcano. Habitaba una caverna de inmensa profundidad e inaccesible a las mismas fieras; sobre los postes de la entrada véanse cabezas y brazos suspendidos, y la tierra escabrosa suele blanquear con los huesos de las víctimas. Ya el hijo de Jove se disponía a marchar, renunciando a los toros mal vigilados, cuando un ronco mugido descubre el hurto, y exclama: «Esta señal será mi guía»; y siguiendo la voz, resuelto a la venganza, se encamina al antro espantoso a través de la selva. Caco obstruyó la entrada con un bloque de la montaña, que apenas serían capaces de arrastrar cien yuntas de bueyes. Hércules lo carga sobre sus espaldas que sostuvieron el cielo, y arranca esforzado tan vasta mole que, al caer y derrumbarse

con estruendo fragoroso, se estremece el éter y hunde la tierra, oprimida por su enorme peso. Caco se apresta en seguida a la lucha, y combaté feroz con las rocas y los troncos de los árboles; mas cuando ve que nada le aprovecha la fuerza, recurre a las artes paternas: vomita por la boca con estrépito torrentes de llamas, y cuantas veces las arroja, diríase que respiraba Tifón o que vibraban súbitos rayos los hornos del Etna. Hércules le sale al encuentro, levanta la nudosa clava y la descarga tres o cuatro veces sobre la frente del adversario, que cae, y vomitando humo mezclado con sangre, hace gemir la tierra aplastada por su pecho descomunal. El vencedor te inmola, ¡oh Júpiter!, uno de aquellos toros; llama a Evandro y sus labriegos y les pide que eleven el ara que se llamará Máxima, en la parte de la ciudad que se conoce por el Boario. La madre de Evandro no oculta que se aproxima el plazo en que la Tierra cesaría de poseer a su Hércules, y la feliz profetisa, que vivió tan amada de los dioses, preside como diosa este día del mes de Jano.

En los idus, un casto sacerdote ofrece a las llamas, en el templo del sumo Jove, las entrañas del carnero castrado, y el mismo día todas las provincias reconocieron la autoridad del pueblo romano y dióse á tu abuelo el nombre de Augusto. Lee las Inscripciones de las imágenes que adornan los palacios de los nobles y verás que ninguna conquistó título tan excelso. Escipión, por su victoria, se llama el Africano; otro se distingue por la derrota de los Isaurios o haber domado a los Cretenses; a éste enorgullecen los Númidas; a aquél, la salvación de Mesina; quién,

conquistó timbres destruyendo a Numancia, y Druso halló en Germania la gloria y la muerte. ¡Oh dolor, cuán poco brilló su esfuerzo! Si César adoptase los nombres de los pueblos vencidos, tendría que tomar los de todos los que componen el Universo. Quiénes son célebres por una sola hazaña, como la conquista de un collar o la ayuda de un cuervo, que los han hecho célebres; el título de Magno, dado a Pompeyo, es la medida de sus grandes empresas; mas el que lo venció fué mayor todavía. Nadie sobrepuja el honroso dictado de los Fabios, ilustre familia que por sus méritos se llamó Máxima; sin embargo, a todos ellos se adjudican honores simplemente humanos, mientras César divide su gloria con el soberano Jove. Nuestros padres llamaron a las cosas santas, augustas; augustos se dicen los templos consagrados según los ritos por mano de los sacerdotes, y de la misma palabra se deriva la de augurio, y todo lo que aumenta merced al favor de Júpiter. Así acreciente el Imperio de nuestro caudillo, prolongue sus años y la corona de encina proteja la puerta de nuestras moradas, y bajo los auspicios de los dioses, el heredero de tan alto renombre sostenga la carga del Imperio del mundo con tanta felicidad como su padre.

Quando el Sol resplandezca por tercera vez después de los idus, se solemnizará la fiesta de la Ninfa de Arcadia. En otros días las madres de Ausonia montaban los carros llamados carpentas, voz que a mi entender proviene de la madre de Evandro. Una ley les privó de este honor, y las matronas, indignadas, acuerdan negar la prole a sus ingratos maridos, y, a fin de evitar el alumbramiento, hubo alguna te-

meraria que, con ciega violencia, hizo abortar prematuramente el fruto de sus entrañas. El Senado castigó a las esposas que realizaron tales atentados; mas dícese que también restableció el honor de que se las privara, ordenando dobles sacrificios a la diosa Carmenta, por la conservación de las jóvenes y las doncellas. En su templo no es lícito introducir despojos de animales muertos, para que no contaminen la pureza del santo lugar.

Si amas los antiguos ritos, escucha la plegaria del sacerdote y oirás voces para ti no conocidas; invoca a Porrima y a Postverta tus hermanas, o a las compañeras de tu hija, Ninfa del Menalo; dícese que la una cantaba los sucesos del pasado y la otra revelaba los secretos del porvenir.

El siguiente día, ¡oh dulce Concordia!, te erigió un templo de blanco mármol, junto a las gradas suntuosas que conducen al de Juno Moneta; ahora ya puedes extender tus amorosas miradas sobre la tierra del Lacio; manos sagradas han restablecido tu culto. En época remota, Furio Camilo, vencedor de los Etruscos, elevó tu santuario en cumplimiento de votos solemnes hechos cuando el pueblo rebelde tomó armas contra el Senado, y Roma temió los efectos de su propia pujanza. Los motivos recientes son más venturosos; La Germania, caudillo venerable, depuso a tus plantas su cautiva cabellera y consagraste la ofrenda de la nación vencida, elevando un templo a la diosa que más reverencias. Tu madre, la única mujer digna de dividir el tálamo del poderoso Júpiter, la dotó de altar y de ricos presentes.

Una vez transcurridas estas festividades, dejando

el Capricornio, ¡oh Febol!, entras en el signo del joven que vierte el agua, y así que el astro del día se haya sepultado siete veces en el Océano, ya no resplandecerá en el cielo la brillante Lira, y tras su ocultación, al venir la noche, habrá desaparecido la estrella que refulge en el pecho del León.

He releído tres y cuatro veces los Fastos que señalan el orbe de los tiempos, sin dar con el día dedicado a la fiesta de las semillas, y la Musa me dijo notando mi extrañeza: «Ese día se determina todos los años; ¿por qué exiges que los Fastos consignen solemnidades que no pueden someterse a reglas fijas?» Pero si el día es variable, no así la estación, que es aquella en que los granos depositados en los surcos comienzan a germinar. Bueyes coronados de follaje, descansad en los abundantes pesebres hasta que el tibio aliento de la primavera reclame de nuevo vuestras labores. Suspenda el labriego de una estaca el arado, que ya cumplió su misión; con el frío, los campos llevan a mal las heridas del hierro. Granjero, una vez que deposites las semillas, deja descansar la tierra, y que reposen sus cultivadores. Que el lugar arda en fiestas; colonos, purificad vuestras viviendas y ofreced las tortas anuales a los dioses campestres. Bríndad a la Tierra y a Ceres, madres de las cosechas, el jarro que se les debe y las entrañas de una puerca preñada. Ceres y la Tierra presiden en mancomún la agricultura: la una fecundiza las simientes; la otra las acoge en su seno. Diosas potentes y esforzadas que ahuyentasteis la antigua barbarie, substituyendo la bellota de la encina por más dulces alimentos, colmad al labrador insaciable con abundantísimos fru-

tos, para que sus trabajos obtengan la debida recompensa. Procurad que no cese el crecimiento de las tiernas semillas y que el rigor de la nieve no quemé los recientes tallos. Cuando sembremos, abrid el cielo a los benéficos vientos y después regad las simientes con una lluvia bienhechora. Evitad que los dones de Ceres sean devastados por esas falanges de aves, azote de las siembras, y vosotras, hormigas, respetad las semillas esparcidas y vuestra provisión será mucho mayor acabada la siega. Entretanto, crezca la mies libre del anublo pernicioso y no palidezca ni enferme por las inclemencias del cielo; que no la destruya el raquitismo, ni la excesiva lozanía venga a ocasionarle la muerte; que no se descubra la cizaña repulsiva a la vista, ni la avena estéril se levante en el abierto surco, y el campo nos rinda con usura el trigo, la cebada y la harina que ha de sufrir dos veces la prueba del fuego.

Esto es, colonos, lo que pido para vosotros, lo que debéis desear, que una y otra diosa acudan con sus mercedes a vuestras paces. Las guerras ocuparon muchos siglos a los hombres; por el acero despreciaban la esteva y al toro por el caballo. Los almocafres descansaban, los azadones se convertían en dardos, y forjábanse espadas de los toscos rastrillos. Gracias a los dioses y los héroes de tu casa, sujeta con cadenas la Guerra, por fin la tenemos postrada a nuestras plantas. Oprima el yugo al toro y caiga la semilla en los abiertos surcos del campo; la paz alimentó a Ceres; Ceres es amiga de la paz.

En el sexto día que precede a las calendas alzóse el templo a los hijos de Leda, dos hermanos descen-

diénte de los dioses; lo dedicaron a estos dos hermanos inmortales cerca del lago de Juturno. El mismo canto me conduce al ara de la Paz en el penúltimo día del mes. Ven, ¡oh Paz!, con las sienes ceñidas por los laureles de Accio y extiende tu benévolo influjo en la inmensidad del orbe. Faltando los enemigos, falta la ocasión de nuevos triunfos; tú serás para nuestros caudillos una gloria mayor que la Guerra. El soldado lleva sólo las armas para prevenir alteraciones y la trompeta bélica no anuncia más que festivas pompas. Tiemblen ante los descendientes de Eneas los dos confines del mundo y amen a Roma los que ya no la temen. Sacerdotes, quemad el incenso en las llamas del altar, y la blanca víctima caiga herida en la frente; rogad a los dioses inclinados a los píos votos, que conservemos la Paz con la familia que nos la permite gozar; pero ya he concluído la primera parte de mi trabajo, y el libro toca a su fin con el mes que he cantado.

LIBRO SEGUNDO

Jano ha terminado; el año crece al compás de mi canto; comience el segundo libro con el mes siguiente. Desplegad ahora velas más audaces, dísticos de la elegía; recuerdo que antes erais cosa de leve importancia. Cierto que os hallé obedientes mensajeros del amor, cuando en mi primer juventud escribí mis poesías juguetonas; mas hoy canto las fiestas religiosas y el orden de los tiempos que consignan los Fastos.

¿Quién había de creer que de tan humildes principios había de llegar a tanta altura?

Es mi modo de pelear; llevo las armas que puedo, y mi diestra no permanece del todo inactiva. Si no sé lanzar el venablo con robusto brazo ni oprimir los ijares del corcel belicoso, si no me cubro con el yelmo ni ciño el agudo acero, en cuyos ejercicios sobresale cualquiera, en cambio, ¡oh César!, mi pecho reconocido entona tus alabanzas y publica tus títulos gloriosos. Ven en mi ayuda y recibe con benévolo aspecto mis presentes, si los cuidados de vencer al enemigo te dejan un momento libre.

✓ Nuestros padres llamaron Februa a las ceremonias expiatorias, y hoy mismo acreditan esta significación múltiples señales. En el antiguo idioma se daba el nombre de Februa a la lana que reciben los pontífi-

ces del rey de los sacrificios y el flamen; así se llamó al farro tostado con la sal que lleva el lictor a las casas que se han de purificar y al ramo cortado de un árbol puro que ciñe con su follaje la casta frente de los sacerdotes. Yo he visto a una flamina, que pedía los medios de la expiación, a la que se dió una rama de pino. En fin, nuestros antepasados, de lengua barba, entendían por tal voz todo aquello con que expiamos nuestras culpas; así el mes se llamó Febrero, porque los Lupercos, con sus azotes de cuero, limpian los lugares que deben ser purificados o porque los tiempos son más puros, cuando se ofrecen los sacrificios a los Manes de los muertos, una vez pasados los días de las fúnebres ceremonias.

Creían nuestros abuelos que la expiación podía borrar todo crimen, toda huella de maldad. Esta creencia tuvo origen en Grecia, y, según ella, el criminal, después de la lustración, quedaba libre de sus actos punibles. Peleo purificó al descendiente de Actor, y el mismo Peleo fué purificado de la muerte de Foco por Acasto en las aguas de un río de Hemonia. El crédulo Egeo prestó inútil socorro a la hija de Fasis, arrebatada por los aires en un carro de dragones. «Absuélveme de mi parricidio», prorrumpió el hijo de Anfiarao a la margen del Aqueloo de Naupacta, y el río lo purificó de su crimen. Superstición grosera la de creer que puede lavarse en las ondas de un río la mancha sangrienta de un crimen atroz.

Sin embargo, para que no yerre tu ignorancia en el orden antiguo de los meses, el primero fué antes, como lo es hoy, el mes consagrado a Jano; el que le sigue era el último del año antiguo, y tú, ¡oh dios

Término!, ponías fin a las sagradas ceremonias. El mes de Jano venía el primero, como la puerta da entrada a nuestras viviendas, y el último era el consagrado a los Manes que residen en la extremidad del mundo. Se cree que los decenviros aproximaron después estos meses tan distantes el uno del otro. Es fama que el primer día se erigió el nuevo templo de Juno Sospita, próximo al de la madre de los dioses. Me preguntas dónde están aquellos monumentos consagrados a las diosas en las calendas. El tiempo los destruyó y los restantes se hubiesen hundido con igual ruina a no impedirlo la solicitud de un héroe augusto. Bajo su Imperio la vejez no imprime estragos en los santuarios y obliga lo mismo a los hombres que a los númenes. Edificador y restaurador santo de los templos, ruego a los inmortales que con la suya recompense tu solicitud, que prolonguen tu vida los años con que prolongas las celestes viviendas y permanezcan incólumes en su asiento para favorecer la dicha de tu casa. Entonces se celebra la fiesta del vecino Asilo, a la margen del Tíber y no lejos de su desembocadura en el mar. La sangre de una oveja rocía el santuario de Numa y el templo del Capitolio alzado a Júpiter Tonante, y con frecuencia el Austro preñado de nubes descarga lluvias abundantes que cubren la tierra con un manto de nieve.

Al siguiente día, cuando el Sol corra a sepultarse en las ondas de Hesperia, y suelte los caballos purpúreos de su carro cuajado de pedrería, por la noche exclamará alguno poniendo los ojos en el cielo: «¿Dónde está la Lira que resplandecía ayer?» Y mientras pregunte por la Lira, notará de súbito al León

medio sumergido en las aguas. El Delfin que contemplabas ha poco coronado de estrellas, desaparecerá de tu vista a la noche inmediata, ya fuese aquel cuyas felices indicaciones protegieron los secretos amores de Neptuno, ya el que condujo sobre las espaldas al poeta de Lesbos con su lira. En el mar y la tierra, ¿quién no conoce a Arión, que con su canto encadenaba el curso de los ríos? Cien veces el lobo que perseguía a la oveja se detuvo a oír su voz, y la oveja cesó en la fuga ante su voraz perseguidor. Cien veces los canes y las liebres reposaron bajo la misma sombra, y la cierva en la montaña sintió el aliento del león, la corneja locuaz vivió en armonía con el ave de Palas y la paloma voló junto al gavilán. Es fama, insigne vate, que Diana, arrebatada no pocas veces por tus cantos, creyó escuchar los de su hermano. El nombre de Arión resonaba en las ciudades de Sicilia, la magia de su lira fué la admiración de los que habitaban las costas de Ausonia, y de allí se embarcó para regresar a la patria, cargado con los tesoros que debía a su arte. ¡Infeliz!, ¿por ventura temías los vientos y las olas cuando el mar te brindaba refugio más seguro que el de la nave?; pues el piloto levanta contra ti el acero desnudo, y los brazos armados de la chusma se disponen a matarte. ¿Qué intentas con la espada, piloto?; dirige el rumbo del navío; esas armas son impropias de tus manos. Arión les dice sin miedo: «No os ruego que me perdonéis la vida; mas concededme que tome la lira y le arranque algunos sonidos.» Le conceden esta dilación por befa, y él se ciñe la corona que podría adornar las sienes de Apolo, se cubre con el manto dos veces teñido en la

púrpura de Tiro y las cuerdas pulsadas por sus dedos producen divinas melodías como el cisne de blancas plumas atravesado por flecha cruel exhala antes de morir sus flébiles querellas. De pronto, sin despojarse de sus ricos vestidos, salta a las olas y salpica el costado de la nave con las cerúleas aguas, y en seguida, ¡caso increíble!, un delfín recibe en la corva espalda aquella nueva carga. Arión toma asiento con la cítara en la mano, canta para pagarle el precio del pasaje, y con su canto calma el enojo de las ondas marinas. Los actos piadosos no se escapan a la penetración de los númenes; Júpiter colocó al delfín entre los astros y dispuso que le rodeasen nueve estrellas.

¡Que no tuviera yo cien bocas y no alentase en mi pecho la inspiración, ¡oh viejo de Meonial, con que eternizaste al gran Aquiles! Mientras en versos desiguales celebro las sagradas nonas, llega el día que difunde la luz más esplendorosa en los Fastos. El ingenio me abandona, la empresa sobrepuja a mis fuerzas y tengo que conmemorar este día con viriles acentos. ¿Por qué en mi locura quise abrumar con tanto peso a la débil elegía, cuando el sujeto reclama los versos heroicos?

Padre sagrado de la patria, a quien la plebe, los senadores y el orden ecuestre aclaman con este nombre, aunque ya lo habías conquistado antes, recibiendo tarde de nosotros tan excelso título, pues de larga fecha eras el padre del Universo, tú serás invocado en la tierra como Júpiter en el Olimpo, tú eres el padre de los hombres y éste el de los dioses. Rómulo concédele la primacía; bajo su gobierno se han he-

cho inexpugnables las murallas que tú levantaste, y que Remo pudo fácilmente asaltar. Tú sometiste a Tacio, a Cenina y al reducido pueblo de Cures, y César impera en todas las tierras que el Sol ilumina. Tú conquistaste no sé qué pequeño rincón de tierra, y César mira a sus plantas los países que viven bajo la bóveda celeste. Tú fuiste un raptor, y César vela por la castidad de las esposas. Tú abres un Asilo en el bosque; él rechaza a los criminales. Tú gozabas con la violencia, y bajo César florecen las leyes. Tú alcanzaste el título de dueño; César el de príncipe; la sangre de Remo es tu acusadora; él perdona a los enemigos; recibiste la divinidad de tu padre, y él la dió al suyo.

El joven del Ida asoma la cabeza en el horizonte, esparce aguas puras mezcladas con néctar, y el que solía estremecerse con el aliento del Bóreas, se alegra sintiendo el soplo templado de los Céfiros. El lucero de la mañana extendió cinco veces sus espléndidos cabellos sobre las ondas marinas: estamos al principio de la primavera; sin embargo, no te engañes, aún no han terminado los fríos; el invierno al despedirse deja todavía tras sí huellas profundas. A la tercera noche observarás que el guardián de la Osa descubre sus dos pies. Entre las Hamadriadas y la cazadora Diana, Calisto formaba parte del sagrado cortejo, y poniendo sus manos sobre el arco de la diosa, exclamó: «Arcos que toco, sed testigos de mi virginidad.» Cintia la aplaude, y le dice: «Guarda fielmente tu promesa y serás la principal de mis compañeras.» Ella hubiese acreditado su juramento a no ser tan hermosa; se defendió de los mortales, pero sucumbió

ante Júpiter. Un día, a la hora en que el Sol toca o pasa la mitad de su carrera, Febe regresaba de los montes en que había cazado multitud de alimañas, penetra en sacro bosque sombreado por el ramaje de las encinas y allí descubre una fuente de cristalinas aguas, y le dice: «Virgen Tegea, bañémonos en esta escondida selva», y Calisto se sonroja al oír el falso nombre de virgen. Ordena lo mismo a las Ninfas; todas se quitan los vestidos; Calisto se avergüenza; con la lentitud da indicios de su falta; se despoja de la túnica, y el vientre abultado por el peso que lleva manifiesta la culpa cometida. La diosa exclamó: «Hija perjura de Licaón, abandona el coro de las vírgenes, y no manches la castidad de las aguas en que nos bañamos.» La luna creciente habíase renovado diez veces, cuando aquella que pasaba por virgen vino a ser madre. Juno se enfurece celosa, y muda la forma de la joven. ¿Por qué la castigas? Contra su voluntad recibió a Júpiter por amante. Así que convirtió a su rival en una bestia salvaje, exclamó: «Que Júpiter vuelva a estrecharla en sus brazos», y la que meses antes había sido amada por el padre de los dioses, erraba como una osa deforme por las ásperas montañas.

Ya contaba tres lustros de edad el joven nacido de esta unión furtiva, cuando su madre le encontró en los bosques; le reconoce, se detiene enloquecida, y gime, porque sólo podía hablar por gemidos. El mozo, ignorante, se dispone a traspasarla con su venablo; pero uno y otra son arrebatados a las mansiones celestes, y los dos brillan [próximos entre las constelaciones: la que llamamos Areto, la primera, y Are-

tofilax, la siguiente. Mas el rencor de Juno aún los persigue, y obtuvo de la blanca Tetis que la Ninfa del Menalo nunca se bañe en sus ondas.

En los idus humean los altares de Fauno, el dios campestre, en la isla que la corriente del Tíber estrecha con sus brazos. Tal día vió sucumbir en los campos de Veyes los trescientos seis Fabios. Una sola familia tomó a su cargo la defensa de la ciudad, y cuantos la componían empuñaron las armas en cumplimiento del deber. Salen del mismo campo los valerosos soldados, y cualquiera de ellos tenía capacidad para mandar la hueste. La vía de la puerta Carmental está próxima al templo de Jano, que se alza a la derecha: quienquiera que seas, no pases por allí; es de presagio fatal. La fama dice que los trescientos Fabios salieron por ella, y aunque sin culpa del suceso, no obstante pronostica desastres.

Así que se acercan con rápida marcha a la margen del impetuoso Cremera, que corría enturbiado por las aguas invernales, establecen el campamento, desenvainan las espadas y atacan con vigor a las falanges de los Tirrenos como se lanzan los leones de las montañas de Libia sobre los rebaños dispersos en la vasta llanura. Los enemigos huyen, reciben por la espalda ignominiosas heridas y la sangre toscana enrojece la tierra. Vencidos por segunda vez, y otras muchas, desesperan del éxito en campo abierto, y tramam pérfidos ataques de emboscadas. Había una llanura extensa que las colinas cerraban a lo lejos con una selva, guarida de salvajes fieras; allí dejan algunos combatientes y escasos rebaños, y ocultan el grueso del ejército entre la fragosidad de los árboles.

De pronto, como el torrente hinchado por copiosas lluvias, o por la nieve que derrite el soplo del Céfito, inunda caminos y sembrados, y, como antes solía, no resbala preso entre sus márgenes, así los Fabios irrumpen en el valle por uno y otro lado y atropellan a cuantos alcanzan sin que el temor les amilane. ¿A dónde te despeñas, familia valerosa? No fies del enemigo; tema los ocultos dardos tu arrestada nobleza. La astucia triunfa del valor; los Tirrenos surgen por todas partes, invaden la llanura y cierran las salidas. ¿Qué hará aquel puñado de valientes contra tantos millares? ¿Qué partido tomará en situación tan afflictiva? Como el jabalí lanzado lejos de las selvas de Laurento destroza los ágiles perros con sus colmillos fulminantes y, por último, él también sucumbe, así aquellos no mueren sin venganza y dan y reciben sangrientas heridas. Un solo día lanzó a todos los Fabios al combate, y un solo día los vió perecer. Créese que los dioses decretaron no destruir la descendencia de esta familia, que provenía de Hércules; pues un niño, y en su consecuencia inútil para las armas, quedó en Roma de la sangre de los Fabios, para que un día pudieses nacer tú, ¡oh Máximo!, que con tu prudente lentitud salvaste la República.

En el mismo espacio del cielo se distinguen el Cuervo, la Serpiente y, entre los dos, la Crátera, que, invisibles el día de los idus, aparecen a la noche siguiente; y voy a referir por qué brillan tan próximas unas de otras.

Febo preparaba a Jove una solemne festividad (mi relato no se detendrá en largas digresiones), y dijo al cuervo: «Vuela, ave mía, y tráeme un poco de agua

de las fuentes cristalinas, a fin de no retrasar el piadoso sacrificio.» El cuervo sujeta una crátera de oro en las corvas garras, y hiende veloz las rutas aéreas. Observa una higuera de espeso ramaje con los frutos aún no maduros, les clava el pico y no los halla en perfecta sazón. Dicen que olvidando las órdenes recibidas, se detuvo en el árbol, y esperó que los frutos madurasen con el tiempo; entonces se hartó de ellos, y después, entre las negras uñas prende una larga culebra, vuela a presencia de su señor y le refiere semejante falsedad. «Ésta ocasionó mi tardanza; guardiana de las aguas vivas de la fuente, me impidió el acceso y cumplir mi cometido.» Febo le contesta: «A la culpa añades el embuste, y te atreves a engañar con palabras al dios que adivina lo porvenir. ¡Ahl, mientras el higo lechoso permanezca en el árbol que lo nutre, no te será permitido beber las aguas frescas de ninguna fuente», dijo, y como monumentos perennes del pasado suceso brillan en el mismo punto del cielo el Cuervo, la Crátera y la Serpiente.

La tercera Aurora después de los idus, contempla a los desnudos Lupercos correr en las fiestas de Fauno el de los cuernos. Musas, rebeladme el origen de tales misterios y de dónde fueron transportados a los pueblos del Lacio. Es fama que los antiguos Árcades rendían culto a Pan, dios de los rebaños, cuyas aras se alzaban en muchos montes de Arcadia. Testigos serán Foloe y las ondas de Estinfalia, y el Ladón, que se precipita con impetuoso curso en el mar; testigos, las cimas del Nonacrío, coronadas de pinos silvestres; el alto Cylene y las nieves del Parrasio. Pan era el guarda del rebaño; Pan, el protector de las yeguas, y

recibía ofrendas por defender del lobo las ovejas. Evandro trajo consigo el culto de este numen rústico, y lo implantó aquí en el sitio donde ahora se levanta Roma. Desde entonces reverenciamos a Pan, y el flamen dialis dispone sus fiestas, según los antiguos ritos que nos transmitieron los Pelasgos.

¿Quiéres saber por qué corren y, al correr, se despojan el cuerpo de toda vestidura? El mismo dios se goza en discurrir veloz por los altos montes, y con sus pasos amedrenta a las alimañas salvajes. El mismo dios, desnudo, ordena que los sacerdotes imiten su desnudez, porque los vestidos embarazan la carrera. Cuenta la tradición que los Árcades habitaron la Tierra antes del nacimiento de Jove y que su raza era más antigua que la Luna. Extraños a toda cultura, se asemejaban en la vida a los brutos, desconocían las artes y vegetaban en crasa ignorancia. No tenían otra habitación que el ramaje de los árboles, otros frutos que las hierbas, y por única bebida el agua que cogían en el hueco de las manos. No fatigaban al toro unciéndolo a la reja del arado ni sometían los campos al cultivo del labriego; desconocían la utilidad del caballo y cada cual andaba por sus pies; el cuerpo de la oveja se abrigaba con su lana, y los hombres, desnudos a la intemperie, soportaban con facilidad las lluvias y los vientos. Hoy la desnudez de los Lupercos queda como recuerdo de vetustas costumbres, y nos atestigua la pobreza en que vivían.

Una antigua fábula que desborda la jovialidad, nos explica por qué Fauno rechaza principalmente las vestiduras. El joven de Tyrinto acompañaba por acaso a la reina, su señora; Fauno los ve desde la

cima del monte, se enciende apasionado y exclama: «Ninfas de las montañas, nada tengo que ver con vosotras; éste es mi amor verdadero.» Iba la reina de Meonia con los cabellos perfumados y flotantes sobre la espalda, recataba con broche de oro su seno, y doradas sombrillas que soportaban las potentes manos de Hércules defendían su rostro de los rayos del Sol. Ya pisaban los viñedos del Tonolo y las selvas de Baco, y el Héspero cuajado de rocío galopaba en los sombríos corceles, cuando se llegan a un antro artesonado de tobas y piedras pómez, a cuya entrada murmuraba fresco arroyuelo, y mientras los sirvientes preparan las viandas y los vinos que han de apurar, Onfale pone a Hércules su femenil vestidura, le entrega su ligera túnica teñida en la púrpura africana, y el ceñidor delicado que ha poco sostenía sus pechos; mas el ceñidor venía muy corto al cuerpo de Hércules, al sacar sus robustas manos, desgarró la túnica, rompe los brazaletes no hechos a la medida de sus brazos, y sus pies disformes no caben en el calzado de su amante. Ella toma la pesada clava, la piel del león y los dardos menores encerrados en el carcaj, y, así vestidos, comen a su sabor, así entregan los cuerpos al sueño, y reposan uno junto a otro en lechos separados. ¿Por qué motivo? Preparaban un sacrificio en honor del dios que plantó las vides, para la mañana siguiente, y los dos debían presentarse del todo limpios.

Era media noche. Un amor criminal, ¿a qué no se atreve? Fauno, a través de la obscuridad llega al húmedo antro, y cuando advierte a los siervos sepultados en el sueño y la embriaguez, alienta la esperanza

de que los señores estén igualmente aletargados; entra el audaz adúltero, se dirige por acá y allá; extiende cauto hacia adelante las manos que le sirven de guía; toca, por fin, el deseado lecho, las ricas estofas, y hasta aquí todo le salía a maravilla; pero no bien roza las hirsutas cerdas de la piel del león, se sobresalta, retira la mano, tiembla de miedo, y, como el viajero espantado a la vista de una culebra, vuelve atrás los pasos. Luego toca el fino cobertor del próximo lecho, y, alentado por la engañosa apariencia, sube encima, se acuesta al borde cercano, y la rigidez del cuerno era menos dura que el instrumento de su virilidad. Comienza a levantarle poco a poco la túnica, y nota sus recias piernas cubiertas de pelo; quiere manosear lo demás y el héroe de Tyrinto lo rechaza con el codo, y cae de golpe por el suelo. Al estrépito, la reina de Meonia llama a sus siervas, pide las antorchas, y las antorchas iluminan aquella escena. Gime el dios arrojado con violencia del lecho, y apenas puede levantarse por el molimiento de todos sus miembros. Hércules suelta la risa con los que ven al caído, y la joven Lidia se ríe también de su desdichado amante. El dios, por esta burla, odia las vestiduras que engañan los ojos, y ordena asistir desnudos a sus sacrificios.

Musa mía, añade a esta tradición extraña otra que proviene del mismo Lacio, y que mi corcel corra veloz en la tierra natal. Habíase inmolado, como de costumbre, una cabra a Fauno, el de los pies caprinos, y la gente acudió a participar del sobrio festín; mientras los sacerdotes atraviesan las entrañas en asadores de ramas de sauce, a la hora en que el Sol

llegaba a la mitad de su carrera, Rómulo, Remo y los jóvenes pastores, paseaban desnudos por los campos, expuestos a los rayos solares, y ejercitaban los membrudos brazos en los juegos del cesto, en lanzar venablos y arrojar enormes piedras. De pronto, un pastor grita desde elevada cima: «Rómulo, los ladrones se te llevan los toros por caminos extraviados; corre a quitárselos.» La premura les impide armarse; los dos hermanos vuelan en distinta dirección, y Remo logra reconquistar la presa. Así que vuelve satisfecho, aparta las carnes que todavía rechinaban en los asadores, y exclama: «Nadie más que el vencedor las ha de comer.» Hace lo dicho y los Fabios le imitan. Rómulo viene después, cuando la mesa ofrecía sólo los huesos descarnados, y toma la burla a risa, pero doliéndole que vencieran los Fabios y Remo, lo que no consiguieron sus Quintilios. La resonancia del hecho ha llegado hasta nosotros, y la carrera sin vestidos conserva la memoria de la empresa felizmente terminada. Acaso preguntes: «¿Por qué el lugar de la fiesta se llama Lupercal, y el día de su celebración se designa con el mismo nombre?»

La vestal Ilia alumbró dos gemelos de prosapia divina reinando un hermano de su padre, que dispuso quitarle los niños y ahogarlos en el río. ¡Oh!, ¿qué haces?; ¿no sabes que uno de ellos ha de ser Rómulo? Los ministros del rey, mal de su grado, obedecen la orden inhumana, lloran, y, no obstante, conducen los dos gemelos al punto señalado. El Albula, que recibió el nombre de Tíber, por haber perecido en sus ondas Tiberino, habíase hinchado con las lluvias del invierno, y los barcos veíanse bogar en la corriente

donde hoy se extienden los fosos y el vasto recinto del circo Máximo. Así que llegaron a este punto, no pudiendo pasar adelante, el uno de ellos dijo: «¡Ah, cuánto se parecen y cuán hermosos son los dos!; pero éste anuncia más vigor que aquél. Si el rostro delata el linaje y no me engaña la apariencia, creo sorprender en ellos una paternidad celeste; pero si un dios es el autor de vuestros días, él os prestará ayuda en tan críticos instantes; él acudirá en vuestro auxilio, como acudiría vuestra madre, si no tuviese mayor necesidad de consuelo; la infeliz, en un mismo día, fué madre y quedó huérfana de sus hijos. Niños nacidos en el mismo día y condenados a perecer en el mismo, descendid bajo las ondas», dice, y suelta la carga. Los tiernos infantes, como si presintiesen el peligro, prorumpen en vagidos y los demás vuelven a sus casas con las mejillas inundadas de lágrimas. La cuna en que yacían los sostiene sobre la superficie de las aguas. ¡Ah!, qué destinos tan gloriosos se confían a una pequeña tabla, que la corriente al decrecer impulsa hacia opaca selva, deteniéndola poco a poco en el limo del suelo. Allí se alzaba un árbol, aún quedan vestigios, al que hoy llamamos higuera ruminal, o sea, la higuera de Rómulo. ¡Prodigio maravilloso: una loba que acababa de parir, acude al sitio donde quedaron expuestos los gemelos! ¿Quién creerá que la fiera no les hizo ningún daño?; pero no dañarles fuera poco y los salva nutriendo con su leche a los que sus padres condenaron a muerte. Se detiene, acaricia con la cola a los tiernos pequeñuelos y lame con la lengua sus cuerpecillos. Pronto se revelan los hijos de Marte; deponen el miedo, se co-

gen a las ubres y se alimentan con una leche que no les pertenecía. La nodriza alcanzó glorioso recuerdo por su pródiga lactancia, dió nombre al bosque y éste a los Lupercos, aunque podría proceder también del monte de Arcadia, donde se elevan varios templos al fauno Liceo.

Esposa, ¿qué aguardas?; no llegarás a ser madre con las hierbas, las plegarias ni los mágicos ensalmos. Recibe paciente los golpes de la diestra que te harán fecunda y bien pronto tu suegro se regocijará con el deseado nombre de abuelo. Hubo época en que las esposas, por funestos influjos, daban escasos frutos del estéril vientre. «¿De qué me aprovechó—exclamaba Rómulo—haber arrebatado a las Sabinas, si la victoria no aumentó mi poderío y me trajo la guerra? Más me hubiese valido vivir sin mujeres.» A la falda del Esquilino extendíase un bosque consagrado a la magnífica Juno, que la segur respetó durante largos años. Aquí vienen los maridos en compañía de sus esposas, y, doblando las rodillas, elevan plegarias al cielo. De súbito se agitan y mueven las copas de los árboles estremecidos, y, ¡oh prodigio!, la diosa habló de tal suerte desde el fondo del bosque: «Madres de Italia, que un vellosos macho cabrío os fecundice.» La turba, amedrentada, llenóse de estupor con tan enigmáticas voces. Un augur, cuyo nombre se perdió en el transcurso del tiempo, desterrado recientemente de la comarca de Etruria, resuelve inmolar un macho cabrío, y, por mandato suyo, las esposas se dejaron azotar la espalda con las correas de la piel de la víctima. La Luna volvía a dilatar sus cuernos por décima vez; el esposo, de pronto, habíase con-

vertido en padre; las esposas habían dado a luz y tributaron acciones de gracias a Lucina, nombre que le vino de este bosque sagrado o por ser la diosa a quien debemos la luz. Bondadosa Lucina: te ruego que acudas propicia a las mujeres embarazadas y que deban a tu protección el aliviarse dulcemente de la carga de su vientre.

Cuando amanezca el día, no confies demasiado en los vientos; en esta sazón, el Céfito goza fama de inconstante, y las puertas de la cárcel de Eolo aún permanecen abiertas por espacio de seis días. Ya el joven Acuario se retira con la urna inclinada; los peces se aproximan a los caballos del Sol y recuerdan que tú y tu hermano, que ahora brilláis unidos, sostuvisteis en vuestras espaldas a dos númenes. Cuando Júpiter luchaba por el dominio del cielo, Dione, huyendo del terrible Tifón, llegó al Éufrates con el tierno Cupido y se sentó a la margen de este río de Palestina. Crecían los álamos y las cañas cerca de la ribera, con los sauces que alentaban la esperanza de robarse a todas las miradas. Ocúltase, pero el viento se desencadena con fragor en la selva; palidece de miedo y se imagina en manos de los enemigos; estrecha a su hijo contra el seno y grita: «Ninfas, socorrednos y prestad auxilio a dos divinidades.» Sin detenerse se arroja a la corriente y dos peces gemelos la reciben, por cuya acción los vemos hoy resplandecer como astros en el cielo. Desde entonces huyen los sirios de servir pescados en las mesas, y creerían cometer un sacrilegio alimentándose de su carne.

El día inmediato no se dedica a ningún dios; mas

el tercero pertenece a Quirino, bajo cuya advocación se da culto a Rómulo, ya penetrase en el cielo con este sobrenombre, porque el venablo se llamó *curis* entre los primitivos Sabinos, o ya los Quirites diesen tal título a su rey, por haber agregado la ciudad de Cures al territorio romano.

El dios que preside la guerra, viendo las murallas que construía Rómulo, vencedor en cien combates, exclamó: «¡Oh Júpiter!, la potencia de Roma es bastante fuerte y no necesita el concurso de mi sangre. Devuelve el hijo a su padre, y pues el otro ha perecido, el que queda me consolará de la muerte de Remo. Me prometiste levantar a uno de los dos a la azulada esfera, cúmplase la promesa de Jove.» Júpiter inclina la frente, los dos polos se estremecen a esta señal y Atlas se siente abrumado con el peso del cielo. Un día que Rómulo dictaba leyes al pueblo en el lugar que los antiguos llamaron el pantano de la Cabre, desapareció el Sol, un rápido nublado enlutó los cielos y cae de las deshechas nubes el agua a torrentes; el trueno retumba, rasgan el éter violentas exhalaciones, todos huyen y Rómulo se remonta a los astros en el carro paterno. El duelo fué general, se acusaba a los senadores de su muerte, y tal vez aquella creencia hubiese arraigado en los ánimos; pero Julio Próculo regresaba de Albalonga, la Luna resplandecía haciendo inútiles las antorchas, cuando oye a la izquierda entrechocarse las nubes con súbito estruendo; vuelve pasos atrás y se le aparece en medio del camino Rómulo, vestido con la trábea, radiante de belleza, de estatura mayor que la de los mortales, y le dice: «Que los Quirites cesen de llorarme

y ofender con sus lágrimas mi divina excelsitud; que me ofrezcan el incienso y la piadosa turba adore al nuevo Quirino, y sobresalga en la milicia alentada por el ejemplo paternal», dijo, y desvaneciéndose a la vista huyendo por los aires. Próculo convoca al pueblo y le transmite los mandatos de Rómulo. Erígense templos al nuevo dios en la colina que lleva su nombre, y, en días determinados, se solemniza la fiesta del padre de los romanos. ¿Y por qué aquel mismo día es llamado el de la fiesta de los necios? Te lo diré; el motivo es ligero y en armonía con el objeto. Los agricultores antiguos eran gente de poco saber y ejercitaban su destreza en tenaces guerras; tenían en más honor la espada que el corvo arado, y el campo, con su deficiente cultivo, les rendía escasas cosechas. No obstante, en aquella edad sembraban el trigo, lo regaban y como primicias ofrecían a Ceres las espigas cortadas. Instruidos por la experiencia tostaron el grano al fuego; mas por su rudeza, ¡cuántas veces se acarrearón funestos perjuicios! Ya por el trigo barrían sólo negras cenizas, ya la llama incendiaba sus propias viviendas. Surgió la diosa Fornax, y los labriegos alborozados le suplican temple el fuego del horno que ha de tostar el grano, y el jefe de los Curiones anuncia hoy con las palabras de ritual el día de las Fornacales que son fiestas movibles. En todos los lados del foro se suspenden multitud de tablillas que advierten a los ciudadanos con signos indubitables la curia a que pertenecen; pero la estólida parte del pueblo que no sabe leer cuál es su curia, celebra la consabida fiesta al terminar el día.

También se tributan honores a las tumbas. Aplá-

cad los Manes de vuestros padres y llevad modestas ofrendas a las piras apagadas. Los Manes se contentan con poco, estiman la piedad más que los ricos presentes; los númenes de la Estigia no son codiciosos. Basta que la losa sepulcral se cubra de coronas y se añada un poco de trigo, otro poco de sal y un pan empapado en vino con algunas violetas esparcidas, todo dentro de un vaso que se abandona en medio del camino. No te prohibo mayores ofrendas, pero con éstas se aplacan las Sombras si les añades las plegarias y palabras de ritual ante los braseros encendidos. ¡Oh buen Latinol; Eneas, modelo intachable de piedad, introdujo esta costumbre en tu reino, ofreció solemnes dones al genio de su padre, y de él aprendió el pueblo ritos tan piadosos. Pero antiguamente, en una época de guerras porfiadas y tenaces, dejaron de honrarse los Manes de los difuntos, y pronto se dejó sentir el castigo por tan sacrilega omisión. Roma llegó a temer que la abrasaran las mil hogueras de sus arrabales. Apenas lo creó; dicese que en el silencio de la noche abandonaron sus sepulcros y prorrumpieron en tristes lamentos los Manes de nuestros antepasados; dicese que las Sombras deformes y las turbas de vanos fantasmas daban horrendos alaridos, y al fin se rindieron los pasados honores a los sepulcros y cesaron los prodigios y las muertes innumerables. Jóvenes viudas, no contraigáis nuevo enlace mientras se verifican estas ceremonias; la antorcha de pino aguarde para encenderse días más puros. Y tú, doncella, ya núbil en opinión de tu madre, no permitas que la corva lanza divida tu virginal cabellera. Oculta tus antorchas, Himeneo, apártalas de

los fuegos siniestros; los fríos sepulcros reclaman antorchas diferentes; que los dioses se retiren a lo más recóndito del santuario; que el incienso no humee en las aras ni se enciendan los braseros. Las leves Sombras de los que yacen en la tumba vagan entonces errantes y se nutren con las viandas allí depositadas. Sin embargo, su culto no se prolonga más días que los restantes del mes, número idéntico a los pies de que constan mis versos, y aquel en que terminan se llama Feral, por ser el último en que se aplacan los Manes con las ofrendas.

Mirad esa vieja cargada de años, se sienta en medio de las muchachas y sacrifica a la diosa del Silencio, mas ella no le guarda. Con tres dedos toma tres granos de incienso, que pone en el agujero del umbral por donde un menudo ratón se abre oculto pasaje; liga después con cintas encantadas la sombría rueda, y revuelve en la boca siete habas negras; además, tuesta en las brasas una cabeza de anchoa cosida, cubierta de pez y atravesada por una aguja de cobre; hace libaciones de vino, y el que resta en las copas se lo beben ella y sus compañeras, ella sobre todas, y al retirarse exclama: «Ya están sujetas las lenguas enemigas y cerradas las bocas maldicientes», y en los pasos inseguros delata su embriaguez.

Acaso me preguntes quién es la diosa del Silencio; te diré lo que llegó a mi conocimiento por el testimonio de los antepasados. Júpiter, en el arrebato de su ciega pasión por la ninfa Joturna, tuvo que tolerar no pocos desdenes insufribles a dios tan poderoso, pues ya se le escondía en las selvas entre las ramas

de los avellanos, ya se sumergía en las aguas donde imperaba. Un día el dios convoca a las Ninfas habitadoras del Lacio, y les habla así, colocándose en medio de la multitud: «Vuestra hermana se niega a recibir los abrazos del dios más poderoso, se convierte en su propia enemiga y huye lo que le conviene. Consultad el caso, porque si se presta a satisfacer mis ardientes deseos, le dispensaré los mayores beneficios. Vosotras, cuando se aleje de mí, detenedla en la ribera, y evitad que sumerja su cuerpo en el fondo del río», dijo, y todas las Ninfas del Tíber condescendieron a su pretensión y se reclinan en los tálamos donde Ilia vino a ser la esposa de un dios. Entre las Náyades había una llamada Lara, cuya primera sílaba dos veces repetida constituía un vocablo antiguo que notaba su locuacidad. Mil veces le dijo su padre Almo: «Hija mía, refrena la lengua», y ella siempre tan habladora. Corre al lago donde habita su hermana Joturna, y le dice: «Huye a la ribera», y le repite el discurso de Jove. De allí vuela a presencia de Juno, y, compadecida de la infeliz, le refiere que su esposo ama a la náyade Joturna. Júpiter, encolerizado, le quita el uso de la palabra en castigo de su indiscreción; llama a Mercurio y le ordena conducirla a la región de los Manes, donde impera el silencio, y le prescribe que siga siendo Ninfa, pero de la laguna infernal. Las órdenes de Júpiter se cumplen: un espeso bosque recibe a los dos viajeros, y cuentan que la Ninfa cautivó al dios que la conducía, ya resuelto a violentarla. Ella suplica con las miradas, a falta de voces, y se esfuerza en vano porque las pronuncien sus mudos labios. Queda embarazada, da a luz dos

gemelos, y son los Lares, que guardan las encrucijadas y vigilan el hogar de nuestras viviendas.

Al siguiente día los deudos queridos festejan las Caristias, y los miembros de las familias se reúnen en alegres banquetes. A la verdad, apartando la vista de las tumbas y los parientes fenecidos, es gustoso ponerla en los que viven todavía, y después de tantas pérdidas, contemplar a los que quedan de nuestra sangre, fijando los respectivos grados del parentesco.

Lléguense los inocentes, y vayan lejos, muy lejos, el impío hermano y la madre cruel con el fruto de sus entrañas, y el hijo a quien entristece ver a su progenitor lleno de vida, y el que cuenta los años de su madre, y la rencorosa suegra que atormenta a su nuera aborrecida. Lejos la descendencia de Tántalo y la esposa de Jasón, y la que repartió a los agricultores las tostadas semillas, y Procne con su hermana, y Tereo inhumano con las dos, y cuantos amasan riquezas sin reparar en el crimen. Quemad el incienso en honor de los dioses tutelares de la familia. Créese que en este día principalmente la Concordia responde propicia a nuestros votos. Poned en los vasos sagrados las viandas que reclaman los Lares ceñidos por la cintura, y cuando se aproxime la noche y nos invite al plácido sueño, alzad las manos suplicantes y, derramando algunas gotas de vino, pronunciad estas santas palabras: «Que los dioses miren por nosotros y por ti, óptimo César, padre de la patria.»

Así que transcurra la noche, tribútense los acostumbrados honores al dios que señala el límite de las heredades. ¡Oh Término!, ya te representen en forma

de piedra, ya de viejo tronco arrancado de raíz, de uno y otro modo eres una divinidad. Dos dueños de campos colindantes te coronan a la vez, y te ofrecen dos guirnaldas y dos tortas sagradas. Constrúyese el ara; la esposa del labriego, en una vasija quebrada de barro, trae las brasas que toma de su fogón; un viejo corta las ramas y con ellas dispone la pira, esforzándose por clavar con solidez en el suelo los pies en que se sustenta mientras enciende la primer llama; un niño permanece a su lado, sosteniendo con sus manos grandes cestas, y así que arroja tres veces el trigo en medio del fuego, y su jovenzuela hermana ofrece los panales castrados de las colmenas, los demás llevan el vino de las libaciones, de las copas lo vierten en las llamas, y la turba de los asistentes, vestida de blanco, guarda religioso silencio. La efigie del Término común rocíase con la sangre de una cordera sacrificada, mas no se ofende de que la substituyan por una cochinilla de leche. Los vecinos se reúnen, preparan sobrio festín y entonan, santo Término, tus alabanzas. Tú fijas los límites de los pueblos, las ciudades y los reinos poderosos, y sin ti la posesión de los campos ocasionaría pleitos interminables. No te domina la ambición, ni el oro es capaz de corromperte, y guardas con rara fidelidad los predios que se confían a tu custodia. Si tú hubieses señalado en otro tiempo los límites del territorio Thireo no hubieran muerto los trescientos Fabios, ni se habría leído el nombre de Othryades sobre un montón de armas: ¡Oh, cuánta sangre derramada por la patria!

Quando se echaban los cimientos del nuevo Capitolio, la innumerable turba de los dioses se retrajo y

cedió el puesto a Jove; pero Término, según relatan las historias, quedóse inmóvil en su recinto, ocupando su lugar en compañía del mismo Jove, y hoy mismo, para que sólo vea el cielo por encima de él, se dejó una pequeña abertura en la bóveda del templo. Después de esto, Término, no tienes derecho a moverte en ningún sentido, y tienes que permanecer en el sitio donde se te ha colocado. Que las plegarias del vecino te encuentren siempre insensible; ¿vas a ceder ante un hombre cuando no cediste ante Júpiter?; y si la reja del arado o los rastrillos te ocasionan algún daño, grita: «Éste es mi campo, aquél el tuyo.» Hay un camino que guía al pueblo a los confines de Laurento, antiguo reino del caudillo Dardanio, y frente a la piedra que señala la sexta milla se te ofrecen, ¡oh Término!, las entrañas de una oveja de espesos vellones. Otros reinos dilatan su territorio dentro de fijos límites; la extensión de Roma se identifica con la del Universo.

➤ Ahora voy a narrar la expulsión de los reyes, puesto que de ella recibe su nombre el sexto día que antecede a la conclusión del mes. Tarquino, último de los reyes, hombre injusto, pero valeroso en la guerra, empuñaba el cetro de Roma. Había expugnado varias ciudades, destruído otras muchas y dominado a los Gabios con vergonzosa estratagema. El menor de sus tres hijos, prole digna de un rey apellidado el Soberbio, a favor de la noche silenciosa se presenta en el campo de los enemigos, que al verle desnudan los aceros, y les dice: «Matad a un inocente, y regocijaréis a mis hermanos y a mi padre Tarquino, que descargó en mis espaldas sañudos azotes»,

y para engañar con la verdad, él mismo se los había propinado.

Al resplandor de la Luna ven que el joven se quita los vestidos, y enseña los cardenales de la espalda; envainan las espadas, lamentan su desgracia y le incitan a que se vengue peleando con ellos, y con astucia acepta el partido para burlar su credulidad ignorante. Dueño ya del Poder, envía un amigo de confianza a su padre para que le indique el medio de apoderarse de los Gabios. En un jardín esmaltado de lindas flores que atraviesa con sonoro raudal un arroyo transparente, recibe Tarquino el secreto mensaje de su tierno vástago, y, sin responder, cerceña la cabeza de los lirios más altos. Vuelve el mensajero, le cuenta la corta de los lirios, y el hijo exclama: «Comprendo lo que ordena mi padre.» Sin demora hace matar a los primates de la ciudad y entrega los muros, abandonados de los jefes que debían defenderlos. ¡Prodigio nefando! He aquí que surge una culebra de los mismos altares y arrebatada las entrañas de los fuegos extinguidos. Se consulta a Febo, y pronuncia este oráculo: «Resultará vencedor el que bese primero a su madre.» La crédula turba, no comprendiendo bien el sentido de las palabras del dios, se apresura cada cual, de su parte, a besar el primero a su madre respectiva. Bruto, que por astucia se fingía demente, para librarse de las asechanzas del cruel Tarquino, se prosterna silencioso y besa a su madre la Tierra, como si hubiese caído torciéndose el pie. Entretanto Ardea, rodeada por las huestes romanas, se somete a la enojosa lentitud del asedio, y mientras dura la inacción, porque el enemigo teme arriesgar

la batalla, el soldado en el campamento entretiene los ocios con juegos militares.

Un día que el joven Sexto invitó a un banquete a sus amigos, nombrado por ellos rey del festín, les dice: «Mientras la inexpugnable Ardea nos detiene con tan largo asedio, y nos impide suspender las armas ante los dioses de la patria, ¿sabemos lo que pasa en nuestro lecho nupcial? ¿sabemos si nuestras esposas responden fieles al amor que las profesamos?» Cada cual ensalza a la suya; la rivalidad atiza la contienda, y la pasión se enciende con el deseo de beber. Levántase el héroe a quien dió honor esclarecido la conquista de Collatia, y grita: «¿A qué tanto vociferar? Juzguemos por los hechos. Aún no ha terminado la noche, montemos en los corceles y volemos a la ciudad.» Se acepta el partido, enfrenan los caballos, se dirigen a la ciudad y corren derechos al palacio real, cuyas puertas estaban sin guardia. Pasan adelante y encuentran a la nuera del rey que prolongaba un festín nocturno rodeada de copas de vino y con las guirnaldas caídas sobre el seno. De allí, con paso veloz, se trasladan a la mansión de Lucrecia, a quien encuentran hilando los suaves vellores con los canastillos delante del lecho; a la débil luz de una lámpara, las fámulas se entregaban a la misma asidua labor, y oyen a la señora que les decía en voz baja: «Este capote que trabajamos sin descanso se ha de enviar pronto a vuestro dueño. ¡Eal, jóvenes, apresurad la faena. ¿Qué noticias tenéis de la guerra?, porque soléis oír muchas cosas. ¿Cuánto tiempo se supone que durará todavía? A la postre has de sucumbir; resistes a gente más valerosa, mal-

dita Ardea, que nos obligas a carecer de nuestros esposos. A lo menos que vuelvan a sus casas; pero el mío es tan temerario, que se precipita dondequiera que ve espadas desnudas. Cuando me lo imagino en medio del fragor del combate, me turbo, desfallezco, y el frío de la muerte embarga mis sentidos.» El llanto ahoga las palabras, suelta el hilo de las manos, e inclina sobre el seno el abatido rostro. En tal actitud aparecía más graciosa; las lágrimas revelaban su pudor, y la hermosura del semblante igualaba y ennoblecía la de su alma. «Depón el miedo—dijo el esposo—, heme aquí.» Ella vuelve a la vida, y con los brazos suspende la dulce carga de su cuerpo en el cuello del bien amado.

Entretanto, las Furias encienden un fuego devorador en la sangre del joven Sexto, que delira arrebatado de loca pasión; le cautiva la gallardía, la blancura de su tez, los cabellos de oro y los múltiples atractivos que nada deben al Arte, con sus palabras, el timbre de su voz y aquel pudor incorruptible; y cuanto menores esperanzas alienta, más se exaltan sus deseos. Cuando el gallo anunciador de la mañana rompe a cantar, los jóvenes vuelven derechos al campamento. El hijo del rey, obsesionado por la imagen de aquella mujer ausente, que en el recuerdo se le aparece más linda y seductora, se decía: «Así se sentaba, tal era su adorno, así hilaba el estambre, así el cabello suelto ondulaba sobre su espalda, éstos fueron sus ademanes, éstas las palabras que pronunció, tales sus gracias, su donaire y el color que la sonrosaba.» Como suelen abatirse las olas tras violenta tempestad, mas dejando aún percibir que las han

removido los vientos, así, aunque ausente el ídolo de tan singular belleza, sentía el amor que su presencia le había infundido. Se solivianta; los estímulos de indigna pasión le aguijonean, y se dispone a mancillar por la violencia y el miedo un lecho que no le pertenece.

«El éxito es dudoso, mas me atreveré a todo; ella ha de ver si es el azar o un dios quien favorece a los osados; por la audacia cayeron los Gabios en nuestro poder.» Así habló; ciñese la espada, monta sobre su caballo, y Collatia abre al joven la puerta revestida de bronce a la hora en que el Sol se disponía a ocultar su rostro de fuego. El enemigo penetra como huésped en la morada de Colatino, se le recibe cordialmente, como unido por los vínculos de la sangre; ¡oh, qué de errores cometen los mortales! La infeliz, desconocedora del peligro que la amenaza, prepara la mesa en obsequio de su enemigo. Terminada la cena llega la hora del sueño; había anochecido; las luces se apagaban en el palacio, y entonces el mozo se incorpora, saca de la vaina la espada con brillante puño de oro, y, ¡oh, casta esposa!, se acerca a su tálamo y, ya junto a él, exclama: «Lucrecia, el hijo del rey Tarquino es quien te habla.» Ella no responde, el sobresalto le priva la voz, el aliento y el coraje la abandonan, y se estremece como la tierna cordera sorprendida en el redil y preña entre las garras de hambriento lobo. ¿Qué hará?, ¿resistir? Una débil mujer sucumbirá en la lucha. ¿Huirá? Manos vigorosas oprimen su cuerpo no tocado por ningún extraño. Fuera de sí el amante insta con ruegos, dádivas y amenazas; pero ni ruegos, ni dádivas, ni amenazas

conmueven a Lucrecia. «Nada conseguirás—le dice— si no me complaces; te quitaré la vida, y te deshonoraré acusándote de falso adulterio; mataré a uno de tus siervos y afirmaré haberte sorprendido con él.» Lucrecia cede al fin por miedo a la deshonra. Vencedor, ¿de qué te regocijas? Esa victoria te traerá la perdición; una sola noche ¡cuánto costará al reino de los Tarquinos!

Ya había amanecido; ella se sienta con los cabellos desordenados, como la madre que va a la pira donde queman a su hijo. Llama del campamento al anciano padre y al fiel esposo; uno y otro acuden sin tardanza; a la vista de su traje le preguntan el motivo de aquel luto, a quién dispone las exequias, o qué golpe ha recibido. Ella permanece muda largo rato, oculta el sonrojo de la faz con un velo y vierte continuas lágrimas, como el raudal de fuente inagotable. Padre y esposo enjugan su llanto, le piden que hable y lloran como ella estremecidos de secreto terror. Tres veces intentó hablar y otras tantas se contuvo; por fin atrevióse, poniendo los ojos en el cielo: «Este ultraje debemos a Tarquino; ¡infeliz de mí! Yo misma he de pregonar mi deshonra.» Narra lo que puede, pero al tocar en lo último se deshace en llanto y se encienden las mejillas de la honesta madre.

El padre y el esposo perdonan a la víctima de la violencia, y ella prorrümpe: «El perdón que me concedéis me lo niego yo a mí misma.» De repente hunde en su pecho el acero, y cae inundada de sangre a los pies de su padre, y en el momento de morir cuida de caer con decencia; tal fué su última preocupación.

El esposo y el padre gimen por el daño común, y,

con olvido de la dignidad, se arrojan sobre su cuerpo tendiéndose en el suelo. Aparece Bruto, que, con el valor del ánimo desmiente su nombre, arranca el acero clavado en aquel cuerpo que aún respira, lo empuña destilando su sangre generosa, y con terrible ceño pronuncia estas enérgicas palabras: «¡Ah!, yo te juro por tu casta y magnánima sangre derramada, y por tus Manes, que serán para mí una divinidad, que Tarquino y su proscrita raza expiarán el crimen. Bastante tiempo disimulé mi arrojó.» Ella, moribunda, mueve los ojos sin luz al oír tales voces, y parecía aprobarlas con un leve movimiento de cabeza. Conducen a la hoguera la matrona de ánimo varonil, y a la vista de la herida descubierta estallan el odio y la compasión. Bruto, con voz potente, llama a los Quirites a la venganza, y les refiere el inicuo crimen de Sexto. Huye Tarquino con sus hijos; un cónsul anual es investido del mando, y aquel día fué el último de los reyes.

¿Es ilusión o ha llegado la golondrina que anuncia la primavera y teme que el invierno próximo a terminar vuelva sobre sus pasos? No obstante, Procne, muchas veces te lamentaste de haber precipitado tu regreso, y tu esposo Tereo se regocijó del frío que tan mal soportas. Del segundo mes quedan sólo dos noches, y Marte fustigó los corceles aparejados en su carro. Con razón se denominan Equiria los juegos a que el mismo dios asiste en el campo que se le ha consagrado. Seas, Gradivo, bien venido; el tiempo que te pertenece reclama su lugar; se acerca el mes señalado con tu nombre. Hemos arribado al puerto; el libro concluye con el mes transcurrido; que mi barquilla navegue ya por otras aguas.

LIBRO TERCERO

Ven, Marte belicoso; depón un momento la lanza y el escudo y flote libre del casco tu brillante cabellera. Acaso preguntes: «¿Qué pretende de Marte un poeta?» El mes que ahora canto recibe de ti su nombre; tú mismo sabes que Minerva se arroja a pelear en sangrientos combates, y no ama con menos pasión las artes liberales. A ejemplo de Minerva, aprovecha el tiempo en que depones las armas, sin ellas no faltará campo a tus empresas. También apreciarías inermemente cuando una sacerdotisa romana te acogió en sus brazos para dar a Roma un origen soberano. La vestal Silvia, ¿quién me impide relatar el suceso?, iba de mañana a traer el agua de los sacrificios; descendiendo por fácil vereda a la pendiente ribera, descarga de la cabeza el cántaro de arcilla, se sienta en tierra, fatigada descubre el pecho a los halagos del viento y compone sus revueltos cabellos. Mientras descansa, las sombras de los sauces, los pájaros cantores y el leve murmullo del agua la invitan a reposar. El blando sueño cierra poco a poco sus ojos fatigados, y deja caer la mano en que sostenía su frente. Marte la ve, la desea, la vence, y como dios poderoso cela su divina violación. Al despertar del letargo, Silvia ya es madre, y lleva en sus entrañas el fundador de la ciudad eterna. Se levanta con langui-

dez, ignora de qué proviene aquel decaimiento, y, apoyada en el tronco de un árbol, deja escapar tales palabras: «Ojalá sean de fausto agüero las imágenes vistas de mi sueño, que resplandecían con mayor claridad que las soñadas. Yo velaba el altar de Vesta, cuando la cinta de lana suelta de mis cabellos vino a caer ante el sacro fuego, y, ¡prodigio maravilloso!, surgieron dos palmeras a la vez; la una, mayor que la otra, extendía sus potentes ramas por el vasto Universo, y con su nuevo follaje tocaba en los astros. Luego vi que el hermano de mi padre empuñaba la segur contra ellas; sus amenazas me aterraron, y se encogió de espanto mi corazón. Un pico-verde, el ave de Marte, y una loba luchan en defensa de los árboles, y las dos palmeras deben a este auxilio la vida», dice, y levanta con insegura mano la urna que llenó, mientras refería su ensueño. Remo y su hermano Rómulo crecían en tanto, y el vientre de la Vestal se dilataba con aquella gestación divina. Sólo faltaba recorrer dos signos al dios de la luz para terminar el curso del año, cuando Silvia se convirtió en madre, y dicese que las imágenes de Vesta se cubrieron el rostro con las virginales manos. Es lo cierto que el altar de la diosa se conmovió en el momento de dar a luz su sacerdotisa, y que la llama se ocultó con terror bajo las cenizas. Cuando supo la nueva Amulio, el despreciador de la justicia que arrebató el cetro a su hermano, dispuso que los dos gemelos fuesen lanzados al río; pero las ondas rehusaron cometer ningún crimen, y dejaron a los niños en salvo sobre la seca ribera. ¿Quién no sabe lo demás? Que los amamantó la leche de una fiera, y que un pico-verde llevaba

todos los días la comida a los infelices expósitos. No te pasaré en silencio, ¡oh Laurencial, nodriza de tan gran pueblo, ni a ti, Faustulo, que acoges en tu pobre cabaña tan altos tesoros; recibiréis vuestros honores cuando hable de las Laurentales que se celebran en Diciembre, mes consagrado a los festines.

La prole de Marte había cumplido diez y ocho años, la naciente barba les apuntaba bajo los rubios cabellos y ya los hijos de Ilia extendían su dominación sobre todos los labriegos y pastores; regresaban con frecuencia a casa alegres y manchados con la sangre de los salteadores, y devolvían a sus pastos los bueyes reconquistados. Mas al saber el secreto de su nacimiento, cobran nuevos bríos, como hijos de tal padre, y se avergüenzan de dominar en tan escaso territorio. Amulio sucumbe atravesado por el acero de Rómulo, que restituye el reino al anciano Númeritor, y álzanse las murallas que, aunque de poco respeto, costó bien caro a Remo el franquearlas.

Ya surgía una población en los montes que cubrían antes las selvas y los pastos del ganado, cuando el fundador de la ciudad eterna exclamó: «Dios de las batallas, cuya sangre creo que circula en mis venas, y lo he de confirmar con testimonios indubitables, por tí principiará el año romano; el mes primero llevará el nombre de mi padre.» La promesa se cumplió; Marte designa ese mes, y es fama que esta piedad fué muy grata al dios.

Así, pues, nuestros antepasados honraron a Marte por encima de todas las divinidades, preferencia natural en pueblo tan belicoso. Los hijos de Cecrops veneran a Palas; Creta, la de Minos, a Diana; la isla

donde reinó Hypsipyle, a Vulcano; Esparta y Micenas la de Pelops, a Juno, y el monte Menalo, a Fauno coronado de ramas de pino. Marte debió ser venerado en el Lacio, porque preside la guerra, y en la guerra buscaba glorias y riquezas este pueblo feroz. Si te hallas desocupado hojea los Fastos de otros pueblos, y en ellos encontrarás un mes conocido con el nombre de Marte: es el tercero entre los Albanos, el quinto entre los Faliscos y el sexto entre los que habitan la región Hérnica; en Aricia y la ciudad de fuertes murallas levantadas por Telegón se sigue el orden de los tiempos establecido por los Albanos; entre los de Laurenta es el quinto del año, el décimo entre los bravos Equícolas, el cuarto entre los habitantes de Cures, y el mismo lugar ocupa entre los belicosos Pelignos que imitan a los Sabinos, sus sucesores. Rómulo, para vencer a todos estos pueblos, al menos en el orden de los meses, consagró el primero al numen autor de sus días.

Los antiguos no contaban el número de calendas de la actualidad, y su año constaba de dos meses menos que el nuestro. Aún no habías transmitido tus bellas artes al vencedor, ¡oh Grecia!, tan elocuente y tan poco vigorosa en los combates. El que peleaba con esfuerzo conocía el arte romano, y el que mejor lanzaba un venablo era el más entendido. ¿Quién distinguían entonces las Híadas, las Pléyades, hijas de Atlas, los dos polos del eje terrestre y las dos Osas, Cinosura, que siguen los Sidonios, y Hélice, que guía a las naves griegas? ¿Quién había observado que los corceles de la Luna recorrían en un mes los signos que su hermano Febo visita en el largo transcurso

del año? Libres en su carrera los astros, hacían la anual revolución sin ser observados; no obstante, admitían la existencia de los dioses. Nadie se preocupaba de los signos que resbalan por el cielo, sino de las enseñas militares; abandonarlas equivalía al mayor de los crímenes, y se formaban de manojos de heno, mirados con tanto respeto cuanto se tributa hoy a las águilas victoriosas. En una larga pértiga se suspendían estos manojos, de donde vino el nombre de manipulares a los soldados.

Así, faltaban siempre diez meses a los lustros que contaban aquellos espíritus rudos y sin cultura, y el año terminaba con la décima revolución de la Luna, número que gozaba entonces el mayor prestigio, ya por ser diez los dedos de que nos valemos para contar, ya porque las mujeres dan a luz el décimo mes, ya porque nuestras cifras crecen hasta el diez, desde el cual vuelven a emplear nuevos números. De aquí que Rómulo dividiese en diez centurias los soldados que peleaban con iguales armas, e instituyese diez cuerpos de astados, diez de príncipes, diez de pilanos y otros diez de los que merecían el regalo de un caballo.

Asimismo extendió esta división a las tribus Ticienses y a las que llaman Ramnes y Luceres; por eso distribuyó el año en un número tan frecuente. La viuda desconsolada llora por espacio de diez meses al esposo fallecido. No dudes que las calendas de Marte fueron en la antigüedad las primeras; todavía quedan señales que de ello convencen. En este día se quita la guirnalda de laurel suspendida el año entero en las casas de los flámines y se substituye con

nuevas ramas; en este día la puerta del rey de los sacrificios aparece también armada con el laurel de Febo, lo mismo que las de la antigua curia. Arráncanse de los altares troyanos sus marchitas ramas para que resplandezca la estatua de Vesta con hojas recientes, y además se dice que este día se renueva el sacro fuego en el recóndito santuario, cuyo pábulo enciende la llama con más ardor.

Otra prueba decisiva de que por este mes comenzaban los años antiguos, es que en él tuvo origen el culto de Anna Perenna, y en él nuestros antepasados inauguran el ejercicio de los cargos, hasta la guerra sostenida contra el pérfido Aníbal. En fin, Quintilis es el quinto partiendo de Marzo, y la misma regla conviene a los que se designan por el número de orden. El rey Numa Pompilio, que vino a Roma del país famoso por sus olivos, advirtió la falta de dos meses para completar el año; ya se lo enseñase el filósofo de Samos, que sostiene la posibilidad de una nueva vida, ya se lo inspirase la ninfa Egeria; sin embargo, erró también el cómputo del tiempo, corregido por César en medio de sus múltiples ocupaciones. Este dios y padre de tan excelsa descendencia no juzgó la reforma indigna de su atención, quiso conocer de antemano el cielo que se le había prometido y no penetrar como ignorante huésped en la mansión de los inmortales; dícese que fijó por cálculos exactos el tiempo que tardaba el Sol en volver al punto de partida, y añadió sesenta días a los trescientos cinco del año, con la cuarta parte de un día completo, tal es la medida cabal; el día que forman las seis horas en cuatro años, se añaden al lustro y lo completan.

Si a los vates se permite oír los íntimos coloquios de los dioses y la fama así lo asegura, dime, Gradivo, ¿por qué las matronas solemnizan tu fiesta, siendo el numen de los esforzados varones? Así le pregunté, y así me respondió Marte desciñéndose el yelmo, pero reteniendo el venablo en la diestra: «Por vez primera se llama a los entretenimientos de la paz al dios que preside la batallas, y dirijo los pasos por un nuevo campo. No me desdora penetrar en él, me agrada tratar tales cuestiones, para que Minerva no se juzgue la única soberana de las artes. Poeta laborioso que explicas el año latino, te revelaré lo que deseas saber, y fija bien mis palabras en tu memoria. Si quieres remontarte a los primitivos orígenes de Roma, descubrirás en ella una ciudad de corta población; mas en su pequeñez despertaba las esperanzas de la presente grandeza. Ya se habían alzado sus muros angostos para el pueblo del porvenir y demasiado amplios para el que entonces los habitaba. Si pretendes averiguar cuál era el palacio de mi hijo, mira esa cabaña construída de hojas y cañas, donde sobre un lecho de paja se entregaba al plácido sueño y desde él un día se levantó hasta los cielos. Ya su gente había conquistado gran reputación fuera de la ciudad en que moraba, y, sin embargo, carecía de esposas y no tenía a quienes llamar suegros; sus opulentos vecinos rechazaban yernos tan pobres, y en vano se me tenía por padre de la raza; les perjudicaba apacentar toros, vivir en establos y poseer muy pocas yugadas de suelo improductivo. Todas las especies de aves y fieras salvajes forman parejas y ni aun a la culebra falta la hembra que asegure su casta; en los pueblos

últimos del orbe se conciertan nupciales enlaces y no hay una sola mujer que quiera casarse con un romano. Lo sentí, infundí en Rómulo la resolución paterna, y le dije: «Cesa de rogar; lo que solicitas te lo darán las armas.» Prepara una fiesta a Couso; Couso te dirá lo restante que sucedió en aquel día cuando te explique el origen de su culto. Se enfurecen los de Cures y los que sentían la misma afrenta, y, entonces, por vez primera, los suegros se armaron contra los yernos. La guerra entre tan próximos parientes tardó en estallar, y las jóvenes robadas, al declararse, ya ostentaban el título de madres; éstas se reúnen en el templo de Juno, y la esposa de mi hijo les habló en tales términos: «¡Oh!, vosotras, como yo, robadas y sometidas a un destino común, no podemos, sin nota de culpables, entregarnos a una piedad tardía. Los ejércitos van a llegar a las manos; decidme: ¿por qué partido rogaremos a los dioses la victoria? Aquí pelean los esposos, allá nuestros padres; respondedme: ¿queréis ser viudas o huérfanas? Yo os daré mi consejo piadoso y enérgico a la vez.» Lo expuso y todas obedecen, sueltan los cabellos y cubren los cuerpos con vestidos de luto. Estaban frente a frente las hues-tes resueltas a pelear y morir, y el clarín había dado la señal de la batalla, cuando ellas se interponen entre los padres y esposos, conduciendo en los brazos los frutos queridos de su amor. No bien llegan a la mitad del campo con los cabellos desgreñados, prostérnanse doblando la rodilla, y los nietecillos, por instinto y rebosando de alegría, tienden las menudas manos hacia sus abuelos, y los que podían los llamaban a gritos y los que no podían con sus ademanes.

» Los soldados pierden el ánimo, sueltan los dardos, arrojan las espadas y los suegros estrechan las manos de sus yernos. El padre abraza a su hija digna de alabanza y conduce al nieto sobre el escudo, que nunca sirvió en más grato empleo. De aquí que constituya alto deber para las madres descendientes de Oéballo la celebración de mis calendas el día primero del mes; porque osaron desafiar las espadas desnudas de los combatientes, y con sus lágrimas pusieron término a los conflictos de Marte; si ya no recibo de las matronas los obligados sacrificios por haber hecho madre a Ilia, o porque pongo fin a los rigores del invierno cubierto de hielo y derrito las nieves a los rayos templados del Sol. Los árboles vuelven a vestir las hojas que el frío les arrebató y se hinchan de nuevo las jugosas yemas en el tierno sarmiento. La hierba escondida largo tiempo rompe el seno de la tierra por ocultas vías y anuncia la cosecha; el campo revela su fecundidad, los ganados se reproducen y los pájaros suspenden de las ramas los nidos en que albergan sus polluelos. Con razón festejan el momento de la fecundidad las madres del Lacio, cuyos combates se reducen al alumbramiento, fin principal de sus votos. Además, en el collado que hoy se nombra Esquilino, donde los romanos velaban por la seguridad de su rey, las madres latinas levantaron un templo a Juno en este mismo día, si mal no recuerdo. Mas ¿a qué fatigo tu memoria con la indicación de tan varias causas? Ante los ojos tienes la respuesta que me pides: mi madre protege a las esposas, y ellas, reconocidas, frecuentan el templo de su hijo, piadoso motivo que me honra sobremanera.»

Llebad flores a la diosa que se regocija con las plantas florecientes; ceñid sus sienes de frescas guirnaldas, y exclamad : «Lucina, a ti debemos el ver la luz; tú acudes a las voces de la que te llama en la hora crítica del parto, y si alguna de vosotras se halla encinta, suplique a la diosa con el cabello suelto que la alivie dulcemente del peso que dilata su vientre.»

¿Quién me explicará ahora por qué los Salios traen las celestes armas de Marte y cantan a Mamurio? Inspírame, Ninfa, esposa divina de Numa, a quien diste tus consejos en el fondo del bosque y a la margen del lago consagrado a Diana; voy a ocuparme de ti. En el valle de Aricia hay un lago rodeado de espesa selva y objeto de antiquísima veneración, donde desapareció Hipólito destrozado por sus corceles furiosos, motivo que impide a los caballos penetrar en su espesura. Los velos pendientes cubren hileras de zarzas, y multitud de tablas votivas pregonan los beneficios de la diosa. Con frecuencia, después de conseguidos sus votos, las damas romanas ciñen guirnaldas a sus cabezas y vienen aquí desde la ciudad con antorchas encendidas. Aquí reina el más bravo en la lucha y ágil en la carrera, y parece víctima del ejemplo que dió matando a su antecesor. Óyese el confuso murmullo de un arroyo que se desliza entre las peñas, y en él debes beber muchas veces, pero a cortos tragos. Egeria es la que suministra las aguas, Ninfa querida de las Musas, esposa e íntima consejera de Numa. En aquellos remotos tiempos hizose preciso humanizar con la justicia y el miedo de los dioses a un pueblo pronto siempre a dirimir sus contiendas con las armas. Así se promulgaron leyes que impi-

diesen al más fuerte atreverse a todo, y comenzó a rendirse culto solemne a los antiguos dioses. La ferocidad desapareció, la equidad substituyó a la violencia, se avergonzó el ciudadano de pelear con otro ciudadano, y alguno, arrebatado de pronto por la cólera, se aplacaba a la vista del ara y concluía por echar a las llamas el vino, la sal y la torta de trigo; mas he aquí que el soberano del día rasga las nubes con sus rayos coruscantes, descarga del éter lluvias torrenciales y nunca las exhalaciones mortíferas cayeron en tanto número. El vulgo se llena de terror, el rey se amedrenta, y la diosa le dice: «No te atres de ese modo, el rayo se puede conjurar y templarse la cólera tremebunda de Jove. Pico y Fauno, entrambos númenes del suelo romano, podrán enseñarte los ritos de la expiación; mas no lo harán sin resistir; precisa sorprenderlos y encadenarlos», y le indica los medios de la ejecución.

Al pie del Aventino alzábase un bosque que el follaje de las encinas cubría de sombras, y cuyo aspecto obligaba a exclamar: «Aquí reside una divinidad.» Extendíase en medio blando tapiz de césped, atravesado por el raudal de agua viva que manaba de las venas de un peñasco cubierto de verde musgo. Fauno y Pico eran casi los únicos que en ella bebían. Numa viene a este sitio e inmola una oveja al Numen de la fuente; dispone en sus bordes las copas de perfumado vino y se esconde con su séquito en el fondo de un antro. Las divinidades silvestres, a la hora de costumbre, visitan la fuente y refrescan las secas gargantas con el vino que hallan en profusión. El sueño sigue a la embriaguez; Numa sale del antro frío y su-

jeta con recias ataduras sus lánguidas manos. Los dioses, luego que sacuden el sueño, intentan romper los lazos que les atan; pero sus esfuerzos sólo consiguen estrecharlos más y más. Entonces Numa les dijo: «Dioses de las selvas, perdonad mi atrevimiento; sabéis que no abrigo la intención de cometer ningún atentado, sólo pretendo que me digáis por qué medios podrían conjurarse los efectos del rayo.» Así dice, y así le contesta Fauno sacudiendo la cornuda cabeza: «Mucho pretendes y no toca a nosotros revelarte tan hondo misterio; nuestro poder no alcanza a tanto. Somos dioses campestres, dominamos en las cimas de los montes y Júpiter es el árbitro del rayo. Por ti mismo nunca conseguirás que descienda del cielo; pero tal vez lo consigas valiéndote de nuestra ayuda.» Así habló Fauno, y Pico confirmó sus palabras, diciendo además: «¡Eal, quítanos estas ligaduras; Júpiter vendrá aquí traído por nuestros poderosos encantamientos, y la sombría Estigia sea testigo de tales promesas.»

No es lícito a los hombres saber lo que hicieron ya libres de sus lazos, los versos mágicos que cantaron, y el modo de atraer a Júpiter de las mansiones celestes; yo diré solamente aquello que se permite a un vate religioso. Con sus voces, ¡oh Júpiter!, te obligan a descender de la altura, y de ahí que las generaciones siguientes te adoren bajo la advocación de Júpiter Elicio.

Consta por tradición que las cumbres del Aventino se estremecieron, y la tierra se sintió aplastada bajo el peso del dios; el corazón del rey late con violencia, como si quedase sin gota de sangre, y el ca-

bello se le eriza en la frente. Cuando vuelve al sentido, exclama: «Rey y padre de los soberanos dioses: enséñanos a conjurar tus rayos, si son puras las manos que ponemos en tus altares y piadosa la voz que te dirige esta petición.» Júpiter condesciende, pero envuelve la verdad en ambiguas palabras, y con su doble sentido llena de espanto al rey. «Corta una cabeza», le dice, y el rey contesta: «Obedeceré tus órdenes, cortando la cabeza a una cebolla criada en mi huerto.» Jove replica: «Ha de ser de un hombre», y Numa: «Pues bien: le cortaré los cabellos.» «Quiero una alma», y Numa insiste: «Será la de un pez.» Jove se rió y contestóle: «Empléalas para conjurar mis rayos, ¡oh varón digno de conversar con el soberano de los dioses! Así que Febo resplandezca mañana sobre el vasto Universo, te daré prendas inequívocas de la grandeza del Imperio», dice, y estallando espantoso trueno, se remonta a los cielos, y deja a Numa prosternado en tierra.

Vuelve a la ciudad, alegre, y relata lo que acaba de oír a los Quirites, que con dificultad prestaron crédito tardío a sus asertos. «Seguramente me creerán—se dijo—si el éxito confirma mis palabras. Sabed todos los presentes lo que acaecerá mañana. Cuando Febo descubra la faz por encima de la Tierra, Jove nos dará prendas seguras de la grandeza del Imperio.» Se retiran con la duda en el fuero interno, les parece que tarda en cumplirse la promesa, y aguardan para creer que luzca el día siguiente. Al amanecer, la Tierra apareció reblandecida por la escarcha, y el pueblo se congregó ante el palacio. El rey sale y se sienta en su trono de roble, mientras la turba innumerable

le rodea silenciosa. Apenas Febo asoma una parte del disco, los ánimos de todos se sienten combatidos por el temor y la esperanza. Numa se pone en pie, y velando la cabeza con un blanco lienzo, eleva las manos bien conocidas de los dioses, y prorrumpe así: «Júpiter, llegó el momento de cumplir tu promesa, para que todos presten fe a tus palabras.» Mientras habla, ya el Sol había descubierto su disco entero y un horrendo fragor resuena en la celeste bóveda. Tres veces retumbó el trueno sin que se vieran las nubes y tres veces estalló el rayo fulgurante. Creed lo que os digo; cuento prodigios tan estupendos como reales. El cielo comienza a rasgarse por la mitad; el pueblo y el rey bajan sumisos los ojos, y ven caer un escudo que el aura leve impulsa suavemente, y rompen todos en clamores que llegan a los astros. Numa inmola en seguida una ternera que nunca había humillado la cerviz al yugo, recoge el presente del cielo, y le llama *Ancile*, porque tiene escotaduras en todas partes, y en ninguna perciben los ojos un ángulo. Entonces, recordando que la fortuna del Imperio depende de aquel escudo, toma un partido que revelaba su astuta sagacidad: ordena que se fabriquen otros muchos de igual forma, a fin de burlar, con su semejanza, la vista del que intente robarlo. Mamurio, insigne por sus costumbres y su habilidad artística, termina felizmente tan difícil obra, y el munífico Numa le dice: «Demanda el premio de tu trabajo; si mi palabra es de rey, todo cuanto pidas te lo concederé.» Después de entregar a los Salios, que toman el nombre de la danza, las armas y los himnos que habían de cantar en un tono prescrito, Mamurio

contestó: «Que la gloria sea la recompensa de mi labor y mi nombre suene al finalizar estos cantos.» Por eso los sacerdotes pagan el premio que el rey prometió al artífice de estos antiquísimos escudos, y repiten el nombre de Mamurio.

Si deseas casarte, aunque te agujijonee la impaciencia, difiere la unión; el retraso te producirá magníficas ventajas. Las armas mueven la guerra y la guerra es incompatible con los deberes de esposo; al instante que aquéllas vuelvan a encerrarse en el santuario, celebrarás tu enlace bajo mejores auspicios. En estos días, la velada esposa del flamen dialis no debe peinarse el cabello. No bien rutilen las estrellas del cielo a la tercera noche, uno de los Peces desaparecerá, pues son dos, el uno próximo a la región del Austro, el otro a la del Aquilón, y se distinguen por el nombre de los mismos vientos.

Cuando la esposa de Titón esparza el rocío de sus purpúreas mejillas y anuncie el día quinto, se sumergirá en las ondas Arctophylax, llamado también el perezoso Boyero; mas no se ocultará el Vendimiador; de dónde trae origen esta constelación, lo relataré en pocas palabras:

Es fama que Baco amó en las cumbres del Ismaro al joven Ampelos, nacido de la unión de una Ninfa con los Sátiros, y le regaló una cepa enlazada a las ramas de un olmo, por cuyo motivo lleva aún el nombre de aquel muchacho. El temerario subió un día a las ramas del árbol, ansioso de coger los dorados racimos, cayó, y Baco sublimó a los astros al que había perdido en la Tierra.

Al punto que Febo surja del Océano la sexta vez,

y ascendiendo por el escarpado Olimpo despliegue en el éter las alas de sus corceles, vosotros, píos adoradores de la antigua Vesta, llevad las cráteras y el incienso a los fuegos troyanos. César ha añadido a sus innumerables títulos la dignidad de pontífice, que ambicionaba sobre todos. César, numen eterno, preside el eterno fuego, y vense unidos los dos genios tutelares del Imperio. Un sacerdote de la sangre de Eneas era el único digno de conservar la reliquia preciosa salvada del incendio de la antigua Troya, que protegió al héroe de las armas de los enemigos, como perteneciente a su familia. Vesta, defiende la vida del que tan cerca te toca. Arded siempre, fuegos que su mano sagrada conserva, y que jamás se extinga vuestra llama ni el héroe que la alimenta.

Un sólo recuerdo va unido a las nonas de Marte: en tal día se consagró el templo de Vejove entre dos bosques, y luego que Rómulo lo ciñó de alto muro, exclamó: «El que se refugie aquí vivirá con seguridad.» ¡Oh, de cuán humilde principio nació la grandeza romana, y cuán poco digna de envidia fué la condición de su pueblo primitivo! Mas para que tu ignorancia no extrañe la novedad del vocablo, te explicaré quién sea este dios, y por qué le llaman así. Es Júpiter todavía joven; contempla su fresco rostro; luego, fijate en su mano: aún no se arma con él rayo. Jove no lo vibró hasta que los Gigantes osaron escalar el cielo; en la tierna edad aparecía inerme. Ardió primero el monte Osa con el fuego vengador; después el Pelión, elevado por encima del mismo, y el Olimpo, que hundía en la tierra los sólidos cimientos. A su lado se ve la cabra que las Ninfas de Creta apa-

centaban, y que nutrió con su leche la infancia del dios. Ahora vuelvo a la etimología de Vejove. Los labriegos llaman *negrandes* las espigas que crecen poco y los frutos desmedrados. Si tal es la significación de la voz, ¿por qué no admitir que el templo de Vejove es el de Jove en la edad infantil?

Alza la vista cuando las estrellas tachonen el céreo firmamento, y descubrirás la cabeza del Caballo de la Gorgona, que saltó con las crines teñidas en sangre, según se cree, de la férvida cabeza de Medusa, en el momento de caer cortada, y vuela bajo los astros y sobre las nubes. El cielo es la tierra que pisa, lleva alas por pies, y su boca rebelde había recibido ya el freno, cuando con su leve casco hizo surgir las aguas de la fuente Aonia. Ahora goza del cielo que antes solicitaba con las alas, y resplandece coronado de quince estrellas.

A la noche siguiente contemplarás la Corona de Ariadna, a quien la perfidia de Teseo convirtió en una diosa. La que puso el hilo que guiara sus pasos en las manos de aquel ingrato y perjuro esposo, feliz con el encuentro de Baco, y regocijada con su nuevo enlace, exclamaba: «Qué necia fui en llorar su perfidia; me trajo la suerte.» En tanto, Baco, el de hermosa cabellera, vencedor de los Indos, vuelve cargado con las riquezas del Oriente. Entre las doncellas cautivas de aventajada hermosura, la hija de un rey supo agradarle en extremo. La amante esposa lloraba su abandono recorriendo el corvo litoral con los cabellos sueltos, y prorrumpía en tales lamentos: «Olas del mar, oíd, por segunda vez, mis querellas; arena de la playa, recibe de nuevo mis lágrimas»;

recuerdo que gritaba: «Perjuro y falso Teseo, me has abandonado, y Baco incurre en igual delito.»

«Ahora gritaré: mujeres, no fiéis de ningún varón; mudando el nombre, la maldad ha sido la misma. ¡Ay!, ojalá mi triste suerte me despeñara por el camino emprendido; pues al presente habría ya dejado de existir. ¿Por qué, Baco, quisiste salvar a la que debió perecer en estas playas?; al menos hubiese padecido una sola vez. Inconstante Baco, y más voluble que esas hojas que ciñen tu frente, a quien he conocido para llorar, ¿por qué osaste poner ante mis ojos una odiosa rival, perturbando nuestra feliz unión? ¿Qué se hizo la fe prometida y los juramentos que a todas horas repetías? ¡Misera de mí, cuántas veces renuevo las mismas acusaciones! Inculpabas a Teseo, le llamabas amante falaz, y tus mismos dicitrios se convierten en acusadores de tu traición. ¡Ah!, que nadie lo sepa, que el dolor me atormente en silencio y no se me juzgue digna de ser engañada tantas veces. Sobre todo que no llegue a noticia de Teseo, y no se regocije teniéndote como cómplice de su culpa. Tal vez por mi color moreno me ha suplantado una rival de blancura deslumbrante. ¡Ah!, que su color sea el de mis enemigos. Pero eso ¿qué importa, si por lo mismo la encuentras más agraciada? ¿Qué haces?; ¿vas a mancillarte con sus abrazos? Baco, respeta la fe prometida, y no prefieras ninguna a la esposa siempre esclava del gusto de su marido. Los cuernos de un hermoso toro cautivaron a mi madre; los tuyos a mí; pero aquel amor fué nefando, y éste es glorioso. No me castigues, Baco, por haberte amado; ¿acaso me mostré cruel contigo cuando me confesaste la

llama en que te abrasabas? No te sorprenda que yo me abraze por ti, pues se dice que naciste en el fuego y que te libró de sus efectos la mano de tu padre. Yo soy aquella a quien solías prometer el cielo. ¡Ay de mí! En vez de tal gloria, ¡qué triste premio recibí! Así prorrumpió, y Baco, que la seguía los pasos, oyendo sin cesar las querellas de la infortunada, la estrecha en los brazos, enjuga con besos sus lágrimas, y le dice: «Subamos juntos a la celeste mansión. Fuiste mi compañera en el tálamo, y desde hoy te llamarás como yo, y mudarás el nombre de Ariadna por el de Libera. Yo dispondré en torno tuyo la espléndida corona que Vulcano regaló a Venus, y ésta a ti»; y dicho y hecho: transforma los brillantes en lumináres, y hoy resplandece como el oro con sus nueve estrellas.

En los idus se solemniza la alegre fiesta de Anna Perenna no lejos de las riberas del impetuoso Tiber. La gente acude y se tiende por aquí y allá sobre el verde musgo, bebe a su placer y cada cual se acuesta con su respectiva compañera. Unos se huelgan al aire libre; los menos levantan tiendas; otros con el ramaje de los árboles se construyen cabañas, y muchos clavan estacas aguzadas en el suelo, como firmes columnas, y las cubren por encima con las togas extendidas. Allí se acaloran con el sol y el vino, piden al cielo tantos años como copas apuran y sorben a competencia. Encontrarás allí quien se bebe los años de Néstor, y mujer que por las copas vaciadas pretende asegurarse la edad de la Sibila. Allí repiten las canciones que aprendieron en los teatros y acompañan las voces con gestos insinuantes; sueltan las copas,

se entregan a danzas desordenadas, y la joven que se atavió con primor baila con los cabellos en el mayor desconcierto. Vuelven a casa dando traspiés; con el espectáculo provocan el regocijo del vulgo, y los transeúntes los llaman los dichosos. Yo los ví en fecha no remota y me pareció digna de transmitirse a la posteridad su festiva pompa. Una mujer borracha arrastraba a un hombre tan bebido como ella. Los pareceres se contradicen sobre quién sea esta diosa, pero no debo olvidar ninguna tradición.

La mísera Dido, después de abrasarse en el amor de Eneas, ardió en las llamas de la hoguera que puso fin a sus días, y recogidas las cenizas, grabóse en el mármol del sepulcro este breve epitafio que compuso poco antes de morir: «Eneas me ocasionó la muerte y me regaló una espada, y Dido cayó al rigor de su propia mano.»

En seguida los Númidas invaden el reino indefenso; el moro Yarbas se establece en el palacio que acaba de conquistar, y, recordando los desprecios de Elisa, exclama: «¡Ah!, por fin gozo el tálamo de donde ella me rechazó tantas veces.» Los Tirios huyen extraviados y llenos de terror, como vagan inciertas las abejas que perdieron su reina. Tres veces la era había recibido las mieses para la trilla, y otras tantas el mosto había fermentado en la honda cuba. Anna es arrojada del palacio, y abandona llorosa los muros que le recuerdan a su hermana; mas antes tributa a sus Manes los últimos honores, vierte sobre las leves cenizas unguentos humedecidos con lágrimas, y las adorna con trenzas de sus cabellos. Tres veces repitió el último adiós, y tres veces besó las caras reli-

quias en las cuales creía ver su imagen. Consigue una nave y una compañera de destierro, y se aleja lentamente con los ojos clavados en las murallas que alzó su hermana querida. Próxima a la estéril Cosyra se destaca la fértil isla Melita azotada por las olas del mar de Libia; se dirige hacia ella confiada en los lazos de antigua hospitalidad que la unían al rey Bato, conocido por sus cuantiosas riquezas, el cual, cuando supo los infortunios de las dos hermanas, le dijo: «Esta tierra, no muy dilatada, la pongo a tu disposición»; y sin duda se comportaría como huésped generoso hasta el último momento, si no le infundiese miedo el poder extraordinario de Pigmalión.

El Sol había recorrido dos veces los signos del Zodíaco; ya corría el tercer año, y la desterrada tuvo que buscar refugio en nuevas tierras. Preséntase el hermano y la reclama en son de guerra, y el rey, temeroso del poder de sus armas, «no podemos resistirle, sálvate huyendo», le dice. Ella obedece; huye y confía la nave al capricho de los vientos y las olas; el odio de su hermano le infunde más terror que las tormentas. Cerca del Crathis, río abundante en peces, cuyas ondas resbalan por un cauce pedregoso, extiéndese vasta llanura que los habitantes llaman Camera. Allí dirige el rumbo, y ya no distaba más que nueve veces el espacio que podía atravesar una honda. De súbito las velas caen, apenas las mueve un débil sople, y el piloto dice: «Hendid las aguas con el remo»; y mientras se disponen a recoger las velas de retorcido lino, una violenta ráfaga del Noto choca en la encorvada popa, y sin que valgan de nada los esfuerzos, el navío es arrastrado a alta mar y la tierra ya

vista desaparece. El oleaje se encrespa, el mar se revuelve hasta el fondo del abismo y el navío sorbe las aguas espumosas. La tempestad vence al arte, el piloto abandona el timón y recurre a las plegarias pidiendo ayuda a los dioses. La desterrada Fenisa, combatida por las violentas olas, cubre con el vestido el rostro que las lágrimas humedecen, y entonces, por la vez primera, llama feliz a su hermana y a cuantos oprimen con sus cuerpos el seno de la tierra: Impulsada por una ráfaga poderosa, encalla la nave en la playa del Laurento, y apenas quedan todos en salvo, se hunde y desaparece.

Ya el piadoso Eneas era dueño del reino y de la hija de Latino, y se había establecido la alianza entre los dos pueblos. Acompañado sólo por Acates, recorría a pie una senda solitaria de la playa que recibió en dote, cuando divisa a una mujer errante, y aun viéndola, se resiste a creer que sea Anna. ¿Qué motivo la ha conducido a los campos del Lacio? Mientras Eneas habla consigo, Acates exclama: «Es Anna.» Ella, oyendo que la nombran, yergue la cabeza. ¿Adónde huir? ¿Qué resolver? ¿En qué sima de la tierra se ocultará? Ve ante los ojos el destino de su mísera hermana. El hijo de Citèrea advierte su turbación, disipa sus temores, y al recuerdo de la muerte de Elisa se deshace en llanto. «Anna, yo te juro por estas tierras, que, como oíste en otro tiempo, los destinos más venturosos me prometían, por los dioses compañeros de mi destierro, a quienes acabo de levantar aquí los debidos altares, y que cien veces increparon mi tardanza, que jamás temí ser la ocasión de su muerte ni me ocurrió tan fatal pensamiento. ¡Ay de

mí, su valerosa resolución sobrepuja a lo creíble; no prosigas; contemplé su pecho cubierto de indignas heridas cuando osé descender a las regiones del Tártaro. Mas tú, sea que de voluntad o por la orden de un dios hayas pisado nuestros litorales, goza las comodidades que mi reino te ofrece. Muchas mercedes te debo; muchas también a Elisa; me serás querida por tu nombre y el de tu hermana.»

Confíase en tan dulces promesas, pues no le quedaba otra esperanza; y le relata los peligros de su navegación. Vestida a la usanza de Tiro penetra en palacio, y Eneas comenzó a hablar así, permaneciendo todos silenciosos: «Esposa Lavinia; cumplo piadoso deber y pongo en tus manos esta extranjera; después de un naufragio recibí de ella piadosa hospitalidad. Natural de Tiro, poseyó un reino en las costas de Libia; te ruego que la ames como una hermana querida.» Lavinia lo promete, mas, a la callada, revuelve en la mente unos celos furiosos y los disimula colérica. Como advierte los muchos presentes que le envía sin ocultarlos, sospecha que le enviará muchos más en secreto. Aún no ha resuelto lo que piensa hacer, pero la odia de todo corazón, y maquina cien insidias, dispuesta a morir vengada. Mas una noche aparécese de pie ante el lecho de su hermana el espectro de Dido, con el rostro y el cabello manchados de sangre, y le dice: «¡Huye, huye pronto de casa tan funesta!»; y al rumor de sus palabras gimió la puerta azotada por el viento. Salta del lecho, se arroja veloz al campo por una ventana baja, y con el temor cobra audacia. Impulsada por el miedo, corre envuelta en la túnica, como el gamo aterrado por los aullidos del lobo. Cré-

se que el Numicio, adornado de cuernos, la arrebató en sus ondas anhelantes, y la ocultó en el fondo de su húmedo retiro. Con grandes clamores buscan por los campos a la hija de Sidón; aparecen las señales y huellas de los pies; la gente que escudriña las riberas nota allí también los vestigios de sus pasos; el río culpable del rapto, apaga el murmullo de sus ondas, y óyese la voz de aquélla, que decía: «Soy una Ninfa del plácido Numicio que habita bajo sus raudales, que nunca se agotan, y me llaman Anna Perenna. «De seguida se entregan todos a festines alegres en los campos que acaban de recorrer, y celebran la dicha y el solemne día con abundantes libaciones.

Unos pretenden que esta diosa es la Luna, cuyos meses integran el curso del año; otros quieren que sea Themis, o la errante hija de Ínaco, y no faltan quienes digan, Anna, que eres la Ninfa hija de Atlas, que nutrió a Júpiter en la infancia. En fin, una vieja tradición, que voy a referir, ha llegado a mi conocimiento, y me parece que se compagina con la verdad.

La antigua plebe, aún no protegida por la autoridad de los tribunos, huyó y se congregó en la cumbre del Monte Sacro. Llegó el momento de faltarles los víveres que consigo llevaron, sobre todo el trigo, base de su alimentación. Cierta Anna, nacida en Bovilla, próxima a Roma, vieja pobre, pero de gran laboriosidad, recogiendo los canos cabellos con ligera cinta, amasaba rústicas tortas con sus trémulas manos, y, todavía humeantes, las repartía por la mañana entre la gente del pueblo; distribución muy agradecida por todos, y cuando hecha la concordia volvieron a sus casas, alzaron a Perenna una estatua, por

haberles socorrido en el estrecho de su necesidad. Ahora me resta explicar por qué las doncellas cantan himnos obscenos en sus reuniones y se permiten esta licencia, que la costumbre autoriza. Anna era una diosa reciente; Marte se le acercó, y retirándola aparte, le dirige tales ruegos: «Tu fiesta se verifica en el mes que se me consagra; quise unir tu culto al mío, y la esperanza de mi dicha pende de un servicio que puedes prestarme. Yo, el dios de los combates, me abraso en el amor de la belicosa Minerva, y desde larga fecha llevo clavada la saeta que me lanzó. Esfuérzate porque se confundan en una sola dos divinidades tan semejantes, vieja bondadosa; éste papel conviene a tus años.» Así dice, y la vieja engaña al dios con falaces promesas, y con la demora le mantiene en su crédula esperanza día tras día. El dios redobra a menudo las instancias, y ella le contesta: «Cumplimos tu encargo; Minerva se ha rendido a mi solicitud.» El amante se regocija, prepara el tálamo, y como si fuera la nueva esposa, conduce a Anna con el rostro cubierto. Al darle los primeros besos, descubre Marte, de súbito, el engaño, y la vergüenza y la cólera dominan al dios así burlado. La nueva diosa se ríe del amante de tan linda Minerva, y ningún lance divirtió a Venus tanto como el que acabo de referir. De aquí viene el origen de estas antiguas diversiones y estos cantos obscenos, de la estratagema de burlar una vieja a un dios tan poderoso.

Querría pasar en silencio los aceros clavados en el pecho de César, cuando Vesta, desde su templo inmaculado me habló en tales términos: «No vacíes

en relatarlos; fué sacerdote de mis altares, y contra mí se ensangrentaron las manos sacrilegas. Yo le arrebaté a los golpes poniendo en su lugar un falso simulacro, para que sólo cayese destrozada por el hierro asesino la sombra de César, el cual, transportado a los cielos, habita el palacio de Jove, y en el gran foro se acaba de inaugurar su templo. Todos cuantos osaron cometer el crimen y, despreciando la majestad divina, profanaron la cabeza del pontífice, sufrieron la muerte merecida: testigos, los campos de Filipo y las tierras que blanquean con los huesos dispersos de los criminales. La primer empresa, el primer impulso de la piedad de Augusto fué vengar en una guerra justa la muerte de un padre.

Cuando la aurora próxima humedezca con su rocío las tiernas hierbas, podrás distinguir la primera parte del Escorpión. El día tercero después de los idus es celeberrimo por Baco. ¡Baco, favorece al vate que ensalza tu festividad! No recordaré a tu madre Semele que hubiese dado a luz un niño sin esfuerzo, de no llegar Júpiter a su presencia imponente con el fragor del rayo, ni tampoco que, para nacer al debido tiempo, el cuerpo de tu padre recibió la carga que tu madre llevaba en el seno. Es larga la tarea de enumerar los triunfos que alcanzaste sobre los Sitonios y los pueblos de Escitia y las gentes domadas de la India, productora del incienso. También guardaré silencio sobre el Tebano, a quien degolló su insensata madre, y sobre Licurgo, que se mutiló enloquecido por las Furias; podría referir la repentina transformación de los Tirrenos en peces, mas no es el objeto de mi poema, que se propone revelar los motivos

por los que una mísera vieja llama al pueblo para que le compre sus tortas.

Antes que nacieses, Baco, los altares no recibían ningún honor y la hierba crecía junto a los apagados fuegos; y cuentan que después de haber sometido el Ganges y todas las comarcas orientales, separaste, para ofrecerlas al sumo Jove, las primicias de tus despojos. Fuiste el primero que le brindó el cínamomo, el incienso de los territorios cautivos y las entrañas tostadas del toro que conduce tu carro triunfal. Así se llaman *Liba* y *Libamina*, voces derivadas de tu nombre *Liber*, las ofrendas que consumen los fuegos sagrados. Las tortas o liba se ofrecen a Baco porque le gustan los jugos dulces, y aun se le atribuye el descubrimiento de la miel. Con el cortejo de Sátiros discurría por las riberas del Ebro arenoso (el relato no carece de gracia), y ya próximo al Ródope y al Pangeo esmaltado de flores, sus acompañantes hacen resonar los címbalos; al sentir el rumor se congregaron multitud de insectos alados; eran las abejas que seguían los bronces resonantes. Baco reúne sus huestes dispersas, las encierra en el hueco de un tronco, y obtiene el premio de la invención de la miel. Apenas los Sátiros y el calvo Sileno prueban su grato sabor, recorren todas las selvas en busca de los áureos panales. El viejo Sileno oye en la concavidad del tronco carcomido por los años el murmullo de un enjambre; ve la blanca cera, y no dice esta boca es mía. Monta con pesadez sobre el lomo de su asno cabizbajo; se aproxima al olmo de cortezas resquebrajadas; álzase sostenido en vigorosa rama, y, con avidez, se dispone a sacar la miel allí

escondida. Entonces acuden millares de zánganos, clavan en su desnuda cabeza los punzantes agujones y señalan su frente con las picaduras; cae de golpe y porrazo, y el asno le coceó; llama a los suyos para que le auxilién, llegan los Sátiros, y sueltan la presa, viendo el rostro tumefacto de su padre, que se incorpora cojeando con la pierna lastimada; el mismo Baco se reía también, le aconseja que se embadurne la cara, y aquel obedece al consejo, y extiende sobre su faz un emplasto de barro. El padre Baco goza los tesoros de la miel, y con justo título ofrecemos a su inventor las tortas humeantes con ella aderezadas. ¿Por qué las tomamos de manos de una mujer? La razón es patente: Baco, con el tirso, guía los coros femeninos. Me preguntas de nuevo por qué los distribuye una vieja; porque la edad avanzada es propensa al vino y mira con predilección los presentes de la fecunda vid. ¿Por qué se ciñe de hiedra? Porque la hiedra es muy querida de Baco; y ¿en qué se funda esta preferencia? al instante te lo voy a decir: Las Ninfas de Nisa ocultaron entre sus hojas la cuna del dios en la infancia, para substraerlo a las indagaciones de una madrastra colérica. Réstame declarar por qué razón los jóvenes reciben la toga libre el día de tu fiesta, ¡oh, Baco, resplandeciente de hermosura! Porque apareces con las gracias de la niñez y la juventud, en el justo medio que separa estas dos edades, o porque eres padre, y los padres encomiendan a tu celo y divina protección sus prendas queridas, o porque te llaman *Liber*, y los jóvenes toman bajo tus auspicios la toga libre, y entran en una vida de mayor libertad, o porque cuando nuestros antepasa-

dos cultivaban afañosos el campo y el senador trabajaba la heredad paterna y el cónsul dejaba por las fascas la reja del arado, y no era afrentoso tener las manos encallecidas, y la turba de labriegos acudía a Roma a presenciar los juegos, honra tributada a los dioses y no motivo de esparcimiento, los del dios de las viñas tenían lugar en día señalado, privilegio que hoy divide con la diosa que empuña la antorcha. Este día se estimó el más a propósito para que el joven vistiese la toga y la muchedumbre reunida le felicitase por ello. ¡Padre Baco, inclina en mi favor la cabeza, sin amenazarme con los cuernos, y que tu alienato propicio impulse las velas de mi numen!

Si mal no recuerdo, en el mismo y el anterior se visita a los Argeos, de quienes hablaré en el lugar correspondiente. La estrella del Milano inclinada hacia la Osa, hija de Licaón, es observable al venir la noche. ¿Quiéres saber por qué esta ave fué colocada en el cielo? Jove había expulsado a Saturno del reino, y Saturno, ardiendo en cólera, incitó a los Titanes valerosos a tomar las armas, utilizando el último recurso que el destino le concedía. La madre Tierra engendró un monstruo medio hombre y medio serpiente en la parte posterior, y el río impetuoso de Estigia, obediente a las órdenes de las tres Parcas, lo había encerrado con triple muro en un bosque inaccesible. El destino decretó que pudiera vencer a los eternos dioses aquel que entregase a las llamas las entrañas del monstruo; Briarco, armado de su segur diamantina, inmola a esta fiera, y ya se disponía a tostar sus vísceras en el fuego, cuando Júpiter ordena a las aves que se las arrebatan. El milano fué

quien las presentó, y, en recompensa del servicio, obtuvo un puesto en la región de los astros.

Con un día de intervalo vienen las fiestas de Minerva, que toman el significado de los cinco días que duran. En el primero se prohíbe derramar sangre, y no es lícito combatir con las armas, por haber nacido Minerva aquel mismo día. Al siguiente y los tres últimos se permite a los jóvenes pisar la arena del campo de Marte, porque la diosa de la guerra se regocija a la vista de las espadas desnudas. Ahora, mancebos y tiernas doncellas, ornadas con guirnaldas la estatua de Palas; el que la aplaque bien será el más sabio. Después de congraciarse con Palas ejercítense las muchachas en esponjar las lanas y descargar las ruecas del peso de los vellones. Asimismo ella os enseñará a lanzar la vareta por la extendida trama, y apretarla con el peine de marfil. Adóselas el que quita las manchas que ensucian los vestidos; adóselas el que expurga los vellones en el caldero de bronce. Sin el favor de Palas, ninguno sabrá coser un calzado, aunque sea más entendido que Tiquio y aunque aventaje al antiguo Epeo en las labores de manos; si provoca el enojo de Palas será tan torpe como un manco. Vosotros, los que curáis las enfermedades con el arte de Apolo, entregad a la diosa una parte de los presentes que recibís, y vosotros, maestros defraudados en los salarios que se os deben, no por eso la despreciéis, ella os proporcionará nuevos discípulos. Tú, que manejas el buril, que pintas las tablas con encendidos colores o con hábil diestra infundes al mármol la morbidez de la carne, reverencia a la diosa protectora de las artes, que preside también a la

poesía, y ojalá, si lo merezco, favorezca los partos de mis vigiliás.

En el sitio donde el monte Celio desciende a la llanura, y el suelo no del todo llano hace casi insensible la pendiente, verás el reducido templo de Minerva Capta, que se erigió al natalicio de la diosa. El origen del nombre adolece de conjuro: a un ingenio sobresaliente lo llamamos capital, y Minerva es la diosa del ingenio, o tal vez se lo dieran porque sin necesidad de madre saltó del cerebro de Júpiter armada con el escudo, o porque entró cautiva en Roma después de la sumisión de los Faliscos, como lo confirman antiguos libros, o por aquella ley que castiga con pena capital todo hurto cometido en su templo; pero ya traigas tu origen de un vocablo o de otro, extiende, ¡oh Palas!, siempre tu égida sobre nuestros caudillos.

El último de los cinco días nos prescribe purificar las trompas resonantes, y sacrificar a la diosa de las batallas. Ahora puedes asegurar, elevando las miradas al Sol, que ayer éste oprimía los vellones del carnero de Frixo. Las semillas, quemadas por el fraude de una criminal madrastra, no se alzaban, como suelen, convertidas en verdes tallos. Envíase un delegado a los trípodes de Delfos, para que el oráculo indique el remedio contra la esterilidad de la Tierra, y corrompida por las dádivas anuncia que, a fin de purificar las semillas, el dios exige la muerte de Helle y el joven Frixo. Aunque el rey se niega a obedecer, los gritos de los ciudadanos, la necesidad y la diosa Ino le obligan a pronunciar la bárbara sentencia. Ya Frixo y su hermana, con las sienés veladas por las

cintas, son conducidos a las aras y lamentan la común desventura; pero su madre los vió resbalando casualmente por los aires; transida de dolor se golpea el pecho con los crispados puños, desciende en la ciudad de Cadmo sostenida por las nubes, y arrebatada de allí a sus hijos, y para facilitarles la fuga, les proporciona un carnero, cuyos vellones resplandecen como el oro, el cual los conduce a través de los vastos mares. Dícese que la joven iba agarrada con poca fuerza al cuerno del animal cuando cayó en las ondas que llevan su nombre. El hermano estuvo a punto de perecer con ella, queriendo prestarle socorro y sujetarla con las manos extendidas, y lloraba perdida a la compañera de sus peligros, ignorante de que acababa de unirse con el dios de las ondas azuladas. Al descender en la playa el Carnero, se convirtió en una constelación, y su áureo manto de lana depositóse en el palacio de Colcos.

Quando despierte la Aurora y se anticipe tres veces a los caballos radiantes del Sol, la duración de los días igualará a la de las noches, y después que el pastor haya encerrado en el redil cuatro veces las cabras repartidas, y blanqueen cuatro mañanas las hierbas con la reciente escarcha, deberemos adorar a Jano, a la dulce Concordia, a la salud de Roma y al genio de la Paz. Las lunaciones fijan los meses y éste termina con la fiesta de la Luna en el monte Aventino.

LIBRO CUARTO

«Poderosa madre de los dos amores, dignate favorecer al vate.» Ella volvió la cabeza hacia donde sonaba la voz, y exclamó: «¿Qué pretendes de mí? Antes tu Musa cantaba en tono más elevado. ¿Acaso tu tierno corazón aún mana sangre de la antigua herida?» «Diosa—le respondí—, lo sabes como yo.» Sonrióse, y el aire que la rodeaba se iluminó de súbito con viva claridad. «Sano o herido, nunca deserté de tus banderas; tú fuiste siempre el objeto y el fin de mis cantos. Sin incurrir en delito, deslizamos los años de la lozana juventud en los juegos propios de la edad; ahora mis corceles se lanzan en más vasta arena. Canto las divisiones del tiempo, con sus causas, que aprendí en los viejos anales, y el momento en que aparecen los astros o se ocultan en el horizonte. Tocamos al cuarto mes en que tienen lugar, ¡oh, Venus!, tus brillantes festejos, y ya sabes que el poeta y el mes te pertenecen por igual.»

Conmovidada por mi devoción, la diosa roza levemente mis sienes con el mirto de Citera, y me responde: «Acaba la obra que comenzaste.» Sentí su divino influjo, y de una mirada penetré las causas de los días festivos; ya que me alienta, surque mi nave las ondas mientras el viento la favorezca.

César, si alguna parte de los Fastos debe intere-

sarte, en Abril hallarás satisfecha tu curiosidad; mes que por ilustre genealogía descende hasta ti, y te pertenece por la adopción de una augusta familia. Así lo dispuso nuestro padre, el hijo de Ilia, al distribuir el transcurso del año para conservar el recuerdo de sus antepasados. Como dió el primer lugar al fiero Marte, a quien era deudor del nacimiento, dedicó el segundo a Venus, que en grado menos próximo pertenecía a los suyos. Investigando el principio de su linaje en los siglos transcurridos, se remontó hasta los dioses, de quienes descendía. ¿Ignorábase, por ventura, que Electra, hija de Atlas, recibió a Jove en su lecho y dió el ser a Dárdano? De éste nació Erictonio, a la vez padre de Tros, de quien procede Asáraco, que engendró a Capis, y Capis a Anquises, a quien Venus debía, orgullosa, el título de madre. De tal unión vino al mundo Eneas, que acreditó su piedad trasportando sobre los hombros, a través de las llamas, las imágenes de los dioses, y su padre otra reliquia sagrada; luego llegamos al nombre feliz de Julio, por quien la familia Julia se une a sus abuelos de Troya. Póstumo, su hijo, por haber nacido en las espesas selvas, se llamó Silvio entre la gente del Lacio, y es el padre de Latino. A Latino sigue Alba, y el heredero de sus títulos, queriendo que reviviesen los nombres troyanos, llamó Capia a su hijo, y fué tu abuelo, ¡oh Calpeto! Tiberino heredó tras éste el reino de su padre, y créese que pereció sumergido en el seno del Tíber, después que vió nacer a su hijo Agripa y nieto Réculo, que, según cuentan, sucumbió herido por el rayo. Tras éstos viene Aventino, cuyo nombre recibieron el lugar y el monte cercanos, y

más tarde heredó el reino Brocas, seguido por Númitor, hermano del implacable Amulio, y de Númitor nacieron Ilia y Lauro. Lauro cayó muerto por la espada de su tío; Ilia agradó a Marte y dió a luz a los gemelos Rómulo y Remo. Rómulo sostuvo siempre que Marte y Venus eran sus padres; el testimonio merece crédito, y para que jamás pudiesen ignorarlo sus descendientes, consagró dos meses seguidos a los dioses a quienes debía el nacimiento.

Me inclino a creer que procede de la lengua griega el mes de Venus; la diosa se llamó así de la espuma del mar, y no te maraville que tome su origen de una voz griega, porque la Italia de entonces se reducía a la Magna Grecia. Aquí arribó Evandro con una escuadra tripulada por su gente, y después Alcides, uno y otro de origen griego. El huésped de la temible clava apacentó sus rebaños en las hierbas del Aventino y apagó su sed en las ondas del Albula. También abordó aquí Ulises, el de Nerito; lo atestiguan los Lestrigones, y el litoral, que conserva todavía el nombre de Circe. Ya se alzaban los muros de Telegón y los de la húmeda Tibur, construídos por los de Argos. Falero, descendiente de los Atridas y víctima del destino, establecióse asimismo en la tierra Falisca, a la que dió su nombre. Añádase a éstos Antenor, que persuadió la paz a los Troyanos, y Diomedes, el hijo de Oeneo, que vino a ser yerno de Apulo Dauno. Más tarde, y después de Antenor, Eneas trasladó a estas tierras sus dioses, arrebatados a las llamas de Ilion, y Solimo, uno de sus compañeros, desterrado del Ida de Frigia, legó su nombre a las murallas de Sulmona, de la fría Sulmona, ¡oh Germáni-

col, nuestra patria común; ¡ay de mí!, cuán lejos está del suelo de Escitia; pero, Musa, reprime los lamentos; no se permite a tu lira cantar los ritos sagrados con tristes acordes.

¿A qué no se atreve la envidia? No han faltado, ¡oh Venus!, quienes te disputan y pretenden arrebatarte el honor de presidir este mes. Porque todo se abre en la primavera, y ceden a su paso los fríos rigurosos del invierno, y los campos patentizan su fecundidad, sostienen que se llama Abril, por los gérmenes que brotan del suelo, gracias al influjo de la hermosa Venus que los recaba para sí. Ella, la más digna de veneración, domina el Universo entero, y ningún dios osará contrastar su poderío; ella dicta leyes al cielo, a la tierra y al mar, donde nació; ella lo abarca todo, porque todo tiene en ella su origen. Ella crea a todos los dioses, cuya enumeración sería harto larga; ella hace germinar las mieses y crecer los árboles; ella congregó en pueblos los ánimos feroces de los hombres selváticos y ordenó que cada ser se uniese con su igual. ¿Quién sino la dulce voluptuosidad crea las diversas especies de aves? Los rebaños no se multiplicarían sin el incentivo del amor. El carnero truculento lucha con su rival a cornadas, mas ya se cuidará de no golpear la frente de la oveja bien amada. El toro, siendo terror de los montes y las selvas, depone su fiereza por seguir a la ternera. La misma fuerza multiplica a los que viven en el vasto Océano y pueblan las aguas de innumerables peces. Venus, la primera, despojó a los racionales de sus hábitos salvajes y los enseñó la limpieza y el aseo personal. Dícese que un amante rechazado compuso la primera

canción, fruto de tristes vigiliás, a una puerta cerrada a sus pretensiones; la elocuencia no tuvo más objeto que persuadir a una joven cruel, y el que menos era elocuente en defensa de la propia causa. Por su influjo nacieron mil artes, y mil invenciones que antes se desconocían, débense al deseo de agradar. ¿Y habrá quien se atreva a despojarla del título que ha dado al segundo de los meses? No se apodere de nosotros semejante insensatez. ¿Y qué, su numen poderoso, en tantos templos venerado, no tiene derecho más inconcuso sobre nuestra ciudad? Romanos: Venus manejó las armas a favor de Troya y gimió al sentir en su mano delicada la punta de un venablo. Siendo juez Paris, venció en la competencia de la hermosura a dos diosas. ¡Ayl, ojalá las vencidas hayan olvidado este certamen; y, en fin, se unió al nieto de Asáraco para que el gran César contase a Julio entre sus abuelos.

Ninguna estación convenía a Venus como la primavera. En primavera la tierra se engalana, las glébas del campo se remueven, rompen su cárcel y se elevan los tallos de las plantas, y el sarmiento brota las yemas a través de la hinchada corteza. La hermosura de Venus reclama esta hermosa estación, y así viene próxima al dios Marte, que le fué tan querido. En primavera, la diosa invita a las naves de encorvada popa a navegar sobre las ondas en que nació y a no temer las amenazas del invierno. Matronas del Lacio y amantes esposas, y vosotras a quienes se prohíben las cintas del cabello y las largas vestiduras, rendid a la diosa el culto que le debéis. Quitad los collares de oro a su estatua de mármol, despojadla

de sus ricos aderezos; la diosa se ha de lavar todo el cuerpo. Colocad de nuevo el collar en su enjuta garganta y adornadla con otras flores y con rosas nuevas. Ella os ordena, a la vez, que os lavéis bajo los verdes mirtos, y sabed que lo hace por un motivo poderoso. La diosa desnuda enjugaba sus húmedos cabellos en la playa, y una torpe caterva de sátiros acertó a descubrirla; ella lo nota, y cubre su cuerpo con el ramaje del vecino mirto, pudiendo evitar las miradas, y por eso ordena perpetuar este hecho.

Sabed ahora por qué ofrecéis el incienso a la Fortuna Viril en el sitio donde humean las aguas termales; allí se reúnen todas, se quitan los velos que las cubren y dejan ver los defectos de sus formas desnudas, y la Fortuna Viril se presta a cubrirlos y ocultarlos a los hombres, movida por las plegarias y la ofrenda de un poco de incienso. No vaciléis en probar el jugo de la adormidera mezclada a la blanca leche y la miel que se liquida exprimiendo los panales. El día en que Venus se entregó a su ardiente esposo bebió este licor, y desde entonces conoció los placeres del matrimonio. Aplacadla con oraciones, y ella defenderá vuestra belleza, vuestras costumbres y vuestra excelente reputación.

En tiempo de vuestros antepasados, Roma desconocía el pudor, y los ancianos consultaron a la vieja sibila de Cumas, la cual ordena que se erijan templos a Venus. Los templos se levantan sin demora, y Venus toma el sobrenombre de la mudanza que produjo en los corazones. ¡Oh hermosísima diosa!, mira siempre con plácido aspecto a los descendientes de Eneas y protege a tantas esposas como los dan a luz.

Mientras hablo, el Escorpión, temible por la punta de su vibrante cola, se precipita en las verdes ondas. Así que pasa la noche y el cielo se viste de púrpura con la luz primera, y gorjean las aves que despierta el rocío de la mañana, y el viajero que no descansó por la noche suelta la antorcha medio consumida, y el labriego vuelve a sus cotidianas labores, comienzan a descargar los hombros paternos las Pléyadas, que se cuentan hasta siete; pero no suelen verse más de seis, porque seis solas gozaron los abrazos de los dioses. Esterope, según dicen, acogió en su lecho a Marte; Halción y la hermosa Celene, a Neptuno, y Maya, Electra y Taygetes, al sumo Jove. Merope, la última, casó contigo, Sísifo, que eras un mortal, y arrepentida de ello, oculta a nuestras miradas el sonrojo que la confunde; o tal vez es Electra, que no pudo soportar el cuadro de la ruina de Troya y se cubrió los ojos con la mano.

Dejemos que el cielo gire tres veces sobre su eterno eje, y que el Sol gobierne y permita descansar tres veces a sus fogosos corceles; pronto resonará la flauta berecintia de retorcido cuerno, por la fiesta de la madre de los dioses que mora en el Ida. Irán en procesión los sacerdotes mutilados golpeando los tímpanos, y los címbalos de bronce chocarán entre sí. Sentada la diosa sobre los hombros de sus afeminados ministros, atraviesa las calles de la ciudad y oye los alaridos rituales. Comienzan las representaciones escénicas y se anuncian los juegos; acudid, ciudadanos, y cesad en los procesos y litigios del Foro.

Podría hacer mil preguntas, pero las estridencias

agudas de los bronces y el sonido horrendo del lotos encorvado me llenan de terror. Permíteme, Cibeles, interrogar a tus doctas hijas; ella atiende mi ruego, y les ordena que vengan en mi ayuda. Fieles a lo que se os manda, decidme musas del Helicón, ¿por qué la gran diosa se regocija con el estrépito incesante? Así dije, y me contestó Erato, a quien pertenece el mes de Citerea, por llevar el nombre del tierno amor. Saturno consultó al oráculo y recibió tal respuesta: «¡Oh, el mejor de los reyes!, tu mismo hijo te arrebatará el cetro. El dios poseído de temor devoraba los propios hijos a medida que iban naciendo, y los sepultaba en el fondo de sus entrañas. Rhea se quejaba amargamente de ser prolífica tantas veces y nunca madre, doliéndose de su fecundidad. Al fin nació Júpiter; aceptemos el testimonio irrecusable de los antiguos, sometiéndonos a la creencia recibida. Una piedra cubierta de lienzo cayó en las entrañas celestes; así debía ser el padre engañado para que se cumpliese el destino, y en las altas cumbres del Ida resonaba el estrépito para que la boca del tierno infante rompiese con seguridad en los primeros vagidos. Al mismo tiempo los Curetes por un lado, y por otro los Coribantes, los unos golpean los escudos con varas, los otros los cascos, y el padre ignoró el alumbramiento.

»A imitación de la antigua astucia, los ministros de la diosa golpean los bronces y los roncós parches. Suenan los címbalos en vez de los cascos, los tímpanos por los escudos, y, como antes, la flauta se tañe en el tono Frigio.» Erato calló, y yo repliqué: «¿Por qué los leones, animales ferocísimos, someten sus re-

beldes cuellos al yugo del carro que conduce a la diosa?» Calléme, y respondió: «Es creencia que Cibeles amansó la antigua ferocidad, y su carro atestigua tal beneficio.» «¿Y por qué ciñe su cabeza una corona en forma de torre? ¿Por ventura levantó ella las torres de las ciudades de Frigia?» Hízome un signo afirmativo, y le pregunté de nuevo: «¿De dónde proviene la furia de mutilarse los miembros?» Callé, y la Musa comenzó a satisfacer así mi demanda: «En la espesura de las selvas de Frigia, Atis, mancebo de espléndida belleza, subyugó con casta inclinación a la diosa que corona la torre; quiso ésta reservárselo para sí y confiarle la guarda de sus templos, y le dijo: «Procura conservar siempre tu pudor juvenil.» Prometió cumplir lo que se le exigía, y exclamó: «Si faltó a la palabra, que mi primer flaqueza sea el último de mis placeres.» Faltó; con la ninfa Sagaris dejó de ser el niño inocente, y la cólera de la diosa se aprestó a la venganza. Cayó a los golpes de Cibeles el árbol que habitaba la Náyade, y pereció con él, porque su destino estaba ligado a la suerte del árbol. Atis enloquece, y temiendo que se desplome el techo que guarécía su tálamo, se lanza a la carrera a las cumbres del Dindimo, y ya grita: «Aparta esas antorchas», ya «afuera esos látigos», y a veces juzga que tiene delante a las diosas Palestrinas. Luego se mutila el cuerpo con una piedra afilada, arrastra por el sucio polvo la lengua cabellera, y vocea: «Merecí el castigo; pago la culpa con mi sangre; caigan los órganos que me ocasionaron la perdición», y acabando de proferir tales voces, se corta las partes vergonzosas, y de súbito desaparecen en su cuerpo los signos de

virilidad. Esta demencia fué imitada por los sacerdotes de Cibeles, que soltando los cabellos se cercenan los viles miembros de la sensualidad.» Así la elocuente voz de la musa Aonia satisfizo mi pregunta sobre el origen de tal furor.

«Tú que alientas mi poema, te suplico que me reveles de dónde vino la diosa movida por nuestras plegarias, o si habitó siempre en nuestra ciudad.» La madre de los dioses amó siempre el Dindimo, el Cibebes, el Ida, que amenizan las fuentes y la poderosa ciudad de Ilión. Cuando Eneas transportó las reliquias de Troya a los campos de Italia, faltó poco para que la diosa siguiese a las naves portadoras de los númenes; pero sabía que los hados aún la reclamaban en el Lacio, y permaneció en los sitios que acostumbraba frecuentar. Después, cuando la poderosa Roma había vivido ya cinco siglos y levantado la cabeza sobre el orbe sometido, el sacerdote consultó los oráculos de los libros sibilinos, y dícese que en ellos leyó estos versos: «Romano, tu madre vive ausente; te ordeno averiguar dónde se halla, y que la reciba a su llegada una casta mano.» Los senadores se confunden queriendo interpretar el sentido del oráculo misterioso. ¿Qué madre vive ausente? ¿En qué punto la hemos de buscar? Se consulta a Pean, y les responde: «Haced que venga la madre de los dioses; la encontraréis en las cumbres del Idá.» Son enviados los próceres, y Otalo, en aquel entonces rey de Frigia, negóse a la exigencia de los varones de Ausonia.

Cantaré prodigios maravillosos. La tierra se estremeció con prolongado rumor, y la diosa habló de tal

suerte en el fondo de su santuario: «Yo les ordené que vinieran a buscarme sin demora; no detengas a la que desea partir. Roma es lugar digno de que lo habiten todos los dioses.» El rey, espantado por voces tan terroríficas, dijo: «Parte ya; siempre serás nuestra, puesto que Roma descende de abuelos Frigios.» Innumerables hachas derriban en seguida aquellos pinos de que se aprovechó el piadoso Eneas en su fuga; concurren mil manos al trabajo, y presto la cóncava nave, pintada de vivos colores, recibe a la madre de los dioses. Ella boga segura por las olas en que impera su hijo, penetra en el largo estrecho de la hermana de Frixo, atraviesa los remolinos de Reteo, el litoral Sigeo, Tenedos y la rica ciudad de Etión, toca en las Cícladas, dejándose Lesbos a la espalda, y las olas que se rompen en los bajos fondos de Caristo. Surca el mar Icario donde Ícaro perdió sus caídas alas y dió su nombre a la vasta llanura, y dejando Creta a la izquierda y a la derecha las ondas de Pelops, toca en Citera, consagrada a Venus. De allí se dirige al mar de Trinacria, donde Brontes, Esterapes y Acmenides se ocupan en templar el hierro que blanquean las llamas; bordea la costa de África, distingue a la banda izquierda el reino de Cerdeña y al fin arriba a la Ausonia; había llegado a la desembocadura en que el Tíber pierde sus raudales extendidos por más libre espacio. Los caballeros y los graves senadores, mezclados con la plebe, acuden todos a recibirla en las bocas del río, e igualmente vienen las madres, las doncellas, las jóvenes esposas y las vírgenes que velan los fuegos sagrados. Los hombres rinden sus brazos vigorosos tirando del ca-

ble, pero la nave extranjera apenas avanza contra la corriente, y queda embarrancada entre el fango de un sitio que había estado seco mucho tiempo y donde el calor había agostado las hierbas. Todos se esfuerzan por sacarla a flote trabajando con afán, y redoblan el brío de las manos con las voces; mas la nave permanecía inmóvil, como isla asentada en medio del mar, y el espanto paralizó a los hombres embargados por el prodigio.

Claudia Quinta se enorgullecía de descender del antiguo Clauso, y en la hermosura igualaba a su nobleza: mujer honesta y no tenida por tal, pues un rumor calumnioso puso en entredicho su reputación. Perjudicábala el porte elegante, los cabellos ornados con suma gracia y las palabras no comedidas ante los viejos severos. Con la conciencia de su virtud desafía los embustes que de ella propala la murmuración; pero los hombres nos inclinamos siempre a creer el mal. Claudia se separa de la turba de las castas matronas, recoge en sus manos el agua pura del río, se moja tres veces con ella la cabeza y otras tantas eleva los brazos al cielo; los que la contemplan temen que haya perdido el juicio, pues prosternada de hinojos clava sus miradas en la efigie de la diosa, y con los cabellos tendidos pronuncia estas palabras: «Potente Cibeles, madre fecunda de los dioses, oye la plegaria de esta suplicante bajo una condición: Me acusan de haber faltado a la castidad; si tú me condenas me reconoceré culpable, y castigada por el juicio divino, expiaré mi culpa con la muerte; mas si soy inocente, tú darás testimonio de la pureza de mi vida con una señal, y como diosa casta te dejarás

conducir por mis castas manos», dice, y arrastra la nave tirando del cable sin el menor esfuerzo, prodigio estupendo que la misma escena ha testificado. La diosa se mueve, sigue la mano conductora y con su movimiento justifica a Claudia. Un clamor de general alegría se eleva a los cielos; llegan a un recodo en que el río tuerce a la izquierda y que los antiguos llamaron puertas del Tíber. La noche se venía de prisa; sujetan el cable a un tronco de encina, y después de cenar, se entregan al dulce sueño. A la mañana siguiente desatan la cuerda del tronco de la encina, y antes de partir alzan un altar, donde queman los granos del incienso, y sacrifican ante la popa coronada una ternera sin mancha, que aún desconocía el peso del yugo y los goces del amor.

Hay un lugar en que el Almo impetuoso se mezcla con el Tíber y pierde su nombre al juntarse con río de mayor caudal. Allí un viejo sacerdote, vestido de púrpura, lava en las aguas a la diosa y los objetos del culto, sus compañeros lanzan alaridos, la flauta se tañe hasta producir el furor y las débiles manos golpean las pieles de toro. Claudia se adelanta con la alegría retratada en el rostro; por fin todos creen en su castidad que atestigua la diosa, y ésta, sentada en el carro que conducen terneras cubiertas de flores recientes, penetra por la puerta Capena. Nasica la recibe y le edifica un templo, y Augusto lleva hoy el mismo título que antes ennobleció a Metello.

Erato calló y se detuvo esperando nuevas preguntas. Yo la interrogué: «¿No me dirás por qué la diosa pretende enriquecerse con módicas limosnas? El pueblo aprontó el dinero con que Metello erigió el

templo, y aún se conserva la costumbre de dar estos óbolos.» «Y dime: ¿Por qué en su día se disponen recíprocos convites y estalla el regocijo en los festines?» «Porque la diosa de Berecinto mudó felizmente de lugar, intentan captarse el mismo presagio mudando de domicilios.» Insistí: «¿Por qué los juegos megalenses se solemnizan por vez primera en nuestra ciudad?» La Musa me comprendió y contestó: «Los dioses le deben la vida, ceden ante su madre y no le disputan que reciba los primeros honores.» «¿Y por qué llamamos Gallos a los sacerdotes que se mutilan, distando la Frigia tanto de la Galia?» «Entre las verdes faldas del Cibeles y la alta Cileno—me dice—resbala un río de insano curso, que se llama Gallo: el que bebe sus aguas queda como loco; aléjese de sus riberas el que pretenda conservar el seso, pues quien allí apaga su sed, lo pierde.» De nuevo dije: «¿No es vergonzoso servir en la mesa de la diosa el moreto aderezado con hierbas? ¿Existe razón para ello?» «Sí; dícese que los antiguos se mantenían con leche pura y hierbas que la tierra producía espontáneamente, y para que la diosa conozca los alimentos primitivos, se mezcla el blanco queso con las hierbas machacadas.»

Quando la siguiente Aurora, hija de Palas, disipe con su fulgor los astros del cielo, y la Luna deje descansar sus blancos corceles, dirá verdad quien afirme que en tal hora se consagró sobre el Quirinal un templo a la Fortuna Pública. Recuerdo que al tercer día se verificaban los juegos, y un viejo que junto a mí asistía al espectáculo, me dijo: «Este es el día en que César destruyó el pérfido ejército del magnánimo Juba en las playas de Libia. César era mi general, y

me envanezco de haber servido a sus órdenes; como tribuno, a él debo el grado que ostento; yo conquisté mi puesto en la milicia; tú en la paz mereciste la honra de ser elegido Decenviro.» Una lluvia repentina nos separa, interrumpiendo la conversación: la balanza de movibles platos descargó las aguas del cielo; mas antes que terminen el espectáculo y el día, el Orión con su espada se sepultará en el Océano.

Cuando la próxima Aurora ilumine a la victoriosa Roma y la fuga de la estrellas abra paso a Febo, el circo resplandecerá con la pompa y el cortejo innumerable de los dioses, y los corceles, raudos como el viento, se disputarán el premio de la carrera. Son los juegos de Ceres; no hay necesidad de explicar la causa: los dones y beneficios de la diosa se declaran por sí mismos. Los hombres primitivos no conocían otras mieses que las verdes hierbas producidas por la tierra, sin que ninguno la cultivase, y ya recogían la grama entre el césped vivaz, ya se alimentaban de las tiernas hojas de las capas de los árboles. Poco después apareció la bellota; su hallazgo hizo dichosos a los mortales, y la dura encina les producía magníficas riquezas. Ceres ante todas, invitándoles a mejores alimentos, substituyó la bellota por manjar más nutritivo, obligó a los toros a doblar la cerviz bajo el yugo, y la tierra removida sintió por vez primera los rayos del Sol. El bronce gozaba alta estima, el hierro de los Cálibes aún no se había descubierto, y ¡ojalá hubiese permanecido oculto en el seno de la tierra! Ceres se regocija con la paz; vosotros, colonos, esforzaos por conservarla junto con el caudillo que os gobierna. Podéis brindar a la diosa las sagradas tortas,

los granos de sal que chisporrotean y los del incienso esparcidos en los sacros fuegos. La buena Ceres se satisface con poco si las ofrendas son puras. Ministros dispuestos al sacrificio, apartad los cuchillos del buey, dejadle que are e inmolad a la perezosa puerca. El hacha no debe cortar la cerviz sometida al yugo; que viva y trabaje sin descanso la dura tierra.

Ahora es el momento oportuno de referir el rapto de la virgen Proserpina; conoces multitud de circunstancias y poco nuevo podré enseñarte. Hay una isla con tres promontorios extendida sobre la vasta llanura, la Tinacria, así llamada por su especial configuración; tierra gratísima a Ceres, que posee allí muchas ciudades, entre las que descuella la fértil Henna, de suelo bien cultivado. La fría Aretusa convidó a las madres de los dioses, y la rubia Ceres acudió al sagrado festín; su hija, seguida de sus compañeras habituales, discurría por los prados sin calzar los pies. En el fondo de opaco valle había un sitio humedecido por la incesante aspersion de las aguas que se precipitaban de las altas rocas, y allí brillaban todos los colores que pinta la Naturaleza, y la tierra se engalanaba con rica variedad de flores. A su vista Proserpina gritó: «Compañeras: acudid y llenad conmigo vuestras túnicas.» Aquella linda presa encanta los ánimos juveniles y no sienten la menor fatiga en perseguirla. La una llena los canastillos tejidos de flexible mimbre, la otra las deposita en su pecho y la tercera las guarda entre los pliegues de su vestidura. Esta coge la calta, otra prefiere las violetas y la de más allá corta con la uña los cabellos de la adormidera; a unas atrae el jacinto, el amaranto cautiva a las

otras, quiénes prefieren los tomillos, quiénes la caña-fistola o la corona de rey; se proveen en abundancia de rosas y diversas flores de nombres desconocidos, y Proserpina escoge el azafrán delicado y los lirios deslumbrantes de blancura. Con el afán de aumentar el botín, las jóvenes se alejan poco a poco hasta que ni por casualidad ninguna seguía a su señora. La ve sola su tío, la arrebató en los cerúleos corceles y la conduce al reino de las Sombras. Ella exclama: «Queridísima madre Io, me arrebatan», y en su furor se desgarraba el vestido. Emprende Plutón el camino del infierno, porque sus caballos apenas soportan la luz del día, que los ciega; mas el coro de doncellas, ya colmados de flores los canastillos, gritaba: «Proserpina, ven a recibir tus presentes.» Como no les responde, alborotan el monte con sus alaridos, y con las crispadas manos se golpean los pechos desnudos. Ceres, que acababa de llegar a Henna, asustada de aquellos clamores, prorrumpe de súbito: «¡Desgraciada de mí! Hija, ¿dónde estás?» Lánzase delirante, como nos pintan a las Menades de Tracia, con los cabellos alborotados; como la vaca muge si le quitan el becerro que sus ubres alimentan y lo busca por todo el bosque, así la diosa, incapaz de contener los gemidos, corre con paso veloz, y comienza, Henna, por escudriñar tus campos. Allí descubre vestigios de los pies de su hija y reconoce en la tierra las señales que dejaron grabadas. Tal vez aquel mismo día fuera el último de las pesquisas, si no hubiesen borrado los puercos las huellas que aún se descubrían. Ya en su rauda carrera déjase atrás a los Leontinos y el río Amenano y las riberas festonadas del Acis;

pasa más allá de Ciane y la fuente del tranquilo Anapo, y el Gela, peligroso por sus remolinos al que lo vadea; de Ortigia, Megara, Pantagies y la playa en que el Simete mezcla sus ondas con las del mar; los antros de los Cíclopes, abrasados por sus ardientes yunques, y el lugar que lleva el nombre de la corva hoz; Himera y Dindimo, Acraganta, Tauromenes y el Melas, que baña los viciosos pastos de los bueyes sagrados. Desde aquí vuela a Camerina, Topson, el Tempe del Heloro y el Erix abierto a las caricias de los Céfiros; había ya recorrido el Peloro, el Lilibeo y el Paquimo, los tres promontorios principales de la isla. Por dondequiera que pasa deja oír dolorosos lamentos, como el ave que llora la pérdida de Itis. Unas veces grita: «Proserpina»; otras: «Hija mía», y los aires resuenan con estas dos voces; pero ni Proserpina oye a Ceres ni la madre a su hija, y los dos nombres que repite alternativamente se pierden en el vacío. Si ve un pastor o un labriego, sólo le ocurre esta pregunta: «¿Ha pasado por aquí una joven?» Ya todas las cosas desvanecen sus colores envueltos por las sombras de la noche y cesan de oírse los ladridos de los perros. Álzase el Etna sobre el cuerpo enorme del gigante Tifeo, cuya respiración abrasa la tierra. Allí Ceres se alumbrá con dos pinos que le sirven de antorchas, por lo cual se encienden todavía en sus fiestas; en las entrañas de la piedra pómez ábrese una caverna tan inaccesible a los hombres como a las fieras salvajes, y así que llega a este punto unce a su carro dos serpientes dóciles al freno y sin mojarse atraviesa las olas del mar; huye de las Sirtes de Caribdis, próxima a Zandea, y de los perros de

Niso, monstruos que ocasionan los naufragios; ni le detiene la extensión inmensa del Adriático, ni Corinto, que domina sobre dos mares, y por fin arriba a los puertos de Ática. Allí, por la primera vez, embargada por la pesadumbre, se sienta en un duro peñasco, que los hijos de Cecrops llaman aún la Roca Triste, y allí permaneció inmóvil algunos días expuesta a las inclemencias del cielo, los fríos de la noche y las lluvias.

Cada lugar tiene su destino: donde hoy se alza el Eleusis consagrado a Ceres, dicese que antes radicaban los campos del viejo Celeo, que aportaba a su cabaña las bellotas recogidas, las moras de los zarzales y la leña seca que había de arder en el fogón; su tierna hija regresaba del monte con dos cabras, y un niño de corta edad yacía enfermo en la cuna. La muchacha le dijo: «Madre (y la diosa se conmovió al oír que así la llamaba), ¿qué haces en estos cerros solitarios sin compañía alguna?» El viejo se detiene, aunque abrumado por el peso de la carga, y le suplica que descansa bajo el techo de su humilde cabaña. La diosa, que se había disfrazado de vieja, y ceñía con la mitra sus cabellos, rehusa el ofrecimiento, y contesta de tal modo a la instancia: «Que seas siempre feliz y siempre te llamen padre; yo he perdido a mi hija, ¡ay!, ¡cuánto más venturosa es tu suerte que la mía!», dice, y una gota que semejaba una lágrima, una gota transparente, porque los dioses nunca lloran, vino a resbalar sobre su férvido seno. Lloran a la vez la doncella compasiva y el honrado viejo, que le dirige estas palabras: «Así vuelvas a encontrar la hija que lloras raptada; levántate y no desprecies el asilo

de mi pobre cabaña.» La diosa le responde : «Guíame; empleaste las únicas razones capaces de persuadirme.» Se levanta de la peña y sigue al anciano. Éste narra a su compañera que tiene un niño enfermo, y que la dolencia no le permite el reposo ni el sueño, y ella, antes de penetrar en la humilde casa de su huésped, cogé en el campo dulces flores de adormidera, y recogiénolas, dícese que por descuido las llevó a la boca, y sin darse cuenta acalló su larga abstinencia; y como el rompimiento del ayuno se consumó a la venida de la noche, sus sacerdotes no toman alimento hasta que aparecen las estrellas.

Así que traspone el umbral, observa que el duelo reina en toda la casa, perdida ya la esperanza de salvar aquel niño, y después de saludar a la madre, que se llamaba Metamira, dignóse juntar su boca divina con la del niño y pronto la palidez desaparece y reaniman nuevas fuerzas su cuerpo : tanto vigor infunde el aliento de los dioses. La familia enloquece de alegría, esto es, el padre, la madre y la hija, únicos que la constituían. En seguida sirven las viandas reducidas a requesones, frutas y la dorada miel de los tiernos panales; la potente Ceres se abstiene de todo, y para que el enfermito concilie el sueño le da a beber la infusión de las adormideras en leche caliente. Era de noche, reinaba silencio y plácida quietud; la diosa toma en su regazo a Triptolemo, le acaricia tres veces con la mano, pronuncia tres versos mágicos que nunca habían de proferir bocas mortales y arroja el cuerpo del niño al hogar en que arden las brasas para que el fuego purifique lo que tiene de humano. La madre, ciega de cariño, despierta, y enloquecida

exclama: «¿Qué haces?», y libra sus miembros del fuego. La diosa le responde así: «No siéndolo, apáreces como una malvada; con tu espanto materno hiciste imposibles mis dones; este niño será mortal, más también el primero que labre la tierra, que siembre y recoja las cosechas de los cultivados campos.» Dijo, y al salir se envuelve en una nube, se acerca a los dragones y desaparece en su alado carro.

Deja el Junio expuesto a las tormentas, el puerto abrigado de Pireo y las playas que se extienden a la derecha; de aquí entra en el Egeo, donde contempla el grupo de las Cícladas, pasa a lo largo del ávido Jonio y el mar Icario, por las ciudades de Asia arriba al largo estrecho del Helesponto y sigue en los aires diversas rutas; pues ya mira a sus plantas a los árabes que recogen el incienso, ya los habitantes de la India; cruza la Libia, la ciudad de Meroe y el vasto desierto, o se acerca a la tierra de Hesperia, al Rhin, al Ródano, al Po y a ti, ¡oh Tíber!, futuro padre de una corriente que alcanzará poder incontrastable.

Mas ¿adónde me dejo arrastrar? No es posible que enumere todas las comarcas recorridas por Ceres, sin olvidársele ningún lugar del orbe. Errante también por el cielo, habló así a las constelaciones próximas al helado polo que nunca se bañan en las líquidas ondas: «Estrellas de Parrasio, que podéis conocerlo todo, porque nunca os sepultáis bajo las olas del Océano, decid a una desventurada madre dónde encontrará a su Proserpina.» Hélice le contesta en tales términos: «Ese delito no se ha cometido por la noche; pregunta sobre el rapto de la doncella al Sol que domina la extensión del orbe con su luz.» El Sol, inte-

rrogado, le contesta : «No te afanes en balde; la hija que buscas, unida al hermano de Jove, impera en el tercer reino.» Ceres, atormentada sin cesar, habló así a Tonante, y en su rostro descubría señales profundas de dolor: «Si no olvidaste de quién concebí a mi hija Proserpina, te toca la mitad de mi tormento. He recorrido el orbe entero sólo para conocer la injuria que se me infirió, y el raptor goza el premio de su delito. ¿Qué ofensa mayor hubiera soportado cayendo cautiva de Giges, vencedor, que la que soporto ahora empuñando tú el cetro del cielo? Pero que la maldad quede impune; sufriré la afrenta sin vengarla, si me devuelve a mi hija, y con su devolución repara el crimen cometido.» Júpiter la consuela, excusa el rapto, obra del amor, y le dice : «No podemos avergonzarnos de tal yerno; yo mismo no le aventajo en nobleza. A mí cupo reinar en el cielo; otro impera en las aguas, y el tercero en el inmenso Caos; mas si no mudas de resolución, y te empeñas en romper los lazos del matrimonio que los une, intentaré recabar lo que pretendes, siempre que tu hija haya permanecido en ayuno; de lo contrario, será eternamente la esposa del rey del infierno.» Por orden suya, el dios que empuña el caduceo se ajusta los talares, vuela al Tártaro, regresa antes del plazo esperado, cuenta lo que ha visto, y dice : «La joven quebrantó el ayuno con tres granos del fruto de Cartago, que recubre una blanca corteza.» La madre, angustiada, no se dolió menos que si en aquel momento le arrebataran de nuevo a su hija, y apenas se rehizo, tras largo espacio, habló de tal manera : «Ya que no puedo habitar en el cielo; ordena que se me reciba en el valle del

Tenaro», y así lo habría hecho si Júpiter no pactara con ella que su hija habitase seis meses en el cielo. Entonces, por fin, Ceres recobró el aliento, serenó el rostro y ciñó a sus cabellos una guirnalda de espigas. En los incultos campos surgen abundantes las mieses, y las eras apenas pueden contener las magníficas cosechas. El color blanco conviene a Ceres; vestíos de blanco mientras duran las fiestas Cereales, porque entonces se prohíben los vestidos negros.

/ Los idus de Abril pertenecen de derecho a Júpiter Vencedor; en tal fecha se consagran sus templos, y en la misma, si no me engaño, se comenzaron a construir los de la Libertad, la diosa más digna de nuestro pueblo. Al siguiente día busca el abrigo del seguro puerto, ¡oh navegante!, porque el viento del Ocaso soplará cargado de granizo; sin embargo, a pesar del granizo y el viento, las huestes de César deshicieron en tal día a los enemigos en la batalla de Módena. Cuando amanezca el tercer sol después de los idus de Venus, pontífices, aplacad a los dioses con el sacrificio de una vaca preñada. Se llama *forda* la vaca llena y fecunda, voz que viene de *ferendo*, y de ésta procede la de *feto*. Entonces los rebaños conciben sus crías, las semillas germinan en los campos, y una víctima preñada se inmola a la fértil Tierra. Parte de las víctimas cae en el templo de Jove, y treinta vacas sucumben en la curia, que se inunda con arroyos de sangre. Mas así que los sacerdotes arrancan los becerros de las entrañas maternas, y entregan sus vísceras cortadas a los fuegos humeantes, la Vestal de mayor edad arroja también los becerrillos a la llama, para que sus cenizas purifiquen al pueblo en el día de Palas.

Reinando Numa, las cosechas no respondían al esfuerzo del colono, decepción que burlaba sus inútiles votos un año y otro; pues ya reinaba la sequía a causa de los fríos Aquilones, ya el exceso de lluvias inundaba los campos. Las mieses engañaban muchas veces con los tiernos tallos, y la avena loca surgía abundante por doquier. El rebaño, antes de tiempo, daba a luz partos abortivos, y el nacimiento de la corderilla ocasionó, con frecuencia, la muerte de la oveja. Había una antigua selva, jamás tocada por el filo de la segur, retiro santo que se dedicó al dios del Menalo, que allí pronunciaba sus oráculos en la callada noche y a las horas del tranquilo sueño, y allí el rey Numa inmola dos ovejas: la primera a Fauno, la segunda al tranquilo sueño, y tiende la piel de la una y de la otra sobre el firme suelo. Esparce el agua de la fuente sobre su cabeza, de luengos cabellos, y los ciñe con hojas de haya; se abstiene de los placeres de Venus, prohíbe que se sirva la carne de ningún animal en su mesa, se quita los anillos que lucen en sus dedos, y después de adorar al dios conforme a los ritos, extiende su cuerpo cubierto con una túnica de tela burda sobre los nuevos vellones. En seguida viene la noche, con la plácida frente ceñida de adormideras, y arrastra consigo al obscuro sueño. Fauno se presenta, y oprimiendo con su recio pie los vellones de las ovejas, le dirigió a la diestra del lecho tales palabras: «¡Oh rey!, es preciso que aplaques a la Tierra con la muerte de dos vacas, y que sacrifiques dos vidas quitando una sola.» El terror le despierta del sueño; Numa recuerda lo que acaba de oír, y la obscuridad del mandato recibido le sume en hondas

cavilaciones. Su queridísima esposa le sale al encuentro, cuando erraba por la selva, y le dice: «Se te exigen las entrañas de una vaca preñada.» Ofrece las vísceras de una vaca preñada, llega al fin un año abundantísimo, y la tierra y el ganado producen copiosos frutos.

Citerea, en otro tiempo, ordenó a este día discurrir más ligero y precipitar los celestes corceles, para que al inmediato la fortuna de las prósperas batallas diese, lo antes posible, al joven Augusto el título de emperador. El lucero de la mañana ha visto ya cuatro veces los idus anteriores, y a la noche las Híadas se sepultan en el seno de Doris. Cuando el Sol amanezca por tercera vez tras la desaparición de las Híadas, el circo permitirá a los corceles franquear las vallas que los contienen.

Quiero explicarte por qué se hace correr a las zorras con antorchas encendidas, sujetas a las colas. Carseolo es tierra muy fría y muy poco apta para el desarrollo del olivo; en cambio produce mieses abundantes. Por ella caminaba yo a los Pelignos, mi país natal, de reducida extensión, y siempre húmedo por la frecuencia de las lluvias. Cuando Febo libraba del yugo a sus caballos por haber concluído la carrera, penetré en la casa conocida de un antiguo huésped, el cual solía relatarme muchos sucesos, los principales pueden hallar cabida en mi obra presente, y me dijo: «En este campo — y me lo señalaba — una labriega económica con su robusto esposo poseían corta heredad; él trabajaba la tierra, ya con el arado, ya con la corva hoz, ya con la azada de dos dientes; ella ya barría la cabaña, sobre vigas sustentada, o ponía a

incubar los huevos bajo las alas de la madre, o cogía las verdes malvas y las blancas setas, o encendía en el fogón la leña que les calentase, y no por eso dejaba de tejer asiduamente las telas, preparándose con ellas la defensa contra los rigores del frío. Su hijo frisaba en la edad de los juegos y travesuras, contando dos lustros con otros dos años: éste, pues, cazó en el valle que sombreaban los sauces una zorra que les había robado muchas aves del corral; envuelve a su cautiva con paja y heno, le aplica fuego, y la zorra escapa de las manos que la sujetan, y por donde corre incendia los campos cubiertos de mieses, por dar fuerzas el viento a las llamas destructoras. El hecho pasó, pero queda su recuerdo, pues una ley impide en Carseolo dejar viva a la zorra que sea cogida, y para que expie el incendio que causó, es quemada en las fiestas Cereales, pereciendo del mismo modo que destruyó las mieses.

Cuando la pálida madre de Memnón, en sus caballos de rosa, visita al día que sigue la dilatada Tierra, el Sol se aparta del jefe del rebaño lanar que traicionó a Helle, y apenas lo deja, se le ofrece una víctima mayor, si vaca o toro, no es fácil de reconocer, porque aparece de frente, ocultando las partes traseras; mas sea vaca o toro, este signo es la recompensa del amor a despecho de Juno.

La madre huye y resplandece la Aurora. Se me exige que hable de las Palilias, y no se me exigirá, en vano, si la bienhechora Pales me favorece. ¡Bienhechora Pales, favorece al cantor de las fiestas pastorales, si por ellas has demostrado siempre un celo solícito y piadoso! Digo la verdad; yo llevé cien ve-

ces cargadas las manos con las cenizas del becerro y los tallos de las habas en casta expiación; yo salté por encima de las tres hogueras puestas en orden y esparcí el agua lustral con una rama de laurel. La diosa se conmueve y facilita mi pretensión. ¡Barco mío, lánzate al mar!; un viento favorable impulsa tus velas. Pueblo, corre a buscar las ofrendas al ara virginal; Vesta las entregará y te purificarán los dones de Vesta, consistentes en la sangre de un potro, las cenizas de una vaca y, por último, el tallo vacío de una haba seca. ¡Pastor, purifica tus ovejas bien alimentadas a la hora del crepúsculo matutino y humedezca el agua el suelo que has de barrer con la rama de un árbol! Así que los rediles se adornen de hojas y ramaje y una larga guirnalda decore las puertas, surjan los humos azulados del azufre encendido, y al respirar el azufre la oveja rompa en balidos; quema el olivo macho, la tea resinosa y las hierbas sabinas y chisporrotee el laurel en la brasa de los fogones. Que la cesta de mijo lleve las tortas de mijo; es el manjar que más satisface a la rústica diosa. Añade a los manjares propios la leche recién ordeñada, y así que estén prontas las viandas, invoca a Pales, habitadora de las selvas, ofrécele leche caliente y prorrumpe de este modo: «Protege al rebaño, mira por los mayores y aparta los peligros que amenazan a mis establos. Si apacenté mis reses en bosques sagrados; si me senté a la sombra de un árbol sagrado; si mis ovejas, ignorantes, rumiaron las hierbas de los sepulcros; si penetré en sitios prohibidos y huyeron de mi presencia las Ninfas y el dios medio hombre y medio cabra; si mi hacha despojó algún sacro bosque

de espesas ramas, con las que labré una banasta de hojas para mi oveja enferma, perdona al culpable. No le castigues porque huyendo del granizo puso su hato al abrigo de un santuario campestre; no le perjudique haber alterado vuestros lagos; ¡perdonadle, Ninfas, si los pies de sus ovejas enturbiaron la transparencia de las aguas, y tú, diosa, aplaca por nosotros a las fuentes y los númenes que en ellas viven y a todos los dioses esparcidos por las selvas, y no veamos a las Driadas, ni los baños de Diana, ni a Fauno cuando a mediodía reposa en tierra de sus fatigas!; aparta lejos de mí las enfermedades; gocen salud los hombres y los ganados y la próspera turba de los perros vigilantes. Que por la tarde no cuente menos cabezas que las salidas por la mañana, y que no traiga gimiendo la piel arrancada a la boca del lobo. Presérvanos del hambre cruel; haz que abunden las hierbas y los forrajes y las aguas excelentes para beber y lavar los cuerpos; que ordeñe mi mano ubres bien hinchadas, que venda a buen precio mis quesos y a través de los mimbres se escurra el líquido suero. Que sea ardiente el carnero y su hembra fecunda y se encierren multitud de corderas en mi establo; que que éstas me rindan lana tan blanda, que no lastime a ninguna de las jóvenes y la puedan trabajar las manos más delicadas. Que mis votos se cumplan, y todos los años regalaré grandes tortas a Pales, la diosa de los pastores.»

Con estas súplicas has de aplacar a la diosa; pronúncialas tres veces vuelto al Oriente y lávate en agua viva las manos; luego, en una gamella que sirva de copa, beberás la leche blanca como la nieve y el

vino de púrpura. Incontinente, atraviesen tus miembros vigorosos con ligeros saltos los montones de paja que restallan: es la costumbre establecida; réstame explicar sus orígenes; mas son tantos, que me tienen perplejo y no sé por dónde comenzar.

Todo lo purga el fuego devorador: limpia los metales de escorias y purifica los pastores con sus ganados. Acaso porque todas las cosas provienen de dos principios contrarios, el fuego y el agua, divinidades siempre discordes, nuestros padres juntaron estos dos elementos y juzgaron provechoso exponer el cuerpo al contacto del agua y del fuego. O porque en ellos radica el principio de la vida, pierde el desterrado el uno y la otra, y con ellos se consagra a la nueva esposa, dando a estos elementos la mayor importancia. Apenas me resuelvo a creerlo; hay quien supone que tales usos aluden a Faetonte y las lluvias torrenciales de Deucalión. Otros sostienen que golpeando los pastores dos piedras, de pronto saltaron dos chispas: la primera se extinguió, mas la segunda cayó en la paja y la incendió; así explican las hogueras de Pales. Por ventura fué la piedad de Eneas la que estableció dicha costumbre, cuando, vencido, se abrió sin riesgo camino a través de las llamas.

Considero esta opinión la más razonable. Fundada ya Roma, se dispuso trasladar los Lares a las nuevas viviendas, y al abandonar los agrestes techos de las antiguas, les pusieron fuego, pues de nada servían ya, y los rebaños y los colonos saltaron por encima de las llamas; lo que ahora se verifica también el día que recuerda el nacimiento de Roma.

La ocasión favorece al poeta; llegamos al origen

de la ciudad; acude, ¡oh gran Quirino!, a oír el relato de tus empresas. Ya el hermano de Númitor había expiado sus crímenes y todo aquel pueblo de pastores obedecía a dos jefes. Convienen ambos en reunir sus agrestes súbditos y amurallar la ciudad, mas ¿quién de los dos alzará las nuevas murallas? «Nada de contiendas—dijo Rómulo—; tengo gran confianza en las aves, consultémoslas.» Se acepta lo propuesto, y el uno sube por las rocas del Palatino cubierto de árboles, el otro asciende por la mañana a la cima del Aventino. Remo ve volar seis aves, su hermano doble número; en seguida el pacto se cumple y queda al arbitrio de Rómulo la fundación de la ciudad. Escógese un día propicio para que trace el arado el cerco de las murallas; se aproximaba la fiesta de Pales, y en tal día comenzó la obra. Cávase una profunda fosa, échanse en ella los frutos y la tierra traída de los campos vecinos, y así que el hoyo estuvo lleno se eleva encima una ara y las llamas se encienden en el nuevo fogón. Luego Rómulo coge la esteva y señala con un surco el contorno de las murallas, uniendo al yugo una blanca vaca con un buey como la nieve, prorrumpiendo en estos términos: «Ayudadme à fundar la ciudad, ¡oh Júpiter!, ¡oh madre Vestal, ¡oh Marte, mi padre!, y todos los dioses juntos, a los que debe invocar mi piedad, que mi fundación se alce bajo vuestros auspicios favorables, que viva largos siglos, que su poder domine la Tierra y que el Oriente y el Occidente se sometan a su imperio.»

Así suplicaba, cuando Júpiter hizo retumbar el trueno a la izquierda, y a la izquierda lanzó el rayo de su mano, como fausto presagio; los ciudadanos,

alborozados con el augurio, echan los cimientos, y en poco tiempo se construyó el nuevo muro. Celer apresura la obra; el mismo Rómulo le había llamado y dicho: «La encomiendo a tu celo; impide que nadie traspase los muros o el surco abierto por el arado, y quien a tal se atreva haz que pague con la vida.» Remo, ignorante de la orden, se propasa a despreciar aquellos débiles reparos, diciendo: «¿Con esta defensa ha de vivir el pueblo seguro?», y sin tardanza salta por encima de ellos. Celer castiga su audacia con un golpe de azadón, y Remo, manando sangre, se desploma en el frío suelo. Cuando llevan al rey la noticia del suceso, devora en su interior las lágrimas prontas a saltar y esconde su dolor en el pecho; no quiere llorar en público; imita el ejemplo de los fuertes, y exclama: «¡Que así atraviere estos muros el enemigo!» No obstante, celebra las exequias del hermano, y en ellas no fué dueño de contener el llanto ni ocultó las manifestaciones de su cariño. Da los últimos ósculos al féretro de Remo, y grita: «¡Adiós, hermano, que la muerte me arrebatara bien a mi pesar!» Unge con perfumes los miembros que han de arder en la pira, y le ayudan en su misión Fáustulo y la triste Acca con los cabellos destrenzados. Entonces los Quirites, que aún no se llamaban así, lamentan la pérdida del joven, y las últimas llamaradas consumen la pira que regaron con sus lágrimas. La ciudad surge; ¿quién creería entonces que hubiese de poner su planta victoriosa en todas las tierras? ¡Así rijas todos los pueblos sometidos siempre al gran César y se multipliquen en tu recinto los vástagos de tu familia, y ningúno se eleve a la altura de tus hom-

bros cuando se yerga tu arrogancia sobre el Universo conquistado!

Canté a Pales, y lo mismo cantaré las Vinales; un solo día separa entrambas fiestas. Mozas desgarradas, celebrad los loores de Venus. Venus es capaz de enriquecer a las que trafican con sus cuerpos. Al quemarle el incienso, pedirle la belleza, el favor del pueblo, el arte de acariciar y las palabras sugestivas; brindad a vuestra soberana la menta que le agrada, el mirto que le pertenece y guirnaldas de rosas entretreídas con juncos. Ahora os conviene frecuentar el templo próximo a la puerta Colicia, que toma el nombre de un collado de Sicilia. Luego que Claudio expugnó con su hueste la ciudad de Siracusa, que baña el río Aretusa, y se apoderó por las armas del Erix, acató el oráculo de la vieja Sibila, y Venus fué transportada a Roma, porque prefería ser reverenciada en la ciudad de sus descendientes. Me preguntáis por qué se llaman Vinales las fiestas de Venus y por qué ese día se consagra a Jove. Estalló la guerra por si Turno o Eneas debía ser el yerno de Amata, reina del Lacio. Turno se fortalece con las falanges de los etruscos. Mecencio era ilustre y bravo en los encuentros bélicos, gran campeón a caballo y a pie mayor todavía. Turno y los Rútulos intentan atraerlo a su partido, pero el jefe etrusco replicó así a sus pretensiones: «He comprado a buen precio la reputación de bravo, que acreditan mis heridas y las armas que tantas veces teñí con mi sangre. Ya que me pides auxilio, no te exigiré por él un alto precio: envíame el primer vino de tus cubas. Nada de perder tiempo; a ti toca dármele; el vencer es obligación

mía. Me fué negada la mujer que pretende Eneas.* Los Rútulos consienten; Mecencio se viste la armadura; también la viste Eneas e invoca a Júpiter en su ayuda. «¡Oh Júpiter!, la vendimia enemiga se ha prometido al rey Tirreno; yo te ofrezco los vinos de las cepas del Lacio.» Triunfan los votos mejores: el corpulento Mecencio cae, y su blasfema boca muerde el polvo. Viene el otoño manchado con el mosto de las uvas que se pisan en el lagar, y Júpiter recibe los vinos que en tributo se le deben. De aquí llamarse esta festividad Vinalia. Júpiter la reclama, y le regocija que se guarde en honra suya.

Pasados los seis restantes días de Abril llega la primavera a la mitad de su curso, y buscarás en vano al Carnero de Helle, hijo de Atamas; los astros en vían frecuentes lluvias y el Can aparece. En día como éste, volviendo yo de Nomento a Roma, tropecé en medio del camino un cortejo en que todos vestían de blanco. El flamen iba al bosque de la antigua diosa Robigo a quemar en las llamas las entrañas de un perro y las de una oveja. Me aproximé en seguida, deseoso de conocer estos ritos, y, ¡oh Quirín!, tu flamen pronunció tales preces: «¡Diosa áspera del anublo!, perdona las mieses de Ceres y deja que la leve espiga se balancee por encima de los surcos; permite crecer los sembrados; que sientan los influjos del benigno cielo; que lleguen a la sazón y pueda segarlos la hoz. Tu poder no es cosa de poca monta, y el triste colono considera irremisiblemente perdidas las mieses que sufrieron tus daños. Ni los vientos ni las lluvias son tan nocivos a las espigas de Ceres, ni se queman y palidecen con el hielo

y las escarchas, como si los rayos del Sol calientan los húmedos tallos; entonces, terrible diosa, estalla tu cólera. Perdona, te lo suplico; no pongas en las mieses tus rígidas manos; no destruyas los campos en cultivo; basta que puedas hacerlo. Corroe el duro hierro y no las tiernas espigas, y destruye mejor lo que sirve para aniquilar a los otros. Más útil será que la herrumbre embote la espada, y los dardos nocivos, los cuales son inútiles, y que el mundo viva en paz. Resplandezcan los escardillos, los azadones y las corvas rejas, que enriquecen los campos, y el orín desgaste las armas, y si alguno intenta sacar el acero de la vaina, séale imposible, por estar en ella metido muchos años; no ofendas a Ceres, y que el labriego logre cumplir los votos hechos por tu ausencia.» Así dijo, y a su diestra tenía un mantel de burdo tejido, una copa de vino y una cazoleta de incienso. Entregó a las llamas el incienso y el vino, las entrañas de una oveja (lo vi con mis propios ojos) y los intestinos de una perra inmunda. ¿Quieres saber por qué se sacrifica esta víctima nueva? Se lo pregunté al flamen, y me respondió: «Oye el motivo: Hay un perro en el cielo llamado Ícaro, y a su funesto influjo la tierra se quema y la mies precipita la sazón. Por este perro celestial se inmola otro en el ara, y el nombre que lleva le condena a muerte.»

Cuando la Aurora abandone al hermano del Frigio Asáraco y esparza tres veces su resplandor en el vasto mundo, llegará la diosa de las flores coronada de mil diversas guirnaldas, y la escena se permitirá los espectáculos más atrevidos; pero las expansiones de Flora llegan a las calendas de Mayo, y entonces vol-

veré sobre ellas; ahora absorbe mi atención asunto de mayor grandeza. Vesta reclama tal día; Vesta fué recibida en el palacio de sus parientes; así lo acordaron los senadores, por orden de César. Febo ocupa parte del palacio; otra parte del mismo corresponde a Vesta, y lo restante lo habita César. Vivid siempre, laureles del Palatino, coronado de encina; una sola mansión encierra tres eternos dioses.

LIBRO QUINTO

Me preguntáis de dónde creo que viene el nombre dado al mes de Mayo; no me es su origen con bastante certeza conocido. Como el viajero que ve cruzarse caminos en todas direcciones se detiene indeciso e ignorante de la ruta que deba seguir, así, porque pueden darse explicaciones diversas, no acierto con la preferible, y la misma abundancia me tiene perplejo. Decídmelo vosotras, las que os solazáis en las fuentes Aganipe e Hipomene, señales impresas por el caballo que nació de la sangre de Medusa. Las Pierides no estaban acordes. Polimnia habló la primera; callan las demás y fijan en la mente sus palabras.

«Después del Caos se distinguieron los tres elementos del mundo por vez primera, y la creación se dividió en nuevas especies: la Tierra, por su peso, descendió abajo y arrastró consigo los mares; el cielo, por su ligereza, subió a las altas regiones, y tras él se lanzaron el Sol y las estrellas, no detenidas por su gravedad, y vosotros también, caballos de la Luna; mas ni la Tierra reconoció mucho tiempo la soberanía del cielo, ni las restantes estrellas la del Sol: todos gozaban iguales honores. Con frecuencia un dios plebeyo osaba sentarse en el solio que tú, Saturno, ocupabas, y algún numen extranjero se colocó al lado

del Océano y relega a Tetis con frecuencia al último lugar, hasta que el Honor y la decente Reverencia de plácido rostro se unieron con legítimos lazos. De ellos nació la Majestad, diosa que los reconoce por padres, y cuya grandeza data del mismo día de su nacimiento. Sin tardar, alta la frente y resplandeciendo con el oro y la púrpura, toma asiento en medio del Olimpo; a sus lados se colocan el Pudor y el Miedo, y vieras entonces a todos los númenes imitarla y componer su actitud y ostentación. Pronto se apoderó de los espíritus la estima de los honores: se premió a los más dignos y desapareció el amor propio. Tal estado duró en el cielo muchos años, hasta que el más viejo de los dioses fué arrojado del trono por el Destino. La Tierra engendró unos seres feroces y monstruos inhumanos: los Gigantes, que osaron atacar el palacio de Jove. Les dió mil brazos, serpientes por piernas, y acabó diciéndoles: «Empuñad las armas contra los supremos dioses.» Disponíanse a lanzar montes sobre montes para escalar los astros y combatir con la fuerza al soberano Jove, mas éste vibra sus rayos desde la excelsa altura y hace rodar las pesadas masas sobre aquellos que las levantaron. La Majestad quedó bien defendida con las armas celestes, y permanece incólume desde fecha tan memorable; se asienta al lado de Jove, es su fidelísima guardiana, y sin violencia sostiene el cetro poderoso en sus manos. Luego descendió a la Tierra; Rómulo y Númitor la reverenciaron, y otros después, cada cual en su época. Ella conserva el piadoso respeto debido a padres y madres, es la fiel compañera de niños y doncellas, ensalza al que obtiene las fascas y

la silla curul, y triunfa, elevada en el carro que arrastran los caballos coronados de guirnaldas.»

Polimnia cesó de hablar, y aprobaron cuanto dijo Clío y Talía, diestra tañedora de citara. Urania comenzó entonces; las demás permanecieron silenciosas, y, fuera de la suya, no se oía ninguna voz: «En otra edad las canas de la cabeza infundían gran respeto y se tributaba honor a las arrugas de la vejez. Los jóvenes se entregaban a los trabajos de Marte y a las guerras encarnizadas y velaban con las armas en defensa de los dioses. La vejez, menos briosa y poco apta para el manejo de la espada, servía con sus consejos a la patria; nadie entonces penetraba en la curia sino en los últimos años, y la edad daba su dulce nombre al Senado. El más anciano administraba justicia al pueblo, y aún determinan las leyes la edad en que pueden solicitarse los honores; iba en medio de los jóvenes, sin que éstos se ofendiesen, y al lado del muro si le acompañaba uno solo. ¿Quién osaría pronunciar palabras obscenas delante de un anciano?; la edad provecta daba acceso a la censura. Rómulo, conocedor de estas costumbres, dió el nombre de padre a los ancianos escogidos, y a ellos confió el gobierno de la ciudad; por eso entiendo que nuestros mayores dieron a Mayo el nombre en honra de la edad. Y tal vez Númitor persuadiese a Rómulo a dar este mes a los viejos, y el nieto se dejó convencer por el abuelo; confirma principalmente este honor tributado a la vejez, que el nombre de los jóvenes designe al mes de Junio, su sucesor.»

Entonces Calíope, la primera del coro de las musas, ciñendo de hiedra los sueltos cabellos, habló de

tal modo: «En tiempos remotos el Océano que rodea los continentes de la Tierra tomó por esposa a Tetis, hija de Titán, de cuyo matrimonio nació Pleione, unida, según fama, con Atlas, el que sostiene los cielos, y dió a luz a las Pléyades, entre las cuales se juzga la más hermosa de todas a Maya, que recibió en su lecho al poderoso Júpiter. Ésta alumbró en el monte Cilene, cubierto de cipreses, al dios que con planta voladora atraviesa las rutas del éter, y a quien adoran los Árcades; el impetuoso Ladón y el alto Menalo, comarca por muchos creída anterior a la Luna. Evandro, desterrado de Arcadia, vino a los campos del Lacio y trajo consigo a sus dioses. Aquí donde ahora se levanta Roma, la cabeza del orbe, no se veían más que árboles, pastos, cortos rebaños y pocas chozas. Así que llegó a este lugar su madre, conocedora del porvenir, le dijo: «Detente, este campo será la sede del Imperio.» El héroe de Nonacris obedece a la madre y a la profetisa, y como huésped se detiene en la tierra extranjera, introduce en sus pueblos el culto de diversos dioses, sobre todos el del bicorne Fauno y el de los talares alados. Fauno, medío macho cabrío, los Lupercos con las túnicas ceñidas pregonan tu festividad, cuando armados de látigos recorren y purifican las calles de mayor concurso. Mas tú, inventor de la corva lira, que patrocinas a los ladrones, pusiste al mes de Mayo el nombre de tu madre, y no es el único testimonio de tu cariño filial, porque sabemos que diste a la lira siete cuerdas, por ser siete el número de las Pléyades.»

Ésta, por fin, calló, y sus hermanas la aplaudieron. ¿Qué hacer? Cualquiera de las Pléyades ejerce sobre

mí igual dominio. Que las hijas de Pierio me favorezcan todas por igual, y que todas reciban de mi parte las mismas alabanzas. Comenzaré la obra por Jove. La primera noche descubre a mis ojos la estrella que veló sobre su cuna, y aparece el signo lluvioso de la cabra de Olenia, colocada en el cielo en premio de la leche con que lo nutriera. La náyade Amaltea, noble hija del Ida de Creta, la cual se dice que escondió a Júpiter en intrincada selva, poseía una hermosa madre de dós cabritillos, que llamaba la atención entre los rebaños cretenses por sus cuernos relevados y torcidos hacia la espalda, y sus ubres que la hacían digna de ser la nodriza de un dios. Ésta, pues, dábale su leche; pero se rompió el cuerno contra un árbol, y perdió la mitad de su ornamento. La Ninfa coge del suelo el cuerno roto, lo adorna de frescas hierbas, lo colma de frutos, y lo acerca a los labios de Jove, y cuando éste reinó en los cielos sentado en el solio paterno, y nadie existía que aventajase su poder, convirtió a su nodriza en un astro, y, en símbolo de la fertilidad, el cuerno que lleva aún el nombre de la Pléyade a quien pertenecía.

En las calendas de Mayo se erigió un altar a los Lares Protectores y a las pequeñas estatuas de estos dioses. Curio lo prometió en sus votos, pero el tiempo todo lo destruye y la piedra sufre las injurias de una larga vejez. El motivo de dárselos tal sobrenombre es porque sus miradas velan por la seguridad de las cosas, porque se desviven en nuestro favor, presiden la guardia de nuestros muros, se hallan siempre presentes y nos brindan protección. A sus pies tendíase un perro lábrado de la misma piedra. ¿Por

qué el perro acompañaba al dios Lar? Uno y otro guardan la casa, uno y otro son fieles al dueño, las encrucijadas son gratas al dios y lo mismo sucede al perro. El Lar y la trailla de Diana ahuyentan a los ladrones, vigilan los Lares y los perros son vigilantes.

Yo buscaba las dos estatuas de los dioses gemelos que los estragos del tiempo han estropeado, y hoy la ciudad posee mil Lares con el genio del caudillo que nos las trajo y cada cuartel adosa tres divinidades. ¿Adónde me dejo llevar? El mes de Agosto me dará ocasión de tratar este asunto; en el ínter cantaré a la diosa Bona.

Hay una mole natural que se llama la Roca, que denomina al lugar donde se asienta, y constituye buena parte de la montaña. Allí se había apostado inútilmente Remo el día en que las aves del Palatino dieron a su hermano los primeros favorables augurios, y allí, en la suave pendiente del monte, nuestros padres edificaron un templo que se niega a las miradas de los hombres, y lo consagró la heredera del antiguo nombre de los Clusios, cuyo cuerpo virginal no mancilló nunca ningún varón. Livia lo restituyó por imitar a su marido y seguir en todo sus huellas.

Cuando la próxima Aurora ahuyente los astros nocturnos, y alce sobre sus caballos matinales la antorcha de rosa, ondularán los tallos de las mieses al frío soplo de Argesto y las blancas velas se desplegarán para salir de los puertos de Calabria; mas así que el crepúsculo obscuro avencine la noche, ninguna de las Híadas dejará de ser visible; al frente del Toro centellean siete radiantes estrellas, a las que el navegante griego llama las Híadas por las lluvias que

anuncian. Unos creen que nutrieron a Baco, otros que son las nietas de Tetis y el viejo Océano. Aún no sentía Atlas los hombros abrumados por el peso del Olimpo, cuando le nació su hijo Hías, de extraordinaria belleza. Etra, hija del Océano, lo dió a luz a su debido tiempo, y antes que a las Ninfas. Apenas un ligero bozo sombreaba sus mejillas y ya era el terror de los tímidos ciervos y las liebres eran sus fáciles presas; con los años creció en esfuerzo y osaba atacar a los jabalíes y las leonas de ásperas cerdas, y un día que andaba tras los escondrijos y los cachoros de una leona recién parida, cayó destrozado por los dientes de esta fiera de Libia. Lloraron a Hías su madre, sus hermanas y Atlas, que había de sostener el cielo sobre sus espaldas; mas el piadoso dolor de las hermanas venció al intenso de los padres, y esta piedad las elevó al cielo con el nombre de Híadas.

Madre de las flores, apareces y deseas ser celebrada con espectáculos joviales. El mes anterior he diferido hablar de tus fiestas, que empiezan en Abril y continúan en Mayo; uno y otro te festejan: el primero, al finalizar; el segundo, a su llegada; y como te pertenecen los confines en que se tocan entrambos meses, el uno y el otro prodigan tus loores. En éste inaugura el circo sus funciones y resuenan los aplausos en los teatros; acompañen, pues, mis cantos los premios del circo.

«Dinos tú misma quién eres, porque la opinión de los hombres es falaz, y nadie mejor que tú puede explicarnos tu nombre.» Así dije, y así la diosa contestó a mis ruegos, y cuando habla, de su boca exhala el

perfume de las rosas primaverales: Yo, que hoy me llamo Flora, me llamaba antes Cloris; una letra de mi nombre griego se corrompió al pasar a la lengua latina. Yo era Cloris, la Ninfa de esta fértil comarca, donde sabes que antes vivían los mortales colmados de felicidad. Hablar de mi hermosura fuera impropio de mi modestia; mas ella valió a mi madre un dios por yerno. Un día de primavera yo vagaba al azar; el Céfito me sorprende; me alejo, y sigue mis pasos; huyo, y, como más ligero, me alcanza. Bóreas había concedido a su hermano el derecho a cualquier rapto, porque él mismo condujo a su palacio robada a la hija de Erecteo; sin embargo, reparó la violencia dándome el título de esposa, y en mi tálamo conyugal no hubo ocasión ninguna de querella. Gozo siempre la primavera, el año es siempre brillante para mí, el árbol siempre conserva las hojas y la tierra su verdor. Entre los campos que recibí en dote tengo un huerto feraz que las aurás acarician y riegan las aguas de cristalina fuente. Mi esposo lo llenó de hermosísimas flores, y me dijo: «Tú, como diosa, reinarás sobre ellas.» Muchas veces quise contar los colores que las matizaban, y nunca pude; eran tantos, que no admitían número. Así que las gotas heladas del rocío se desprenden de las hojas, y los diversos tallos se calientan a los rayos del Sol, acuden las Horas cubiertas de pintadas vestiduras, y llenan con nuestros dones sus leves canastillas; en seguida los arrebatan las Gracias, y entretejen coronas y guirnaldas que han de ceñir las divinas cabelleras. Esparcí las primeras nuevas semillas por la inmensidad del orbe, que antes ofrecía siempre el mismo colorido, y la pri-

mera convertí en una flor la sangre de Jacinto, en cuyas hojas aparece grabada su querella. Tú también, Narciso, tienes un puesto en los bellos jardines; fuiste desgraciado, porque tu imagen no era tu propia persona. ¿Qué diré de Croco, de Atis y el hijo de Cínira, por cuyas heridas recibieron de mí tanto honor? Marte también, si lo ignoras, nació por industria mía, y quisiera que Júpiter lo ignorase eternamente.

»Habiendo nacido Minerva sin necesidad de madre, la casta Juno se dolió de que Jove hubiese prescindido de su cooperación. Iba a quejarse al Océano de la conducta de su marido; mas se detuvo fatigada ante mi puerta, y no bien la ví, la pregunté: «¿Qué motivo te trae, hija de Saturno?» Expone ella el lugar adonde se dirige y la causa que la induce al viaje; yo la consolaba con amistosas frases, y ella contestó: «Mis penas no se han de curar con palabras. Si Júpiter se hizo padre despreciando el trato con su esposa, y él sólo posee la virtud de los dos, ¿por qué desesperar de convertirme en madre, sin que lo deba al marido, y de concebir permaneciendo casta y sin someterme al varón? Yo intentaré penetrar los secretos que oculta la redondez de la Tierra, indagaré los recursos del mar y los rincones sombríos del Tártaro.» Iba a contestarle, pero la vacilación se pintó en mi semblante. «Ninfa—prosiguió—, creo que podrías ayudarme, aunque ignoro en qué.» Tres veces intenté prometerle mi ayuda, y las tres veces se detuvo mi lengua: la cólera de Jove me infundía espantoso miedo. Ella insiste de nuevo: «Te suplico que me prestes eficaz auxilio; nadie lo sabrá, te lo juro por el nombre de la laguna Estigia.» «Lo que pretendes

— le contesté — te lo dará una flor que recibí de los campos de Olenia y es única en mi jardín. Quien me la regaló, me dijo : «Toca con ella una ternera infecunda y se convertirá en madre.» La toqué y en seguida fué madre.» Inmediatamente corta con los dedos la flor de su tallo, toca con sus pétalos a la diosa, y este contacto la hizo concebir. Con el fruto en sus entrañas había recorrido la Tracia y la playa izquierda de la Propóntida; un día sus votos se cumplen, y Marte ve la luz, el cual, recordando serme deudor de la existencia, me dijo : «Tú también hallarás asiento en la ciudad de Rómulo.»

»Tal vez imagines que mi reino se extiende sólo a las frescas guirnaldas; mas no: los campos reconocen mi divinidad. Si las mieses florecen bien, será rica la siega; si florecen bien las vides, será excelente la vendimia; si florecen bien los olivos, el año será abundantísimo, pues en los frutos se cumplen las promesas de la estación primaveral. Una vez dañada la flor, perecen las arvejas y las habas, lo mismo que las lentejas del extranjero Nilo. Hasta el vino, encerrado con trabajo en las grandes cubas, florece, y las nieblas se extienden por su líquida superficie. La miel es uno de mis dones; yo atraigo a los insectos que la producen adonde florecen las violetas, los cantuesos y las blancas flores del tomillo, e impero por igual sobre los ánimos que lozanean con los años juveniles, vigorizando la pujanza de los cuerpos.»

Admiraba en silencio a la diosa que tal me decía, y ella prosiguió: «Si algo más pretendes saber, tienes derecho a preguntar.» Yo respondí : «Diosa, dime : ¿Cuál es el origen de tus juegos?» Apenas cesé de

hablar, ella me contestó: «Aún no había desplegado el lujo su aparatosa ostentación; la riqueza consistía en ganados o vastas posesiones; de ahí vino la palabra rico y llamarse pecunia a la moneda; pero ya cada cual intentaba enriquecerse por ilícitos medios, y muchos abusaban llevando a pastar sus rebaños en los montes públicos, abuso que reinó largo tiempo sin que fuese castigado. Como el pueblo no ponía guardas que velasen por los bienes comunes, ya pasaba por necio el que apacentaba los ganados en tierra de su exclusiva propiedad. Esta licencia fué denunciada a los publicios, ediles de la plebe; antes nadie tuvo tal atrevimiento. El pueblo tomó interés en el asunto; se impuso multa a los culpables, y el celo por la cosa pública honró a sus defensores. Las multas se me atribuyeron en parte, y como gran merced, los vencedores instituyeron nuevos juegos. Con la otra parte abren una vía en la escarpada roca, que ahora es camino de gran utilidad, llamado Publicio.»

Yo creía que los espectáculos se establecieron como anuales, pero la diosa lo negó, añadiendo a las antedichas estas palabras: «También a nosotros nos agradan los honores y nos regocijan las fiestas y los sacrificios de las aras; los celícolas somos una multitud ambiciosa. Muchas veces el pecador se atrae la enemiga de los dioses, y con la víctima que les inmolaba alcanza la expiación de su culpa. Muchas veces vi a Júpiter pronto a lanzar sus rayos y detener la mano por el incienso que se le quemaba; mas si se nos trata con indiferencia, vengamos la injuria con graves rigores, y nuestra cólera pasa los límites de lo justo.

Recuerda al nieto de Testias, abrasado en las aures llamas porque dejó extinguirse el fuego en el ara de Febo. Recuerda al descendiente de Tántalo; la misma diosa sujetó sus naves en la ribera; es una virgen, y, no obstante, ha vengado dos veces sus aras menospreciadas. Infeliz Hipólito, ¡cómo quisieras haber reverenciado a Dione cuando te despedazaron tus corceles consternados! Sería cosa de nunca acabar el relato de todos los olvidos que aparejaron crueles castigos. Yo misma fui preterida por los senadores romanos. ¿Qué hacer? ¿Cómo manifestar mi resentimiento? ¿Qué venganza tomar del agravio? Dominada por la tristeza olvidé los deberes de mi oficio: no protegí los campos, abandoné el cultivo de los fértiles vergeles, los lirios caían mustios, hubieras visto secarse las violetas y languidecer los tallos del purpúreo azafrán. Muchas veces el Céfito me dijo: «No quieras destruir tú misma los tesoros que recibiste en dote», y para mí no tenían ningún precio. Florecían los olivos, y los vientos dañosos los atacaban; florecían las mieses de Ceres, y las destruía el granizo; si la viña alentaba las esperanzas, los Austros ennegrecían el cielo y una lluvia tempestuosa arrancaba las hojas. No quise que sucediesen tales estragos, pues mi cólera no me induce a la crueldad; pero tampoco avivé el celo por evitarlos. El Senado se congregó, y si es magnífica la floración del año, se verifican fiestas a mi divinidad. Yo acepté tales votos, y el cónsul Lenas, con su colega Postumio, inauguraron los juegos en honra mía.»

Intentaba preguntarle por qué en ellos era mayor la licencia y más libre la alegría, y se me vino a las

mientes que Flora no es una divinidad adusta y que nos brinda dones incitantes. Las sienes se ciñen de lindas coronas, y las mesas espléndidas desaparecen bajo una lluvia de rosas. Ébrio el comensal, que adorna sus cabellos con las flores que entrelazan los filamentos del tejo, danza con pies inseguros, obediente a las lecciones del vino; ébrio el amador, canta en los duros umbrales de su hermosa amiga y sujeta los perfumados cabellos con guirnaldas olorosas. Los negocios serios no se han hecho para las frentes coronadas, ni el agua es la bebida de los que se adornan con flores. La rosa no producía ningún deleite en los festines cuando tus raudales, Aqueloo, no se mezclaban a los jugos de la vid. Baco ama las flores; la constelación de Ariadna publica que le agradan las coronas. A Flora conviene el tono ligero de la escena: creedme, no la debemos colocar entre las diosas que calzan el coturno.

¿Por qué la turba de las meretrices celebra estos juegos? La causa tiene fácil explicación. No es una divinidad severa, ni de las que prometen grandes cosas; quiere que tome parte en sus diversiones el coro de la plebe, aconseja gozar la belleza de la edad florida y despreciar las espinas cuando caen los pétalos de la rosa.

¿Y por qué, como se llevan blancas vestiduras en las fiestas de Ceres, a éstas convienen los trajes multicolores? ¿Acaso será porque las mieses blanquean al llegar a la madurez y las flores se pintan con diversos matices? La diosa lo confirmó y las flores cayeron de sus cabellos sacudidos, como suelen caer sobre las mesas de los festines. Quedaban aún las

iluminaciones, cuya causa desconocía, cuando ella disipó de esta manera mis dudas: «Parece que las iluminaciones convienen a mis festejos, o porque los campos resplandecen con las flores purpúreas, o porque ni la flor ni la llama son de tintas pálidas y el brillo de la una y la otra cautiva los ojos, o porque la licencia nocturna cuadra a nuestros placeres, y esta última es la razón verdadera.»

Poco me resta preguntarte, si me lo permites, dije, y respondiéndome ella: «No hay inconveniente.» «¿Por qué en tus juegos se prende en la red la cabra inofensiva y la tímida liebre y no a los leones africanos?» Respondiéndome que ella no imperaba en las selvas, sino en los jardines y los campos, donde las fieras no traban sus combates. Terminadas sus respuestas, desvaneciéndose en las tenues auras y dejó tras sí un olor que denunciaba el camino de la diosa. ¡Oh!, yo te suplico que esparzas tus dones sobre mi numen, a fin de que los cantos de Nasón florezcan en todas las edades.

A la tercera noche se descubre la constelación del Centauro, de busto humano, unido al cuerpo de un caballo de color encendido. El Pelión es un monte de Hemonia, expuesto al viento de mediodía; los pinos coronan su cumbre y en sus faldas crecen las encinas. El hijo de Silvia lo habitó, y un antro socavado en la vetusta roca recuerda que fué el albergue del probo anciano. Créese que instruyó en el arte de tañer la lira las manos que habían de quitar a Héctor la vida. Alcides llegó después de realizar buena parte de sus trabajos, pues sólo le quedaban por cumplir los últimos mandatos; así, al azar vieras juntos dos

destinos funestos a Troya: el nieto de Eaco y el nacido de la sangre de Jove. El héroe hijo de Filvia acoge a su huésped juvenil, le pregunta la causa de su venida y éste se la declara. Entretanto observa la clava y la piel del león, y exclama: «Varón digno de tales armas, y armas dignas de tal varón». Las manos de Aquiles no se pudieron contener de tocar atrevidas la piel erizada de largas cerdas, y mientras el anciano examina los dardos teñidos de veneno, se cae uno y se le clava en el pie izquierdo. Quirón prorrumpe en gemidos, se arranca el hierro de la carne y gimen con él Alcides y el hijo de Tesalia; mezcla sin tardanza las hierbas que producen las colinas del Pagaso, para calmar el dolor de la herida con los recursos del arte; mas el virus devorador triunfa de los remedios, y la pestilencia le penetra en los huesos y todo el cuerpo. La sangre de la Hidra de Lerna, mezclada a la del Centauro, no permitía a éste un momento de alivio. Aquiles, anegado en lágrimas, permanece en pie como ante su padre; así hubiese llorado a Peleo viéndole morir, y una y cien veces estrecha en sus manos amigas las del enfermo (el maestro recoge el premio de la educación que le enseñó), le besó muchas veces y dice al moribundo: «Vive, te lo ruego, querido padre, y no me abandones.» Al día noveno tu cuerpo, justísimo Quirón, apareció rodeado de catorce estrellas. La encorvada Lira quería seguirle, pero aún no tocaba al término de su ruta; a la noche tercera será el momento oportuno.

La mitad del Escorpión brillará en el cielo cuando digamos: «Mañana es el día de las nonas.» En segui-

da que el Héspero levante tres veces su hermosa cabeza, y las estrellas vencidas dejen libre el paso a Febo, serán honrados con las antiguas ceremonias los nocturnos Lémures y se harán las fúnebres ofrendas a los Manes silenciosos. Antes el año era más corto, y no admitía al piadoso Febrero, ni tú, Jáno de dos caras, venías el primero de los meses. No obstante, ya se llevaban dones a las cenizas de los difuntos, y el nieto espiaba el sepulcro que encerraba los despojos del abuelo, actos que tenían lugar en Mayo, así dicho del nombre de los mayores, y aun hoy mismo se conserva en parte la antiquísima costumbre.

Así que reine la media noche, cuando el silencio favorece el sueño y cesan los ladridos de los perros y los cantos de las aves, el hombre, fiel a los antiguos ritos y temeroso de los dioses, se levanta sin ajustar el calzado a los pies, y con los dedos juntos y la mitad del pulgar produce un sonido para que ninguna leve sombra le salga al encuentro y turbe sus callados pasos. Lava tres veces sus manos y las purifica en el agua de una fuente; vuelve, y se introduce en la boca las habas negras, las arroja hacia atrás y al mismo tiempo dice: «Yo arrojó estas habas, y con ellas me redimo y redimo a los míos.» Repite la plegaria nueve veces sin mirar atrás, porque se cree que la sombra las recoge y sigue su camino no siendo visto. Vuelve a meter las manos en el agua, hace resonar los bronces de Tecmera, y ruega a la sombra que abandone su morada. Cuando ha dicho nueve veces «salid manes paternos», mira en torno suyo, y juzga haber cumplido lo que previenen los ritos.

¿De dónde toma su nombre el día? ¿Cuál es su origen? Lo ignoro, y he de preguntarlo a alguna divinidad. Enséñamelo, hijo de la Pléyade; digno de veneración por tu potente vara, pues has visitado muchas veces el palacio de Jove, rey de la Estigia. El dios del caduceo, a quien invoqué, aparecióse a mi vista, y oye el origen de este nombre, que por él mismo me fué revelado. Cuando Rómulo encerró en el sepulcro los Manes fraternales, y se rindieron los debidos honores a Remo, víctima de su ligereza, el desventurado Fáustulo y Acca, con los cabellos sueltos, regaban los abrasados despojos con sus lágrimas. A la hora del crepúsculo vuelven, tristes, a casa, y tal como estaban se tienden en el duro lecho. Vieron entonces acercárseles la sombra ensangrentada de Remo, que con débil murmullo pronunció estas palabras: «Vedme aquí, la mitad y la segunda parte de vuestros votos; vedme cuán diferente de ayer. Si las aves me hubiesen decretado el reino, pude ser el primero entre los míos, y ya no soy más que una sombra vana que escapó a las llamas de la pira; es lo único que sobrevive de aquel Remo. ¡Ah!, ¿dónde está mi padre Marte? Si dijisteis verdad al afirmar que amamantó los gemelos abandonados con las ubres de una fiera, el que salvó una loba ha caído muerto por la mano temeraria de un ciudadano. ¡Oh, cuánto más compasiva fué aquélla! Despiadado Celer, ¡ojalá, como a mí, se te escape el alma cruel por las heridas y caigas al suelo chorreando sangre! Mi hermano no quiso esta muerte; su piedad iguala a la mía, y derramó lágrimas por mi pérdida, lo único que pudo hacer. Rogadle, por vuestras lágrimas y vuestro

pan, que señale día tan memorable con el honor de una fiesta.»

Tienden los brazos y quieren abrazar la sombra suplicante, que huye, deslizándose de las manos que la pretenden retener. Así que la imagen desaparece, y con ella los sueños, llevan los dos a oídos del rey los ruegos de su hermano. Rómulo obedece, y pone el nombre de Rémures al día en que se rinden fúnebres exequias a los antepasados que yacen en el sepulcro. Con el transcurso del tiempo se mudó en otra más suave la primer áspera letra inicial del nombre, y bien pronto se llamaron Lémures a las ánimas de los muertos; tal es el sentido y verdadera significación de la voz. Sin embargo, en aquellos días nuestros antepasados cerraban los templos, como hoy vemos que se cierran en los tiempos Ferales, nada favorables a viudas ni a doncellas para encender la antorcha del himeneo; la que contrae nupcias en tal época vive corto plazo; por cuyo motivo, si aceptas la verdad de los proverbios, sostiene el vulgo que las mujeres ruines se casan en Mayo; la fiesta tiene lugar en la misma época, durante tres días que no son consecutivos. Si en medio de ellos buscas al beocio Orión, te engañarás. Voy a contar el origen de tal astro.

Júpiter viajaba en compañía de Mercurio y de su hermano, el que reina en la inmensa llanura del mar, a la sazón en que los arados se vuelven al revés, y la oveja, bien repastada, se inclina para que el corderillo se nutra con su leche. Por casualidad, el viejo Hirico, cultivador de reducido campo, estando en pie a la puerta de su humilde cabaña, los vió y les

habló así: «El camino es largo, corto el espacio que queda del día, y mi casa está siempre abierta a los huéspedes.» El semblante acredita sus palabras; vuelve de nuevo a rogarles, y los dioses aceptan la invitación, sin darse a conocer. Se cobijan bajo el techo del anciano, ennegrecido por el humo, y aún se conservaba un poco de fuego en un tizón del día anterior. El viejo dobla la rodilla; con sus soplos aviva la llama y la alimenta con trozos de leña, que parte en astillas; trae dos vasijas, la menor llena de habas, la otra de verduras, y la una y la otra humean bajo la cobertera. Tras breve momento, les sirve, con trémula mano, un vino rojo; toma el primer vaso el dios de los mares, y así que lo apura, dice: «Da de beber ahora a Júpiter.» El viejo palidece al oír el nombre de Júpiter; y no bien se recobra de la impresión, inmola el buey con que araba su pobre campo, y asa las carnes en una gran fogata; saca de un barril enmohecido el vino que guardaba desde la primera edad, y sin demora se recostaron los dioses en humildes lechos de lino, extendidos sobre los juncos del río; las mesas incitan con las viandas y las vasijas del vino; las cráteras eran de tierra cocida; los vasos, de haya. Júpiter pronunció tales palabras: «Si algo deseas, maniéstalo; todo lo conseguirás.» El viejo responde con dulzura: «Yo tuve una esposa querida, el amor más hondo de mi primera juventud. ¿Queréis saber dónde está? La urna guarda sus restos. Yo le juré, poniéndoos por testigo de mi juramento, que con ninguna volvería a estrechar lazos conyugales; lo dije, y lo he cumplido; mas ahora pienso de modo diferente, y deseo ser padre sin esposa.» Todos se

disponen en su favor; se acercan a la piel del buey, y por pudor se calla lo restante. La cubren luego con húmeda tierra, y a los diez meses había nacido un niño. Hirico, para que recordase engendro tan prodigioso, le llamó Urión, y la primera letra perdió su antiguo, sonido. El tierno infante alcanzó, con los años, una talla gigantesca. Diana le tomó por acompañante, y fué el guardián y satélite de la diosa. Mas por sus palabras poco prudentes irritó la cólera de los númenes. «No existe fiera alguna — dijo — que yo no consiga vencer.» La Tierra produjo el Escorpión, que intentó acometer con su encorvada cola a la diosa madre de los dos gemelos. Orión la protegió, y Latona le colocó entre los astros rutilantes, diciéndole: «Recibe el premio de tus servicios.»

Mas ¿por qué Orión y otras constelaciones se apresuran a desaparecer del horizonte? ¿Por qué la noche precipita su carrera? ¿Por qué el día luminoso, precedido del lucero de la mañana, eleva más pronto de lo que suele su brillante cabeza sobre las líquidas ondas? ¿Es ilusión u oigo sonar las armas? No me engaño: es el rumor de las armas. Marte viene, y antes de llegar se anuncia con bélicos sonidos. El dios vengador descende del cielo para asistir a sus fiestas y ver el templo que en el foro de Augusto se admira. El dios es grande, y también su monumento. Marte no debía habitar otro pueblo que la ciudad de su hijo. El templo es digno de recibir los trofeos ganados a los Gigantes, y desde él conviene al Gradivo lanzarse a las cruentas guerras, ya contra el impío que nos provoca desde las regiones orientales, ya contra el que ha de ser domado en las comarcas

donde el Sol se pone. El dios potente en las armas contempla la elevación de la suntuosa fábrica; le complace ver allí alzadas las estatuas de los invictos dioses, y observa sobre las puertas los dardos de distintas formas y las armas de los pueblos vencidos por sus soldados. Aquí ve a Eneas, bajo el peso de su sagrada carga, y cien abuelos de la noble familia de los Julos; allí, el hijo de Iliá, llevando sobre sus hombros las armas de los reyes vencidos, y bajo las estatuas de los héroes consignadas sus ilustres acciones. Sobre el frontispicio lee el nombre de Augusto, y con semejante inscripción el templo le parece más grandioso. Joven todavía, lo prometió en sus votos, en el momento de lanzarse a una guerra piadosa; tal príncipe debía comenzar con tanta grandeza. Cuando estuvieron en frente, de una parte los campeones de la justa causa, y de la otra los conjurados, alzó las manos al cielo, prorrumpiendo en tales términos: «Si la muerte de mi padre, el sacerdote de Vesta, me impulsa a la guerra, y pretendo vengar a una y otra divinidad, Marte, ven en mi ayuda, y sacia con la sangre de los malvados mi acero e inclina tu favor por la causa más justa. Si recabo la victoria, te edificaré un templo con el sobrenombre de Vengador.» Lo ofreció, y regresó triunfante tras la derrota de los enemigos.

No basta que Marte haya merecido tal honra una vez; César va a reconquistar las enseñas que retienen los Partos, pueblo protegido por sus campos, sus caballos, sus saetas, e inaccesible por los ríos que lo circundan. Su audacia creció con el desastre de Craso, en el cual sucumbieron los soldados, perdién-

do las enseñas y el caudillo que los guiaba. Las enseñas romanas, orgullo de las tropas, cayeron en poder de los Partos, y el enemigo enarboló en sus manos nuestras águilas, y aún perduraría tanta vergüenza si las armas invencibles de César no protegiesen al Imperio de Ausonia. Él lavó la antigua mancha, la deshonra de largos años, y las águilas devueltas reconocieron a los suyos. Parto, ¿de qué te aprovecha ahora lanzar las saetas huyendo? ¿De qué tus llanuras y la ligereza de tus corceles? Nos devuelves las águilas y rindes también tus arcos impotentes; ya no tienes ninguna prenda de nuestros vergonzosos reveses. Dedicase un templo al dios dos veces vengador, con el mismo sobrenombre, y los honores que se le tributan solventan la deuda de los votos. Ciudadanos, celebrad los solemnes juegos en el circo; la escena no pareció convenir al honor del dios de los combates.

Descubrirás todas las Pléyades y el grupo entero de las hermanas cuando ya sólo falte una noche al advenimiento de los idus. Entonces comienza el estío, según autores respetables, y termina la estación de la templada primavera.

La noche que precede a los idus nos permite ver al Toro, levantando su cabeza estrellada. Conocida es la tradición que tal signo recuerda. Júpiter, transformado en toro, prestó sus espaldas a la doncella de Tiro y armó su frente de engañosos cuernos. Ella, con la derecha, se asió al cuello del animal, con la izquierda recogía los vestidos, y el mismo temor la hermo seab a con nuevos encantos. El aire mueve los pliegues de su túnica y desordena sus áureos cabe-

llos. Así, hija de Sidón, debías ser recibida por Jove. A menudo levanta los pies delicados, temerosa de que los moje el asalto de las olas, y el dios, de intento, hunde en ellas la grupa, para que la joven se asga con más fuerza a su cuello. Al pisar la playa, Júpiter se ofreció a su vista sin el aditamento de los cuernos; el bruto se había convertido en un dios. El Toro ocupó un puesto en el cielo, y la tercera parte de la Tierra lleva el nombre de la hija de Sidón, a quien hizo madre.

Otros sostienen que esta constelación es la vaca de Faros, de mujer convertida en vaca y de vaca transformada en una diosa. Por el mismo tiempo la doncella suele precipitar desde el puente de madera las imágenes hechas de junco de sus antepasados. El que crea que en remotas épocas los viejos eran condenados a muerte al cumplir los sesenta años, infama a nuestros abuelos con la imputación de horrendo crimen. He aquí la antigua tradición: Cuando la Italia se llamaba Saturnia, el dios de los oráculos le impuso este mandato: «Pueblos, arrojad dos hombres a las aguas del río Toscano y sacrificadlos al viejo que se arma con la hoz.» Hasta la época en que Tirinto vino a pisar nuestros campos, todos los años, como en Léucade, se verificaba el triste sacrificio; mas él lanzó a las aguas cuerpos hechos de paja, y, siguiendo el ejemplo de Hércules, aún se precipitan estos falsos cuerpos. Otros sustentan que los jóvenes, para emitir solos el sufragio, precipitaron de los puentes a los viejos achacosos. «Tiber, dime la verdad; tu margen es más antigua que Roma y puede conocer bien el origen del rito.» El Tiber levantó su

cabeza, coronada de cañas en medio de su cauce, y con ronca voz pronunció tales palabras: «Yo vi estos prados desiertos sin murallas, donde por una y otra ribera se esparcían pastando los bueyes, y el Tíber, que hoy las naciones conocen y temen, era menospreciado aun por los mismos rebaños. Oíste muchas veces el nombre del arcadio Evandro, aquel extranjero que azotó mis aguas con los remos; detrás vino Alcides, acompañado de una falange de griegos; si mal no recuerdo, entonces se me llamaba Albula. El héroe de Palantea brindó hospitalidad al joven, y Caco recibió el castigo que sus robos merecían. El vencedor parte llevando consigo los bueyes que apresó en Eritia, mas sus compañeros se niegan a seguirle más lejos. Gran parte de ellos que habían emigrado de Argos fijan sus esperanzas y sus lares en estos montes; pero muchas veces se sentían embargados por el dulce recuerdo de la patria, y alguno al morir hacía este breve encargo: «Arrojadme al Tíber, y arrastrado por sus ondas arribarán al litoral de Ínaco mis despojos exánimes; mas el heredero repugna cumplir el mandato de tal sepultura; el huésped muerto la recibe en tierra de Ausonia, y en vez del cuerpo humano se arroja al río su imagen hecha de juncos, para que arribe, impulsada por las olas, a las mansiones de Grecia», dice, y penetrando en el húmedo antro de la roca que habitaba; las ondas suaves detuvieron su curso.

Ven en mi ayuda, descendiente esclarecido de Atlas, a quien una Pléyade, en tiempos remotos, concibió de Jove y parió en los montes de Arcadia; árbitro de la paz y la guerra entre los dioses del cielo y

del infierno, que caminas por los aires con tus alados pies; diestro en tañer la lira; diestro también en las brillantes luchas de la palestra, y que enseñas la elocuencia con tus sabias lecciones: en los idus los senadores te consagraron un templo enfrente del circo, y desde entonces se te dedicó este día. El que tiene por oficio vender sus mercancías te quema el incienso y te invoca para que le concedas buenas ganancias. La fuente de Mercurio se halla próxima a la de Capena, y, si hemos de creer a los que bebieron sus aguas, poseen virtudes maravillosas. Aquí viene el mercader con la túnica ceñida, se purifica, llena la urna perfumada del agua que se ha de llevar, humedece con ella una rama de laurel, y con esto hace aspersiones sobre todos los objetos que han de pasar a manos de los nuevos compradores. Él también rocía sus cabellos con el húmedo laurel y murmura esta plegaria su voz, acostumbrada a engañar: «Perdóname los perjurios pasados y las pérfidas razones de días anteriores, ya cuando te puse como testigo, ya cuando cité en falso el numen poderoso de Jove, que no debió oírme; ya engañase de intento a otro dios u otra diosa, haz que el rápido Noto se lleve mis falaces asertos. Borra asimismo mis perjurios del siguiente día, y, si pronuncié alguno, que los dioses no lo tomen en cuenta; pero dame la ganancia, la satisfacción de haberla realizado y el regocijo de engañar al comprador con mis buenas razones.» Mercurio sonríe desde el cielo al que le demanda tales mercedes y se acuerda de haber robado los toros de Apolo. Mas yo te ruego que me declares, puesto que mi petición es mucho más razonable, en qué época

Febo toca la constelación de los Gemelos. «Cuando veas que restan del mes tantos días cuantos fueron los trabajos de Hércules», me contestó el dios.

«Dime — le repliqué —, ¿cuál es el origen de esta constelación?»; y el dios me lo reveló con su voz elocuente: «Los hermanos, hijos de Tíndaro, diestro jinete el uno, y el otro púgil invencible, habían raptado a Febe y a su hermana. Idas y su hermano toman las armas y reclaman sus prometidas, pues uno y otro habían pactado ser los yernos de Leucipo. El amor incita a éstos a reclamarlas, y a aquéllos a no entregarlas; entrambos partidos se lanzan a combatir por la misma ocasión. Los Evalidas, velocísimos en la carrera, podían huir de sus perseguidores, mas les pareció torpe hazaña vencer por la celeridad de la fuga. En un sitio que no embarazaban los árboles, muy a propósito para la lid, se reúnen unos y otros; el lugar se llama Afidna. Linceo atraviesa con su espada el corazón de Cástor, que cae en tierra al golpe inesperado; Pólux acude a vengarlo, y hiere a Linceo con su lanza por la parte en que el cuello descansa sobre los hombros. Idas se arroja contra él, y apenas le repele el rayo de Jove, pues dicen que no pudo arrebatarle el hierro de la diestra; ya, Pólux, se abrían para ti las sublimes regiones del cielo, cuando exclamaste: «Padre mío, escucha mis preces; divide entre los dos el cielo que me brindas a mí sólo; la mitad del premio valdría más a mis ojos que el premio entero», dice y redime a su hermano conquistándole el cielo, donde brillan alternativamente, astros útiles los dos a las naves en peligro.»

El que pretenda inquirir lo que son las Agonales,

vuelva al mes de Jano; no obstante, en los Fastos tienen lugar también por esta época. A la noche siguiente aparece visible el can de Erigone; el origen de tal signo lo expliqué ya en otra parte. El próximo día es el de Vulcano, y se le llama Tubilustre, porque en él se purifican las trompetas que él mismo fabricó. En seguida aparecen cuatro signos, que, leídos por orden, indican, o los usos del culto, o la fuga de un rey. No te pasaré en silencio, Fortuna Pública del pueblo más poderoso, a quien se consagró un templo el día siguiente. Cuando el Sol se sumerja en las ondas de la rica Anfitrite, verás la áurea cabeza del ave tan cara a Júpiter. La Aurora próxima aparta de nuestros ojos al Boyero, y en la que sigue se descubre el astro de Hías.

LIBRO SEXTO

También se atribuyen diversos orígenes al nombre del sexto mes; así que los exponga todos, escoges el que más te plazca. Contaré hechos reales, aunque habrá quien suponga que los he forjado y no crea que un mortal haya visto jamás a ninguna divinidad. Vive un dios en nosotros, nos agita, nos enciende y el hálito de la mente divina provoca nuestro entusiasmo. A mí, sobre todos, fuéme lícito contemplar los rostros de los dioses, porque soy vate y porque canto las cosas sagradas.

Hay una selva de árboles espesos, lugar apartado de todo rumor, si no turbase su silencio el murmullo de las aguas; aquí meditaba yo sobre el origen del mes que voy a cantar, y su nombre obsesionaba mi atención. De pronto veo unas diosas; no las que se aparecieron al maestro de los labriegos cuando conducía sus ovejas en Ascra, ni las que el hijo de Príamo comparó en los valles del Ida, surcado por los arroyos; pero sí una de ellas, hermana de su propio marido, y logré reconocerla; era la que hoy se alza en el templo de Jove. Me estremecí, y una palidez mortal delataba mi turbación, cuando la misma diosa vino a disipar el miedo que me había infundido, diciéndome: «¡Oh, poeta, qué trazas la disposición del año romano y osas tratar graves asuntos en tono li-

gero!, conquistaste el derecho de contemplar a los númenes celestes el día que emprendiste el trabajo de conmemorar sus fiestas en tus versos, y, porque no lo ignores, ni te dejes inducir por el dictamen erróneo del vulgo, sabe que el mes de Junio recibió el nombre de Juno.

•Algo vale haberme desposado con Jove y ser su hermana, y no sé si me enorgullezca más del hermano o del esposo; si atiendes al linaje, yo la primera hice padre a Saturno, fuí la primogénita de Saturno; Roma en otros días se llamó Saturnia, del nombre de mi padre, y fué la tierra que halló más próxima al huir desterrado del cielo. Si el lecho conyugal significa algo, se me llama la esposa del Tonante, y mi templo está unido al de Jove Tarpeyo. Pudo una concubina dar su nombre al mes de Mayo, y se me envidia que yo reciba el mismo honor. ¿Por qué me aclaman la reina y la principal de las diosas? ¿Por qué en mi diestra resplandece el cetro de oro? ¿Acaso los días compondrán los meses y por ellos seré llamada Lucina, sin dar mi nombre a ningún mes? Entonces me arrepentiría de haber depuesto noblemente mi cólera contra el linaje de Electra y la mansión de Dárdano. Dos causas alentaban mi despecho: el rapto de Ganimedes y mi hermosura vencida en la contienda del Ida. ¡Ah!, yo me arrepentiría de no favorecer los muros de Cartago, aunque mi carro y mis armas estuviesen allí encerrados; yo me arrepentiría de haber sometido al dominio del Lacio a Esparta, Argos, mi querida Micenas, junto con el viejo Tacio y los Faliscos adoradores de Juno, que permití fuesen sojuzgados por los romanos. Pero ni me arrepiento, ni pue-

blo alguno es de mí más querido; en él quiero ser adorada y tener mi templo cercano al de mi esposo Júpiter. El mismo Marte me dijo: «Te recomiendo estas murallas; serás poderosa en la ciudad de tu nieto.» Y mantuvo su promesa; yo soy reverenciada en cien altares, mas no aprecio en menos que otro cualquiera el honor de presidir este mes. Ni es Roma la única que me lo concede; los pueblos de la comarca me tributan igual adoración. Consulta los Fastos de Aricia rodeada de selvas, los del pueblo Laurentino y de mi Lanuvio: en ellos encontrarás el mes de Juno. Consulta a Tibur y los muros consagrados a la diosa de Preneste y leerás que este tiempo es el de Juno, y Rómulo no los fundó, mientras que Roma es la ciudad de mi nieto.»

Juno calló; levanté los ojos y vi a la esposa de Hércules con el dolor pintado en el semblante. «Yo — dijo — si mi madre me ordenase abandonar de súbito el cielo, no me detendría en él contra su voluntad. Ahora no le disputo el presidir este mes y le hablo en tono humilde, casi como suplicante. Prefiero obtener a fuerza de ruegos lo que por derecho me corresponde, y tal vez tú mismo serás el defensor de mi causa. Mi madre posee las riquezas del Capitolio en el templo unido al de Jove, y reina la primera, cual debe, a su lado; mas toda mi gloria se funda en el origen del presente mes; es el único honor que de veras reclamo para mí. Romanos y tu posteridad reconocida, ¿qué gravedad entrañaría el que dedicaseis este mes a la esposa de Hércules? Vuestra tierra me debe especial reconocimiento por los timbres de mi insigne esposo. Él condujo aquí los

bueyes que había arrebatado, y aquí Caco, mal defendido por las llamas y los dones paternos, manchó con su sangre la tierra del Aventino. Vuelvo a días más recientes. Rómulo dividió a su pueblo por edades, y lo distribuyó en dos clases: la una, más apta para el consejo; la otra mejor dispuesta, para pelear; los unos deciden la guerra, los otros la hacen; así lo estableció, y distinguió los meses por las edades. Junio es el de los jóvenes, y el que le precede el de los ancianos», dijo, y en el calor de la contienda hubiesen llegado a las querellas, y la piedad hubiera caído vencida por la cólera a no sobrevenir la Concordia, con sus largos cabellos ceñidos por el laurel de Apolo, cuyo numen y templo son obras de un caudillo pacificador. Ésta, después de recordar a Tacio y al valeroso Quirino, y la unión de los dos reinos con sus respectivos habitantes, y suegros y yernos acogidos a los comunes Lares, exclamó: «De esta fusión viene el nombre de Junio.» He explicado los tres orígenes; mas perdonadme, diosas: no he de dirimir la contienda por mi arbitrio personal, que os respeto como a iguales. Pérgamo sucumbió por el juicio de Paris sobre vuestra belleza; dos diosas son más temibles que útil la protección de una sola.

El primer día se consagró a Carna, la diosa de los quicios, que abre las puertas cerradas y cierra las abiertas. ¿De dónde le vino tanto poder? La tradición obscurecióse con el transcurso del tiempo; pero mis versos disiparán la incertidumbre.

A las márgenes del Tíber se extiende el antiguo bosque de Helerno, adonde los pontífices van hoy todavía a celebrar sacrificios. Allí nació la Ninfa a

quien los antepasados llamaron Grane, solicitada cien veces en vano por multitud de pretendientes. Solía recorrer la campaña, perseguir con los venablos a las fieras y extender las nudosas redes en los hondos valles, y, aunque sin aljaba, se la creía hermana de Febo, el cual no tuvo por qué sonrojarse del parentesco. Un joven le dirigió palabras amorosas, y ella, sin demora, le contestó en términos tales: «Estos sitios son demasiado luminosos, y el pudor huye de la luz; te seguiré si me conduces a un antro secreto». El crédulo joven penetra en retirada gruta; ella se detiene y encubre entre la maleza de modo que no la encuentre por ninguna parte. Jano la ve, y encendido de ardientes deseos, dirige a la cruel frases enternecedoras; la Ninfa, según costumbre, le incita a buscar sitio más apartado; síguele como si le acompañara, y de pronto abandona a su guía. Necia, Jano ve lo que sucede a sus espaldas; en vano te ocultas, porque ha descubierto tu escondrijo; en vano te afanas, he dicho, pues te sorprende y abraza en la roca donde te cobijas, y una vez conseguido su intento, exclama: «En recompensa del placer que contigo he gozado, te concedo el derecho sobre los goznes, y éste será el premio de tu pérdida virginidad.» Así dice, y le entrega una rama blanca de pino, que tiene la virtud de rechazar los ataques peligrosos de las puertas. Existen unas aves voraces, no las que robaban a la boca de Fineo los manjares de su mesa, aunque provienen de la misma casta, de cabezas grandes, ojos avizores, picos dispuestos a la rapiña, blancas plumas y uñas encorvadas; vuelan por la noche, acometen a los niños que crían las nodri-

zas y destrozan sus cuerpecillos arrebatados de las cunas. Dícese que devoran con los picos sus lácteas entrañas y que llenan los buches con la sangre que les beben; se llaman *estriges*, y reciben el nombre de los chillidos estridentes que lanzan en el horror de la noche.

Sea que dichas aves nazcan como todas, o que las engendren los encantamientos de los Marsos, que transforman a las viejas en monstruos semejantes, ello es que cayeron sobre la cuna de Procas a los cinco días de nacer, porque les brindaba una presa reciente, y sorben con ávidas lenguas la sangre de su pecho infantil. El infeliz, con sus vagidos, reclama auxilio; aterrada por los gritos acude la nodriza de la criatura, y ve cómo una garra cruel le destroza las mejillas. ¿Qué hacer? El color de su rostro era el que suelen tener las hojas tardías que secan los rigores del nuevo invierno. Corre en busca de Grane, le cuenta la desgracia, y ésta le responde: «Depón el temor; el niño que crías será salvado.» Se acerca a la cuna; el padre y la madre lloraban, y les conforta así: «Cesad en vuestras lágrimas; yo misma le curaré.» Sin tardar toca tres veces seguidas las puertas con la rama de un arbusto, y otras tantas el umbral; rocía la entrada con aguas de virtudes medicinales, y llevando en las manos las crudas entrañas de una lechoncilla de dos meses, prorrumpe así: «Aves nocturnas, perdonad las entrañas infantiles; por un tierno niño recibiréis una tierna víctima; tomad, os lo pido, corazón por corazón, fibras por fibras, y os entrego esta existencia por otra de más valía.»

Así que hizo tal libación, expone al aire libre las

entrañas desmenuzadas y prohíbe mirar a los que asisten al sacrificio; pone la blanca rama que Jano le regalara cerca del ventanillo que daba luz a la cuna, y tras esto las aves ya no violaron el cuerpo del niño, que recobró el color que antes lo hermoseaba.

Me preguntas: «¿Por qué en estas calendas se consume el lardo grasiento y un caldo de harina mezclado con habas?» Carna es una diosa primitiva, se alimenta con las comidas que antes solía y su frugalidad no exige las viandas extranjeras. Los peces nadaban aún sin recelar las asechanzas del pescador y las ostras vivían seguras encerradas en sus conchas; el Lacio no conocía el ave procedente de la rica Jonia, ni el que saborea a placer la sangre del Pigmeo; nada atraía en el pavo real fuera del plumaje, y la tierra no nos enviaba las fieras cazadas en sus bosques. Teníase en estima al puerco; con su matanza se alegraban las fiestas, y el campo sólo producía los granos del duro trigo y las habas; el que se alimentaba con su doble mezcla en las sextas calendas, según la general creencia, no podía padecer estreñimiento de estómago.

También se refiere que en cumplimiento de tu voto, ¡oh Camilo!, erigiste un templo a Juno Moneta en la cima del Capitolio, donde antes se veía la casa de Manlio, el que rechazó las huestes de los galos que amenazaban a Júpiter Capitolino. ¡Cuán honrosamente, grandes dioses, hubiera caído en aquel combate defendiendo el solio del soberano Júpiter! Vivió para morir, condenado por el crimen de aspirar al reino; ¡triste gloria que le reservó su larga vejez! El mismo día tiene lugar la fiesta de Marte, cuyo tem-

plo se ve fuera de la puerta Capena sobre la vía Tecta. Confesamos, ¡oh Tempestad!, que también tú mereciste un santuario cuando nuestra escuadra estuvo a punto de hundirse en el abismo de las aguas de Córcega. Tales son los monumentos de los hombres; si interrogáis al cielo, veréis aparecer el ave rapaz predilecta del sumo Júpiter.

El día siguiente evoca las Híadas que brillan sobre la frente coronada del Toro y humedecen la Tierra con lluvias abundantes. Cuando Febo reitera su aparición a la segunda mañana, y el rocío ha caído dos veces sobre los tallos de las mieses, es la fecha en que se consagró, durante la guerra de Toscana, el templo de Belona, atenta siempre a la prosperidad del Lacio. El edificador fué Appio, aquel ciego que adivinó los magníficos resultados de la paz que se negaba a Pirro. Ante el templo se extiende una plaza, no muy espaciosa, que mira a la extremidad del circo, donde se eleva una pequeña columna de alto renombre, pues desde ella suele lanzarse el dardo anunciador de la guerra cuando la ciudad resuelve tomar las armas contra los reyes y los pueblos extraños. La otra parte del circo se asegura con la custodia de Hércules, a quien el oráculo de Eubea impuso tal obligación, de la que fué investido el día anterior a las nonas; si lees las inscripciones, verás que Sila aprobó la fábrica.

Dudaba a quién referir las nonas, si a Saucó, a Fidio o a ti, padre Semo; pero Saucó me dijo: «A cualquiera de ellos que las dediques recibiré el mismo honor, porque yo llevo los tres nombres; así lo quisieron los Curetes.» Los antiguos Sabinos dedica-

ron a este dios el templo que se alza en la cima del Quirinal.

Tengo una hija, y ojalá que su vida se prolongue más que la mía; viviendo ella, seré siempre feliz. El día en que me resolví a entregarla en brazos de un yerno, traté de averiguar qué tiempos eran propicios al Himeneo y cuáles se debían precaver. Me fué señalado el mes de Junio, después de los sacros idus, como la época más favorable a las esposas y los varones. La primera parte del mes se considera funesta al tálamo nupcial, y la santa esposa del sacerdote Dialis me habló así: «Mientras las rojas aguas del plácido Tíber no viertan en el mar los restos de las víctimas inmoladas a la troyana Vesta no me es lícito pasar el peine de boj por mis cortados cabellos, recortarme las uñas con las tijeras, ni unirme a mi esposo, aunque sea el sacerdote de Jove y se me haya dado a perpetuidad por la ley; conque no te apresures: tu hija casará mejor cuando la llama de Vesta brille purificada en el templo.»

Al tercero después de las nonas, dícese que Febe aleja al nieto de Licaón, y la Osa no teme el dardo que por detrás la amenaza. Recuerdo que entonces asistí a los juegos del Campo de Marte, y supe que te pertenecían, Tíber, que resbalas mansamente. Es un día festivo que guardan los que llevan en las manos las mojadadas redes y ocultan el corvo anzuelo bajo un poco de cebo.

Asimismo se rinde culto a la Razón. Vemos el templo que se le erigió, por el terror de la guerra que había renovado el pérfido cartaginés; espantados todos de la muerte del cónsul, temblaban ante las

armas de los Mauritanos, y el miedo desterraba la esperanza cuando el Senado hizo votos a la Razón, y en seguida vino a dar mejores consejos. Un intervalo de seis días separa los idus siguientes de aquel en que se cumplieron los votos hechos a la diosa.

Favoréceme, Vesta; voy ahora a entonar tus alabanzas, si me es lícito acudir a tu festividad. Apenas pronuncié la plegaria, sentí la presencia del celeste numen y que la Tierra resplandecía alegre con purpúreos fulgores. Realmente no te vi, ¡oh diosal; no quiero abusar de la ficción poética, pues no te dejas sorprender por las miradas humanas; mas lo que ignoraba y los errores en que vivía fuéronme advertidos sin que nadie me instruyese.

Es tradición que Roma festejó cuarenta veces las Palilias antes de recibir a la guardiana del fuego en su templo, obra de un rey pacífico y de tanta piedad, que la tierra Sabina no produjo ninguno que le igualase en el respeto a los dioses. El techo que ahora deslumbra con el bronce lo habrías visto en aquella época cubierto de paja; la pared se había tejido de flexibles mimbres, y el angosto lugar que hoy ocupa el atrio de Vesta era entonces el gran palacio de Numa, el de luengos cabellos; pero dicese que la forma del santuario es la misma que tenía, y voy a daros la razón de haberse conservado. Vesta es lo mismo que la Tierra: una y otra alimentan un fuego perpetuo; la Tierra y el fuego nos revelan su presencia. La Tierra se asemeja a una pelota que no estriba en ningún apoyo; con todo su enorme peso se sostiene en medio del aire que la rodea, conserva el equilibrio por su propio movimiento, no tiene ningún

ángulo que incline cualquiera de sus partes, y colocada en el centro del Universo, no toca más ni menos a ninguno de los lados. Si no fuese redonda, aproximándose más a un punto que a otro, no ocuparía el centro del mundo. En la ciudadela de Siracusa hay un globo cautivo suspendido en el aire, pequeña imagen del inmenso mundo; los puntos superiores e inferiores de la Tierra se hallan a la misma distancia, efecto de su figura redonda. El aspecto del templo es igual, sin ningún ángulo saliente, y una bóveda lo defiende contra la lluvia.

¿Quieres saber por qué las sacerdotisas de la diosa son vírgenes? Hallaré pronto los motivos de esta predilección. Cuéntase que de la semilla de Saturno la diosa Ops dió a luz a Ceres y Juno; Vesta nació la tercera. Las dos primeras contrajeron nupcias y tuvieron hijos; la última rechazó la compañía del varón. ¿Qué tiene de particular que una virgen prefiera a las vírgenes por sacerdotisas y confie a castas manos los deberes de su culto? Has de concebir a Vesta como la llama personificada, y ninguna criatura nació jamás de la llama. Con razón se considera virgen a la que ni recibe ni brinda ningún germen fecundo, y vive con sus compañeras de virginidad.

Por largo tiempo creyó mi ignorancia que existían simulacros de Vesta; mas luego me persuadí de que no encerraba ninguno la redonda bóveda de su templo; en él se vela el fuego inextinto, y ni Vesta ni el fuego se reproducen en imágenes. La Tierra se sostiene por su propia fuerza, y de aquí procede el nombre de Vesta, y el mismo parece ser su origen en la lengua griega. El hogar se dice así por la llama y

por todo lo que calienta, y antes ocupaba las primeras estancias de la casa; de aquí, a mi entender, procede el vocablo *vestibulo*, y que digamos a Vesta en nuestras plegarias: «¡Oh tú, que ocupas el primer lugar!» Era antiquísima costumbre sentarse en escaños alrededor del fuego, creyéndose que los nùmenes asistían a las comidas, y hoy, de igual modo, en las fiestas que se hacen a la diosa Vacuna, permanecemos de pie o sentados ante los fuegos vacunales. Algo de tan vetustas costumbres se conservó hasta nuestros días, y en una fuente purificada se llevan los manjares a Vesta ofrecidos.

He aquí que las coronas de panes penden del cuello de las borricas, y floridas guirnaldas ornan las ásperas piedras de moler. Antes, los colonos se servían del horno para tostar el trigo, y la diosa Fornacal tuvo adoradores. El pan, cubierto de ceniza, se cocía en el mismo hogar, y pedazos de tejas rotas cubrían el abrasado suelo; de ahí el guardar la fiesta del fuego y de la diosa que lo preside el panadero y la borrica que da vueltas a la piedra pómez.

Rubicundo Príapo, ¿pasaré en silencio o relataré tu afrenta? La fábula es harto regocijada. Cibeles, que lleva en sus sienes una corona de torres, convidó a los dioses inmortales; convoca a los sátiros, a los nùmenes campestres y a las ninfas, y Sileno acudió, aunque nadie le había invitado. No me incumbe, y además me haría prolijo, el narrar los festines de los celícolas y la noche pasada en continuas libaciones. Estas erraban a la ventura por los sombríos valles del Ida, aquéllos se tendían y aliviaban del cansancio sobre la fresca hierba; unos juegan, otros se rinden

al sueño, y los de más allá, cogidos por los brazos, danzan con pies ligeros sobre la verde alfombra. Vesta se tiende, y sin zozobra se entrega a las dulzuras del reposo, reclinando la cabeza en un almohadón de césped. El guardián rubicundo de los jardines andaba tras las ninfas y las diosas y vagaba errante de aquí para allá. Descubre a Vesta; ignoramos si la creyó una ninfa o si sabía quién era; él jura que no lo sabía. Concibe lúbrico deseo, intenta acercarse a la callada y anda de puntillas, laténdole fuerte el corazón. Por casualidad, el viejo Sileno dejó el asno en que vino montado al borde de un arroyo de dulcísimo murmullo. Ya el dios del lago Helesponto iba a poner en ejecución su propósito, cuando el asno suelta un rebuzno bien intempestivo. La diosa se incorpora, asustada por aquel ruido; acude la turba de los invitados, y Príapo se libró con la fuga de las manos enemigas. Lampraco acostumbra inmolar este animal a Príapo; nosotros entregamos a las llamas las entrañas del asno denunciador, a quien la diosa, reconocida, adornó con collares de panes y le alivió del trabajo, disponiendo que permanezca ociosa la piedra de moler.

Diré lo que significa sobre la cima del Tonante el ara de Jove Pistor, más célebre por la nombradía que por la riqueza. Cercado y oprimido el Capitolio por los feroces Galos, a consecuencia del largo sitio penetró el hambre en su recinto. Júpiter llama a los dioses en defensa de su real solio, y dice a Marte: «Comienza»; y éste le responde: «Sin duda ignoras la suerte de los míos, y mis quejas han de revelar el dolor que embarga al ánimo, pues exiges que relate

con brevedad mis desgracias, no exentas de oprobio. A los pies de un enemigo que descendió de los Alpes yace Roma, a la cual se había prometido el dominio del mundo, y en la que debías, ¡oh Júpiter!, imperar sobre todas las naciones. Ya había sojuzgado a los pueblos limítrofes y vencido las huestes etruscas, confiando proseguir la carrera de sus victorias, y hoy se halla expulsada de sus lares. Vimos perecer en los atrios resplandecientes con el bronce los ancianos vestidos de púrpura como en los días triunfales. Vimos transferir del templo de la troyana Vesta las prendas que aseguraban nuestra dominación. Creen, sin duda, en la existencia de los dioses; mas si mirasen al monte en que habitáis y viesen vuestros numerosos templos estrechados por el asedio, se persuadirían de que el culto que os tributan no les sirve de ningún socorro y que es inútil el incienso que os queman sus solícitas manos. Ojalá se les retase en campo abierto a la batalla y empuñasen las armas y cayesen muertos, si no podían alcanzar la victoria. Mas no; faltos de víveres temen la muerte de los pusilánimes y resisten en su monte, acorralados por una muchedumbre de bárbaros. Entonces Venus, Vesta y Quirino, que viste la trábea y empuña el corvo bastón, exponen muchas razones en favor de su Lacio. Júpiter les responde: «La defensa de estas murallas a todos nos incumbe; la Galia, vencida, expiará sus triunfos actuales. En cuanto a ti, Vesta, haz que parezcan abundantes los víveres que escasean, y no abandones tu residencia. Dispón que se triture en el mortero el trigo restante y que el horno endurezca al fuego la harina molida a mano».

dice, y la hija de Saturno obedece la orden de Jové. Era media noche; ya los jefes, fatigados, se rendían al sueño; Júpiter les increpa, y por su boca sagrada les dicta su voluntad: «Levantaos, y desde las altas murallas arrojad en medio del enemigo el socorro que menos queréis perder.» Despiertan del sueño impulsados por aquellas ambiguas voces, indagan qué recurso no quieren perder y se les ordena arrojar; pronto adivinan que se alude a Ceres; arrojan sus dones, que caen y suenan en los cascos y largos escudos; los Galos pierden la esperanza de rendirlos por hambre, y después de su retirada se levantó a Júpiter Pistor una ara de blancura deslumbrante.

Volviendo yo al azar de los festejos de Vesta por el sitio en que la vía nueva se junta hoy al foro romano, vi descender a una matrona con los pies descalzos, y sorprendido y silencioso detuve los pasos. Una vieja vecina comprendió mi asombro; hízome sentar, movió la cabeza y, con voz cascada, me habló de esta manera: «Aquí, donde hoy se alza el foro, se extendían húmedos pantanos, donde el río vertía el sobrante de sus aguas desbordadas. Era el lago Curcio, donde hoy se elevan altares en terreno firme, que antes invadían las aguas del lago. En el Velobro, por el cual solía dirigirse al circo la pompa de los juegos, no brotaban más que sauces y huecas cañas. Con frecuencia el convidado volvía del festín por las vecinas ondas cantando y disparando sobre el barquero las palabras propias de la embriaguez. El dios Vertumno, que se acomoda a tan variadas formas, aún no había recibido tal nombre, por torcer la corriente del río. Aquí también existía un espeso

bosque de juncos y cañaverales y un pantano imposible de cruzar con los pies calzados; las aguas remansadas desaparecieron y las corrientes discurren entre las riberas; el suelo está ya desecado, pero aún subsiste la antigua costumbre.» Me había explicado la causa, y le contesté: «Adiós, buena anciana; que se deslice gratamente el resto de tus días.»

Desde mis años infantiles conozco lo siguiente; mas no por tal razón debo pasarlo en silencio. Ilo, nieto de Dárdano, y todavía rico con los caudales de Asia, acabó de levantar nuevos muros, y créese que una imagen de la belicosa Minerva descendió del cielo sobre las colinas de Ilión. Tuve la curiosidad de verla, y nada más vi el templo y el lugar, lo único que queda, pues Roma posee a Palas. Consúltase al dios de Esminto, y oculto en opaco bosque pronunció tal oráculo con verídicas voces: «Conservad a la diosa descendida de las etéreas regiones y conservaréis la ciudad; el Imperio cambiará de lugar con ella. Ilo la guarda encerrada en la alta ciudadela y lega esta obligación a su heredero Laomedonte; mas Príamo descuidó la vigilancia; así lo quisiste, diosa, desde que el juicio de Paris declaró tu hermosura vencida. Dícese que la imagen fué arrebatada o por el nieto de Adrasto o por Ulises, diestro en semejantes hurtos, o por el piadoso Éneas; mas sea quienquiera el raptor, hoy pertenece a Roma, y Vesta la guarda, porque lo ve todo a la luz de su eterno fuego.»

¡Ah, qué terror estremeció al Senado el día en que se incendió el templo de Vesta, casi sepultado entre las ruinas! Los santos fuegos se avivaban con los impíos y una llama profana se mezclaba con la sagra-

da. Poseídas de espanto, lloraban sus sacerdotisas con los cabellos alborotados, y el mismo terror paralizaba las fuerzas. Metello se lanza en medio del fuego y les grita con enérgicas voces: «Ayudadme, los llantos no sirven de nada; salvad en vuestras manos virginales las prendas de nuestro destino, que se han de arrebatarse al peligro con las manos y no con los votos. Mísero de mí, ¿vaciláis?» Las veía titubear y doblar, asustadas, en tierra las rodillas. Entonces toma agua, y, elevando los brazos, exclama: «Perdonad, sacras reliquias, que siendo un varón penetre en el santuario que se me prohíbe pisar. Si es un crimen, que el castigo del mismo recaiga sobre mí, y Roma se salve a costa de mi cabeza», así dice; se arroja, y la diosa aprobó su resolución, debiendo la seguridad a su pontífice. Ahora las llamas sagradas arden sin recelo, gracias a tu protección, ¡oh César!, y el fuego brilla y brillará siempre en los hogares troyanos. Bajo este pontífice no se acusó de haber mancillado la castidad a ninguna Vestal, ni fué enterrada viva ninguna, que así perece la que pierde su virginidad; la diosa a quien ofendió le sirve de sepultura, porque la Tierra y Vesta son la misma divinidad.

Entonces conquistó Bruto del enemigo el sobrenombre de Galaico, por teñir en sangre el suelo de España, pero a veces con las victorias viven mezclados los desastres, para que el pueblo con los continuos regocijos no se desborde de satisfacción. Craso perdió a las márgenes del Éufrates las águilas, su hijo y toda su hueste, y él mismo murió de los últimos. «Parto, ¿de qué te enorgulleces? — dijo la diosa —;

devolverás las enseñas y no faltará quien venga la muerte de Craso.»

En seguida que se quitan a los asnos orejados las guirnaldas de violetas y la pesada muela tritura los granos de Ceres, el navegante sentado en la popa, dice: «Veremos los delfines cuando la húmeda noche aleje el día del horizonte. Ya el frigio Titón se lamenta del abandono de su esposa y el lucero vigilante de la mañana emerge de los mares orientales. Venid, buenas madres, las Matralias son vuestras fiestas; venid y ofreced las doradas tortas a la diosa de Tebas. Hay una celeberrima plaza cercana a los puentes y al gran circo que recibe su nombre del toro de bronce elevado en el centro, y allí, en el mismo día, es fama que las reales manos de Servio consagraron un templo a la madre Matuta. ¿Quién sea esta diosa y por qué aleja de los umbrales de su templo a las sirvientes (es cierto que las rechaza) y por qué reclama las doradas tortas? ¡Oh Baco, que adornas tus cabellos con pámpanos y racimos de hiedra, si aquella es tu morada, guía el rumbo de mi nave!

»Semele ardió en las llamas del complaciente Jove. Ino te recibió siendo tierno infante y te crió a sus pechos con el celo de una madre. Juno se encolerizó de que prodigase tantos cuidados al hijo de su muerto rival, que llevaba la sangre de su hermana; de aquí que Atamas se vea atormentado por las Furias y por un vano fantasma, y que el tierno Learco caiga herido a manos de su padre. La madre, desolada, alzó el túmulo a los manes de Learco, cumpliendo las exquias que impone la fúnebre pira, y con los cabe-

llos destrenzados aún por el duelo de los funerales, lánzase y te arrebatada de la cuna, ¡oh Melicerta! Hay una lengua de tierra, contraída en breve espacio, que rechaza las olas de dos mares que baten sus costas; aquí viene enloquecida, estrechando a su hijo en los brazos, y desde alta roca se precipita con él en las aguas. Panope y sus cien hermanos los reciben sin la menor lesión, y deslizándose suavemente los conducen a través de sus reinos. La que aún no se conocía por Leucotoe y el niño, que aún no era Palemón, arriban a la desembocadura del Tíber, hirviendo con sus remolinos. Alzábase allí el bosque de Semele o Estimula; el nombre es dudoso, que se creía habitado por los Menadas de Ausonia. Ino les pregunta a qué país pertenecían, y le responden que eran de Arcadia, y que Evandro empuñaba el cetro del reino. La hija de Saturno disimula su divinidad con insidiosas falsedades e incita a las Bacantes del Lacio. ¡Oh, espíritus fáciles!; ¡oh, ánimos propensos a la credulidad!; esa huésped no viene como amiga a mezclarse en nuestros coros; intenta por el fraude sorprender nuestros sagrados ritos; pero lleva consigo una prenda, en la que podéis castigarla.» Apenas cesa de hablar, las Thiadas atruenan el aire con sus alaridos, dejan flotar los cabellos a la espalda, ponen sus manos en la extranjera y luchan por arrancarle el niño. Ella invoca a los dioses, que aún desconoce: «¡Dioses y habitantes del país, socorred a una mísera madre!» Sus clamores hieren las próximas rocas del Aventino. El héroe de Oeta conducía por la ribera sus vacas de Iberia, la oye y se aproxima corriendo adonde suena la voz. Con la llegada de Hércules, las que se

disponían a secuestrar el niño por la fuerza, vuelven la espalda y se dan a vergonzosa fuga. «¿Qué buscas aquí, tía de Baco? — le dice al reconocerlos —. ¿Por ventura, te persigue la misma divinidad que a mí?» Ino le cuenta parte de sus desgracias y parte las calla en presencia de su hijo, porque siente vergüenza de haberse lanzado al crimen, impulsada por las Furias.

La fama veloz vuela con rápidas alas, y todas las bocas repiten, Ino, tu nombre. Se susurra que recibiste hospitalidad de los fieles Penates de Carmenta, y que allí aplacaste tu intensa hambre; dicese que la sacerdotisa de Tegea te regaló dos tortas, que su mano coció apresurada en el fuego de pronto encendido, y hoy, asimismo, en las fiestas Matrales las tortas son el presente que más le complace, y prefiere la rústica ofrenda a las viandas exquisitas. Luego exclama: «¡Oh adivina!, revélame, en lo que te sea lícito, mis futuros destinos, y añade esta merced a tu hospitalidad.» Tras breve momento, la sacerdotisa evoca lo que tiene de divino, lo que recibió del cielo, y bien pronto se siente poseída por el dios que la inspira. En aquel momento apenas podrías reconocerla: tan grande y santa se presentaba a los ojos. «Te revelaré profecías dichosas — dice —; alégrate, Ino; tus trabajos han terminado; muéstrate siempre propicia a este pueblo. Serás la diosa del piélago, el mar poseerá también a tu hijo, y en el reino de las aguas tomaréis otros nombres. Los griegos te llamarán Leucotoe; los nuestros, Matuta, y tu hijo ejercerá un imperio absoluto en los puertos, y en su lengua será Palemón, el que nosotros decimos Portuno. Id, os lo ruego, y sed uno y otro protectores de nuestra

región.» Consienten, se obligan con sus promesas, cesan sus sufrimientos, mudan los nombres, y éste se convierte en un dios y aquélla en una diosa.

Me preguntáis por qué prohíbe el acceso a las sirvientes. Porque las odia, y os diré el motivo de su odio, si ella me lo permite. Una de tus sirvientes, hija de Cadmo, solía regodearse con los abrazos de tu esposo, el pérfido Atamas, que la amaba en secreto, y por ello supo que los labriegos recibían las semillas tostadas. Tú negaste la verdad del hecho; pero el público rumor te acusaba, y por este motivo cobraste a las siervas una invencible aversión.

Sin embargo, que la madre piadosa no invoque a esta divinidad en favor de sus hijos; ella misma fué una madre harto desdichada; mejor le podrás encomendar la prole de otra cualquiera, pues fué más útil a Baco que a los suyos mismos. Refieren que dijo al cónsul Rutilio: «¿Adónde te precipitas? El día de mi fiesta sucumbirás ante el enemigo Marso.» El éxito confirmó su vaticinio, y el río Toleno deslizó sus ondas, mezcladas de purpúrea sangre. Al año siguiente, y en la misma mañana, la muerte de Didio renovó el triunfo de los enemigos. En el mismo día el mismo rey consagró tu santuario, ¡oh Fortunala Mas ¿quién se esconde en el recinto bajo un montón de togas? Es Servio; consta en la tradición; pero hay discrepancia de pareceres en el motivo que le indujo a ocultarse, y yo también abrigo mis dudas. Mientras la diosa confiesa tímidamente sus furtivos amores, como moradora de los cielos se sonroja de haber recibido a un mortal en su lecho. Ella se encendió en ardientes deseos, subyugada por el rey, el único

hombre que no la encontró ciega. Tenía la costumbre de penetrar en palacio por una pequeña ventana, de donde procede el nombre de la puerta Fenestrella; pero se ruborizaba, y envolvía el rostro del amado y cubría con multitud de togas su real cabeza. ¿Acaso no será más verosímil que tras los funerales de Tulio el pueblo quedó consternado por la muerte de rey tan pacífico? El dolor rebasaba todos los límites, el luto crecía a la vista de su imagen y fué preciso ocultarla bajo multitud de togas. La tercera causa he de contarla con mayor espacio. Sin embargo, intentaré refrenar el ímpetu de mis corceles. Tulia, cuyo casamiento se realizó en recompensa de un crimen, solía estimular la ambición de su esposo con tales incentivos: «¿Qué utilidad nos reporta ser igualmente criminales, tú por la muerte de mi hermana y yo por la de tu hermano, si hemos de llevar una santa vida? Si no habíamos de acometer mayores hazañas, aún deberían vivir mi esposo y tu consorte. Te entrego como dote la cabeza y el reino de mi padre; si eres hombre, anda y hazte dueño de las riquezas que te brindo. El crimen es hazaña de reyes; apodérate del reino con la muerte de tu suegro, y que nuestras manos se tiñan con la sangre paterna.» Instigado por tales razones, Tárquino, siendo un particular, se sienta en la altura del solio. Atónito el pueblo, recurre a las armas; de aquí la sangre, la matanza y la vejez que sucumbe. El soberbio yerno empuña el cetro real de su suegro, que al pie del Esquilino, donde tenía su palacio, muere y se desploma en tierra ensangrentado. Su hija iba al hogar paterno montada en carroza y recorría las calles con

talante altivo y feroz. A la vista del cadáver, el auriga se detiene, prorrumpe en llanto, y ella le increpa de tal modo: «¿No sigues? ¿O esperas el amargo premio de tus piadosos sentimientos? Guía el carro, te digo, y que sus ruedas pasen a la fuerza por encima de la cara paterna.» Los testimonios del hecho son fehacientes; por él se dió a la calle el dictado de criminal, y el crimen quedó infamado eternamente. Después aún osó penetrar en el templo que levantó su padre. Hablo de sucesos tan prodigiosos como verdaderos. Una estatua, sentada en el solio, representaba al rey Tulio, y dicen que se cubrió los ojos con la mano, oyéndose una voz, que decía: «Ocultadme el rostro para no ver el nefando semblante de mi hija.» Se cubre con las vestiduras que le llevan; la Fortuna impide que nadie se las quite, y habla así desde el santuario: «El día en que Servio aparezca con el rostro descubierto, será el primero en que desaparezca el pudor.» Matronas, absteneos de tocar las vestiduras que se os prohíben; os basta elevar vuestras preces con voz solemne y que la toga romana cubra siempre la cabeza del rey, que fué el séptimo entre los que gobernaron la ciudad.

El incendio destruyó el templo, pero el fuego perdonó la estatua, y el mismo Vulcano acudió al socorro de su hijo, porque Vulcano era el padre de Tulio, y Ocrisia de Cornícula, su hermosa madre. Hechos los preparativos que se acostumbran en los sacrificios, un día Tanaquil le ordenó derramar con ella el vino sobre el fuego adornado para la ceremonia. De pronto, entre las cenizas, descubre la forma obscena del miembro viril, en realidad o en apariencia, aunque

más debió ser real; la cautiva, por orden de su señora, se lo introduce en el cuerpo, y Servio, así concebido, debe al cielo el germen de su nacimiento. El padre dió de ello manifiestas señales cuando rodeó su cabeza de brillante aureola y encendió un penacho de llamas en su cabellera.

Libia te dedicó por su parte, ¡oh Concordial, un magnífico templo, como homenaje rendido a su caro esposo. Sepa, sin embargo, la edad venidera que se alzaba un inmenso palacio en el área que hoy ocupa el pórtico de Libia, palacio que costó de construir lo que una ciudad, que ocupaba más terreno que muchos pueblos amurallados, y cayó arrasado hasta el suelo, no porque su dueño revelase la ambición de reinar, sino porque se estimó su suntuosidad peligrosa. César se obstina en destruir la fábrica de tan soberbio edificio, y pierde las inmensas riquezas que debía heredar. Así se ejerce la censura, así se dan altos ejemplos, haciendo el magistrado en su perjuicio lo mismo que aconseja a los demás.

Por nada se distingue el siguiente día, pero en los idus se erigió un templo al invicto Júpiter. Ya se me ordena narrar las fiestas de las Quincuatrias menores; rubia Minerva, ven y secunda mis esfuerzos. «¿Por qué el flautista vaga y discurre por toda la ciudad? ¿Qué significan sus máscaras y largas estolas?» Así pregunté, y así me contestó Tritonia, deponiendo la lanza, y así consigo yo interpretar fielmente las referencias de la diosa: «En tiempo de nuestros abuelos se estimaba mucho el oficio de flautista, siempre tenido en grande honor; la flauta se tañía en los templos, en los juegos públicos y no faltaba en los tris-

tes funerales. La esplendidez del premio alentaba el afán del artista; con el transcurso de los años vino a súbita decadencia este arte griego, y más cuando los ediles establecieron que fuesen sólo diez los flautistas que acompañaran la pompa de los fúnebres cortejos. Ellos abandonan la ciudad y se retiran a Tibur, pues Tibur era en aquel tiempo lugar de destierro. La flauta sonora desapareció de la escena y los altares y cesó de acompañar los cantos de los funerales. En Tibur había sido esclavo un sujeto digno de mejor suerte, que ya era libre de larga fecha, y éste prepara en sus posesiones un festival campestre, y convoca a la turba de los músicos, que no dejó de asistir al banquete. Hizose de noche; los ojos y los ánimos andaban turbios con el vino, y se presenta un mensajero con la lección bien aprendida, que le dice así: «¿Por qué retrasas el momento de despedir a tus convidados? Mira que viene aquí tu patrono.» De pronto los comensales remueven los miembros que embota el vino algo fuerte que bebieron, se enderezan en los pies, vacilantes, y vuelven a caer; pero el dueño les dice: «Marchaos», y a los que se detenían los echa en un carro, cubierto por un toldo de mimbres. La hora, el traqueteo y el vino los incitan al sueño, y la turba embriagada cree dirigirse a Tibur, cuando ya había penetrado en Roma por el cuartel de los Esquilias y llegaba de madrugada al centro del foro. Plaucio ordena a los tañedores de flauta, que volvían, cubrirse el rostro con máscaras, ponerse largas vestiduras y mezclarse con otras personas, para que engañen al Senado por el aspecto y el número, y aumentando el concurso, pasen confundidos,

a fin de que no se le acuse de haberles hecho regresar, desobedeciendo las órdenes de su colega. La burla agradó, y el día de los idus se les consiente el nuevo disfraz y entonar alegres canciones en los antiguos tonos.»

Luego que me relató el suceso, le dije: «Sólo me resta averiguar por qué ese día se llama Quincuatro», y me contestó: «Marzo celebra mis fiestas con dicho título, y la turba de los músicos me es deudora de la invención de su arte. Taladrando pequeñas aberturas en el boj, fuí la primera que produjo los sonidos de la larga flauta, que me agradaron; pero al contemplar mi rostro en el espejo de las ondas, observé cómo se habían hinchado mis virginales mejillas. No estimo en tanto el arte — dije —; pásalo bien, flauta mía. La arrojé en la ribera y cayó sobre el verde césped. Un sátiro la encontró el primero; la ve con admiración, ignorante de su uso; mas descubre que soplando en ella se producen sonidos, y ya sus dedos dejan pasar el aire, ya lo contienen, ya lo tañe, orgulloso de su habilidad entre las Ninfas, y provoca al mismo Febo, quien lo venció, lo colgó y le arrancó la piel del cuerpo; pero yo soy la inventora y descubridora de instrumento tan melodioso, y he aquí la razón de que los flautistas me dediquen este día.»

Así que amanezca el tercero se te verá, ¡oh Tiene de Dódonal!, aparecer sobre la frente del toro que transportó a la hija de Agenor. Este es el día, ¡oh Tíber!, en que las ondas etruscas llevan al mar las reliquias de las víctimas sacrificadas a Vesta. Si merecen confianza los vientos, marineros, dad las velas a

los céfiros, que mañana rizarán la superficie de las olas; mas al punto que el padre de las Heliadas sepulte sus rayos en las aguas y entrambos polos se ciñan de luminosas estrellas, el hijo de Hirico levantará del suelo los robustos brazos, y a la noche consecutiva resplandecerá el Delfin, constelación que vió en pasados días, álgida Tierra, a los Volscos y a los Equos huir derrotados de tus campos, y por esta esclarecida victoria cerca de los muros de la ciudad alcanzaste, Póstumo Tuberto, el triunfo, y penetras-te en ella sobre corceles blancos como la nieve. Ya quedan del mes sólo doce días; si a este número añades uno más, el Sol se retira de los Gemelos, enciende con sus rayos el signo de Cáncer y se inaugura el culto de Palas sobre el monte Aventino. Por fin resplandece tu nuera, ¡oh Laomedonte!, y con su fulgor ahuyenta la noche, y la blanca escarcha se deshace en el campo. Dicen que se consagró un templo a Summano, sea quienquiera este dios, en la época en que Pirro infundía espanto al pueblo romano; mas así que Galatea la reciba en el seno de las paternas ondas, y la Tierra entera goce de tranquilo reposo, surgirá de ella el joven, abrasado por los rayos de su abuelo, extendiendo las manos entrelazas por dos serpientes.

Conocido es el amor de Fedra y conocida la injuria de Teseo, cuya credulidad condenó a su hijo a la muerte. Víctima de sus piadosos sentimientos, el joven se dirigía a Trecena, cuando le sale al paso un toro, que hendía con su pecho las aguas; los caballos, a su vista, se espantan, desobedecen a la rienda y arrastran al dueño por los peñascos y las duras

rocas. Hipólito cae del carro, las riendas le impiden el movimiento, y su cuerpo, destrozado en jirones, exhala el alma, con gran indignación de Diana. El hijo de Coronis le dice: «Te afliges sin motivo; yo devolveré al piadoso joven la salud y la vida, y mi arte triunfará de su adverso destino.» En seguida saca de sus casitas de marfil unas semillas, cuya virtud acreditaron los Manes de Glauco cuando un augur acudió a la observación de las hierbas y una serpiente debió la vida al auxilio de otra serpiente; le toca tres veces el pecho, pronuncia tres veces palabras de salud, y el joven levanta la cabeza, tendida en el suelo. Tu bosque, diosa de Dictinno, le da asilo en la sombría espesura, y hoy es Nirbio en el lago Aricino. Mas Plutón y Cloto se duelen: ésta, de que se reanude el hilo roto, y aquél, de que se reduzcan a menos los derechos de su imperio; y Júpiter, temiendo que el ejemplo cundiera, lanzó sus rayos contra el que había conseguido tanto con los recursos de su arte poderoso. Tú, Febo, gemías; mas ya es un dios; no te indignes contra tu padre, que hace en tu favor lo que prohíbe a los demás.

Aunque te impacientes, César, por la victoria, no querría que te aprestaras al combate si los auspicios no son favorables. Flaminio y los bordes del Trasimeno sean testigos para ti de que los justos dioses nos avisan muchas veces por medio de las aves. Si inquieres la fecha en que la temeridad de un caudillo nos trajo aquel funesto desastre, hallarás que acaeció el día octavo antes de finalizar el mes. El siguiente fué más venturoso: Masinisa venció a Sifax, y Asdrúbal cayó herido por sus propios dardos.

El tiempo resbala, envejecemos al compás del callado curso de los años y los días huyen sin freno que los detenga. ¡Cuán presto llegaron los honores que se tributan a la Fortuna Fuerte! Pasados siete días, Junio habrá transcurrido. Romanos, id y solemnizad alegres a la diosa Fuerte, a quien levantó su templo en la margen del Tíber la esplendidez de un rey. Corred, los unos a pie, los otros en ligera barca, y no os sonroje volver de allí embriagados a vuestras casas. Entréguese la juventud a festines en los barquichuelos, coronados de flores, y agote raudales de vino en medio de las aguas. El pueblo venera a esta diosa, porque el fundador de su culto, según se dice, salió de la plebe, y de la condición más humilde se elevó al trono, y la festejan los siervos, porque Tulio, nacido de una esclava, edificó cerca de Roma el santuario de esta inconstante divinidad.

Mirad a ese borracho que vuelve a casa de los arrabales y dirige tales palabras a las estrellas: «Orión, aún se oculta tu ceñidor, y tal vez se oculte mañana; pero pronto lo veré, y a no hallarme bebido, dijera que el mismo día llegamos al solsticio.»

Al siguiente alzóse la mansión sagrada de los Lares en el lugar donde hábiles manos tejen multitud de coronas, y Rómulo edificó la de Júpiter Estator frente al monte Palatino. Restan del mes tantos días cuantos son los nombres de las Parcas, y es la fecha en que se erigió un templo a Quirino vestido de la trábea.

Mañana es el día de las calendas Julianas. Pierides, inspiradme para terminar mi poema, y decidme quién os asoció al joven que una madrastra vencida recibió

contra su voluntad. Así me expresé, y Clío respondió: «Contemplas el monumento del ilustre Filippo, antecesor de la casta Marcia, la que trae su nombre del rey sacerdote Auco Marcia, cuya hermosura iguala a su nobleza y cuyo ánimo excelso compite con su hermosura, reuniéndolo todo: prosapia, ingenio y belleza. Y no te parezcan de mal gusto los elogios que a su beldad tributamos, pues también se alaban las perfecciones físicas de los grandes dioses. La tía de César estuvo casada con Filippo, ¡oh glorial, ¡oh mujer digna de tan sagrada familiar!» Así cantó Clío; sus doctas hermanas la aplaudieron, lo aprobó Alcides e hizo sonar las cuerdas de su lira.

FIN DE «LOS FASTOS»

... ..
... ..
... ..
... ..
... ..
... ..
... ..
... ..
... ..
... ..

... ..

NOTAS A «LOS FASTOS»

LIBRO PRIMERO

Verso 1. *Latium... per annum.* — Al principio del poema anuncia en forma de proposición el asunto que se dispone a tratar, la división del año, anotando las festividades religiosas, los sucesos políticos de importancia, y siguiendo al Sol por el camino del Zodíaco hasta el término de su revolución aparente.

V. 3. *Caesar Germanice.* — El hijo de Druso Nerón y Antonia, sobrino e hijo adoptivo de Tiberio, por el prestigio que gozaba entre las legiones de Germania y la fortuna con que restableció la disciplina, en su ausencia quebrantada, se atrajo la enemiga de la casa imperial que lo trasladó al gobierno de Siria, donde murió, a los treinta y cuatro años, envenenado, según el rumor público, por Pisón. Cuando su esposa Agripina se presentó en Italia con las cenizas del héroe, el duelo y la consternación fueron tan inusitados, que el receloso Tiberio hubo de reprender aquellas manifestaciones, que rivalizaban con las provocadas por las muertes del gran César y Octavio, su heredero.

V. 7. *Annalibus... priscis.* — Los anales primitivos o los Fastos, sobre los que escribieron antes de Ovidio, Claudio, Ennio, Afranio, Labercio y otros.

V. 10. *Tibi pater*. — Germánico fué adoptado por Tiberio, como éste por Augusto, y en tal sentido llama al uno y al otro padre y abuelo, respectivamente, del personaje a quien dedica su poema.

V. 12. *Cum Druso*. — Hijo de Tiberio, habido en su segunda mujer Vipsania, y hermano de Germánico por la adopción antedicha, a quien cupo la misma desastrosa suerte de morir envenenado por el infame Seyano, que aspiraba a suplantarle en el derecho a la sucesión del Imperio; traslucida su ambición y descubierto el crimen, lo expió con su ruina y la de sus inocentes hijos.

V. 13. *Caesaris arma*. — Se excusa de no haber cantado los triunfos de Augusto, por el temor de empañar el lustre de sus empresas, que reclamaban ingenio de más aliento; deja para otros la misión de inmortalizar las victorias de Julio César, y se encarga, por su parte, de rememorar las fiestas que se le consagran, y de aplaudir la reforma del calendario, añadiendo los días que faltaban al transcurso completo del año.

V. 20. *Clario... deo*. — Apolo, adorado en la ciudad de Claros, próxima a Colofón, y en la isla del mismo nombre.

V. 21. *Facundia... oris*. — Suetonio y Dión Casio ensalzan a Germánico por su elocuencia, y no olvidan mencionar que compuso tragedias al estilo griego; Quintiliano le elogia como poeta heroico de altos vuelos, y Tácito por la templanza y benignidad de su carácter, que le atraían todos los corazones.

V. 28. *Menses quinque bis*. — Los sabios no han conseguido ponerse de acuerdo acerca de la duración del año, establecida por Rómulo. Tarrancio, Macer y Plutarco creyeron que constaba de trescientos días y doce meses. Varrón, Ovidio, Tito Livio, Macrobio y Casiodoro le asignan diez meses y trescientos cuatro días; de suerte que la afirmación del poeta, aunque verosímil, no la consideramos indiscutible en absoluto.

V. 37. *Trabeati Quirini*. — Afirma Dionisio de Halicarnaso que la trábea no se diferenciaba de la toga más que en la mayor ostentación, pues ya era de púrpura, como la de los númenes y sacerdotes, ya se adornaba con franjas de la misma estofa, como la de los reyes, cónsules y aun caballeros, cuando se presentaban a la revista del censor.

V. 39. *Venerisque*. — Eneas, ascendiente de Rómulo, se creía hijo de Anquises y Venus.

V. 45. *Variarum jura dierum*. — Los días se dividieron en fastos, aquellos en que era lícito entregarse a todo género de ocupaciones, y nefastos, aquellos en que se prohibían categóricamente. Los pontífices, como únicos depositarios del libro en que constaba tal división, atribuída a Numa, tenían un poder extraordinario, y a veces peligroso: el de precipitar o retrasar las decisiones públicas y dificultar los proyectos gubernamentales que no les satisfacían, privilegio excesivo que perdieron el año 400 de Roma.

V. 47. *Tria verba*. — El pretor, en los días nefastos, suspendía las sentencias que se formulaban con las palabras *do, dico, addico*; yo doy, para dar posesión; yo digo, al nombrar los tutores del huérfano o señalar los días feriados, y adjudico, para sancionar las adopciones y emancipaciones. Los días fastos y nefastos se designan en el calendario con las letras F y N; pero había algunos llamados intercisos, o fastos sólo durante el espacio de tiempo que mediaba entre el sacrificio de la víctima y la ofrenda de sus entrañas.

V. 53. *Includere septis*. — Los días fastos se subdividían en comiciales y feriados. Los primeros congregaban al pueblo en el campo de Marte por centurias, curias y tribus, según los casos, para proceder a la elección de magistrados, y cada tribu o centuria se reunía en un recinto o empalizada, que llamaban *septa* u *ovilia*, por su

semejanza con los rediles donde los pastores encerraban los ganados. Agrippa substituyó aquellas toscas y primitivas construcciones, donde los ciudadanos votaban como árbitros de sus propios destinos, por fábricas suntuosas de mármol con pórticos soberbios, que servían de paseos públicos, y les dió el nombre de *Septa Julia*, y allí se establecieron los joyeros, allí se daban magníficos espectáculos, allí paseaban los elegantes; pero ya no se emitían los sufragios con la libertad de los tiempos pasados, en que la voz del pueblo y el veto de los tribunos se imponían a los mismos senadores. En los días de feria y mercado los campesinos acudían a la capital a vender sus frutos, conocer las nuevas leyes y las fiestas que habían de guardar; su origen se remonta al reinado de Servio Tulio.

V. 55. *Kalendas*.—Las kalendas, o primer día de cada mes, dieron nombre al calendario, que contenía observaciones astronómicas, indicaciones agrícolas, las etimologías de los meses, los días de que constaban y los señalados como festivos, los signos del Zodíaco que el Sol recorría y los trabajos campestres, propios de cada tiempo. En Pompeya se ha descubierto un calendario, grabado en mármol, que nos da idea exacta de su composición.

V. 57. *Nonarum*.—En el cuarto creciente de la Luna se fijaron las nonas, porque desde ellas a la Luna llena se contaban nueve días.

V. 60. *Proximus*.—El día siguiente a las kalendas, nonas e idus se tenía por nefasto y se señalaba con carbón.

V. 67. *Dexter ades ducibus*.—Alude, sin distinción, a todos los caudillos por cuyo esfuerzo quedó asegurada la paz del Imperio, entre los cuales descollaba el incomparable Germánico, que en el año 770 venció a los Quercos, los Catos y otros pueblos bárbaros.

V. 71. *Linguis animisque favete.* — Fórmula empleada en los sacrificios, y que no todos interpretan de la misma manera; pues mientras unos, escudados en la autoridad de Cicerón y Festo, entienden que exigía a los asistentes decir palabras de fausto agüero, otros, apoyándose en Séneca, sostienen que se pronunciaban para imponer el silencio y recogimiento interior que reclaman las grandes solemnidades.

V. 76. *Spica Cilissa.* — En el monte Cocito de Cilicia se recogía el azafrán de las ceremonias sagradas, cuyo chisporroteo en la brasa denunciaba su excelente calidad y era presagio de felices sucesos.

V. 80. *Et populus.* — En las calendas de Enero el pueblo vestía trajes de fiesta, para asistir al sacrificio que los nuevos magistrados ofrecían al Júpiter del Capitolio.

V. 81. *Novi fasces.* — El día primero del año entraban en posesión del cargo los nuevos cónsules designados desde el 601 de Roma. En los siglos anteriores esta fecha aparece poco determinada, comenzando el ejercicio de la autoridad consular en febrero o marzo, mayo, julio o agosto.

V. 84. *Herba Falisca.* — Los toros destinados al sacrificio se traían de los prados Faliscos, próximos a la ciudad de Etruria, Falera, y regados por las aguas del Clitumno, a las que se atribuía la virtud de blanquearles la piel, porque el ritual exigía que los toros inmolados fuesen blancos.

V. 90. *Nullum Graecia numen.* — La afirmación de que Grecia no conociese ningún dios igual o semejante a Jano, es más atrevida que verdadera, y la erudición se ha encargado de contradecirla y probar que su origen no hay que buscarlo en Italia, porque aparece con los mismos atributos y la misma forma en Grecia y Egipto. En la primera encontramos el Cecrops, de Atenas, que, como Jano, fundó colonias, civilizó pueblos rudos y bárbaros,

estableció el culto de los dioses, elevó aras a Saturno y a Ops, su esposa, y con su nombre representaba la órbita del Sol; y en el segundo, Tot, contemporáneo de Saturno y figurado con dos caras, abre, como Jano, la entrada del año.

V. 99. *Baculum clavemque*. — A Jano se le representaba con el báculo en la diestra y la llave en la izquierda; pero en algunas medallas aparece armado con el asta o pica, signo del poder real.

V. 103. *Chaos*. — Como el Caos era el principio de todos los seres, así a Jano se le consideraba como el principio de todas las cosas, y el dios afirma que conserva su doble cara como vestigio de la confusión primitiva de los elementos, hasta que, separándose, ocupó cada cual el lugar que le correspondía.

V. 118. *Omnia sunt clausa*. — Se le atribuye la invención de llaves y cerrojos, y de aquí la potestad de abrir y cerrar las puertas en la tierra y en el cielo.

V. 125. *Horis*. — Las Horas, hijas de Júpiter y Temis, dispensaban la fertilidad a la tierra, y representaban las cuatro estaciones bajo la forma de doncellas en la flor de la edad.

V. 128. *Libum... farra*. — Libum, la torta que se ofrecía a los dioses, y la que se brindaba a Jano se llamaba Janual. El farro, mezclado con sal o salsamola, era una especie de harina que se esparcía sobre las aras, los instrumentos del sacrificio y las víctimas. La sal se consideraba como símbolo de la pureza.

V. 129 y 130. *Patulcius... Clusius*. — De *patire, claudere*, abrir y cerrar, que indicaban el doble oficio de Jano.

V. 141. *Ora vides Hecates*. — Hesíodo da a Perseo y Asteria por padres de Hicete, genealogía bastante discutida, aunque todos convienen en que gozaba el favor de los inmortales. En el cielo era la Luna; en la tierra, Diana, y en el infierno, Proserpina, y se la representaba con

tres cuerpos y tres cabezas, *triformis, triceps*, sacrificándosele perros y ovejas negras.

V. 149. *Quare novus... annus.* — Entre los primitivos habitantes del Lacio el año comenzaba en el equinoccio de otoño. Rómulo dispuso que principiase en el mes de marzo, y Numa tomó como punto de partida el solsticio de invierno, en que termina la revolución de la Tierra en torno del Sol.

V. 165. *Non sine litibus.* — Los días festivos se dedicaban al culto, cesando todas las ocupaciones que imponen las múltiples necesidades de la vida ordinaria; mas Jano quiso que el primero del año fuese de trabajo, para no inaugurarlo en la ociosidad y hacer un pueblo de holgazanes, so pretexto de cumplir los deberes que imponían los númenes. El emperador Antonino, percatado del excesivo número de fiestas que disminuían con la holganza la producción y la riqueza, estableció que trescientos treinta días fuesen laborables y festivos los restantes.

V. 175. *Laeta verba* — Como hoy en las Pascuas se felicitan recíprocamente los amigos y se envían regalos a quienes se tienen determinadas obligaciones, asimismo entre los antiguos se cambiaban frases de simpatía y votos de felicidad, acompañados de los *xenia*, casi siempre artículos comestibles y dulces.

V. 180. *Visam primum... avem.* — El augur interpretaba los designios de los dioses por el vuelo y canto de las aves, y basaba sus augurios en la que distinguía primero.

V. 185. *Quid vult.* — Los aguinaldos consistían en higos, panales de miel y dátiles, a veces envueltos en una lámina de oro, manjares que regalasen el gusto y dulcificaran la vida, para que el nuevo transcurso de los meses se deslizara con impresiones tan gratas como las producidas por el sabor de dichos frutos.

V. 189. *Stipis causam*. — También se regalaban monedas, y Jano responde al poeta, maravillado de que ignore que la ganancia es más dulce que la miel. La costumbre se remonta a los días del rey Tacio, y en la época imperial llegó a su apogeo. Augusto levantó varios monumentos con el caudal que representaban las estrenas que recibía en las calendas de Jano. Tiberio, su sucesor, se ausentaba de Roma por no recibirlas, y como se había introducido la corruptela de dedicar toda la semana a tal diversión, prohibió los aguinaldos fuera del primer día. No le imitó Calígula, antes al contrario, se personaba en el vestíbulo de su palacio para recibir los ricos presentes que el afecto o el temor ponían en sus manos, y el imbécil Claudio de nuevo pretendió abolir tal costumbre, que había echado hondas raíces en el pueblo.

V. 202. *Fictile fulmen*. — Rayo de arcilla, porque de ésta se modelaban las estatuas de los dioses, como lo acreditan irrecusables testimonios. Con el tiempo progresaron las artes, y la estatuaria abandonó la arcilla por la madera, la piedra, el mármol, el marfil y el bronce.

V. 221. *Melius omen... in auro*. — La antigua moneda de cobre sirvió para las transacciones exclusivamente hasta el consulado de Ogulmio y Fabio, el año 485 de Roma, en que se introdujo la nueva moneda de plata; según Plinio, sesenta y dos años más tarde se puso en circulación el oro.

V. 229. *Cur navalis*. — En el as grabóse la doble cara de Jano en el anverso, y la proa de una nave al reverso; sin duda la de aquella en que Saturno arribó a Italia, donde instauró el reinado más feliz que los mortales conocieron.

V. 246. *Janiculumque vocat*. — La cima del Janículo, una de las siete colinas de Roma, fué escogida para los sacrificios de Jano. Marcial, dirigiéndose a un amigo, trata de este sitio una interesante descripción.

V. 250. *Ultima de Superis.* — En la edad de Oro la Justicia habitó entre los hombres; mas espantada por el conocimiento de sus crímenes y fechorías, huyó de las ciudades refugiándose en las campiñas, y como allí tampoco se viese respetada y segura, resolvió abandonar la tierra y trasladarse al cielo en pos de las demás divinidades.

V. 265. *Saturnia.* — Juno, hija de Saturno, y enemiga de Roma.

V. 275. *Parvo... sacello.* — Rómulo levantó a Juno el primer santuario en el mismo lugar donde, merced a su ayuda, consiguió la derrota de Tacio.

V. 285. *Germanice.* — El año 770 de Roma, según Tácito, Germánico triunfó de los bárbaros que habitaban las márgenes del Rin y el Elba, y recobró las águilas de las legiones de Varo. Más tarde sofocó la indisciplina de las legiones soliviantadas por los discursos de Pescenio y otros revoltosos, y en premio de tan magníficos servicios fué trasladado al Oriente, donde le aguardaba el veneno, que le preparó el miserable Pisón.

V. 291. *Coronide natum.* — Esculapio, hijo de Febo y la ninfa Coronis, y, por consiguiente, nieto de Jove. Durante una peste que diezmaba la ciudad, consultáronse los libros sibilinos, que aconsejaron traer de Epidauró al vástago de Febo. Vino, en efecto, bajo la forma de una serpiente, acabó con los estragos que afligían a los ciudadanos, y éstos, reconocidos, le alzaron en la isla que forma el Tíber un templo, y medio siglo más tarde el decenviro Cayo Servilio dedicó otro a Júpiter junto al de su nieto.

V. 307. *Sic petitur coelum.* — Pomposo es y magnífico el elogio de los primeros astrónomos que, desligándose de los intereses terrenales, se atrevieron a medir el curso de los astros, su aparición y su ocaso, su naturaleza y su influjo sobre nuestro planeta; almas sublimes nacidas

para escalar el cielo, no como los Titanes, arrojando el Pelión sobre el Osa y forcejando por apoderarse del Olimpo, sino elevando el ánimo a las altas esferas, para descubrir las eternas leyes de la gravitación de los cuerpos celestes que se mueven en el seno del infinito.

V. 313. *Octipedis... Cancri*. — El cangrejo de ocho patas que Juno envió contra Hércules cuando combatía a la Hidra de Lerna, con la dañina intención de que le mordiese en el pie. La diosa, después de muerto, lo colocó entre los signos del Zodíaco.

V. 316. *Exoriente Lyra*. — Es la del sin par Orfeo, que Júpiter puso en el número de las constelaciones por el ruego de las Piérides.

V. 318. *Agonali luce*. — Numa instituyó las Agonales en honor de Jano, a quien se sacrificaba un carnero el día noveno del primer mes. Otros sostienen que dichas fiestas se repetían tres veces: en enero, mayo y diciembre.

V. 322. *Agone?* — La primer etimología que Ovidio indica tiene fundamento tan endeble, que con gran acierto la pasa de ligero, como una de tantas, para exponer otras de mayor solidez. Lo mismo podría afirmarse de la que indica del griego; pero ya es más admisible el identificar la voz Agonal con la de agnalia, usada antiguamente, y mejor con la de agonía, que designaba el rebaño de las ovejas.

V. 339. *Myrrhas*. — Las lágrimas de la mirra son las gotas perfumadas que, por medio de una incisión en la corteza, saltan de este arbusto de la Arabia.

V. 341. *Costum*. — El costo era una raíz muy olorosa de la India oriental con que se confeccionaban perfumes, usados en los sacrificios.

V. 343. *Herbis... Sabinis*. — Antes de conocerse el costo, el incienso y los hilos del azafrán, consumíanse en las fumigaciones sagradas las hierbas sabinas mezcladas con hojas de laurel.

V. 349. *Porcae*. — La puerca tuvo la mala suerte de ser la primera víctima de los sacrificios sangrientos, porque hozando en tierra devoró las semillas que Ceres había depositado; y por igual delito el macho cabrío, que roía las hojas de los sarmientos, cayó en el ara de Baco, y los cuernos que adornan su frente acaso tengan conexión con los del animal que se le inmolaba.

V. 362. *Quid bos, quid... oves?* — Se lamenta de que el buey laborioso y las inocentes ovejas tiñeran con su sangre las aras expiatorias, y no se explicaría tanta aberración si no acudiese a su memoria el desconsuelo del pastor Aristeo por la pérdida de sus enjambres, y la orden que recibió de Proteo de matar un becerro, cuyas carnes putrefactas engendrarían millares de abejas. Virgilio, en la cuarta de las Geórgicas, consagra un tiernísimo episodio a este suceso. En cuanto a la oveja, tuvo el desenfadado de rumiar las verbenas que una vieja ofreció a los dioses campestres, y pagó su culpa cayendo bajo el cuchillo del sacerdote.

V. 385. *Placat equo Persis*. — Los persas sacrificaban el caballo a Hiperión, padre de la Aurora, el Sol y la Luna; con frecuencia se tomaba por el Sol mismo, según Pausanias, Jenofonte y otras autoridades.

V. 391. *Caeditur... assellus*. — El origen que asigna a la muerte del asno en el ara de Priapo, es más regocijado que incontestable, pues creían algunos que tal expiación se le impuso por haber tenido la insolencia de disputar el premio de la fuerza al dios de los jardines. Entre los egipcios el asno gozaba de poco predicamento, y si querían representar a un imbécil le ponían la cabeza de este pacientísimo animal, o lo pintaban galopando para significar un esfuerzo de corta duración. Entre los romanos no gozaba de mayor crédito, y aún sigue siendo el emblema de la estolidez y la paciencia, que se aviene a los peores tratamientos por un pienso despreciable; así

le paga sus útiles servicios la gratitud humana, que lo explota y lo envilece.

V. 393. *Bacchi*. — Las orgías de Baco, originarias de Atenas, pasaron a Italia, prohibiéndose a los varones la iniciación en sus misterios. Más tarde se alzó el entredicho, y ojalá no se hubiese alzado, pues desde entonces se contaminaron los festejos del hijo de Semele con toda suerte de excesos, y las Bacanales fueron el prototipo de las locuras a que pueden atreverse la lascivia y el desorden de las gentes de mal vivir, que bajo el pretexto de honrar a un dios se entregaban a las más repugnantes disoluciones.

V. 454. *Inachi Ianta*. — La hija de Ínaco, Isis, entre los griegos se llamó Io.

V. 457. *Delphin*. — Ovidio fija la aparición del Delfín en la víspera del día que promedia el invierno; Plinio, Columela y Ptolomeo disienten de su opinión.

V. 462. *Arcadiae... deae*. — La diosa de Arcadia o Carmenta, madre de Evandro, cuyo templo se alzó junto a la puerta Carmental.

V. 463. *Turni soror*. — La hermana de Turno, Juturna, hija de Dauno.

V. 469. *Prior luna*. — La Arcadia, país montañoso del Peloponeso, fué conocida con diferentes nombres, hasta que prevaleció el que proviene de Arcas.

V. 471. *Hic fuit Evander*. — Evandro, hijo de Mercurio y la ninfa Carmenta.

V. 490. *Cadmus in Aonia*. — Cadmo, hijo de Agenor, rey de Tiro, recibió de su padre el mandato de buscar a su hermana Europa, robada por Júpiter en forma de toro; mas no encontrándola ni atreviéndose a volver a Fenicia determinó establecerse en la Beocia, llamada asimismo Aonia, de Aon, hijo de Neptuno, y en ella fundó la ciudad de Tebas, e introdujo el alfabeto fenicio, el culto de algunos dioses de Egipto, y se le atribuye, además, el

arte de fundir los metales; mitos que patentizan las relaciones de los helenos con los egipcios y fenicios, y los elementos civilizadores que de ambos pueblos recibieron.

V. 491. *Tydens et... Pagasaeus Jason.*—Tideo fué desterrado de su patria por matar en la caza a su hermano Menalipo, y Jasón vióse obligado a refugiarse en Corinto, acusado falsamente de la muerte de Pelias.

V. 500. *Tuscis... aquis.*—Evandro vino a Italia como unos sesenta años antes de la guerra de Troya, y se estableció a la margen del Tíber.

V. 501. *Terenti.*—Terento, lago desecado en el campo de Marte, donde tenían lugar los juegos seculares, cerca del ara de Plutón y Proserpina.

V. 515. *Ingentia moenia.*—Predice la futura grandeza de la patria, siguiendo las huellas de Virgilio.

V. 520. *Causa novi... Marti.*—Alude a Lavinia, hija del rey Latino, y ocasión principal de la guerra entre Turno y Eneas.

V. 521. *Care nepos.*—Pallas, hijo de Evandro, con cuatrocientos caballeros acudió en auxilio de Eneas, y sucumbió a manos del adversario, que a su vez pagó con la vida, según refiere el último libro de la *Eneida*.

V. 523. *Victa tamen vinces.*—Porque los Troyanos, vencidos con su caudillo Eneas, fundaron en Italia un reino que había de ser funesto a la independencia de los Helenos.

V. 525. *Neptunia Pergama.*—Pérgamo, la ciudadela de Troya, se hallaba bajo la protección de Neptuno y Apolo, sus fundadores.

V. 527. *Yan pius Aeneas.*—Eneas abandonó a Troya envuelta por las llamas, en compañía de su hijo Ascanio y su padre Anquises, y llevando consigo los dioses tutelares de la ciudad, que se depositaron en Lavinio, y de allí fueron trasladados a Roma y conservados en el santuario de Vesta.

V. 530. *Colente deo*.—Aunque estas palabras pueden referirse a Julio César o a Octavio Augusto, parecen señalar más bien al primero, que obtuvo la dignidad de Pontífice.

V. 533. *Jude nepos*.— Tiberio.

V. 536. *Augusta... Julia*.— Livia Drusila, segunda esposa de Augusto, y por el mismo adoptada en la familia Julia. El Senado intentó concederle honores divinos y se opuso Tiberio; pero en los días de Claudio, según Dión Casio, se decretó su divinidad.

V. 543. *Erytheidas*.— Eritia, isla próxima a las costas de Portugal, donde reinó Gerión.

V. 550. *Cacus*.— Cuando Hércules penetró en Italia con los toros de Gerión, Caco, que habitaba un antro del monte Aventino, le robó algunos de ellos arrastrándolos por la cola, a fin de que las huellas no delatasen la fechoría; estratagema que no impidió que mugiesen, descubriendo el sitio en que se encontraban.

V. 581. *Constituitque sibi*.—Por la victoria sobre Caco, Hércules levantó a Júpiter el ara Máxima en el Boario, cerca de la puerta Tunegina.

V. 591. *Disposita... ceras*.— Las imágenes en cera de los ascendientes se colocaban en los atrios de las casas nobles, con las respectivas inscripciones de sus hazañas y los honores por ellas obtenidos.

V. 593. *Africa victorem*.— Publio Cornelio Escipión, vencedor de Sifax, rey de Numidia, y posteriormente de Anibal, en la decisiva batalla de Zama.

V. 593. *Alter Isauras*.— Publio Servilio, que tomó el sobrenombre de Isáurico tras la derrota de los piratas de Cilicia y la toma de Isaura.

V. 594. *Cretum*.— Quinto Cecilio Metello, llamado el Crético por la devastación de Creta confabulado con Mitridates.

V. 595. *Numidae*.— La Numidia glorificó a Cecilio Metello por las victorias que obtuvo sobre Jugurta.

V. 595. *Messana*. — Sobrenombre que conquistó Valerio Máximo por la expugnación de Mesina, que, ligeramente modificado por el uso, se convirtió en Mesala.

V. 596. *Numantina*. — Escipión Emiliano, hijo de Paulo Emilio, redujo Numancia a un montón de ruinas.

V. 597. *Germania fecit*. — Druso, hijo de Livia y Tiberio Nerón, y hermano de Tiberio, el sucesor de Augusto, murió de un accidente casual a las márgenes del Rhin, el año 745 de Roma. En la consolación a Livia lamenta el poeta, de un modo algo ampuloso, el fin prematuro de este príncipe y el duelo de la atribulada madre.

V. 601. *Aut torquis*. — Manlio Torquato, por el collar que arrancara al jefe galo, que le desafió a singular batalla.

V. 602. *Aut corvi*. — Marco Valerio Corvino, el año 406 de Roma, venció en singular combate a un galo gigantesco, gracias a la ayuda del cuervo que se lanzó a la cara de su enemigo.

V. 603. *Magne*. — Pompeyo mereció de Sila el título de Grande, con que halagó su vanidad, por las fáciles victorias obtenidas en los primeros pasos de su vida militar.

V. 604. *Sed qui te vicit*. — Si Pompeyo mereció el calificativo de Grande, claro es que debía aparecer mayor el que le derrotó en Farsalia.

V. 605. *Nee gradus... ullus*. — Los Fabios pretendían descender de Hércules y una hija de Evandro, y conquistaron el título de Máximos por la distribución que hizo uno de ellos, en cuatro tribus, de la gente que habitaba los arrabales, la cual, agradecida, le saludó llamándole Máximo.

V. 608. *Summo cum Jove*. — Andaban divididas las opiniones de los senadores sobre el modo de enaltecer la fortuna de Octavio, pretendiendo algunos que tomase el nombre del fundador de la ciudad; pero la mayoría, conforme con Plauco, decidió que se llamase Augusto, por

la veneración que infundía en los ciudadanos. La palabra viene del verbo *augeo*, aumentar, acrecentar, y su raíz céltica *oc* expresa la idea de grandeza y la disposición para aumentarla.

V. 614. *Querna corona*. — Dion Casio afirma que el mismo día que el Senado decretó a Octavio el sobrenombre de Augusto, le concedió el derecho de adornar las puertas de su palacio con ramas de laurel y encina. Así aparece en las medallas la efigie coronada de Octavio con esta inscripción: *Ob cives servatos*: «Por salvar a los ciudadanos».

V. 615. *Tanti cognominis heres*. — A Tiberio, después de la guerra de Iliria, se le brindaron títulos, que rechazó, prefiriendo el de Augusto, como su padre.

V. 619. *Nam prius*. — El Senado concedió a las matronas el derecho de usar los carros llamados *carpenta*, por el interés de que dieron pruebas entregando el oro y las alhajas a los tribunos militares para cumplir el voto de Camilo.

V. 633. *Porrima... Postverlaque*. — Por las preposiciones *pro* y *post* que entran en la formación de estos vocablos, y por lo que dice en los versos siguientes, venimos a deducir que la primera relatava los sucesos pasados y la segunda pronosticaba los venideros.

V. 639. *Concordia*. — El día 17 de las calendas de febrero se erigió el templo más antiguo que tuvo en Roma la Concordia, próximo al de Juno Moneta. A consecuencia de las violentas luchas que estallaron el año 386 entre patricios y plebeyos, por exigir los últimos que uno de los cónsules perteneciese a su orden, Furio Camilo, el vencedor de Veyes, hizo voto de elevar un templo a la Concordia así que se apaciguara la sedición; y el Senado, que por fin se allanó a satisfacer las reclamaciones populares, mandó que se cumpliese el voto del dictador, y señaló el emplazamiento de la nueva fábrica,

en medio del general entusiasmo. Tiberio lo restauró e inscribió en él su nombre y el de Druso, ya muerto, como en nota anterior indicamos.

V. 652. *Perjuvenis*.—Ganimedes, arrebatado al cielo por Júpiter y puesto entre las constelaciones del Zodíaco. Según Ovidio y Plinio, el Sol entraba en este signo el 16 de febrero, y según Ptolomeo, el 17.

V. 655. *Ignis... Leonis*.—La estrella que refulege en medio del pecho del León se llama Régulo, y se oculta el 9 de las calendas de febrero.

V. 658. *Nec sementiva*.—La fiesta de las semillas en honra de Ceres, dispensadora de las buenas cosechas, hacía en el templo consagrado a la Tierra, por lo regular el 24 de enero, aunque la fecha era variable, e inútil buscarla en los Fastos.

V. 671. *Tellusque Ceresque*.—La Tierra y Ceres. Alude a las Paganales, instituidas por Servio Tulio. Los habitantes de los pueblos y aldeas iban en procesión en torno del lugar, lo purificaban con lustraciones y ofrecían tortas a Ceres y la Tierra, junto con un módico impuesto a que la metrópoli les obligaba.

V. 693. *Pàssurra que farrabis*.—Plinio dice que los labriegos de Etruria secaban al fuego las espigas. Por eso el poeta afirma que el grano sufría dos veces la prueba del mismo.

V. 706. *Ledaeis*.—El sexto día que precede a las calendas de febrero consagró Tiberio un templo a los hijos de Leda, Cástor y Pólux, el año 769 de Roma. En realidad no lo edificó, pero restauró el antiquísimo que la República les erigió con motivo de la victoria alcanzada por el cónsul Postumio en las inmediaciones del lago Regilo. El rumor popular divulgó que dos jóvenes, montados en caballos blancos, trajeron a Roma la noticia de tan feliz suceso el mismo día en que se ganó la batalla, y la fe los identificó con los hijos de Leda; les levantó un templo a

los bordes del lago Juturno, y se conmemoró el extraño acontecimiento con el sacrificio de una cordera blanca y una brillante cabalgata de jinetes, coronados de ramas de olivo.

V. 709. *Pacis ad aram.* — El ara de la Paz se erigió el año 741 de Roma, en que regresó Augusto, después de pacificar España, Galia y Germania, y Agripina levantó a esta diosa el templo más espacioso y magnífico de la ciudad, al que Vespasiano enriqueció con los despojos arrebatados al de Jerusalén.

LIBRO SEGUNDO

Verso 19. *Februa.* — Los intérpretes convienen en que la voz *februa*, en la lengua sabina, significaba *purgamentum*, y en la latina, purificación, expiación, y todo cuanto se usaba en los sacrificios recibía este nombre genérico, del cual procede Febrero, porque en él tenían lugar las expiaciones, las fiestas Lupercales, las de los Manes y la purificación de las tumbas.

V. 21. *Flamine.* — Los flámenes, instituidos por Numa, fueron tres: el de Jove, el de Marte y el de Quirino. Posteriormente se contaron hasta quince; mas los tres primeros, del orden patricio, tenían atribuciones especiales, y se les llamaba flámenes mayores, y menores a los doce restantes, que se elegían de la plebe. El flamen dial de Júpiter vestía de púrpura y se sentaba en silla curul. Se les llamó flámenes, o por la borla de lana que coronaba sus bonetes, o porque éstos, de color rojo, se parecían al fuego, *flammens*.

V. 23. *Lictor.* — El lictor flaminio, ministro del flamen, recibía de éste las tortas y demás objetos, que llevaba a las casas destinadas a la purificación.

V. 27. *Flaminicam.* — La esposa del flamen dial.

V. 30. *Intonsos avos.* — Los romanos no comenzaron a rasurarse la barba hasta el año 454. En tiempo de Adriano volvieron a dejársela crecer por imitar al emperador.

V. 39. *Actoridem.* — Patroclo, hijo de Menatio, rey de los Locrios y nieto de Actor, que por la muerte de Anfídamo abandonó la patria y buscó asilo en la corte de Peleo, rey de Tesalia.

V. 39. *Pelea Phoci.* — La afirmación peca de inexacta. Peleo fué purificado de la muerte criminal de su hermano Foco por Euritión, hijo de Actor, que le dió su hija Antígona en matrimonio; pero acompañando a su suegro en la caza del jabalí de Calidón, le clavó involuntariamente su venablo, y se refugió en Jolcos, donde le purificó Acastor. Más tarde se desposó con Tetis, de cuyo enlace nació el invencible Aquiles.

V. 41. *Ageus.* — Egeo, el padre de Teseo y rey de Atenas, purificó a Medea y la tomó por esposa; después que incendió el palacio de Jasón, emponzoñó a Creusa, mató a sus propios hijos y huyó en su carro tirado por los dragones.

V. 43. *Amphiaraides.* — El adivino Anfíarao sabía que en la guerra de Troya le aguardaba la muerte, y se negó a partir en compañía de los príncipes aqueos; pero su esposa, Erifile, seducida por la riqueza de un collar, reveló el sitio donde se hallaba escondido, y no tuvo más remedio que salir a la campaña, encargando antes a su hijo Alemeón que le vengase. Así lo hizo éste: mató a su madre, y las Furias, desde el mismo instante, le atormentaron y persiguieron con implacable rigor. Consultó al oráculo, y supo, por su respuesta, que no se vería libre de aquella encarnizada persecución hasta que encontrara un sitio que el Sol no hubiese iluminado al cometer su parricidio; y tras varias inútiles pesquisas, lo encontró en la corriente del Aqueloo.

V. 55. *Principio mensis.* — En las calendas de febrero elevó a Juno Sópita un templo, próximo al de Cibeles, en el Palatino, el cónsul Porcio Licinio, el año 50.

V. 60. *Cura ducis.* — Tito Livio elogió a César Augusto como fundador de templos nuevos y restaurador de los antiguos, porque su ejemplo estimuló a los poderosos a engrandecer la ciudad con soberbios edificios, sin olvidar la recomposición de los que amenazaban desmoronarse. La sospecha de que los elogios del poeta se dirijan a Tiberio no merece los honores de ser apuntada, por los débiles fundamentos en que se apoya.

V. 67. *Asyli.* — Lugar comprendido entre la margen del Tíber, el Capitolio y la roca Tarpeya.

V. 69. *Ad penetrale Numa.* — El santuario de Vesta, en cuyo vestíbulo habitó Numa.

V. 77. *Terga Leonis.* — Es el león de Nemea, muerto por Hércules y colocado entre las constelaciones.

V. 79. *Delphina.* — El delfín que recibió sobre sus espaldas a Arión, salvándole de una muerte inevitable, o el mediador en los tratos amorosos de Neptuno y Anfitrite.

V. 89. *Locuax... cornis.* — La corneja, ave predilecta de Palas, por una indiscreción perdió su gracia, en la cual le substituyó inmediatamente el cuervo.

V. 120. *Maeonide.* — El cantor de Meonia, Homero.

V. 127. *Sancte pater patriae.* — Valerio Mesala saludó a Augusto con el título de padre de la patria, previo el consentimiento del Senado y el pueblo, y Ovidio extrema la adulación comparándole con Jove, lo que de fijo no hiciera a saber el premio que había de conseguir su bajeza.

V. 135. *Tatius Cures... Caeninaque.* — Tucio, rey de los Sabinos; Cures, la ciudad donde nació este rey y Numa Pompilio, y Cenina, otra población, cuyos habitantes fueron trasladados a Roma.

V. 140. *Submovet ille.* — Augusto abolió el derecho de asilo.

V. 142. *Principis ille.* — El tratamiento de *dominus* (señor) era tan aborrecido, que Augusto no lo quiso nunca aceptar, satisfecho con el de *princeps*, y con la misma afectada modestia rehusó que se le alzasen templos si no era en mancomún con Roma, por cuya gloria se desvivía.

V. 145. *Puer Idaeus.* — Ganimedes, el hijo de Tros, a quien Júpiter arrebató y condujo al Olimpo.

V. 155. *Hamadryadas.* — Ninfas de los bosques sujetas al destino de los árboles, en que hacían su habitación, viviendo y muriendo con ellos, lo que no impedía que a veces los abandonasen, ya, según Homero, para sacrificar a Venus; ya, según Séneca, para oír los acordes de la lira de Orfeo.

V. 156. *Callisto.* — Ninfa de Arcadia, amada por Júpiter, y convertida, por los celos de Juno, en osa, que estuvo a pique de perecer a manos de su hijo Arcas; pero Jove, compadecido, transformó a la madre y al hijo en dos constelaciones, la primera llamada Areto y la segunda Aretophylax.

V. 193. *Altaria Fanni.* — Según Publio Víctor, en la isla del Tíber alzábanse tres santuarios: uno dedicado a Júpiter, otro a Esculapio y el tercero a Fauno, hijo de Pico, nieto de Saturno y tercer rey de Italia, cuyas excelentes dotes le merecieron los honores divinos.

V. 195. *Veientibus arvis.* — El día de los idus del año 275 de Roma secumbió, en la emboscada que el poeta describe, la familia patricia de los Fabios, combatiendo por su propia cuenta con los de Veyes; de aquí que se mirase siempre como infausto, y gracias que la corta edad de uno de sus vástagos le salvó de aquel estrago, y pudo dar en adelante insignes sucesores que continuasen la gloriosa tradición de tan infortunada familia.

V. 201. *Carmentis*.—La puerta Carmental, sita al pie del Capitolio, recibió, por el suceso de los Fabios, el dictado de *scelerata*.

V. 205. *Cremeran... rapacem*.—Riachuelo de Etruria, afluente del Tíber, que Dionisio de Halicarnaso tomó por una fortaleza.

V. 237. *Herculeae... gentis*.—De Hércules y una hija de Evandro se creían descendientes los valerosos Fabios.

V. 241. *Tu, Maxime*.—Quinto Fabio Máximo Cunctator, con su calculada prudencia, comenzó a quebrantar la arrogancia de Aníbal, que tan mal parada dejó la reputación militar de los romanos en Tesino, Trebia, Trasimeno y, por fin, en la desastrosa derrota de Cannas. La hecatombe de los Fabios a orillas del Cremera es uno de los episodios más conmovedores del poema.

V. 243. *Corvus*.—El cuervo era el ave favorita de Apolo; sin embargo, cometió la felonía de pretender engañarle, y el dios, enojado, renunció a sus servicios.

V. 267. *Tertia post idus*.—El 15 de febrero.

V. 268. *Fauni... bicornis*.—Fauno, el dios que presidía las Lupercales en Italia, se confunde con Pan, el de Arcadia.

V. 273. *Phloe*.—Montaña que separa la Arcadia de la Elida.

V. 273. *Stimphalides*.—El lago de Estinfalia, al pie de esta población, donde habitaban las temibles aves, muertas por Hércules.

V. 274. *Ladon*.—Dos riachuelos se conocían con este nombre: el uno, el de la Elida, que vertía sus aguas en el Peneo, y el otro, en Arcadia, que surgía cerca de Clitor y desembocaba en el Alfeo; a éste, sin duda, pone por testigo el poeta.

V. 275. *Nonacrini*.—Nonacris, ciudad al Norte de Arcadia, ceñida de altas montañas.

V. 276. *Cyllene Parrhassiaque nives*.—Cylene, monte

del Peloponeso, en los confines de la Acaya y la Arcadia, y Parrasia, población de esta última comarca.

V. 282. *Flámen... dialis*. — El flámen dial se consagra al culto de Júpiter, y aquí aparece ocupado en el de Pan, por la sencilla razón de que éste era el mismo Júpiter Liceo.

V. 313. *Tmolo vineta*. — El Tmolo, monte de Lidia, celebrado en las Geórgicas por sus viñedos y su azafrán.

V. 319. *Gaetulo murice*. — La Getulia, en el África septentrional, al Sur de la Mauritania y Numidia.

V. 377. *Fabios*. — Los compañeros de Remo, y Quintilios, los de Rómulo.

V. 435. *Sub Esquilino*. — Varrón afirma que a la falda de una colina del Esquilino, llamada Cipsio, se alzaba el templo de Juno Lucina, en conmemoración del oráculo que dió a las esposas atribuladas por la falta de sucesión, y que, interpretado felizmente, originó los azotes que recibían de los Lupercos.

V. 461. *Typhona*. — Tifón, el gigante descomunal que brotó de la tierra, golpeada por el pie de Juno, sembró tal espanto entre los dioses, que huyeron despavoridos a refugiarse en Egipto; pero Júpiter acabó con él y le sepultó en las entrañas del Etna, por cuyo cráter vomita en llamas su aliento.

V. 464. *Palestinae*. — El Éufrates, en realidad, no baña la Palestina, sino la Siria, de la cual aquélla formaba parte.

V. 474. *Piscibus*. — Plutarco e Higino confirman la repugnancia de los habitantes de Siria hacia el pescado, porque creían que Venus se ocultó bajo las escamas de un pez.

V. 475. *Quirino*. — Quirino o Rómulo repartió el pueblo en treinta curias, gobernadas por sus jefes respectivos, los curiones. Las Quirinales tenían lugar el 17 de febrero, fecha que no corresponde a la supuesta de la

muerte de Rómulo, en cuyo honor se instituyeron por Numa.

V. 499. *Proculus*. — Próculo, su amigo y descendiente de los reyes de Alba por su bisabuelo Julio, le acompañó cuando se disponía a fundar la ciudad, y es el tronco de la familia Julia.

V. 503. *Trabeaque de corus*. — Ya hemos dicho en otra parte que la trábea era una toga de púrpura como la usada por los sacerdotes, o blanca con franjas de igual estofa, como la adoptada por Rómulo y sus sucesores, y después por los cónsules y aun los mismos caballeros.

V. 513. *Stultorum festa*. — Estólidos llamaban a los que, ignorantes del día de las Fornacales y del punto donde se congregaba su curia, venían obligados a sacrificar a Quirino al declinar la tarde.

V. 535. *Manes*. — Las almas de los muertos, a las que se honraba con especiales ceremonias; de aquí el inscribirse en los sepulcros las letras D. M. S. Consagrado a los dioses Manes.

V. 568. *Quod habent pedes*. — El último día de las Febrales, vocablo derivado de *ferre*, llevar, es, según el poeta, el 18 de febrero, que siendo el primero de la cuenta, hasta terminar el mes faltan once, número igual al de los pies que componen el dístico latino.

V. 572. *Tacitae*. — La diosa Tácita o del Silencio, institución que Numa juzgó necesaria para consolidar el reino.

V. 599. *Lara*. — Esta ninfa se llamó antes Lala, del verbo griego *lalao*, charlar.

V. 617. *Caristia*. — El día siguiente, 19 de febrero, era el de las Caristias de los parientes, que, reunidos bajo un mismo techo, se regalaban con alegres festines.

V. 641. *Termine*. — El respeto que imponía el derecho de propiedad, lo acredita el haber elevado a la categoría de un dios la piedra o estaca que señalaba los límites de las heredades o las fronteras de los pueblos,

V. 667. *Nova... Capitolia*. — Cuando Tarquino el Soberbio quiso elevar a Júpiter, Juno y Minerva el templo prometido por Tarquino Prisco, se consultó a los augures acerca de su emplazamiento, y éstos, por la inspección del vuelo de las aves, señalaron el monte Tarpeyo; pero allí se alzaban ya otros que debían derribarse, para que la nueva edificación tuviese la grandeza conveniente, y todos los dioses cedieron de buen grado ante el poderío de Jove, menos el dios Término y la diosa de la Juventud, que permanecieron firmes; por lo cual sus altares quedaron encerrados en el recinto del nuevo templo.

V. 679. *Est via*. — A la sexta milla de Roma el camino de Ostia se bifurcaba con otro que conducía a Laurento y Lavinio, donde la hija de Latino dió a Eneas con su mano la posesión del reino que los dioses le prometieron.

V. 690. *Gabios*. — Ciudad del Lacio, asentada sobre el lago Gabino, entre Preneste y Roma, de la cual se apoderó con malas artes Tarquino el Soberbio.

V. 721. *Ardea*. — Capital de los Rútulos, a tres millas de la costa.

V. 733. *Collatia*. — Tarquino Colatino, por la ciudad de Collatia, donde moraba.

LIBRO TERCERO

Verso 5. *Minervae*. — Minerva presidía lo mismo las bellas artes que los sucesos de la guerra, en cuyo último caso se la representa con el yelmo, el escudo y la lanza.

V. 11. *Silvia Vestalis*. — La tradición de los amores de Rhea Silvia con Marte y el parto consiguiente de los hermanos Rómulo y Remo, da ocasión al poeta para desplegar las ricas galas de su exuberante fantasía.

V. 49. *Amulius*. — Amulio, rey de Albalonga, despo-

seyó a su hermano Números del trono, y ordenó que fueran arrojados al Tíber los dos gemelos que dió a luz su sobrina Rhea Silvia, por cuyos crímenes más adelante perdió el trono y la vida a manos del valeroso Rómulo.

V. 55 y 56. *Larentia, Faustuli*.—De Larentia y Fáustulo se ocupa a la venida de la primavera.

V. 82. *Hypsiphilea*.—La isla de Lemnos.

V. 90. *Hermica terra*.—Comarca del Lacio, en el Apennino, que confinaba con los Marsos y los Equos al Norte, y al Sur con los Volscos. Anagnina era su población principal.

V. 92. *Telagone Moenia*.—Túsculo.

V. 93. *Aequicolus asper*.—Los Equos, agricultores y guerreros, moraban a las márgenes del Anio, entre los Latinos, los Sabinos, los Hérmicos y los Marsos.

V. 107. *Gynosura*.—Cola de perro, por la semejanza que tiene con ella la prolongación de la Osa Menor.

V. 108. *Helicen*.—La Osa Mayor.

V. 128. *Hastatos*.—Los hastados iban armados de picas; los príncipes con espadas, y peleaban en primera fila, y los pilanos acometían con venablos, en tercer lugar, por cuya razón se les llamaba triarios.

V. 131 y 132. *Ticiensibus, Ramnes, Luceribusque*.—La primera tribu, de los Ramnes, recordaba a Rómulo y Remo; la segunda, de los Ticienses, a Tacio, y a la de los Luceres daba nombre, o el bosque *lucus*, que Rómulo convirtió en asilo, o el caudillo Lucumón, que le socorrió contra los Sabinos.

V. 137. *Laurea flaminibus*.—La casa de los flámenes, la del rey de los sacrificios, el santuario de Vesta y la curia se adornaban con guirnalda de laurel todos los años; pues como arbusto consagrado a Apolo, el dios de los oráculos, debía ceñir la frente de los sacerdotes que interpretaban la voluntad divina.

V. 146. *Anna... Perenna*.—La hermana de Dido y

ninfa del río Numicio, que, fugitiva de Cartago, arribó en Italia, donde la persiguieron los celos de Lavinia, por el buen acogimiento que le hizo su esposo Eneas.

V. 149. *Quintilis*. — Julio, como sextilis Agosto.

V. 153. *A Samio*. — Ovidio incurre en el anacronismo de suponer a Numa contemporáneo de Pitágoras, que no estuvo en Italia hasta los días primeros de la República; y esta creencia, bastante extendida, que revelaba el gran influjo del filósofo de Samos, no dejaba de tener algún fundamento, aunque equivocado, porque, según Dionisio de Halicarnaso, un atleta del mismo nombre, natural de Esparta y vencedor en los juegos Olímpicos, estuvo en Italia en tiempo de Numa, y le dió provechosas lecciones sobre el arte de gobernar.

V. 157. *Propaginis auctor*. — Al partir César de Egipto llevóse consigo al famoso astrónomo Sosígenes de Alejandría, que le indujo a reformar el calendario, novedad que provocó los chistes de Cicerón, y que la posteridad ha sancionado, con ligeras modificaciones, como una de las reformas que más enaltecen al gobierno de aquel hombre afortunado en todas sus empresas.

V. 165. *In lustrum*. — El lustro comprendía cinco años, incluyendo el último del anterior, y viene de *lustrare*, purificar, por las expiaciones de los censores al término del censo que se les encomendaba.

V. 170. *Tua festa colant*. — Las matronas tomaban parte en las fiestas del amante de Silvia y de Juno Lucina, llamadas Matronales, o por su decisiva intervención para evitar la batalla entre padres y esposos, o porque Marte convirtió en madre del fundador de Roma a Silvia, o para rogar a este dios que la fecundidad de la tierra, en los días primaverales, se hermanase con la de las legítimas esposas en sus felices alumbramientos.

V. 199. *Consus tibi*. — Conso, dios antiguo del consejo, medió sepultado en tierra, para dar a entender que

éste debe permanecer oculto. Evandro lo trajo de Grecia, y Rómulo lo estableció en la capital, para que se creyese que el robo de las Sabinas se hizo por su persuasión.

V. 206. *Mea... nurus*.—La nuera de Marte es Hersilia, que sobrevivió a Rómulo, y tuvo de él un hijo y una hija.

V. 219. *Ut medium campi*.— Por la resolución que tuvieron las matronas de interponerse entre los dos ejércitos dispuestos a combatir, Rómulo les acordó mercedes y honores extraordinarios, dispensándolas de los quehaceres domésticos, menos el de hilar y tejer la lana, obligando a los varones a cederles el paso, y castigándolos con penas severas si se propasaban a dirigirles palabras deshonestas u ofrecían a su vista objetos indecentes, y desposeyéndoles de sus haciendas si las repudiaban sin motivo suficiente, en cuyo caso la mitad pertenecía a la esposa perjudicada y la otra mitad a la diosa Ceres.

V. 230. — *Oebalides matres*. — Oébaló reinó en la Laconia, de donde se preciaban descender los Sabinos.

V. 245. *Excubias regi*. — El barrio de las Esquibias, por los centinelas, *excubias*, que en él puso Rómulo para defender su casa de las probables acometidas de los Sabinos.

V. 260. *Arma ferant Salii*. — Numa instituyó el colegio de los Salios. En medio de horrorosa tormenta cayó del cielo el escudo *ancile*, como prenda inequívoca de la futura grandeza romana, y el rey, temeroso de que pudiera ser robado el presente divino, ordenó labrar a Mamurio otros once enteramente iguales, que confundiesen con la semejanza al que intentara cometer tan nefando sacrilegio, y para su guarda estableció un colegio de doce jóvenes patricios, que los sacaban en la festividad de Marte, y los golpeaban cantando y saltando, *salire*, por las calles de la ciudad, y nombrando a Mamurio el artífice que tan bien había imitado el don celeste,

V. 295. *Lucus Aventino*. — Sobre la vía Appia y cerca de la puerta Capena estaba la selva de Aricia, consagrada a Diana.

V. 301. *Picus, Fannusque*. — Pico, numen profético del Lacio, hijo de Saturno y padre de Fauno, que por no haber correspondido a la inclinación de Circe, ésta lo convirtió en el pájaro picoverde, conservándole, empero, como tal el don de profecía que tuvo como hombre.

V. 328. *Eliciumque*. — De *elicere*, sacar afuera, obligar a salir.

V. 377. *Ancile vocat*. — El escudo celeste llamado *ancile* y los que a su imitación trabajó Mamurio, tenían escotaduras a entrambos lados y eran de dos pies y medio de largos. Los Salios se armaban con ellos durante los tres días de la fiesta de Marte, en los cuales, como de mal agüero, se prohibían los casamientos y los negocios de importancia. Algunos atribuyeron la derrota de Otón, por las tropas Vitelio, a la imprudencia de haber salido a campaña mientras se celebraban las fiestas Marciales. Los caudillos, antes de partir a la guerra, golpeaban reciamente los escudos anciles, y tocaban la lanza del dios, exclamando: *Mars, vigila*: «Marte, despierta.»

V. 405. *Aretophylax*. — El guardián de la Osa o Boyero, porque le sigue como si fuese el encargado de vigilarla.

V. 409. *Ampelon*. — Ampelos significa la viña, constelación situada junto a la Virgen, y visible al ocultarse el Boyero. Nonnio, en su poema las *Dionisiacas*, disiente de Ovidio sobre la causa de la muerte del joven Ampelos, tan querido de Baco.

V. 420. *Pontificalis honos*. — A la muerte de Lépido, por consentimiento del Senado, el pueblo y el sacerdocio, Octavio recibió la dignidad de pontífice supremo en la víspera de las nonas de Marzo, como se lee en un calendario del año 744 de Roma.

V. 450. *Gorgonei colla*. — La cabeza del caballo de la

Gorgona. El Pegaso, corcel alado que brotó de la sangre de Medusa. Según Hesíodo, en el momento de ver la luz voló a la región de los inmortales y se introdujo en el palacio de Jove; pero en dictamen de Ovidio, nació en el Helicón, donde hizo brotar la fuente Hipocrene. Belerofonte lo sujetó con unas bridas de plata, y montado en él venció a la Quimera; mas pretendiendo con su ayuda subir al cielo, vino a caer en tierra, mientras su corcel seguía la carrera, hasta tocar en las estrellas, donde quedó convertido en otra constelación.

V. 460. *Theseo crimine*. — En el epitalamio de Catulo a las bodas de Tetis y Peleo se narra extensamente el episodio de los amores de Teseo y Ariadna, hija de Minos, que puso en sus manos el hilo que le sacase del laberinto, donde luchó con el Minotauro, y cómo la abandonó en la isla de Naxos, pagando con negra ingratitud los favores recibidos; pero Baco, que regresaba de larga expedición, encontróse con la desventurada princesa, la consuela, la convida con su tálamo y le regala una preciosa corona, obra de Vulcano, que a su muerte había de resplandecer en el cielo.

V. 499. *Cornua Tauri*. — La fábula disparatada de Pasífae, madre de Ariadna y el Minotauro, medio hombre y medio toro, tuvo su origen en el equívoco del nombre Taurus, que designaba a un guerrero con quien la esposa de Minos sostenía secretas relaciones, a cuyo fruto se llamó el Minotauro, porque lo mismo podía ser hijo del esposo que del adúltero amante.

V. 519. *Equiria*. — Carreras de caballos que Rómulo instituyó en honor de Marte.

V. 522. *Caelius*. — El monte Celio, habitado por los Etruscos, que poblaron también el Esquilino, viéndose por fin obligados a descender a la planicie, extendida entre los dos montes, que se llamó desde entonces *vicus Tuscus*.

V. 533. *Nestoris... annos.* — Nestor, rey de Pilos, el más viejo de los caudillos que pelearon ante los muros de Troya, y el prototipo de la prudencia, la equidad y la reflexión, que tan bien sienta a los hombres experimentados.

V. 534. *Sibylla.* — La Sibila de Cumas fué consultada por Eneas antes de descender a los infiernos, y es tradición que se apareció a Tarquino y le propuso la venta de los libros Sibilinos.

V. 567. *Melite... Cosyrae.* — Melito es la isla de Malta, que los Fenicios convirtieron en punto de partida para más audaces navegaciones, y Cosira, un peñón estéril a poca distancia de Malta.

V. 581. *Crathidis.* — El Cratis, río de Calabria, próximo al Sibaris. Pausanias y Plinio afirman que sus aguas teñían del color del oro los cabellos de quienes las bebían.

V. 582. *Cameren.* — Campo reducido a los bordes del Cratis, que no se ha de confundir con el territorio de Camera, en la Umbría.

V. 647. *Corniger... Numicius.* — Del Numicio tomaban las sacerdotisas de Vesta el agua, que esparcían en las lustraciones, y se representaba, como los demás ríos, bajo la forma humana con cuernos, o bajo la de un toro, por la semejanza que hay entre el murmullo de las ondas y el mugido de este animal.

V. 560. *Primos... cibos.* — Los mitólogos no concuerdan sobre las nodrizas de Júpiter: unos sostienen que le crió la cabra Amaltea, otros las ninfas de Arcadia, y no faltan quienes den esta misión a las hijas de Meliso.

V. 667. *Bovillis.* — Bovila, pueblecillo del Lacio, junto al lago Albano, entre Roma y Aricia.

V. 695. *Inde joci.* — Es chispeante la burla que jugó a Marte la trapacería de Anna, dando motivo a que en sus fiestas reinase la más escandalosa licencia.

V. 697. *Preteriturus eram.* — Julio César fué asesinado el día de los idus de marzo del 709 de Roma, cuarenta y cuatro años antes del nacimiento de J. C.

V. 721 y 722. *Tu quoque Licurge.* — Penteo, hijo de Cadmo, rey de Tebas, expió las ofensas hechas a Baco, siendo destrozado por las Bacantes, entre las que estaba su propia madre; y a Licurgo, rey de Tracia, por oponerse a las orgías de Nisa y querer arrasarlo los viñedos de su reino, Baco le trastornó con furor tan inaudito, que sus súbditos lo condenaron a muerte, descuartizándole cuatro potros cerriles.

V. 723. *Tyrrhenaque monstra.* — Baco transformó en peces a los marineros que rehusaron conducirlo a la isla de Naxos.

V. 733. *Libamina.* — El aserto de que las libaciones proceden de *Liber* no tiene otro fundamento que la semejanza de los vocablos.

V. 739. *Rhodopen, Pangaeaque.* — El Rodope y Pangeo, montes de Tracia, y el Ebro, río que atraviesa dicha región.

V. 740. *Aerifere... manus.* — Los compañeros que seguían a Baco en sus excursiones usaban címbalos de bronce, como los ministros de Cibele, y el procedimiento de reunir las abejas dispersas con las estridencias de este metal lo confirman Virgilio, Varrón y Plinio.

V. 786. *Taedifera... Dea.* — La diosa de la antorcha, o Ceres, que se alumbraba con ella cuando corría en busca de su hija Proserpina, arrebatada por Plutón. Diodoro nos advierte que, a juicio de algunos mitólogos, Baco no era hijo de Semele, sino de Júpiter y Ceres, la cual le volvió a la vida reuniendo sus tiernos miembros, hervidos en un caldero a poco de nacer. Con tan absurdas creencias hallamos natural que se reverenciase a los dos en el mismo día.

V. 789. *Cornua vertas.* — Las leyendas representan

a Baco con la cabeza armada de cuernos, y aunque no coinciden en las causas de tal representación, el hecho es cierto y los testimonios irrefutables. Sin duda la fantasía poética le adornó con ellos para significar el vigor y la pujanza que acreditó en sus triunfales correrías. Los estatuarios le reprodujeron en el mármol como un joven de sin par hermosura, y tuvieron el buen gusto de despejar su serena frente de unos aditamentos que favorecen tan poco la majestad de un numen engendrado por el padre de todos ellos.

V. 794. *Milvus*. — Ovidio fija la aparición del Milano en el 17 de marzo, y Plinio en el 18.

V. 805. *Briareus*. — Monstruo espantable, de corpulencia descomunal, con cien brazos y cincuenta cabezas, que luchó en favor de Jove contra los Titanes, y una vez vencidos los tuvo encerrados en el profundo Tártaro.

V. 809. *Sacra Minervae*. — Las Quinquatrias, porque duraban cinco días; en el primero no se toleraban los combates sangrientos, por ser el del natalicio de Minerva el día 19 de marzo; en los cuatro restantes dábanse en el anfiteatro luchas de gladiadores, y en los teatros representaciones trágicas y certámenes, en que poetas y oradores se disputaban los premios, consistentes en coronas de oro y olivo.

V. 824. *Tychio doctior*. — Tiquio, habilísimo trabajador en cuero, que la *Iliada* menciona por haber concluído el escudo de Áyax con siete pieles de toro.

V. 825. *Epeo*. — Artífice del caballo de madera que arruinó a Troya.

V. 883. *Luna*. — Entre los varios templos de Diana, descollaba por su grandeza e imponía por su antigüedad el levantado en el Aventino en tiempos de Servio Tulio, quien para estrechar los lazos de la confederación latina a la capital, invitó a los jefes de la misma a sufragar por partes iguales los gastos, en conmemoración de la con-

cordia establecida. Así se hizo, y en una columna de bronce se inscribieron los nombres de las ciudades que concertaron la alianza.

LIBRO CUARTO

Verso 9. *Primis... lusimus annis.* — A no componer *El Arte de amar*, la afirmación de Ovidio tendría visos de verosímil, porque nunca se comprometió en aventuras de mal género, y supo refrenar la lengua y contener la pluma, ya que no fuera un modelo intachable de corrección.

V. 15. *Mea tempora myrto.* — El mirto predilecto de Venus coronaba las frentes de los poetas eróticos, y las sombras de los amantes vagaban en los infiernos por bosques de mirtos.

V. 30. *Dárdanon Electra.* — La genealogía de Rómulo por parte de Ilia, desde Dárdano, el hijo de Jove, hasta Númitor, nos trae a la memoria una larga serie de nombres insignes, trazada con sobriedad y concisión insuperables.

V. 69. *Laestrygonas.* — Pueblo de caníbales, que tropezó Ulises en sus viajes, situado al Este de Sicilia.

V. 71. *Telegoni.* — Telegón, hijo de Circe y Ulises, mató a su padre sin conocerlo.

V. 73. *Halesus.* — Fundador de la ciudad de su nombre, al Norte de Sicilia.

V. 76. *Daune.* — Dauno, hijo de Pilumno y Dánae, y antepasado de Turno.

V. 79. *Solimus.* — El fundador de Sulmona.

V. 112. *Quisque disertus.* — El más romo de entendimiento sabe defender con energía aquello que le interesa.

V. 123. *Assaraci.* — Asáraco, hijo de Tros, padre de Capis, abuelo de Anquises y bisabuelo de Eneas.

V. 134. *Longaque vestis*. — Vedóse a las cortesanas usar las cintas en los cabellos y los vestidos largos de matronas y doncellas, para diferenciarlas de las mujeres honradas; prohibición que en tiempo de Tertuliano ya no se respetaba, con grave ofensa de la moral pública.

V. 136. *Lavanda dea est*. — Las imágenes se cubrían con ricas vestiduras y adornaban con joyas preciosas, y se cuenta de Dionisio, el tirano de Siracusa, que arrebató a Júpiter su manto de oro, so pretexto de que le era tan inútil en verano como en invierno. Pausanias, Séneca, Apuleyo, Tertuliano y San Agustín nos dan a conocer la indumentaria de los númenes y la servidumbre que se les asignaba para este menester.

V. 138. *Alii flores... nova rosa*. — Venus sentía especial predilección por el mirto, que la salvó de las impertinentes miradas de los Sátiros, y por la rosa, cuyo color enciende en el rostro de los enamorados, nacido de la misma sangre de Adonis.

V. 139. *Vos quoque*. — Por el excelente servicio que le prestó el mirto, aconseja a las matronas que se bañen en la sombra, para que no las sorprendan las miradas procaces de la lascivia.

V. 181. *Bereegutia*. — Sobrenombre de Cibeles, derivado del monte Berecinto, en Frigia.

V. 210. *Curetes... Corybantes*. — Los Curetes encargados de la educación de Júpiter inmigraron con Deucalión en Tesalia, y los Coribantes se llamaron así de Corilo, hijo de Jano y Cibeles, y fueron los sacerdotes de la madre de los dioses.

V. 236. *Palaestrinas*. — Las diosas de Paleste, población de la costa del Epiro, al Sur de los montes Acrocraños.

V. 259. *Mater abest*. — La madre está ausente. Durante la segunda guerra púnica, bajo el consulado de P. Cornelio Escipión y P. Licinio Craso, los decenviros

consultaron el oráculo de la Sibila de Cumas sobre el modo de expulsar a Aníbal de Italia, y les ordenó que se dispusieran a traer a la madre, respuesta que les llenó al principio de confusión, porque ignoraban que esta voz genérica significaba a la madre de los dioses o Cibeles. Los comisionados marcharon a Frigia, donde reinaba Atalo Filometor, expusieron su embajada, y el rey los recibió con afabilidad, los condujo a Pesinunte, y mandó que se les entregase la piedra que representaba a la diosa, y que con tanto empeño solicitaban introducir en su ciudad, y los Cartagineses fueron batidos, no sabemos si por el influjo de Cibeles o por la estrategia de Fabio Máximo Cunctator y la fortuna de Escipión.

V. 288. *Brontesque et Steropes Aemonidesque.* — Según Hesíodo, los Cíclopes que forjaban los rayos de Jove eran tres: Brontes (el trueno), Steropes (el rayo) y Aemonides (el relámpago).

V. 305. *Claudia Quinta.* — El estupendo prodigio de Claudia, la noble descendiente de Appio Claudio, sirvió de tema para este interesante episodio, inadmisibles de todo punto para los que se sienten poco inclinados a las milagrerías. Claudiano y Sidonio Apolinar hacen más asombroso el portentoso, asegurando que Claudia no arrastró la nave con la cuerda, sino con un cabello, lo cual hizo sospechar a Tertuliano si el diablo tendría intervención en el asunto. Más cauto el abate Bannier, supone que Claudia se aprovechó del viento favorable, convirtiéndolo en el favor de la diosa, que salvó su fama, puesta en entredicho por esos entes que no necesitan más que de leves sospechas para mancillar el honor de una mujer honrada.

V. 363. *Celaenas.* — Celena, ciudad al Sur de Frigia, próxima a las fuentes del Meandro y el Marsias.

V. 376. *Fortuna... Publica.* — Al día siguiente de la fiesta de Cibeles se erigió un templo a la Fortuna Públi-

ca, hija del destino que gobierna los acontecimientos adversos y favorables, y venerada con singular devoción en la ciudad de las siete colinas.

V. 393. *Ili Cereris ludi*. — El cónsul Memmio instituyó las Cereales, que equivalían a las Tesmoforias en Grecia, y no toleraban a las sacerdotisas aproximarse al altar, si antes no purificaban sus cuerpos con la continenencia. Una de ellas hacíase desaparecer en representación del rapto de Proserpina.

V. 413. *Cultros removete*. — Increíble parece que hubiese necesidad de semejante recomendación en favor del buey que labra nuestros campos, y sin cuyos servicios el colono quedaría incapacitado para las principales faenas; sin embargo, se sacrificaba en las aras de Jove, y a veces era una hecatombe o sacrificio de cien bueyes la que inundaba de sangre el recinto de la divinidad.

V. 422. *Henna*. — Ciudad de Sicilia, entre Catana y Agrigento, sobre una llanura rica en mieses y floridas praderas, donde Plutón robó a Proserpina.

V. 423. *Arethusa*. — Ninfa que presidía en la fuente así llamada.

V. 467. *Jamque Leontinos*. — Ningún episodio de los Fastos aburre tanto como la prolija enumeración de los sitios recorridos por la diosa, que casi constituyen un curso de Geografía particular de Sicilia y otro de Geografía universal; por fin, convencida de sus vanas pesquisas, se dirige a Febo, y éste la saca de dudas, ya que no la alivie de pesadumbres.

V. 501. *Typhotos*. — Monstruo gigantesco que vomita llamas, como personificación de las erupciones volcánicas.

V. 503. *Sedit gelido... saxo*. — No escapó a la penetración del vate que las correrías de Ceres, más que para ella, resultaban fatigosas para el lector, y con excelente acuerdo la obliga a descansar en Ática, y en este inter-

valo traza el bellissimo cuadro de la familia de Celeo y refiere la salvación de Triptolemo.

V. 593. *Gyge*. — Hermano de Briarco, que pretendió escalar el cielo.

V. 608. *Punica... poma*. — El fruto de Cartago, por la granada que se cría también en otras partes.

V. 621 y 622. *Victor Júpiter*. — Durante la guerra contra los Samnitas, Quinto Fabio Rulliano hizo voto de un templo a Jove Vencedor el año 458.

V. 627. *Mutinensia*. — En defensa del Senado, el joven Octavio emprendió la campaña de Módena contra Antonio, y le acompañó la fortuna, aunque en la lucha perecieron los dos cónsules, Hircio y Pausa; pero en vez de aniquilar al adversario, dejó que se rehiciese, y más tarde se confabuló con él para formar el segundo triunvirato, que fué una copia del primero en la corta duración y en la mala fe de quienes lo integraban.

V. 673. *Hanc... diem*. — El 16 de las calendas de abril, Augusto, vencedor de Antonio y Cleopatra en la batalla de Accio, cerró el templo de Jano, consagró el de la Victoria y tomó el título de emperador.

V. 683. *Carseolis*. — Población reducida del territorio de los Pelignos, cuya capital, Sulmona, era la patria del autor.

V. 723. *Alma Pales*. — La diosa protectora de los rebaños y sus guardianes, cuyos festejos se remontaban a una época anterior a la de la fundación de Roma.

V. 843. *Rutro*. — El instrumento rústico con que Celler mató a Remo fué una azada semejante en la forma y los usos a la de nuestros días.

V. 911. *Aspera Robigo*. — Numa instituyó las Robigales, para aplacar a la diosa tan funesta al desarrollo de las plantas, el undécimo año de su reinado. Según unos, Robigo era una divinidad maléfica a quien se reverenciaba el día primero de mayo, por el temor de que destru-

yese los sembrados; según otros, un numen tutelar que impedía los estragos que determinadas condiciones atmosféricas producían en los mismos. La primera versión es la más verosímil y conforme con los sentimientos de los labriegos.

V. 939. *Icarium*. — Icarío, padre de Erigone, acogió como huésped a Baco, y éste le regaló un odre de vino, causa de su perdición, pues unos pastores de Ática, que lo bebieron a sus instancias, sintiéndose al momento embriagados, sospecharon que los había envenenado, lo mataron y arrojaron a un pozo. Una perra de la víctima, llamada *Mera*, descubrió el sitio en que yacía a Erigone, la cual, en un raptó de enajenación, se ahorcó, y los dioses colocaron entre las constelaciones al padre, a la hija y a la perra, que es la Canícula.

V. 954. *Tres deos*. — El templo de Apolo, el de Vesta y el palacio de Augusto, unido a la diosa por descendencia de Eneas, que la transportó a Italia.

LIBRO QUINTO

Verso 9. *Polyhymnia*. — Aunque la lira no fuese el atributo especial de Polimnia, sino de Terpsícore, Horacio y Ovidio la ponen en sus manos, porque se invocaba a las Musas, en general, como inspiradoras de los partos poéticos, que reclaman el acompañamiento de la lira.

V. 89. *Ladonque rapax*. — El impetuoso Ladón, que corre por Arcadia y paga tributo al Alfeo.

V. 97. *Nonacrtus*. — De Nonacris, ciudad de Arcadia, próxima al monte Cilene.

V. 113. *Olenia... capellae*. — Llamábase la cabra Olenia, porque vagaba por los montes vecinos de esta población, o porque Oleno fué el padre de Amaltea.

V. 159. *Hyperionis*. — Titán, hijo del Cielo y la Tierra,

padre del Sol, la Luna y la Aurora, que a veces se tomá por el astro del día.

V. 161. *Argestes*. — Viento de Noroeste.

V. 183. *Mater... florum*. — Las Florales comenzaban cuatro días antes de las calendas de mayo.

V. 195. *Chloris eram*. — La voz griega significa planta o flor, y la mutación de la jota en efe, al pasar a la lengua latina, no tiene nada de anómalo.

V. 204. *Erechthea*. — Bóreas arrebató a Oritia, hija de Erectes, en la cual tuvo a Zetes y Calais, Cleopatra y Quirone.

V. 223. *Therapnaeo*. — De Therapna, ciudad de Laconia, a la izquierda del Eurotas y más al Norte que Esparta.

V. 330. *Postumio Laenas*. — Los Juegos Florales, interrumpidos por largo tiempo, volvieron a estatuirse en el consulado de Lucio Postumio Albino y Marco Popilio Lenas, el año 880 de Roma.

V. 389. *Stare simul*. — En el antro del viejo Quirón conociéronse Hércules y Aquiles, cuyos esfuerzos tanto contribuyeron a la ruina de Troya. Hércules la expugnó y saqueó en tiempos de Laomedonte, y Aquiles, con su brazo incontrastable, la dejó huérfana de sus valerosos caudillos, y con la muerte de Héctor arrancó a la ciudad desventurada la última esperanza de salvación.

V. 421. *Lemuria*. — Las Lemurales se inauguraban el día noveno del mes y duraban tres noches consecutivas.

V. 449. *Caducifer*. — Epíteto que distingue a Mercurio, por llevar el caduceo, dios que ejercía su misión en el Olimpo y en el Erebo.

V. 532. *Pudor est*. — Cuando Ovidio, que no se para casi nunca en barras, se abstiene de referir la operación de los dioses para dar la vida al hijo deseado de Hirico, sin duda debió ser vergonzosa en grado superlativo; y pasma la simplicidad humana capaz de creer en procreaciones como ésta y otras semejantes.

V. 599. *Pleyadas... omnes.* — La aparición de las Pléyades y el principio del verano se fijan en el día anterior al de los idus; pero otros adelantan la primera dos días, y con respecto a la segunda, varían las fechas asignadas por Columela y Ptolomeo entre el 9 y el 15 del mes.

V. 622. *Roboreo... ponte.* — El puente de madera, o Sublicio, construído por Anco Marcio, y célebre por la defensa de Horacio Cocles, se reconstruyó, con el mismo material, en época posterior. Emilio Lépido lo fabricó de piedra cuando ya no se temían las incursiones repentinas del enemigo.

V. 630. *Leucadio... modo.* — Estrabón refiere que en la cima de la roca Leucadia se alzaba un templo de Apolo, y todos los años el pueblo se congraciaba con él, precipitando desde allí un criminal con el cuerpo cubierto de plumas de diferentes especies que imitasen un vuelo. La gente que rodeaba la roca con sus esquifes lo recogía, y una vez salvado, se le desterraba del país, y esta expiación dió origen a la costumbre que aquí se menciona.

V. 692. *Ortygias.* — Asteria, huyendo de la persecución de Júpiter, se arrojó al mar, y quedó convertida en una isla flotante, que un día, sujeta por las cadenas del padre de los dioses, brindó a Latona seguro asilo para dar a luz en ella a Diana y Apolo, y desde entonces se llamó Delos. Es una de las Cíclades.

V. 708. *Aphidna.* — Existían dos ciudades así llamadas, la una en Ática y la otra en Laconia, donde Cástor y Pólux lucharon con sus rivales, según Ovidio; porque Píndaro y Teócrito sostienen que acaeció en la llanura de Mesenia.

V. 725. *Tubilustria.* — La purificación de las trompetas usadas en el culto se verificaba el 10 de las calendas de junio, inmolando una oveja a Vulcano, como supremo artífice de toda clase de instrumentos.

V. 727. *Quatuor... notis*.—Las cuatro letras Q, R, F, C de los calendarios significan que el rey se fugó de la ciudad, o que el rey (de los sacrificios) salió de la asamblea.

V. 729. *Populi Fortuna potentis*.—El cónsul P. Sempronio consagró un templo a la Fortuna Pública el año 549 de Roma.

LIBRO SEXTO

Verso 13. *Praeceptor arandi*.—Hesíodo.

V. 28. *Anne viro*.—No sabe Juno si vanagloriarse como hermana o como esposa de Júpiter; pero a cualquiera se le ocurre que debería estar más orgullosa del primer título que del segundo, a poco que recapacitase sobre los frecuentes adulterios de su marido.

V. 31. *Saturnia Roma est*.—Desde Rómulo, la Ciudad Eterna dejó de llamarse Saturnia.

V. 39. *Lucinaque*.—Advocación de Juno con que imploraban su favor las casadas en el momento del parto.

V. 55. *Centum in aris*.—Juno tenía en la ciudad de Rómulo multitud de templos: el de Lucina, Pronuba, Moneta, Ilithia, Sóspita, Matuta y otros no menos frecuentados.

V. 65. *Uxor Herculis*.—Hebe, la hija de Júpiter y Juno, diosa de la eterna juventud, que escanciaba el néctar en las mesas de los númenes.

V. 97. *Triplex causa*.—A estos tres orígenes añade otro Macrobio, el de Junio Bruto, primer cónsul de la República; que en las calendas de este mes levantó un templo a la diosa Carna por la expulsión de Tarquino.

V. 130. *Erat alba*.—El espino blanco, lo mismo otros arbustos, tenía admirables virtudes expiatorias y alejaba los maleficios y accidentes peligrosos a la salud o la vida.

V. 139. *Strigibus*. — Son los quebrantahuesos u otras aves imaginarias, así llamadas por la estridencia de sus graznidos.

V. 142. *Naeniaque Marsa*. — Los Marsos gozaban reputación de doctos en la magia y los encantamientos.

V. 175. *Quan præbet Jonia*. — El francolín, del tamaño del faisán, vivía en España, la Galia y los Alpes, según Plinio; mas los de Jonia pasaban por superiores. Clemente de Alejandría pondera la excelencia de los de Egipto, y Aulo Gelio le supone originario de Asia.

V. 176. *Pygmaeo*. — La grulla, menos sabrosa, constituía un plato muy apreciable en los festines.

V. 177. *Nihil in pavone*. — Y acreditaban mejor gusto los que sólo admiraban la brillantez del plumaje en el pavo real, que los gastrónomos que los servían a sus convidados, porque nació más para el deleite de la vista que para el regalo del paladar.

V. 183. *Junoni... Monetae*. — En la roca Tarpeya, delante y a la derecha del Júpiter Capitolino, y a mayor altura que el de la Concordia, los votos de Camilo alzaron el templo de Juno Moneta, cuya etimología explica Cicerón por la voz salida de su santuario advirtiéndolo al pueblo que se le sacrificase una puerca preñada con motivo de un alarmante terremoto; pero en opinión de Suidas, la voz proviene de la advertencia de la misma diosa a los ciudadanos, que estaban casi imposibilitados de seguir la guerra contra Pirro y los de Tarento, asegurándoles que el dinero no les faltaría mientras no les abandonase la justicia de su causa. Lo cierto es que allí cerca se edificó una casa de moneda.

V. 193. *Te quoque Tempestas*. — El santuario de la Tempestad, próximo a la puerta Capena y en el mismo lugar que el de Marte.

V. 201. *Bellona*. — Appio el Ciego, durante la guerra contra Pirro, hizo voto de elevar un templo a Belona, el

cual sirvió para recibir las Embajadas de los pueblos extranjeros.

V. 207. *Hine solet hasta*.—Los feciales, instituidos por Numa, eran sacerdotes que tenían la misión de exigir, como diputados para ello, las satisfacciones que Roma demandaba de las gentes limítrofes; y si no las obtenían, lanzaban desde el santuario de Belona sobre los campos enemigos un venablo, hecho que equivalía a la declaración de las hostilidades.

V. 209. *Sub Hercule*.—El templo de Hércules, donde los gladiadores veteranos colgaban las armas al jubilarse de su peligroso oficio. Lo erigió el Senado, obediente a un oráculo de los libros sibilinos.

V. 213. *Sauco*.—Varrón y Festo dicen que Sauco es el Hércules de los Sabinos.

V. 239. *Quilina madentia*.—Las fiestas de los pescadores son distintas de las que guardaban los barqueros del Tíber, y en ellas ofrecíanse a Vulcano peces vivos que substituyesen a las víctimas humanas.

V. 307. *Vacunae*.—Diosa del reposo de los campos, a quien reverenciaban los Sabinos.

V. 350. *Pistoris... Jovis*.—Este episodio de la liberación del Capitolio tiene más de romancesco que de histórico. Los Galos derrotaron los ejércitos de la República en Allia y en Veyes, se apoderaron de Roma y sitiaron el Capitolio, defendido por algunos patricios, que fueron, según Tito Livio, libertados por Camilo, y según Polibio, hubieron de pagar rehenes al vencedor. Lo cierto es que estos feroces invasores camparon en Italia por espacio de cuarenta años, y que los Equos, Volscos y Etruscos se coligaron con ellos, y que hasta el año 380 no consiguió Roma desembarazarse de tan incómodos huéspedes, ni obligar a sus confederados a que aceptasen la alianza con la República.

V. 365. *Pignora Vestae*.—Al rumor del sangriento

desastre de Allia y de que los bárbaros se disponían a destruir a sangre y fuego la ciudad, sus habitantes huyeron precipitadamente, y encargóse a las Vestales la salvación de los objetos del culto. Un plebeyo llamado Albino, que huía con su mujer y sus hijos, no pudo soportar el espectáculo de las vírgenes de Vesta que iban a pie, cargadas con las sacras reliquias, y las hizo subir al carro que ocupaba su familia, y él mismo las condujo al lugar señalado como término de su expedición.

V. 410. *Al averso... anne.* — Vertumno, el esposo de Pomona, el dios de las distintas formas, cuyo nombre, en opinión de Ovidio, procede de haber hecho que retrocediese la corriente del Tíber y dejado en seco el valle donde se estancaba; pero Asconio Pediano cree que lo tomó por presidir las operaciones comerciales, que no son otra cosa que un cambio incesante de mercancías, y se funda en que su estatua se alzaba en el cuartel de la ciudad más frecuentado por los mercaderes.

V. 424. *Pallada Roma tenet.* — La estatua de Palas, de la que pendía la suerte de Troya. Ulises y Diómedes la arrebataron, dejando al enemigo desamparado de la protección de la diosa; mas la leyenda supone que Dárdano mandó modelar otra igual a la que recibió de Jove, y ésta es la que robaron los caudillos griegos, mientras la verdadera fué traída por Eneas a Italia, donde se reprodujo en varias copias, ocultándose la primitiva en un sitio sólo conocido de los sacerdotes.

V. 444. *Metellus.* — El incendio del templo de Vesta acaeció el año 512 de Roma, bajo el consulado de Q. Lutacio y de A. Manlio, y al pontífice Metello debióse la salvación de las santas reliquias, pues sin reparar en el peligro ni en la profanación que iba a cometer, se arrojó en medio de las llamas, que lo dejaron ciego, y algunos fanáticos creyeron que tal desgracia le acaeció en castigo de su atrevimiento por haber puesto los ojos y las manos

en objetos prohibidos a la curiosidad de los varones. Sin embargo, la mayoría de los ciudadanos aprobaron su resolución, le colmaron de bendiciones y se le concedió el privilegio de que fuese al Senado en su carro cuantas veces tuviese que acudir a las sesiones.

V. 461. *Brutus*. — En día semejante triunfó Bruto sobre los Galaicos, auxiliares de los Lusitanos, que derrotaron más de una vez a las huestes romanas; y en el mismo, transcurridos algunos años, llenó de espanto a Roma la muerte de Craso y la pérdida total de su ejército.

V. 479. *Matutae*. — La diosa Matuta, a quien se festejaba en las Matralias, era lo que Ino o Leocotee en Grecia.

V. 560. *Parum felix*. — La leyenda de Ino, madre desnaturalizada por las críticas circunstancias en que la puso el adverso destino, advertía a las madres que no le recomendasen sus propios hijos, sino los de sus hermanas o parientes.

V. 565. *Flumenque Tolenum*. — El Toleno, atravesando el país de los Marsos, moría en el lago Velino, y en la guerra contra ellos perdieron a sus márgenes la vida Rutilio y Didio.

V. 569. *Lux eadem*. — En el mismo día de las Matralias, instituídas por Servio, se honraba a la Fortuna, que lo elevó al trono, aunque nacido de una esclava.

V. 578. *Fenestella*. — En la puerta Fenestella, Servio mandó esculpir un bajorrelieve, que representaba a la Fortuna introduciéndose por la ventana del palacio a las altas horas de la noche.

V. 628. *Corniculum*. — Ocesia de Corniculo, a la que Tarquino Prisco cautivó y entregó a su mujer, en el cautiverio dió a luz a Servio, uno de los reyes más excelentes de todas las edades.

V. 637. *Concordia... aede*. — El día cuatro de los idus,

Livia dedicó a la Fortuna Marital un templo suntuoso para lisonjear a Augusto.

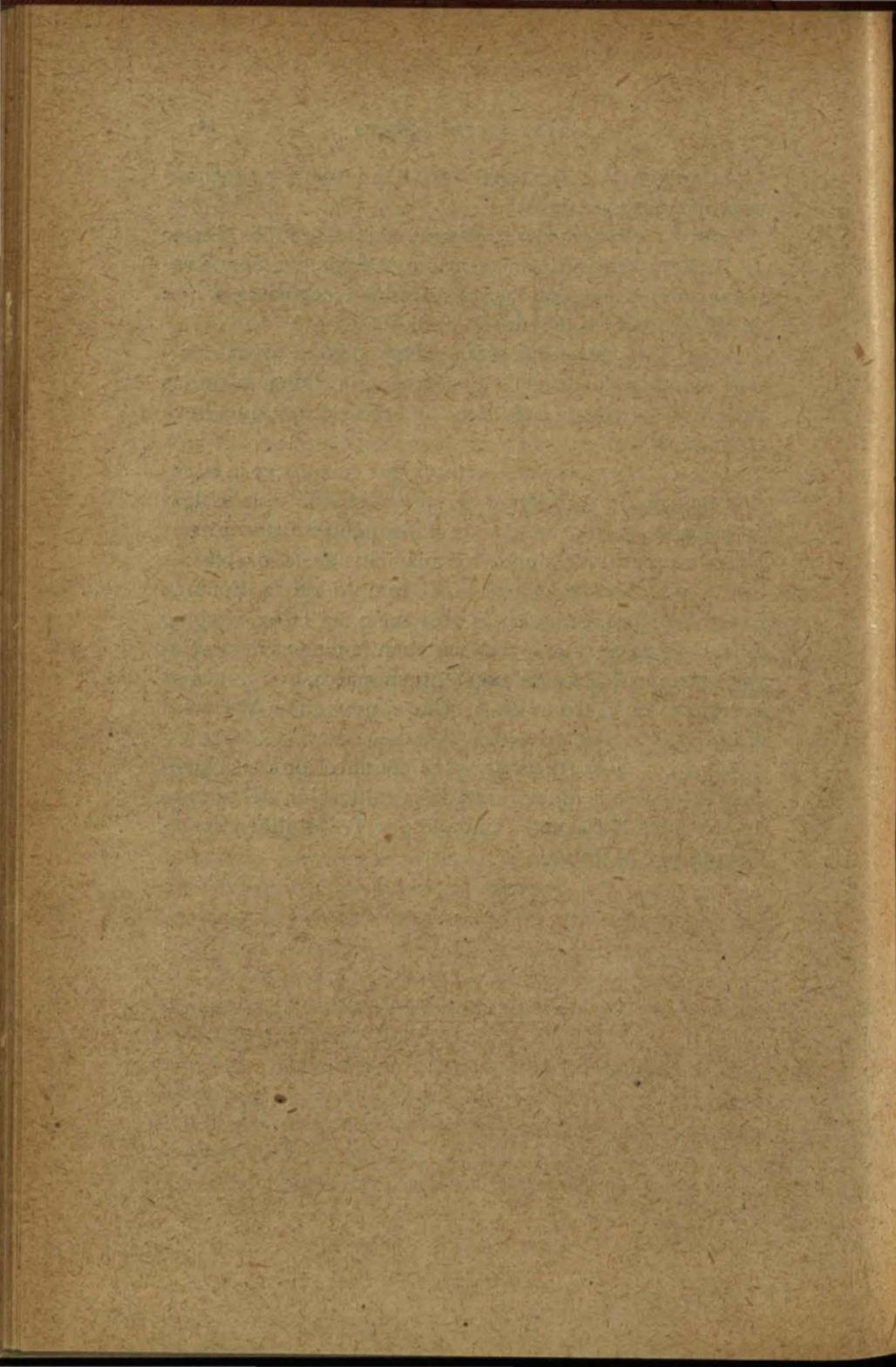
V. 671. *Quinquatrus... minores*. — Las grandes fiestas de Minerva tenían lugar en marzo, y éstas, de menos resonancia en junio, con las mascaradas y regocijos a que se entregaban los tañedores de flauta.

V. 707. *Phoebus superante*. — Febo colgó al procaz Marsias, émulo suyo en el arte de tañer la flauta, y de las lágrimas y la sangre del infeliz se formó el río que lleva su nombre.

V. 766. *Per volucres*. — Antes que reconocer la superior táctica de Aníbal, el poeta se inclina a la vulgar creencia de que la batalla de Trasimeno se perdió por haberla aventurado siendo los auspicios desfavorables.

V. 773. *Fortuna Fortis*. — El templo de la Fortuna Fuerte hallábase situado a la otra parte del Tíber, y, como fundación de Servio, lo frecuentaban la plebe y las esclavas, reconocidos a este excelente monarca, que nunca se avergonzó en el trono de la triste condición en que viera la luz.

V. 797. *Juleis Kalendis*. — El día anterior a las calendas de julio se conmemoraba la reedificación del templo de Hércules Musayetes, fundado por T. Nobilior y restablecido por M. Filipo.



EL IBIS

Han transcurrido ya cincuenta años de mi vida, y, hasta la fecha, nunca los versos de mi Musa fueron agresivos. Entre los mil escritos que he dado a luz, no se leerá una palabra que destile sangre. A nadie, más que a mí, perjudicaron mis libros; el artífice pereció por su misma obra. Uno sólo, y es lo que más siento, me impide conservar perenne el título de bondadoso. Este sujeto, cuyo nombre callo, sea quienquiera, me obliga a tomar los dardos en las inhábiles manos, y es el único que me impide vivir ignorado en el país de mi destierro, donde silba el Aquilón; con su crueldad encona las heridas que necesitan reposo, ultraja mi nombre por todo el foro, no consiente a la mujer asociada a mi tálamo por lazos eternos lamentar la triste suerte del mísero esposo, y cuando me abrazo a las reliquias destrozadas de mi nave, pugna por arrebatarme la tabla que me libre del naufragio; y el que debiera extinguir las repentinas llamas se aprovecha del mismo incendio para arrebatarme los bienes, y se afana por quitarme el pan que sostiene mi lastimosa vejez: ¡ah, cuánto más digno es de padecer mis angustias! Mejor lo dispusieron los dioses, de los cuales venero como al más

grande al que no permitió que la indigencia me acosara en el camino; así le rendiré merecidas gracias, siempre que pueda, por la mansedumbre de su ánimo generoso. El Ponto las oirá, y acaso algún día disponga él mismo que aduzca testimonios de tierra más próxima a Italia.

Tú, energúmeno, que me pisoteas viéndome caído, serás víctima de mi justo rencor, aunque estés hecho un miserable. Antes el agua dejará de ser enemiga del fuego y los rayos del Sol se juntarán con los de la Luna; los Euros y los Céfiros soplarán de la misma parte del cielo, el templado Noto vendrá del polo septentrional y se reunirán las columnas de humo que encendió el antiguo odio de dos hermanos en la fúnebre pira; la primavera se confundirá con el otoño, el estío con el invierno, y la Aurora y el Héspero surgirán de la misma región antes que deponga las armas ya tomadas y reanude la amistad que has afrentado, perverso, con tu indigno proceder; antes que el dolor de la ofensa se desvanezca por el transcurso del tiempo, y llegue la hora en que se amortigüe el odio que me inspiras. Mientras me reste un átomo de aliento, la paz que reine entre nosotros será la que existe entre los lobos y las tímidas ovejas. Así iniciaré la primera embestida en esta especie de versos, que no son los más adecuados para expresar la furia de los combates.

Como el vélite a quien acalora el ardor de la lucha clava su pica en la roja arena, así yo no te asestaré todavía los dardos más agudos, ni vibraré de súbito mi lanza contra tu cabeza aborrecida, ni delataré en mi libro tu nombre y tus viles acciones, y por breve

plazo consentiré que pases inadvertido; pero después, si prosigues, se volverán contra ti mis yambos audaces, y te clavarán dardos teñidos en la sangre de Licambe. Ahora, como el hijo de Bato se ensañó contra su enemigo Ibis, del mismo modo me ensañaré contra ti y todos los tuyos; y, como él, velaré mis versos en oscuros relatos, aunque, poco acostumbrado a ejercitarme en tal género, se diga que imito su ambigüedad, olvidando mi gusto y manera de escribir.

Puesto que me niego a revelar quién eres a los que me preguntan, acepta en el ínterin el nombre de Ibis; y como adolecerá mi invectiva de cierta obscuridad, así sea tenebroso el transcurso entero de tu existencia. Me propongo que una voz verídica te lea mis escritos en el día de tu natalicio y en el de las calendas de Jano.

Dioses del mar y la tierra que al lado de Jove, entre los opuestos polos, habitáis regiones más felices que éstas, os conjuro a que me prestéis toda vuestra atención y no consintáis que el viento se lleve mis votos. Y tú, Tierra; tú, Océano de eternas olas; tú, sublime Éter, escuchad benévolos mis plegarias. Astros del cielo, imagen radiante del Sol, Luna que brilla siempre con rostro diferente, noche tenebrosa que infundes pavor, Parcas que hiláis el estambre del señalado destino, río que serpenteas con horrendo murmullo en los valles del infierno, y por el cual nadie jura en vano; vosotros de quienes se dice que agitáis los cabellos entrelazados de serpientes y permanecéis sentados ante las sombrías puertas de la cárcel infernal; y vosotros, asimismo, turba de los

inmortales Faunos, Sátiros, Lares, Ríos, Ninfas y Semidioses, y, por último, Númenes que imperáis desde el antiguo Caos, y Númenes recientes, acudid en tropel a mi invocación. Mientras lanzo mis maldiciones sobre una cabeza impía y la cólera y el resentimiento ejecutan su venganza, atended favorables, unos después de otros, los deseos que me animan, y no desoigáis el menor de mis votos. Cúmplanse mis anatemas, para que no los crea salidos de mi boca, sino que los pronunció el yerno de Pasífae; arrostre las torturas que yo paso en silencio, y viva más desastrosamente de lo que acierte a imaginarme, y que mi imprecación, por lanzarse contra un nombre supuesto, no resulte estéril, ni conmueva menos a los potentes dioses.

Maldigo al Ibis, que nunca se aparta de mi pensamiento, sabiendo que sus azañas merecen mi persecución; no demoro la sentencia; cual sacerdote pronunciaré votos que se vean cumplidos; los que asistís al sacrificio venid en mi ayuda, articulad palabras fúnebres y acercaos a Ibis con el semblante inundado de lágrimas; moved primeramente el pie izquierdo, para que los auspicios sean temibles, y cubrid vuestros cuerpos con negras vestiduras. Y tú, ¿por qué vacilas en ceñirte las fatales cintas?; ya ves que se ha levantado el ara funesta. Ya se preparó la pompa; que no se retarden mis votos siniestros; víctima odiosa, entrega la cerviz al cuchillo. Que la tierra te niegue sus frutos y el río sus ondas; que el viento y el aura te priven de respiración; que para ti el Sol no tenga luz ni brille la Luna; que tus ojos no perciban la claridad de los astros; que se te prive del fuego y

del aire que necesitas, y te cierren todos los caminos la tierra y el mar. Que desterrado, pobre y errante, pises los umbrales extranjeros, y con voz trémula solicites un poco de comida; que el dolor quejumbroso reine sin descanso en tu cuerpo y tu alma lacerada, y la noche te parezca más insoportable que el día y el día que la noche; que vivas siempre desgraciado y ninguno te compadezca, y hombres y mujeres se regocijen de tu adversidad; que excites su desprecio con tus lágrimas, y después de sufrir mucho te juzguen digno de sufrir más todavía; que el aspecto repulsivo de tus miserias no infunda, lo que rara vez sucede, la menor compasión, y tengas cien razones para desear la muerte, y la vida, a pesar tuyo, no consiga el fin apetecido; que el aliento abandone tu cuerpo atormentado después de lucha tenaz y larga y cruel agonía. Esto sucederá; el mismo Apolo me revela el porvenir; una ave funesta ha volado a mi izquierda; tengo la certidumbre de que mis ruegos moverán a los dioses, y un día y otro me sostiene, pérfido, la esperanza de tu muerte. Transcurrirá aquel día que por fin te substraiga a mi cólera, aquel día que tarda tanto en llegar, aquel día que camina con tardo paso, me arrebatará la vida que persiguen tus ultrajes antes que el tiempo logre desvanecer mi animosidad y suene la hora en que mi odio se calme.

En tanto que los tracios peleen con venablos y los yácigas con arcos; en tanto que sean templadas las ondas del Ganges y frías las del Danubio; en tanto que crezcan robles en los montes y pastos en las frescas praderas; en tanto que el Tíber toscano deslice sus turbios raudales, pelearé contigo, y la muerte,

en vez de calmar mi resentimiento, pondrá en mis manos las armas crueles con que persiga a tus naves. Hasta el momento en que se desvanezca por los aires, mi sombra exánime se desatará recriminando tu conducta; mi espectro te acosará entonces, recordando tus viles acciones, y mi rígido esqueleto llenará de espanto tus miradas. Ya sucumba a mi pesar consumido por larga vejez; ya mi propia mano me libre de la existencia; ya sea tras el naufragio juguete de las inmensas olas, y sirvan mis entrañas de pasto a los peces de remotos mares; ya las aves extranjeras hundan el pico en mis despojos y tiña mi sangre la boca de los lobos; ya alguno se digne cubrir de tierra mi cadáver y coloque mis inanimados restos en humilde hoguera, sea cual fuere mi suerte, forcejaré por escapar de las riberas de Estigia, y mis manos heladas se ensañarán en tu rostro. Despierto, me contemplarás con estupor, y en las silenciosas sombras de la noche apareceré a tu vista y ahuyentaré tu sueño. En fin, hagas lo que hagas, volaré ante tu cara y tus ojos, me lamentaré y no te permitiré reposar en ninguna parte. Oirás el violento chasquido de los azotes, y las antorchas entrelazadas de serpientes brillarán ante tus ojos criminales. Vivo, serás perseguido por estas Furias, y muerto, también, porque tu vida será demasiado breve para tu castigo.

No alcanzarás de los tuyos lágrimas ni fúnebres honras, y nadie llorará sobre tu cuerpo abandonado. Entre los aplausos del pueblo, la mano del verdugo te arrastrará con el garfio desgarrador clavado en tus miembros; las llamas, que todo lo consumen, huirán de ti, y la tierra enemiga rechazará tu aborre-

cido cadáver. Un buitre destrozará sin descanso tus entrañas con el pico y las garras; tu pérfido corazón será pasto de los famélicos canes, y los lobos insaciables, aunque te enorgullezcas de este honor, se disputarán los restos de tu cuerpo. Te verás arrojado al sitio más remoto de los Campos Elíseos, y allí residirás en el que ocupa la turbamulta de los malvados. Allí está Sísifo, empujando y recogiendo siempre su peñasco, y aquel mísero atado a la rueda que gira sin cesar; las Danaides, casta sanguinaria y nuevas del desterrado Egipto, conducen sobre los hombros las urnas del agua, que se les vierte continuamente. El padre de Pelops se afana en balde por coger los frutos que tiene delante, y la sed le angustia siempre en medio de las líquidas ondas; y el gigante que mide de pies a cabeza nueve yugadas, siente sin interrupción el pico del ave que le barrena las entrañas. Aquí una de las Furias amoratará con su látigo tus espaldas, para que confieses el número de tus crímenes; otra arrojará tus desgarrados miembros a las serpientes del Tártaro, y la tercera tostará en el fuego tus mejillas humeantes. Tu sombra culpable sentirá la tortura de mil distintos modos, y Eaco inventará contra ti nuevos suplicios; se renovarán en tu daño los tormentos de los antiguos reos y vendrás a dar reposo a los Manes de pasados siglos. Tú, Sísifo, hallarás a quien entregar la roca que se despeña una vez y otra, y nuevos miembros girarán en la rueda veloz. Éste será el que intente recoger en su mano los frutos y las ondas y el que alimentará al buitre con sus entrañas, siempre renacientes. Una segunda muerte no acabará los tormentos de la

primera, y jamás llegará la última hora de sus martirios. Yo cantaré sólo una mínima parte de los mismos, como quien coge unas ramas del Ida o un poco de agua en la superficie del mar de Libia, pues no soy capaz de contar todas las flores que nacen en el Híbla, de Sicilia, ni los hilos de azafrán que producen los campos de Cilicia, ni el copioso granizo que blanquea el monte Athos, cuando el triste invierno nos estremece, llegando en alas del Aquilón. Aunque me concedieses cien bocas, mi voz sería impotente para relatar todas tus maldades. ¡Ah mísero!, padecerás tantas y tan angustiosas miserias, que harán brotar las lágrimas de mis ojos, lágrimas que me proporcionarán satisfacción inefable, porque este llanto me será más dulce que la risa. Naciste desgraciado: así lo dispusieron los dioses; ninguna estrella, propicia y benéfica, presidió a tu nacimiento. En aquella hora no resplandeció Venus ni Júpiter, ni la Luna ni el Sol mostraron benigno aspecto, ni el hijo que la brillante Maya concibió del sumo Jove envió sus rayos en feliz dirección; los astros funestos de Marte y del viejo que empuña la hoz te hicieron sentir su siniestro influjo, y para que vieses todo de negro color, el día de tu natalicio amaneció triste y obscurecido por densos nublados, siendo aquel que en los Fastos toma el nombre de la sangrienta derrota del Alia. Ibis nació en el día de este público desastre, y en el mismo momento de echarlo a luz el vientre impuro de su madre oprimió con su deforme cuerpo la tierra de Cinifo. El buho nocturno se colocó en una eminencia opuesta, y de su pico fúnebre arrojó siniestros granizos. Al punto las Euménides lavaron su cuerpo,

sumergiéndolo en las ovas de un pantano que procedía de las ondas de la Estigia; ungiéron su seno con la ponzoña de las sierpes del Erebo, y le golpearon tres veces las manos ensangrentadas; humedecieron su garganta infantil con la leche de una perra, primer alimento que le infundió la rabia de su nodriza, y por eso ladra como un can a lo largo del Foro. Lo envolvieron en andrajos cubiertos de suciedad, arrebatados de una pira que aún humeaba, y para que no reposase sin apoyo en el suelo, reclinaron su tierna cabeza sobre los guijarros. Ya dispuestas a marchar, pusiéronle ante los ojos, y cerca de la cara, antorchas de leña verde; el niño berreaba al sentir la impresión de humo tan molesto, y entonces habló así una de las tres hermanas: «Te entregamos por tiempo sin fin a las lágrimas, que brotarán inagotables de tus ojos con suficientes motivos.» Su mano negruzca urde una trama siniestra, y para no retrasar la predicción del porvenir, exclama: «Un poeta se encargará de revelar tu destino.»

Yo soy ese poeta: aprenderás en mí los golpes que recibas, como los dioses den a mis palabras el brío necesario. Ojalá los sucesos confirmen mis vaticinios, y tú mismo los acredites con el rigor de tus infortunios. Que sólo en la edad pasada se encuentren ejemplos de tu muerte y tus males sobrepujen a los de los troyanos. Que sientas tu pierna herida por un dardo envenenado, como el hijo de Pean, que heredó a Hércules el de la clava; y te quejes tan amargamente como el que bebió la leche de una cierva, y herido por la lanza enemiga, obtuvo su curación de la misma; o como el que cayó de su caballo en los

campos de Aleya, a quien la hermosura del rostro ocasionó la muerte. Que tus ojos vean lo que el hijo de Amintor, y privado de luz y apoyado en tu báculo, andes a tientas por tu camino, o quedes tan ciego como el rey a quien conducía su hija, por aparecer criminal con su padre y su madre; o como el viejo célebre en el arte de Apolo, después de ser árbitro en un litigio burlesco; o como aquel por cuyo consejo se dió una paloma que sirviese de guía a la nave de Palas; o aquel a quien privó de los ojos, corrompidos por la avaricia, una madre desolada, para satisfacer a los Manes de su hijo; como el pastor del Etna, a quien Telemo, el hijo de Eurymo, había vaticinado con antelación sus futuras desgracias; como los dos hijos de Fineo, privados de la vista por el mismo padre, y, por último, como Tamiras y Demodoco.

Que alguno te mutile como Saturno mutiló las partes que lo habían engendrado, y experimentes a Neptuno tan implacable con sus hinchadas olas, como el que vió a su hermana y su esposa transformadas en aves; o el astuto guerrero a quien la hermana de Semele contempló asido a las rotas tablas de su deshecha nave; o que despedacen tu cuerpo, porque este género de suplicio no lo haya padecido uno solo, los potros lanzados en contraria dirección; o te sometan a los tormentos que impuso el caudillo cartaginés al que estimó vergonzoso que un romano fuese rescatado. Que no venga en tu auxilio ningún numen, como ninguno salvó al refugiado en el altar de Júpiter Herceo; y como Tesalo se precipitó desde la cima del Osa, así te precipites desde un cerro erizado de peñascos; o como los de Eurialo, que recogió el cetro

de sus manos, tus miembros sirvan de pasto a las famélicas culebras. Que apresuren tu muerte, como la de Minos, raudales de agua hirviente vertidos sobre tu cabeza; y sirvas de manjar a las aves rapaces, como Prometeo, encadenado en justo castigo; o como a los hijos de Etraco, el quinto que llevó el nombre grande de Hércules, te degüellen y arrojen al inmenso Océano; o como al vástago de Amintas, un jovencillo ídolo de torpe amor te odie y atraviése con su cruel espada.

Que jamás te confeccionen brebajes menos nocivos que los servidos al hijo de Júpiter Ammón; que mueras desastrosamente, como el cautivo Aqueo, colgado cerca de un río de auríferos raudales; o una teja, lanzada por mano hostil, te derribe, como al descendiente que llevaba con gloria el nombre de Aquiles. Que tus huesos no reposen más tranquilos que los de Pirro, esparcidos en las calles de Ambracia; y mueras acribillado de flechas, como la hija de la sangre de Eaco, crimen que no pudo ocultarse a la penetración de Ceres. Como al nieto del rey que mis versos acaban de nombrar, así tu madre te dé a beber los jugos de la cantárida; y por matarte, a una adúltera se llame piadosa, como se llama a la mujer vengativa que asesinó a Leucón. Que suban contigo a la pira las prendas más caras, como acabó sus días Sardanápalo; que te sepulten las arenas arrastradas por el Nilo, como a los que se atrevieron a despojar el templo de Júpiter en Libia; y te queme el rostro una ceniza abrasadora, como a las víctimas de la perfidia del segundo Darco; o el frío y el hambre te produzcan la muerte, como en otro tiempo al desterrado

de Sicione, rica en olivos; o como el rey de Atarna, cosido a una piel de toro, vengas a ser la torpe presa de un enemigo vencedor. En tu mismo tálamo seas degollado, como el rey de Fera, que sucumbió al acero de su propia esposa; y como Alebas de Larisa, experimentes a los que juzgas fieles amigos a costa de tu sangre. Como a Milón, cuya tiranía fué el terror de Pisa, te precipiten vivo en un río de aguas subterráneas; y los rayos que Jove despidió contra Adimonto, rey de Flíasia, se claven en lo más hondo de tu pecho. Como en otros días Leneo, expulsado de Amastris, te arrojen desnudo en la tierra de Aquiles; o te arrastren, como a Euridamas, tres veces alrededor de la pira de Trasilo, el enemigo montado en el carro de Larisa; o como fué paseado el cadáver del héroe ante los muros que defendió mil veces, y que no habían de ser eternos. Como la hija de Hipómenes probó un nuevo género de tormento al saber que arrastraron a su adúltero amante en los campos del Ática, así, cuando tu vida odiosa se escape del cuerpo, los caballos vengadores arrebatan tu hediondo cadáver. Clávense tus entrañas en aguda roca, como antiguamente las de los griegos en el golfo de Eubea; y como el feroz raptor que sucumbió por el rayo y el agua, así el fuego ayude a las aguas prontas a sepultarte. Que las Furias turben y extravíen tu razón, como la de aquel cuyo cuerpo entero se convirtió en inmundada llaga; como el hijo de Dryas, rey de Ródope, y de pies desiguales; como, en tiempos remotos, al habitante del Oeta, al yerno de las dos serpientes, al padre de Tisamenes y al esposo de Calirroeo; y que te cases con una mujer más impúdica que la

huera de que se sonrojaba Tideo, o la Locria, que se ayuntó con el hermano de su marido y mató a su esclava para ocultar el crimen.

Hagan los dioses que goces una consorte tan fiel como los yernos de Talais y Tíndaro, o como las hijas de Belo, que atentaron contra los vástagos de su tío y viven sin reposo, abrumadas por el peso del agua que se les derrama continuamente, y que hoy y siempre te abrasas en la llama de Biblis y Canaces y no conozcas a tu hermana más que por sus crímenes. Si tuvieres una hija, iguale a Pelopea la de Tyestes o a Mirra y Nictimene, que amaron a sus padres, siendo tan piadosa y fiel para el autor de sus días, como la tuya, ¡oh Pterelao!, o la tuya, ¡oh Niso!; como aquélla que dió infame nombre al teatro de su maldad aplastando el cuerpo de su progenitor con las ruedas de su carro; y perezcas como los jóvenes cuyas cabezas fueron clavadas en lo alto de las puertas de Pisa, o el rey, que después de enrojecer el suelo con la sangre de los míseros pretendientes, en justa expiación la regó con la suya propia; como el tráidor auriga de un cruel tirano, que dió nuevo nombre al mar de Mirto; como los que perseguían, en vano, a la veloz Atalanta, rendida al fin por detenerse a recoger las tres manzanas; como los que penetraron en el laberinto de un extraño monstruo para no acertar a salir de su confusión; como aquellos cuyos dos cadáveres arrojó el violento Aquiles a las llamas de la hoguera, o como los que condenó la Esfinge a desastrosa muerte, engañados por la obscuridad de un lenguaje enigmático; como los que se desplomaron exánimes en el templo de la Bistonía Minerva, por

lo cual la diosa lleva todavía el rostro velado; como los que en días lejanos ensangrentaron con sus carnes los establos del rey de Tracia; como los que fueron destrozados por los leones de Terodamas y los que Thoas inmolaba en honor de la diosa de Táurida; como los que yertos de terror arrebataron a la nave de Duliquio la voraz Escila y Caribdis, que le hace frente; como los que Polifemo sepultaba en su vientre enorme; como los que pagaron la hospitalidad de los Lestrigones; como los que el caudillo de Caburgo arrojó en un pozo, cuyas aguas blanqueó con una granizada de piedras; como perecieron las doce fámulas de Penélope, sus pretendientes y el que les suministraba las armas contra el rey; como cayó el esfuerzo del huésped de Aonia, el asombroso atleta, vencedor a pesar de su caída; como los que paralizaron los robustos brazos de Anteo; como los que las mujeres de Lemnos sentenciaron a muerte cruel; como el inventor de un bárbaro sacrificio, y víctima más tarde del mismo, hizo caer del cielo una lluvia bienhechora; como el hermano de Anteo, que tiñó las aras con su sangre, en justa expiación de sus bárbaros ejemplos; como el impío que alimentaba sus terribles caballos con entrañas humanas en vez de la hierba de los prados; como Neso y el yerno de Dexameno, los dos, en distintas fechas, muertos por el mismo vengador; como tu biznieto, ¡oh Saturno!, a quien vió expirar Coronis desde las murallas de su ciudad; como Sinis, Esciro Polimenón, con su hijo, y el monstruo medio hombre y medio toro; como aquel que mirando las olas de uno y otro mar lanzaba a los aires las ramas de los árboles encorvadas hasta

tocar la tierra, o como Ceres vió con rostro alegre el cuerpo de Cerci6n abatido por las manos de Teseo.

Así te sucedan estas calamidades que mi justa cólera te desea u otras mucho mayores, y quedes abandonado como Aquemenides en el Etna, de Sicilia, cuando advirtió que se aproximaba la escuadra de Troya; así te veas tan miserable como Iro el de dos nombres y los que mendigan en los puentes, o más, si es posible, y ames siempre en vano al hijo de Ceres, y siempre conteste a tus ruegos negándote sus favores. Como bajo el pie que la pisa la blanca arena desaparece mojada por la onda que huye y vuelve así, de cualquier modo, se liquide tu fortuna, y la sientas siempre escaparse de tus manos. Como el padre de aquella hija habituada a cambiar de forma, así mueras en el hartazgo aniquilado por el hambre. No sentirás repugnancia en un festín de carne humana, pudiendo en esto ser el Tideo de nuestra época, y cometerás tales atrocidades, que llenos de espanto los caballos del Sol retrocederán de nuevo desde Occidente a la región de la Aurora. Repetirás los convites horrendos de la mesa de Licaón, y con tus engañosas viandas intentarás burlar a Jove. Ojalá haya quien aliente lo mismo el poder de la divinidad, sirviéndole en un banquete tus miembros; así serás el hijo de Tántalo y de Tereo, y así tus restos se esparzan aquí y allá por los campos como los que detuvieron los pasos de un infeliz padre; así en el bronce de Perilo imites a un toro de verdad, y tus gritos semejen horribles mugidos, o como el feroz Fálaris encerrado en el bronce de Pafos, gimas a la manera de un toro, después que el acero te haya cortado la lengua,

Si pretendes volver a los años de la edad lozana, ojalá te veas engañado como el viejo suegro de Admeto. Caigas, si anduvieres a caballo, y te sepultes en un abismo de cieno, sin que ningún recuerdo de tu nombre perpetúe tu fin desastroso, o perezcas como los guerreros nacidos de los dientes que sembró en tierra de Grecia la mano de Cadmo, y lluevan sobre tu cabeza las siniestras imprecaciones del hijo de Penteo y el hermano de Medusa, y las contenidas en un pequeño poema contra el ave que arrojó el agua que purga su cuerpo, y recibas tantas heridas como aquel guerrero, según dicen, cuyos funerales no ensangrienta el cuchillo, y en un raptó de delirio te mutilen el miembro viril como los infelices a quienes la madre de los dioses incita a las danzas de Frigia; como Atis, de varón quedés convertido en un ser ni varón ni hembra, para golpear el ronco tímpano con tus flacas manos, y de súbito te transformes en el animal consagrado a la madre de los dioses, como lo fueron el vencedor y la vencida por éste en la veloz carrera. A fin de que Limone no sea la única que arrastre tal castigo, que un caballo te desgarré las entrañas con sus dientes feroces; y no menos cruel que el tirano de Casandrea, estando herido te sepulsen vivo bajo un montón de tierra; o como el nieto de Abas o el héroe descendiente de Cicneo, encerrado en una caja te precipiten al mar; o te inmolen en las santas aras de Febo, muerte que un enemigo inhumano hizo sufrir a Teodato; o que Abdera, en día señalado, te escoja por su víctima y te aplaste con una granizada de piedras. Que Júpiter, irritado, te hiera con sus triples rayos, como al hijo de Hipono,

al padre de Dositoe, a la hermana de Antonoe y la sobrina de Maya y al guía imprudente del ansiado carro del Sol; como al feroz hijo de Eolo y al nacido de la misma sangre de Aretos, que nunca se baña en las ondas heladas, y como a la Macedonia, herida con su esposo por el rayo fulgurante, así quisiera verte, abrasado en el fuego vengador del cielo.

Hagan presa en ti los animales a los que se impidió el acceso a la isla de Delos, consagrada a Latona por la muerte anticipada de Traso, los que destrozaron al cazador que contempló desnuda a la casta Diana, y a Lino, el nieto de Crotope. Que una culebra venenosa te hiera mortalmente, como a la nuera del viejo Oegro y a Calíope, al hijo de leche de Hypsipyla, y al primero que clavó su agudo venablo en el hueco vientre de un caballo sospechoso. No subas más confiado que Elpenor las gradas de un palacio, y los efectos del vino te acarreen el mismo fin; y caigas maltrecho como los Dryopes que respondieron al llamamiento del inhumano Thyodamas y le ayudaron con las armas. Como pereció aplastado en su antro el fiero Caco por los traidores mugidos de la ternera que allí se escondía; como el que regaló a Hércules el manto teñido con el veneno de la Hidra de Lerna, cuya sangre enrojeció las aguas de Eubea; o desde alto peñasco te precipites en el Tártaro, como el que leyó la obra de un discípulo de Sócrates sobre la muerte; como el que descubrió a lo lejos las velas engañosas de la nave de Teseo; como el joven lanzado de los mares de Ilión; como la tía y a la par nodriza del tierno Baco; como el que murió por haber descubierto la sierra; como se arrojó desde

enhiesta roca la virgen de Lidia, que había vomitado cien maldiciones contra el dios que aborrecía, y te encuentres paseando en los campos de tu patria una leona preñada que te dé la muerte de Faille. Que los colmillos de un jabalí te desgarran, como el que mató al hijo de Licurgo, al que nació de un árbol, y al audaz Idmón, y aun después de muerto te destruya como a aquél, sobre cuyo cuerpo cayó la cabeza de este animal. Semejante al cazador Frigio de Berecinto, te mate la piña lanzada de un pino, y si tu nave arriba a las playas de Minos, la plebe de Creta te tome por vecino de Corcira; y penetres en una casa que amenaza desmoronarse, como el descendiente de Aleva, cuando una estrella propicia salvó al hijo de Leopropis; y como Eveno o Tiberino, sumergido en un torrente impetuoso, des tu nombre a su rápido curso; y tu cabeza cortada del tronco, como la del hijo de Astaco, digno pasto de las fieras, sirva de manjar al hombre; y lo que ejecutó, según fama, Broteo, por el ardiente afán de morir, entregues voluntario tus miembros a las llamas de la pira, o te consuma el hambre encerrado en una caja, como al escritor a quien de nada sirvieron sus historias. Como la invención de los procaces yambos dañó a su autor, así debas tu aniquilamiento a tu lengua viperina; como el que vilipendió a Atenas en sus versos desiguales, mueras odiado por falta de sustento; como dicen que acabó un vate de tono severo, la violación de la fe ocasione tu ruina, o caigas por la mordedura envenenada de la serpiente que mordió al hijo de Agamemón. La primera noche de tu boda sea la última de tu vida, como aconteció a Eupolis y su joven esposa;

y, como refieren que terminó sus días el trágico Licofrón, una saeta penetre y quede clavada en tus entrañas. Que las manos de los tuyos esparzan por el bosque tus desgarrados miembros, como fueron esparcidos en los campos de Tebas los de aquél a cuyo padre engendró una serpiente; que un toro te arrastre por riscosos montes, como arrastró a la insolente esposa de Lico, y caiga a tus pies cortada tu lengua, como la de aquella que por la violencia se convirtió en la rival de su hermana. Como al rey llamado Bleso, fundador de la tardía Myrra, se te encuentre en diversas regiones del orbe. Que la abeja industriosa, como al vate Aqueo, te clave el nocivo aguijón en los ojos y sujeto a una dura peña te desgarran las entrañas, como al tío de Pyrra, como al hijo de Hárpago. Tengas el destino de Tyestes, y después de muerto sirvas de vianda a tu padre; que tu cuerpo mutilado por el fino acero quede hecho un tronco informe, como se cuenta de Mimnermo, y que un lazo te corte la respiración y te estrangule, como al poeta de Syracusa; que te arranquen la piel y dejen descubiertas tus vísceras, como al infeliz cuyo nombre conserva un río de Frigia, y contemples el rostro de Medusa, que convierte en piedra a quien lo mira, única causa de la muerte de numerosos Cefenos. Como Glauco sientas las mordeduras de las yeguas de Potnia; o, como el segundo Glauco, te precipites en medio de las olas; o, como el tercero, que llevaba el mismo nombre, con la miel de Creta te sofoquen el aliento y apures con terror el brebaje que el sabio delatado por Anito apuró en otro tiempo con ánimo imperturbable. Si te entregas al amor, así te pase lo

que al desdichado Hemón, y como Macareo deshones a tu hermana y veas lo que el hijo de Héctor desde las patrias murallas cuando todo era ya presa del incendio. Borres con tu sangre tu oprobio, como el joven que tuvo por padre a su abuelo, y por horrible incesto debió la luz a su hermana. Penetre tus huesos un dardo de la especie de aquel que dicen mató al yerno de Ícaro, y una mano enemiga te ataje el uso de la palabra, como la que estranguló a un charlatán en su caballo de madera; o te trituren, como a Anaxarco, en el fondo de un mortero, donde suenen tus huesos quebrantados cual los granos de trigo que suele moler. Que Febo te precipite en el profundo Tártaro, como al padre de Samate, que hizo lo propio con su hija; que aniquile a los tuyos el monstruo vencido por la pujante mano de Corebo cuando acudió en socorro de los míseros habitantes de la Argólida; y en el destierro, como al hijo de Ethra, en quien Venus ejecutó su venganza, te despidan del carro tus espantados caballos. Que, como el huésped que asesinó a su joven alumno por apoderarse de sus cuantiosas riquezas, te asesine tu huésped por quitarte las exiguas que posees; como murió Damacsiton con sus seis hermanos, así perezca contigo todo tu linaje; y como aquel tañedor de lira que no quiso sobrevivir a la pérdida de sus hijos, así cobres justo aborrecimiento a la vida. Como la hermana de Pelops, tu cuerpo endurecido se convierta en una roca; o como Bato, te pierdas por la ligereza de la lengua. Si lanzas el disco en el aire vacío, caigas maltrecho por el golpe del mismo, como el hijo de Oebalo; y en cualquier ocasión que rompas las ondas con tus brazos, te sean

más funestas que las de Abidos. Como el poeta cómico que se ahogó nadando en mitad de la corriente, así las aguas de Estigia te corten la respiración, y si triunfas del naufragio y el mar proceloso, ojalá sucumbas, como Palinuro al pisar en tierra. La trailla de perros que escoltan a Diana te hagan piezas, como al poeta trágico; o te arroje de su boca el gigante de Sicilia, por donde el Etna vomita sus torbellinos de llamas. Las mujeres de Estrimón, tomándote por Orfeo, te laceren con uñas crueles los miembros; y como el hijo de Altea, quemado por un tizón invisible, un tizón encendido sea la pira que te consuma; o te abrasen con la corona de Fasis, como la nueva esposa, el padre de la misma y su casa entera. Como la sangre se difundió por todos los miembros de Hércules, así un virus letal corroa todo tu cuerpo y se revuelvan contra ti las nuevas armas con que el nieto de Pentecorvengó a su padre Licurgo; o, como Milón, intentes dividir una encina rajada y no puedas sacar de ella las manos cogidas. Con tus mismos presentes te destruyas, como Ícaro, en quien puso las manos homicidas una turba embriagada. Lo que hizo una tierna hija por el dolor que le produjo la muerte de su padre, hágaslo tú echándote al cuello un lazo que te estrangule. Que el hambre te aniquile encerrado entre las paredes de tu casa, como aquella a quien su propia madre impuso tan atroz suplicio; y violes las estatuas de Diana, imitando al que en sus veloces naves abandonó el puerto de Aulis. Como el hijo de Nauplio, pagues con la muerte un crimen supuesto y no halles consuelo en tu inocencia. Como a Etalio, te despoje de la vida un sacerdote de Isis, a quien

Io en memoria del crimen prohibió los actos sagrados. Como Melanteo, que buscando en la obscuridad su defensa fué descubierto por la lámpara de su madre, así en tu pecho se claven los dardos que te arrojen y halles la perdición donde esperabas el auxilio. Pases tal noche cual la del cobarde Frigio, a quien se prometieron los caballos del valeroso Aquiles, y no goces de sueño más tranquilo que Reso y sus compañeros ni en la expedición ni en la muerte; o como aquellos a quienes el audaz hijo de Hirtaco y su amigo sacrificaron junto con el Rútulo Ramnes. Del mismo modo que el hijo de Clinias, rodeado de espesas llamas, pénétró con los miembros medio quemados en la barca de Estigia; o cual a Remo, que osó franquear las recientes murallas, te hieran en la cabeza los rústicos dardos; y, por último, vivas y mueras en estos lugares siempre expuesto a las flechas de los sármatas y los getas.

Tales son los votos que por el momento te envía mi libro para que no te quejes de mi olvido. Confieso que son poca cosa; pero los dioses te den más de lo que les ruego y multipliquen mis votos con sus favores. Pronto leerás otros muchos y serás designado con tu verdadero nombre en aquella especie de versos que narran las sangrientas batallas.

FIN DE «EL IBIS»

NOTAS AL «IBIS»

Verso 9. *Quisquis is est.* — El sujeto a quien llama Ibis creyeron algunos que era su falso amigo Higinio; pero Denys de Salvainy sostiene que nació en Alejandría, donde este lindo pájaro se tiene en gran reverencia.

V. 35. *Fraterno... fumo.* — Las llamas de la hoguera que redujo a cenizas los cuerpos de Eteocles y Polinices.

V. 54. *Licambeo... sanguine.* — El yambo que usó Arquíloco en sus atroces invectivas contra Licambe.

V. 55. *Battiades.* — Calímaco, el hijo de Bato.

V. 90. *Päsiphäes.* — Dice Deny de Salvainy que no alude a Teseo, el yerno de Pasifae, sino a su amante el famoso adivino Glauco.

V. 93. *Fictum... nomem.* — Para que las imprecaciones tuviesen valor, precisaba nombrar a la persona contra quien iban dirigidas.

V. 178. *Quique agitur.* — Ixión.

V. 179. *Belides.* — Las Danaides.

V. 181. *Pater Pelopis.* — Tántalo.

V. 183. *Qui summus.* — El gigante Ticio.

V. 190. *Aeacus.* — El juez del infierno, hermano de Minos y Radamanto.

V. 202. *Cilissa.* — La Cilicia producía el mejor azafrán.

V. 216. *Lucida Maia.* — Maya, la hija de Atlas y madre de Mercurio.

V. 221. *Allia.* — Considerábase como uno de los días

más infaustos aquel en que el ejército romano fué derrotado a las márgenes del Alia.

V. 224. *Cinipham*. — Comarca al Norte de África, entre las dos Sirtes, que se suponía habitada por monstruos.

V. 255. *Herculis heres*. — Filoctetes, el hijo de Pean.

V. 257. *Qui bibit*. — Telefo, hijo de Hércules y de Augé, tuvo a una cierva por nodriza, y fué herido en el sitio de Troya por Aquiles.

V. 257. *In Aleia*. — Belerofonte, montado en el Pegaso triunfó de la Quimera, de las Amazonas y de cuantos enemigos le salieron al paso; pero se atrajo la cólera de los dioses, cayó de su alado corcel y murió en los campos de Aleya.

V. 261. *Amyntorides*. — Fénix, el hijo de Amintor, a quien su padre hizo saltar los ojos porque pretendió a una de sus concubinas.

V. 263. *Quem sua filia*. — Edipo se vació los ojos cuando supo los crímenes a que le había arrastrado el implacable destino.

V. 266. *Senex*. — Juno privó de la vista al adivino Tiresias por haberse declarado contra ella en la discusión que tuvo con su marido Júpiter, sobre si sentía más profundamente el amor el hombre o la mujer.

V. 267. *Quo praecipiente*. — Fineo enseñó a los Argonautas la ruta que debían seguir.

V. 269. *Quique oculis*. — Polymnestor, rey de Tracia, a quien Hécuba hizo saltar los ojos en venganza del asesinato de su hijo Polidoro.

V. 271. *Pastorut*. — Polifemo, a quien Ulises vació el único ojo de su frente con un tizón.

V. 272. *Telemus*. — Telemo vaticinó a Polifemo el daño que había de recibir por parte de Ulises.

V. 273. *Duo Phinidae*. — Crambis y Orinto, a quienes su padre redujo a la ceguera.

V. 274. *Thamyrae*. — Tamiras, discípulo de Lino, perdió la vista por desafiar en el canto a las Musas.

V. 274. *Demodocique*. — Cantor ciego que alegraba los festines de Alcinoos.

V. 275. *Saturnus*. — Cielo, padre de Saturno.

V. 278. *Frater et uxor*. — Ceis, hermano de Deucalión y esposo de Alcione.

V. 279. *Solertique*. — Ulises.

V. 282. *Viscera... scissa*. — Alude al suplicio de Metio Sufetio, condenado por su traición a que le despedazasen cuatro caballos.

V. 283. *Qui turpe putavit*. — Atilio Régulo aconsejó a sus compatriotas no aceptar las proposiciones de paz que ofrecían los Cartagineses, de quienes era prisionero, sabiendo los tormentos y la muerte que le esperaban.

V. 286. *Cui nihil profuit*. — Nada aprovechó al anciano Príamo abrazarse al ara de Júpiter Herceo, donde lo atravesó la espada de Pirro.

V. 287. *Thessalus*. — Eurialo y Corciro precipitaron de la cima del Osa a Tesalo, el hijo de Hémón.

V. 289. *Euryali*. — Eurialo, que empuñó el cetro a la muerte de Tesalo, fué devorado por unas serpientes.

V. 291. *Minoia fata*. — Minos, rey de Creta, ahogado en el baño por Cocalo, rey de Sicilia.

V. 293. *Prometheus*. — Es de todos harto conocido el castigo de Prometeo, por constituirse en bienhechor de los hombres.

V. 295. *Etracides*. — El hijo de Etraco, que por su valor se llamó el quinto Hércules, murió a manos del joven cillo Clebas, a quien amaba.

V. 297. *Amyntiaden*. — Filipo, el padre de Alejandro, muerto por Pausanias.

V. 300. *De Jove natus*. — Alejandro.

V. 301. *Capti... Achaei*. — Aqueo, el hijo de Andrómaca, muerto por Antfoco.

V. 303. *Achillidae*. — Pirro, rey del Epiro y descendiente de Aquiles, a quien una vieja mató en Argos tirándole una teja a la cabeza.

V. 305. *Pyrrhi*. — Pirro, el hijo de Aquiles, cuyos huesos fueron diseminados por los caminos de Ambracia.

V. 307. *Acacidæ*. — Heraclea, hija de Hierón, muerta a flechazos en el templo de Ceres.

V. 309. *Utque nepos*. — El nieto de Pirro, rey del Epiro, sostuvo la guerra contra Roma, y murió envenenado por su propia madre.

V. 312. *Leucon*. — Leucón mató a su hermano Espartaco, y fué muerto por su cuñada.

V. 315. *Utque Jovis Libyci*. — Cambises murió envuelto en las arenas de Libia cuando se disponía a saquear el templo de Júpiter Amnón.

V. 317. *Darci... secundi*. — Darío Oco, que castigó a los magos, sepultándolos en un lugar lleno de cenizas.

V. 319. *Sycione fugato*. — Neocles, tirano de Sicione.

V. 321. *Atarnites*. — Herinio, tirano de Atarna.

V. 323. *Phæraei*. — Alejandro, tirano de Fera.

V. 325. *Alebas*. — Alebas, tirano de Larisa, asesinado por sus guardias.

V. 331. *Amastriacis*. — Ciudad de Italia, fundada por Amastris, esposa de Dionisio Leneo, tirano de Heraclea, perseguido y muerto por Mitridates.

V. 335. *Vel qui*. — Héctor.

V. 337. — *Hippomeneide*. — La hija de Hipómenes, sorprendida en adulterio y encerrada con un caballo hambriento, que la devoró, mientras arrastraban a su amante por los campos del Ática.

V. 341. *Viscera... figat*. — Alude a Áyax, el hijo de Oileo.

V. 345. *Ut illi*. — Marsias.

V. 347. *Dryantidae*. — El hijo de Dryas, Licurgo, enemigo de Baco, que por cortar una cepa se cortó la pierna.

V. 349. *Oetareo*. — Hércules, muerto en el monte Oeta.

V. 349. *Gemeroque draconum*. — Atamas, hijo de Cadmo y Harmona, transformados en serpientes.

V. 350. *Tisamenique*. — Orestes, el padre de Tisamenes.

V. 350. *Callirrhoes*. — Alcmeón, el esposo de Calirroo, que enloqueció después de matar a su madre Erifile.

V. 351. *Matrona pudicior*. — Egialea, esposa de Diomedes y víctima de Venus.

V. 354. *Locris*. — Hypernestra.

V. 356. *Talai Tyudaveique*. — Agamenón.

V. 359. *Byblides et Canaces*. — Biblis fué la amante de su hermano Canno, y Canaces se desposó con su hermano Macareo.

V. 361 y 362. *Pelopea... Myrrha... Nyctimeneque*. — Pelopea tuvo tratos incestuosos con su padre Pelops, y Mirra y Nictimene con los suyos respectivos.

V. 364. *Pterela... Nise*. — La hija de Pterelao, rey de Tebas, y la de Niso, traicionaron a sus padres.

V. 365. *Locum sceleris*. — Tulia, mujer de Tarquino el Soberbio.

V. 368. *Piseae*. — Los amantes de Hipodamia, hija del rey de Pisa.

V. 370. *Iipse suo*. — Oenomano, padre de Hipodamia.

V. 372. *Myrtoae*. — Myrtilo, cochero de Oenomano, a quien traicionó por favorecer a Pelops, que le arrojó al mar, desde entonces llamado Mirto, cuando fué a reclamarle el premio de su traición.

V. 373. *Velocem... puellam*. — Los competidores de Atalanta en la carrera.

V. 375. *Ut qui tecta*. — Los jóvenes que enviaba Atenas a Creta en tributo al Minotauro.

V. 377. *Ut quorum Aeacides*. — Los dos jóvenes troyanos que Aquiles arrojó a la pira de Patroclo.

V. 381. *Bistoniae*. — Los de Lemnos, degollados por los de Esparta en el templo de Minerva.

V. 383. *Ut qui Threicie*. — Los que Diomedes, rey de Tracia, hacía devorar por sus caballos.

V. 385. *Therodamanteos*. — Las víctimas de los leones que servían de guardas a Terodamas.

V. 391. *Ut quos dux Paenus*. — Los senadores de Acerra muertos por los soldados de Cartago.

V. 395. *Ut jacet luctator*. — Anteo, derribado por los brazos de Hércules.

V. 398. *Lemnia turba*. — Las mujeres de Lemnos, que asesinaron a sus maridos.

V. 399. *Sacri monstrator*. — Trasilo, que incitó a Busiris a conseguir la lluvia por medio de sacrificios humanos, y fué víctima de sus consejos horribos.

V. 401. *Frater ut Anteaeci*. — Pigmalión.

V. 403. *Ut qui terribiles*. — Diomedes, rey de Tracia, muerto por Hércules.

V. 406. *Dexamenique*. — Curitión, hermano de Neso, muerto también por Hércules.

V. 407. *Un pronepos... tuus*. — Perifetes, a quien mató Teseo cerca del templo de Epidauro.

V. 408. *Coronides*. — Esculapio, hijo de Coronis.

V. 409. *Ut Sinis et Sciron*. — Bandoleros muertos por Teseo.

V. 409. *Natus*. — Procusto, el hijo de Polipemón.

V. 410. *Quique homo*. — El Minotauro.

V. 411. *Quique trabes*. — Pitocampo, muerto por Teseo.

V. 419. *Binominis Iri*. — Se llamaba Iro y también Arne.

V. 421. *Filius et Cereris*. — Pluto, hijo de Ceres y de Jasio.

V. 427. *Ut que pater*. — Erisicton, que vendía a su hija, habituada a tomar formas diversas, para calmar su hambre insaciable.

V. 429. *Nec dapis humanae.* — Tideo acompañó a Adrasto en la expedición contra Tebas, donde le hirió Menalipo, que a la vez cayó muerto por su mano. Anfiarao le cortó la cabeza y se la presentó a Tideo, que devoró buena parte de la misma, estremeciendo de horror a Minerva que acudía solícita con el remedio que curase la herida.

V. 432. *Solis... equi.* — El festín de Tiestes, que hizo recular a los caballos del Sol horrorizados.

V. 433. *Licaoniae.* — Licaón sirvió a los dioses los miembros de su hijo Pelops.

V. 436. *Tantalides, Teseidesque.* — Pelops e Itis, el último servido en la mesa a su padre por la misma madre.

V. 437. *Tua membra.* — Absirto, a quien mató Medea, esparciendo sus miembros por el campo para detener la persecución de su padre.

V. 439. *Aere Perilleo.* — El toro de Perilo.

V. 444. *Admeti... socer.* — Pelias, rey de Tesalia.

V. 445. *Tu voragine.* — Curtio se arrojó por patriotismo a la sima abierta ante sus ojos, sacrificando la vida por la victoria.

V. 447. *De dentibus orti.* — Los soldados de Cadmo.

V. 449. *Penthides.* — Se ignora quién sea este desdichado que provocó las imprecaciones del hijo de Penteo.

V. 451. *Volucris.* — El ibis.

V. 453. *Vulnera totque.* — Tal vez alude a Osiris.

V. 457. *Ut Attys.* — Atis, honestamente amado de Cibeles, se mutiló en un acceso de delirio.

V. 459. *Tuque pecus.* — Atalanta y su esposo convertidos en leones.

V. 461. *Limone.* — La hija de Atalanta.

V. 463. *Cassandreus.* — Apolodoro, tirano de Casandrea.

V. 465. *Ut Abantiades.* — Perseo, nieto de Abas.

V. 465. *Cyceneus.* — Acaso se refiere a Telefo.

- V. 468. *Theudotus*. — Se ignora quién es este sujeto.
- V. 469. *Abdera*. — La ciudad de Abdera lapidaba a principios de año una víctima humana por la salud común.
- V. 472. *Satus Hipponoo*. — El hijo de Hiponoo es Capaneo, uno de los siete contra Tebas; el padre de Dositoe, amante de Júpiter, es Atrax; la hermana de Antonoë, Semele, madre de Baco, y el sobrino de Maya, Jasio, hijo de Electra y Júpiter.
- V. 475. *Ferus Aelides*. — Sulfoneo.
- V. 475. *Ut cretus*. — Ismeneo, el hijo de Licaón.
- V. 477. *Ut Macedo*. — Se ignora quién es tal mujer.
- V. 481. *Speculantem*. — Acteón, destrozado por los perros de Diana.
- V. 484. *Nurus*. — Euridice, la esposa de Orfeo.
- V. 485. *Puer*. — Ofeltes, hijo de Licurgo.
- V. 486. *Cuspide*. — Laocón.
- V. 487. *Elpenore*. — Compañero de Ulises, que estando embriagado cayó de lo alto del palacio de Circe y se mató.
- V. 490. *Dryops*. — Licas.
- V. 496. *Legit opus*. — Cleombroto de Ambracia se arrojó de una torre después de leer el *Fedón*.
- V. 497. *Theseae*. — Egeo se precipitó desde una roca, engañado por el color de las velas de la nave en que regresaba Teseo.
- V. 498. *Missus puer*. — Astianacte, hijo de Héctor.
- V. 499. *Ut nutrix*. — Ino, hija de Atamas.
- V. 500. *Ut cui*. — Perdix, sobrino de Dádalos.
- V. 501. *Lydia... virgo*. — Ilice, la hija de Íbico.
- V. 505. *Licurgiden*. — Anceo, muerto por el jabalí de Calidón.
- V. 505. *Arbore natum*. — Adonis, el hijo de Myrra.
- V. 506. *Idmonaque*. — Idmón, hijo de Apolo y Asteria.
- V. 510. *Phryx*. — Atis y Nauclo de Berecinto.

V. 512. *Cressia*. — Los de Creta odiaban a los habitantes de Corcira por la muerte de su rey Minos.

V. 513. *Alevae*. — Escopas, que murió aplastado por el derrumbamiento de su casa.

V. 514. *Leopropidae*. — Simónides, el hijo de Leopropis.

V. 515. *Vel Evenus*. — Eveno de Etolia dió su nombre al río Licornas, y Tiberino, octavo rey de Alba, al Tiber.

V. 519. *Brotean*. — Erictonio, hijo de Minerva y Vulcano.

V. 521. *Inclusus... cavea*. — Callístenes, que murió encerrado en una caja.

V. 523. *Pugnacis iambi*. — Arquíloco.

V. 525. *Qui laesit*. — Hiponax.

V. 527. *Lirae vates*. — Estesicoro o Alceo.

V. 536. *Anque creatus*. — Penteo, nieto de Cadmo, y muerto por su madre, Agave.

V. 538. *Conjux Lyci*. — Dirce.

V. 539. *Pellex invita*. — Filomela.

V. 541. *Blaesus*. — Ciniras, el padre de Adonis.

V. 545. *Fixus*. — Prometeo.

V. 550. *Mimnermi*. — Mimnermo, poeta elegíaco de Colofón.

V. 551. *Syracosio*. — El poeta Empídocles.

V. 554. *Ut Phrygium*. — Marsias.

V. 557. *Potniadum*. — Las yeguas devoraron a Glauco de Potnia.

V. 560. *Gnosia*. — Glauco el de Creta.

V. 561. *Anyti*. — Sócrates.

V. 563. *Aemone*. — Hemón se suicidó sobre la tumba de Antígona.

V. 567. *Avo genitore*. — Adonis, el hijo de Ciniras y Myrra.

V. 570. *Icarü... gener*. — Ulises, muerto por el dardo de Telegón, hijo que tuvo de Circe.

V. 571. *Utque locuax.* — Anticlo, estrangulado por Ulises.

V. 573. *Anaxarcus.* — Nicocreón, tirano de Chipre, castigó a Anaxarco con este horrendo suplicio.

V. 575. *Psamethes.* — Crotopo, rey de Argos, muerto del mismo modo que él mató a su hija.

V. 579. *Nepos Aethrae.* — Hipólito.

V. 581. *Hospes.* — Polymnestor, rey de Tracia, mató a Polidoro, el hijo más joven de Príamo, y sepultó su cadáver en las olas por apoderarse de sus tesoros. Hécula vengó tan atroz felonía.

V. 582. *Damasichthone.* — Así se llamaba uno de los hijos de Níobe, que pereció con todos sus hermanos.

V. 585. *Ut fidicen.* — Anfión, el esposo de Níobe.

V. 587. *Soror Pelopis.* — Níobe.

V. 588. *Battus.* — Bato, castigado por Mercurio.

V. 590. *Oebalides.* — Jacinto, el hijo de Oebalo.

V. 592. *Abydena.* — El estrecho de Abidos, donde se ahogó Leandro.

V. 593. *Comicus.* — Eupolis, ahogado en el estrecho de los Dardanelos.

V. 597. *Cothurnatum vatem.* — Eurípides, devorado por los perros.

V. 602. *Strimoniae.* — Las Bacantes.

V. 603. *Altaeae.* — Meleagro.

V. 605. *Nova nupta.* — Creusa en el momento de casarse con Jasón.

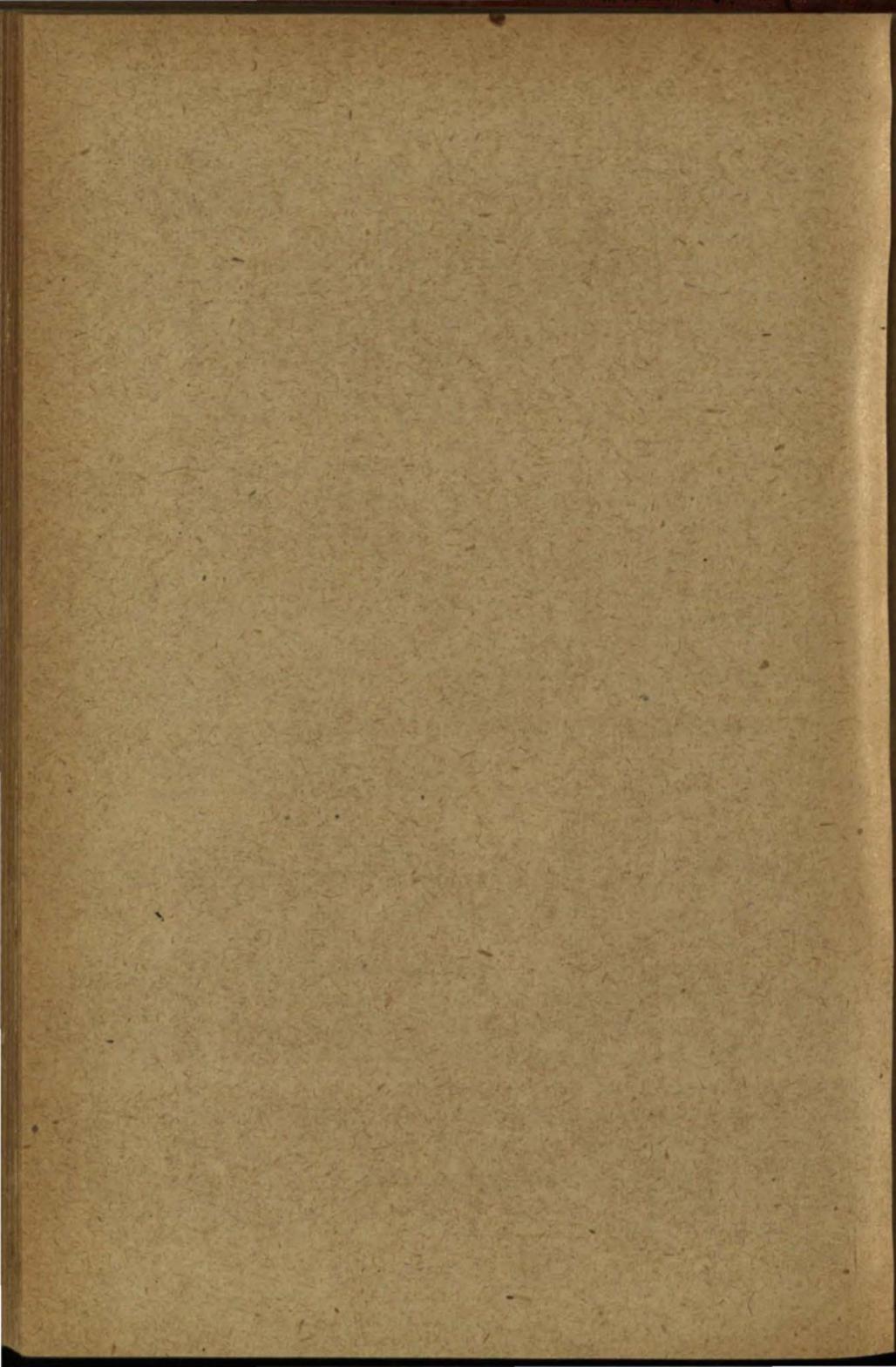
V. 609. *Penthiden.* — Butes, el hijo de Licurgo, que condenó a muerte a todos los sacerdotes de Baco.

V. 613. *Ut Icarus.* — Ícaro, padre de Erigone, muerto por los de Ática, embriagados con el vino que les regalara.

V. 618. *Ipsa parens.* — Alude a la muerte de Pausanias.

V. 619. *Illius exemplo.* — Áyax, el hijo de Oileo.

- V. 621. *Naupliadaeve*. — Palamedes, el hijo de Nauplio.
- V. 630. *Prhygi*. — Dolón, el hijo de Eumedes.
- V. 634. *Hyrtaeides*. — Niso y Eurialo.
- V. 635. *Cliniadaeve*. — Alcibíades.
- V. 646. *El pede*. — En versos yámbicos.



EL NOGAL

Nogal plantado a la vera del camino, sin que me valga la inocencia, véome atacado por las piedras de los viandantes, pena que suelen padecer los criminales cogidos infraganti, cuando la cólera popular se anticipa a la lentitud del proceso. Mas yo en nada pequé, si no se juzga pecado el rendir frutos anuales a quien me cultiva. En tiempos más dichosos los árboles se disputaban el honor de la fertilidad, y a la llegada de los frutos, los dueños, reconocidos, adornaban con guirnaldas a los dioses campestres. Así, con frecuencia, ¡oh Bacol, admirabas tus racimos; Minerva admiraba sus olivas, y el exceso de producción hubiera sido dañoso a los árboles, si una larga horquilla no sustentara las ramas inclinadas. ¿Qué más? Las mujeres seguían nuestro ejemplo en los partos, y ninguna de aquel tiempo era infecunda. Pero así que a los plátanos, que ofrecen una estéril sombra, se tributó honra superior que a los demás árboles, nosotros, los productivos, si el nogal merece contarse entre ellos, comenzamos a desarrollar una frondosidad excesiva, no brindamos ya frutos anuales, y la uva llega dañada al lagar lo mismo que la oliva. Hoy la que quiere conservarse hermosa corrompe los gér-

menes vitales, y es rara la mujer que en este siglo no se niega a ser madre. Ciertamente puedo lamentarme lo mismo que Clitemnestra, y viviría más tranquilo si nada produjese. Sepa la vid los peligros de su fecundidad, y destruirá las nacientes uvas; sépalos el árbol de Palas, y nos negará sus olivas. Que el manzano y el peral lleguen a este conocimiento, y uno y otro producirán vana hojarasca. Que lo entienda así el cerezo, que se distingue por sus frutos de vario color, y bien pronto se convertirá en un seco tronco. No los envidio; mas ¿por qué se perdona sólo al árbol que ostenta inútil follaje? Fijaos en las hileras de árboles que nada han padecido: es que no tienen nada que los exponga a los golpes. Yo, al contrario, veo mutiladas mis ramas por crudas heridas, y muestro mi cuerpo desnudo porque me arrancaron la corteza; ruindad que no la comete el odio, sino la esperanza de la rapiña; que los otros lleven frutos, y se quejarán igualmente. Así es casi siempre perseguido aquel de cuya ruina alguien espera lucrarse. Así teme las emboscadas el viajero que lleva consigo cosas de valor; el que nada lleva, recorre seguro su camino. Así yo sólo soy apedreado porque doy pábulo a tales ataques; los demás conservan intacto su follaje.

Si algunos, próximos a mí, reciben heridas y sus ramas desgajadas caen al suelo, no es de ellos la culpa; mi vecindad les causa el daño, reciben las piedras que se tiran contra mí. Que no se me dé crédito si los árboles que se hallan más lejos no conservan, sin detrimento, sus nativas hojas; por esto, si discurren y articulasen palabras, los más próximos maldecirían mi funesta sombra. ¡Cuán desventurado el que

se conceita el odio tras los ultrajes y oye cómo se le acusa por su dañosa vecindad!

Te figuras que debo solícitos cuidados al colono laborioso, y no me da otro que un pedazo de tierra. Nazco espontáneamente y con facilidad en un campo sin cultivo, y parte del lugar que ocupo pertenece a la vía pública. Para no perjudicar a los sembrados, pues cobro fama de serles nocivo, se me ha plantado en los extremos de un lindero, y ni la hoz de Saturno poda mis abundantes ramas, ni el cavador remueve mi tierra endurecida. Aunque esté a punto de perecer por la sequedad y los ardores del Sol, nadie me dirige un surco de agua que me reanime; pero así que mi nuevo fruto rompe la seca corteza, entra en acción la pértiga que sacude mis cargadas ramas con bárbaros golpes, como si fuesen pocas mis quejas por el estrago de las piedras. Caen las nueces, que se sirven en las segundas mesas, y el granjero económico las recoge y las guarda.

Los niños, en sus juegos, ya puestos de pie, las dividen con el golpe certero de otra nuez, ya inclinándose, las empujan una o más veces con el dedo. Con ellas también se apuesta a pares o nonees, y es el ganancioso el que adivina lo cierto. Asimismo se traza con clarión una figura semejante a la constelación Delta, o la cuarta letra del alfabeto griego, sobre la cual se trazan varias líneas, se lanza una varilla, y el jugador gana tantas nueces como indica el punto donde toca. Otros colocan a regular distancia un vaso vacío, en el que debe caer la nuez lanzada con segura mano. Dichoso el árbol que nació en campo retirado y reserva sus tributos sólo para su dueño. No

oye el bullicio de la gente, ni el rechinar de las ruedas, ni se pone polvoriento por la vecindad del camino. Puede brindar a su amo cuanto produce y darle cuenta exacta de los frutos que lleva; mas a los míos nunca se les permite llegar a la madurez; se me arrebatan antes de la sazón, cuando la frágil corteza sólo recubre por fuera un germen lechoso, y los daños que sufró no sirven a nadie de utilidad. Siempre hay quien me hiera a pedradas y conquiste con sus prematuros ataques un fruto sin valor. Si hiciese la cuenta de los que me roban y de los que me respetan, verías, viajero, que te llevabas mejor parte que mi dueño. A veces, alguno que contempla mi copa desnuda de hojas, se figura que el estrago ha sido obra del Bóreas enfurecido; quién me cree despojado por el ardor del estío, quién por el hielo, y no falta alguno que achaque el desastre a la violencia del granizo. Pero ni el granizo, terror del afanoso labriego, ni el viento, ni el sol, ni el hielo tienen la culpa. Me daña el fruto, me perjudica la fecundidad, me aniquilan mis riquezas, que para otros muchos constituyen una fuente de males, como lo fueron para ti, ¡oh Polidorol, y para el jefe Aonio, incitado a la guerra por la codicia inicua de su esposa. Seguros hubiesen permanecido los jardines del rey de Hesperia, si en ellos no se alzase un árbol de incalculables riquezas. Las zarzas, las espinas nacidas para herir y los árboles que se les parecen, se defienden y aseguran con la venganza; pero yo, que no ofendo a nadie ni me vengo con ramas espinosas, véome acometido por la nube de piedras que me arrojan manos ávidas y perversas. ¿Qué sería de mí si, cuando la tierra se hiende en la

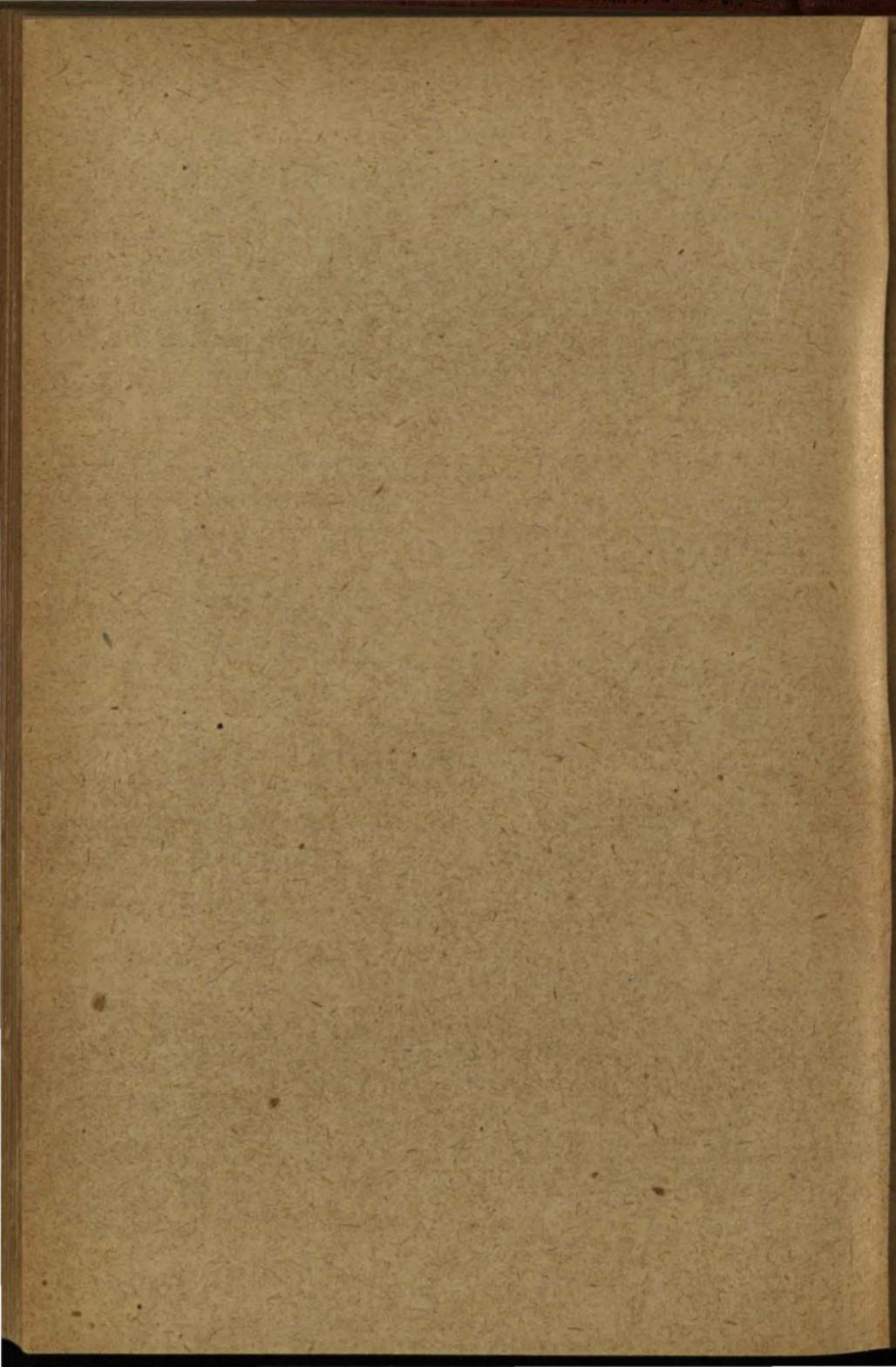
ardiente canícula, no prestase plácida sombra a los que huyen los ardores del Sol? ¿Qué, si no ofreciese refugio a los que corren a guarecerse del aluvión cuando las nubes descargan una lluvia inesperada? Y prestando solícito tantos servicios, realizando tan buenas obras, en cambio me acribillan a pedradas. Encima de estos ultrajes aún he de tolerar los reproches de mi dueño, porque soy la causa de que su campo se llene de guijarros; y así limpia de ellos la tierra, los amontona en el camino, y el pasajero siempre encuentra provisión de dardos que lanzarme. Sólo me aprovechan los fríos aborrecidos del invierno; sus rigores garantizan mi seguridad. Cierto que entonces me hallo desnudo, pero esa desnudez me salva, pues el enemigo no descubre en mí despojos que le aprovechen; mas si cargo el ramaje de frutos, las piedras llueven sobre mí como una granizada. Acaso alguien exclame: «Es lícito coger lo que se extiende al dominio público, derecho que pertenece a los grandes caminos.» Si es así, viajero perverso, roba las olivas, siega las mieses, arranca las legumbres del campo vecino, y con la misma insolencia penetra por las puertas de la ciudad, y, ¡oh Rómulo!, que tus muros consagren tal saqueo.

Apodérese el primer audaz de la plata que vea en el mostrador de una tienda, el segundo de los diamantes; éste robe el oro y aquél las piedras preciosas, y álcese con todas las riquezas a que lleguen sus manos. Pero ni esto sucede, ni el ladrón robará impunemente mientras César rija el Imperio con tanta solitud. Este dios no sólo conserva la paz dentro del recinto de las murallas, sino que extiende por

todo el orbè su benéfico influjo. Mas, ¡ay!, ¿de qué me aprovecha, si en pleno día y a la vista de todos me siento maltratado, y no se me permite la menor seguridad? Así no veréis colgar los nidos en mis ramas, ni a ninguna ave permanecer entre mi espesura; en cambio, se detiene la piedra que cae en una rama bifurcada, como el vencedor en la fortaleza que acaba de expugnar.

Son muchos los crímenes que el reo puede con frecuencia negar, y la noche se encarga, por su parte, de ocultarlos; pero el jugo de la nuez denuncia a mi ofensor, ennegreciendo las manos que tocan su corteza; es mi sangre, y no hay agua que lave la diestra manchada con ella. ¡Ay de mí, cuántas veces hastiado de mi larga vida, cuántas veces deseo secarme y morir. Cuántas veces deseé que me descuajara la rabia del huracán, o me abrasara el fuego destructor del rayo. Ojalá súbita tempestad me arrebatase los frutos, o yo mismo pudiese sacudirlos de mis ramas; así, ¡oh castor del Ponto!, arrancándote tú mismo la parte que ocasiona tu peligro, puedes conservar seguro lo restante. Pero ¿qué resolución he de tomar, cuando el viajero coge las piedras y pone su mirada en el punto donde me ha de herir? Yo no puedo evitar sus crueles ataques mudando de sitio; las raíces, como lazos poderosos, me encadenan al suelo, y ofrezco el cuerpo a los golpes, como a las saetas el criminal a quien el pueblo impide que se le quiten las esposas, como la cándida vaca que ve alzarse sobre su cabeza la pesada segur o el reluciente cuchillo que ha de traspasar su cuello. Pensasteis mil veces que mis hojas se estremecían por el viento, y era el

miedo quien causaba mis temores. Si lo merezco, y me juzgáis culpable, arrojadme a las llamas, alimentad con los despojos de mi cuerpo vuestros humeantes fogones. Si lo merezco, y me creéis culpable, destrozadme con el hierro, y que sufra a lo menos un solo suplicio. Si no hay razón para que me queméis o destrocéis, perdonadme y proseguid vuestro camino.



NOTAS AL «NOGAL»

Verso 1. *Nux ego juncta.* — Un epigrama griego, atribuído por unos a Platón y por otros a Sidonio Apolinar, sugirió a Ovidio la idea de *El Nogal*; y, según Erasmo, bajo el símbolo de este árbol quiso zaherir los vicios de su siglo, contraponiéndolos a la sencillez primitiva, si ya no es la personificación de sí mismo, blanco de cien ultrajes y peligros por la fecundidad de su ingenio, que no siempre supo contener en los límites de la moderación.

V. 17. *Postquam platanis.* — Tanto se estimaban los plátanos, que Plinio, el naturalista, dice que eran alimentados con vino.

V. 26. *Clytemnestra.* — Muerta por su hijo Orestes en venganza del asesinato de Agamenón.

V. 71. *Mensis secundis.* — Los postres se tomaban en una segunda mesa.

V. 73. *Has puer.* — El pasaje resulta difícil de interpretar por las incompletas noticias que tenemos de los juegos de aquella época.

V. 109. *Polydore.* — Ya creemos haber dicho en otro lugar que Polidoro, hijo de Príamo y Hécuba, cuando Troya estaba a punto de sucumbir, fué confiado, con una respetable suma de dinero, a Polymnestor, rey de Tracia, quien le mató y arrojó al mar su cadáver por apoderarse de su tesoro.

V. 110. *Missit in arma.* — El adivino Anfiarao murió en la guerra de Troya por la codicia de su esposa, Erifile.

V. 111. *Hesperii regis.* — Los jardines de las Hespérides.

V. 166. *Pontice castor.* — El castor del Ponto segrega cierta substancia odorífera, que dió pábulo a la disparatada creencia de que se mutilaba para librarse de la persecución.

EL PESCADOR

El mundo recibió sus leyes, dió armas a todos los seres y el instinto de conservación. Así, amenaza el novillo, a quien no apuntan todavía los cuernos en la frente; así, el gamo huye de su perseguidor, los leones luchan esforzados, el perro ofende con los dientes, el escorpión con la punta de la cola y el ave ligera-escapa agitando sus alas. Todos temen la muerte, que desconocen; presienten al enemigo, y para resistirle cuentan con la eficacia de sus armas y saben el modo de emplearlas. Así, el escaro que cayó preso bajo las ondas recela el peligro oculto en el cebo del pescador, y no se atreve a romper de frente las mallas; pero retrocede en sentido opuesto, y sacudiendo con violencia la cola, la ensancha hasta recobrar en las aguas su libertad; y si en el momento que forceja nadando hacia atrás, advierte que lucha por librarse de la nasa otro escaro, le tira de la cola, secunda sus esfuerzos y facilita su evasión.

La sepia tarda en huir; si acaso es sorprendida bajo las claras ondas y nota que se le acercan las manos dispuestas a cogerla, vomita, para enturbiar la transparencia del agua, un negro licor, que cela

su fuga, desapareciendo a los ojos que la persiguen. El lobo, cogido en la red sin que le estorbe su gordura y peso, remueve con la cola la arena donde yace; después se lanza brioso, y con su salto burla los engaños del pescador. La feroz murena, confiada en la fuerza de su espalda resbaladiza, dispone de medios para ensanchar las mallas de la red, y se eleva, tras recias sacudidas, enseñando a las otras el modo de imitarla, con que desespera al pescador. El pólipo perezoso, al contrario, con los tentáculos de su cuerpo se adhiere a las peñas y, astuto, elude el peligro de la red; cambia a menudo de color, lo toma semejante al lugar en que habita, y cuando pica con avidez el cebo suspendido en el sedal, burlándose del pescador, que levanta la caña sin presa, desvía los brazos y suelta el anzuelo que acaba de despojar. El pez mujol golpea con la cola el cebo doloso, lo quita de su sitio y lo devora. El lobo, arrebatado por la furia, se revuelve de aquí para allá, sigue el impulso de las olas, forceja con la cabeza hasta que dilata la herida, y el cruel anzuelo cae de su boca desgarrada. La murena sabe cuál es el poder de sus medios ofensivos, confía su salvación a la fortaleza de los dientes, y, cautiva, redobla sus amenazas. El antias se prevale de las espinas que erizan su espalda, y, seguro de su fuerza, se coloca en posición supina, corta el hilo y devora el cebo fijo en su extremidad.

Los restantes animales que habitan las opacas selvas, u obedecen al influjo de vanos temores, o una ciega audacia los precipita en los peligros. La misma Naturaleza les enseña a huir o luchar. El león, impávido, se arroja sobre la turba de los cazadores y des-

cubre el cuerpo a los dardos que le asestan; en el combate enardece su confianza y bravura, sacude la melena, con la cólera centuplica sus fuerzas y con su arrojo temerario se anticipa la muerte. El oso repulsivo que vino rodeando de los antros de Lucania, ¿qué es sino una masa inerte, de entendimiento estólido y feroz? El jabalí, hostigado, revela su cólera con las cerdas erizadas, se precipita veloz, se revuelve sobre la herida del hierro enemigo, y muere así que éste le traspasa las entrañas. Otros, confiados en la ligereza de sus pies, huyen de la persecución, como la tímida liebre, el gamo de rojiza espalda y el ciervo veloz, incitado por un miedo que nunca le abandona; es la misma Naturaleza la que los impulsa a la fuga o la acometida.

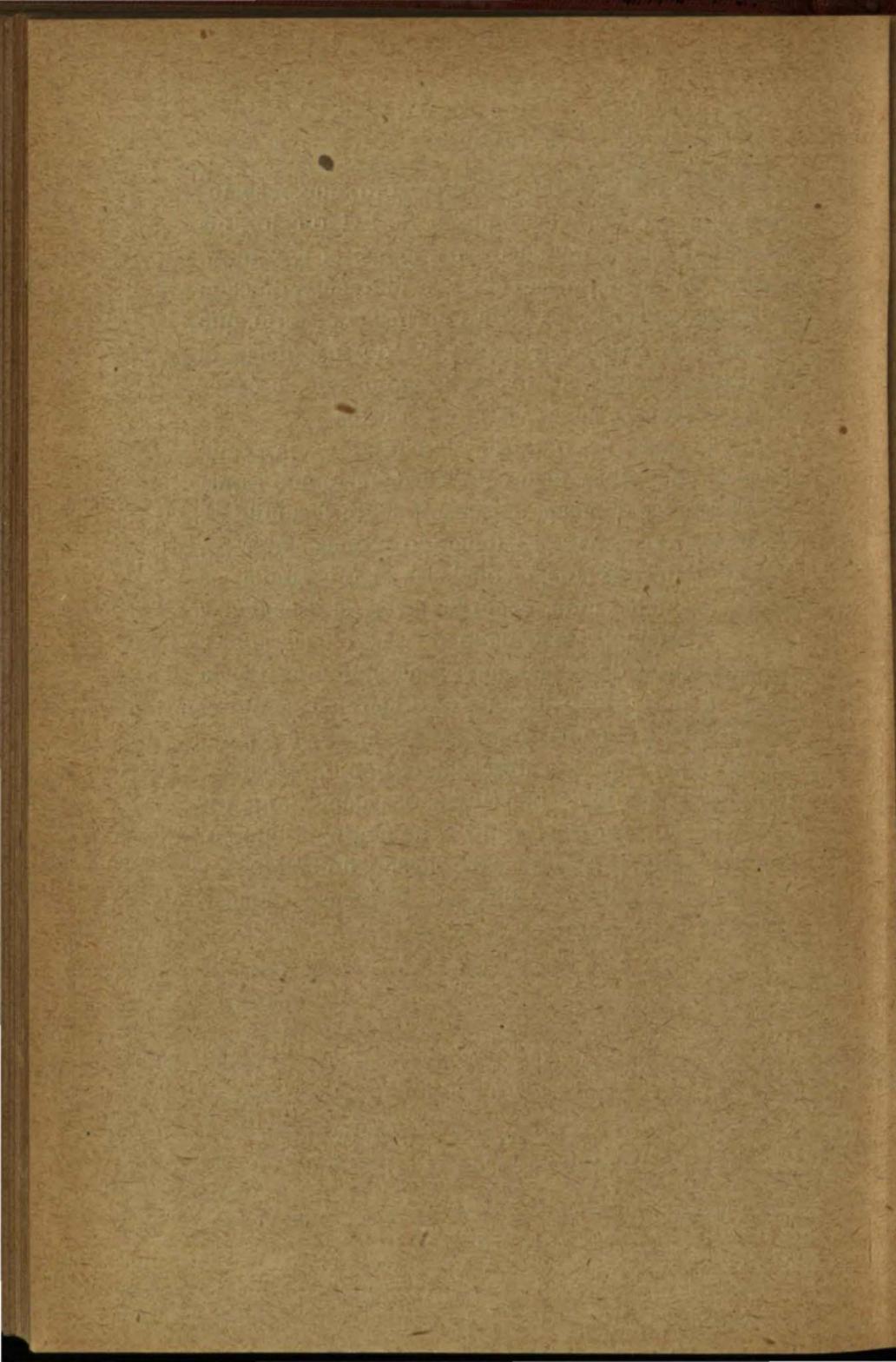
El honor más generoso, la gloria más alta corresponden al caballo, porque sabe ambicionar la palma y regocijarse con el triunfo. ¿No ves al vencedor que mereció la corona por haber recorrido siete veces la arena del circo, con qué arrogancia levanta en alto la cabeza y se enorgullece con el aplauso popular? ¡Qué altivez cuando cubre su cuerpo con la piel de un león que ayudó a derribar! ¡Qué gallardía en su porte cuando, de regreso, huella la tierra con el casco resonante, y conduce los despojos arrebatados al enemigo! ¿Cuál deberá ser la primera alabanza de los perros? ¡Qué audacia tan pujante!, ¡qué sagacidad en la cacería!, ¡qué infatigables en la carrera! Ya con las narices elevadas olfatean el viento; ya con la cabeza baja buscan las huellas de la presa, la levantan con sus ladridos, que avisan al cazador, y si logra escapar de los dardos, la persiguen por todos los cerros

y todos los campos. El cazador descansa en su fino instinto y pone en él toda su confianza.

En la pesca, sin embargo, no te aconsejaré que te aventures en alta mar, ni que sondees los profundos abismos; te será más provechoso guardar un justo medio. Si el suelo es peñascoso, conviene emplear la nasa de flexibles mimbres; si es de fina arena, pide la red. Observa si algún monte elevado proyecta su opaca sombra sobre las ondas, porque hay peces que la buscan y otros que la huyen; y si las aguas reverdecen con el color de las hierbas que brotan en su fondo.... Ármese el pescador de paciencia, y ocúltese entre las tiernas algas. La Naturaleza varía los sitios del mar profundo, y no quiso que por igual conviniessen a todos los peces. Los unos gozan viviendo en alta mar, como los escombrs, los bueyes, los hipuros veloces y los milanos, de negra espalda; el precioso helops, desconocido en nuestras costas; el duro xípias, tan peligroso como una espada, y los temidos atunes, que huyen en bandas numerosas; la pequeña rémora, que retarda, ¡cosa admirable!, la marcha de las naves, y tú, pompilo, que las acompaña, siguiendo la estela de blanca espuma que dejan tras sí en el curso de las olas; el feroz cerciro, que habita los peñascos; el cantaro, de carne ingrata al paladar; el orfás, semejante a éste en el color, y el eritino, que enrojece las ondas azuladas; el sargo, que se distingue por sus manchas y sus aletas, y la espérula, de hermosa cabeza sobredorada; el pagur rutilante y los rojos sinodontes, y la meuna, que se reproduce por sí misma sin necesidad de unirse a otra, y el saxatilo, de verdes escamas y boca diminuta; el raro falero

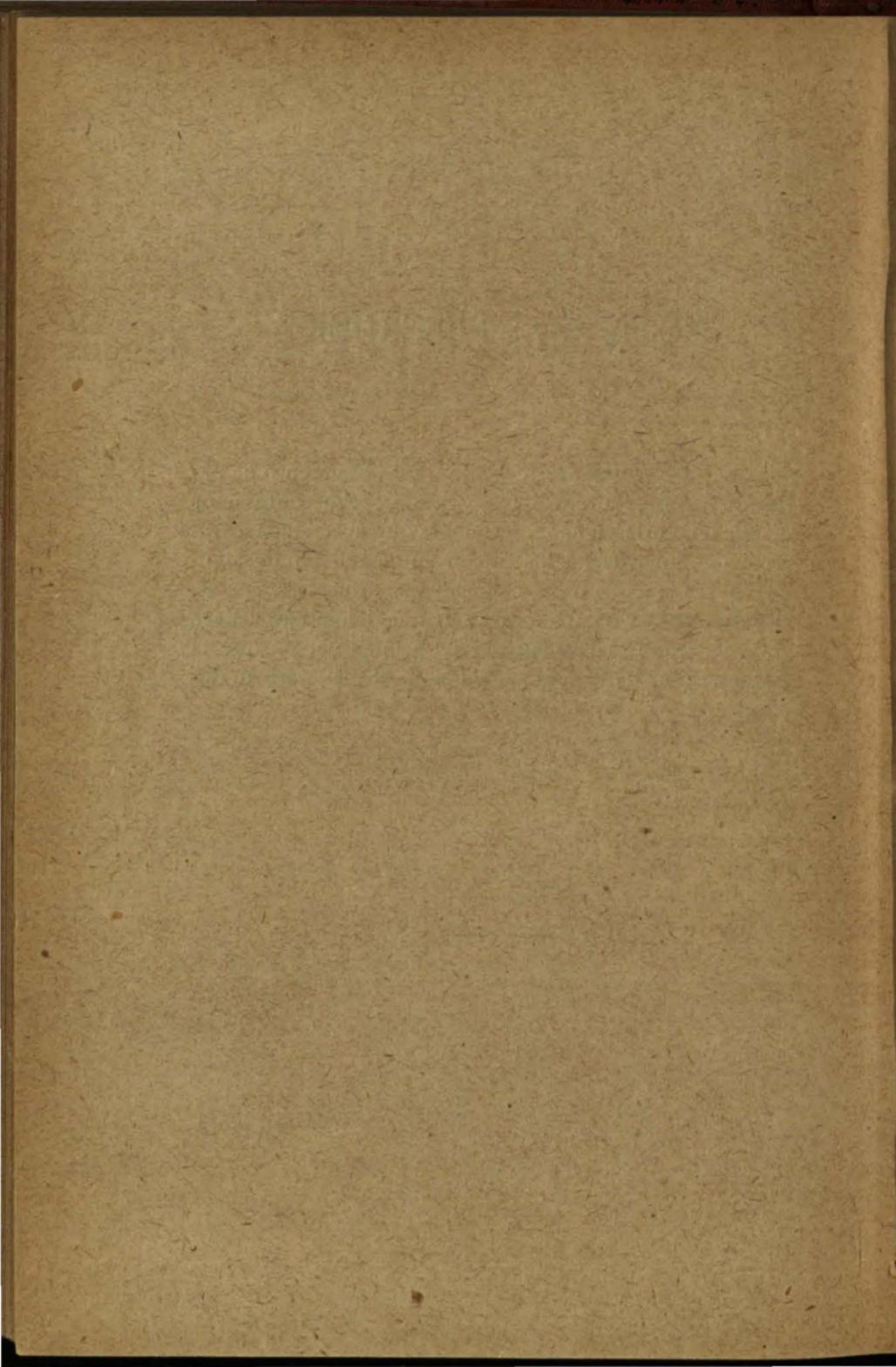
y el marmiro punteado, y el crisógoro, que resplandece como el oro, y los ombros, de lívido color; los veloces lobos, las perchas y los tragos; el melanuro, insigne por su hermosa cola, y la murena, salpicada de áureas manchas; los verdes mirtos; el congrio, que produce tan crueles heridas a los de su especie; el escorpión, temible por los recios golpes de su cabeza, y los glaucos, jamás vistos en el estfo.

Otros peces, al contrario, descansan en la arena cubierta de hierbas, como el escaro, único que rumia en los prados; el mena, de sorprendente fecundidad; el lamiros, el esmaro, el inmundo cromis, la salpa, con razón despreciada, y aquel que bajo las ondas se fabrica su dulce nido, como las aves; el escualo, el mulo, ligeramente manchado de sangre; las sobas, deslumbrantes de blancura; el pájaro, que las iguala en el color; el rodaballo, que se admira en el litoral del Adriático; el ancho epodo, y las ranas, de blando cuerpo... aparecen los últimos...; el gobio, resbaladizo y de espinas poco punzantes; el calamar, que esconde en su níveo cuerpo un virus negro; el puerco, de dura carne; el sinuoso caro; el asno, no merecedor de nombre tan despreciable, y el accipenser, famoso en las costas extranjeras...



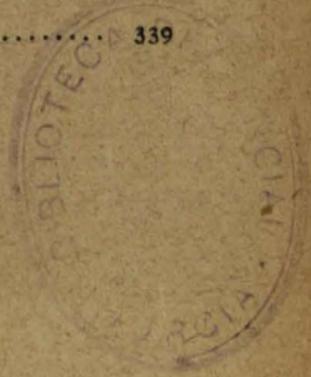
NOTA AL «PESCADOR»

V. 1. *Dedit arma per omnes.* — Este fragmento ha padecido notables alteraciones, y desde luego confesamos no ser tan entendidos en Ictiología que acertemos a traducir los nombres (si los tienen en castellano) de algunos peces poco o nada conocidos en nuestras costas, cuyas astucias y recursos para salvarse del peligro refiere el poeta, confirmando la tesis del primer verso: que la Naturaleza ha dado a todos los seres armas para su defensa.



ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Argumento de <i>Los Fastos</i>	5
LOS FASTOS :	
Libro primero.....	59
— segundo.....	85
— tercero.....	116
— cuarto.....	148
— quinto.....	183
— sexto.....	210
Notas a <i>Los Fastos</i>	241
EL IBIS	289
Notas al <i>Ibis</i>	311
EL NOGAL	323
Notas al <i>Nogal</i>	331
EL PESCADOR	333
Nota al <i>Pescador</i>	339



INDEX

1891

1892

1893

1894

1895

1896

1897

1898

1899

1900

1901

1902

1903

1904

1905

1906

1907

1908

1909

1910

1911

1912

1913

1914

1915

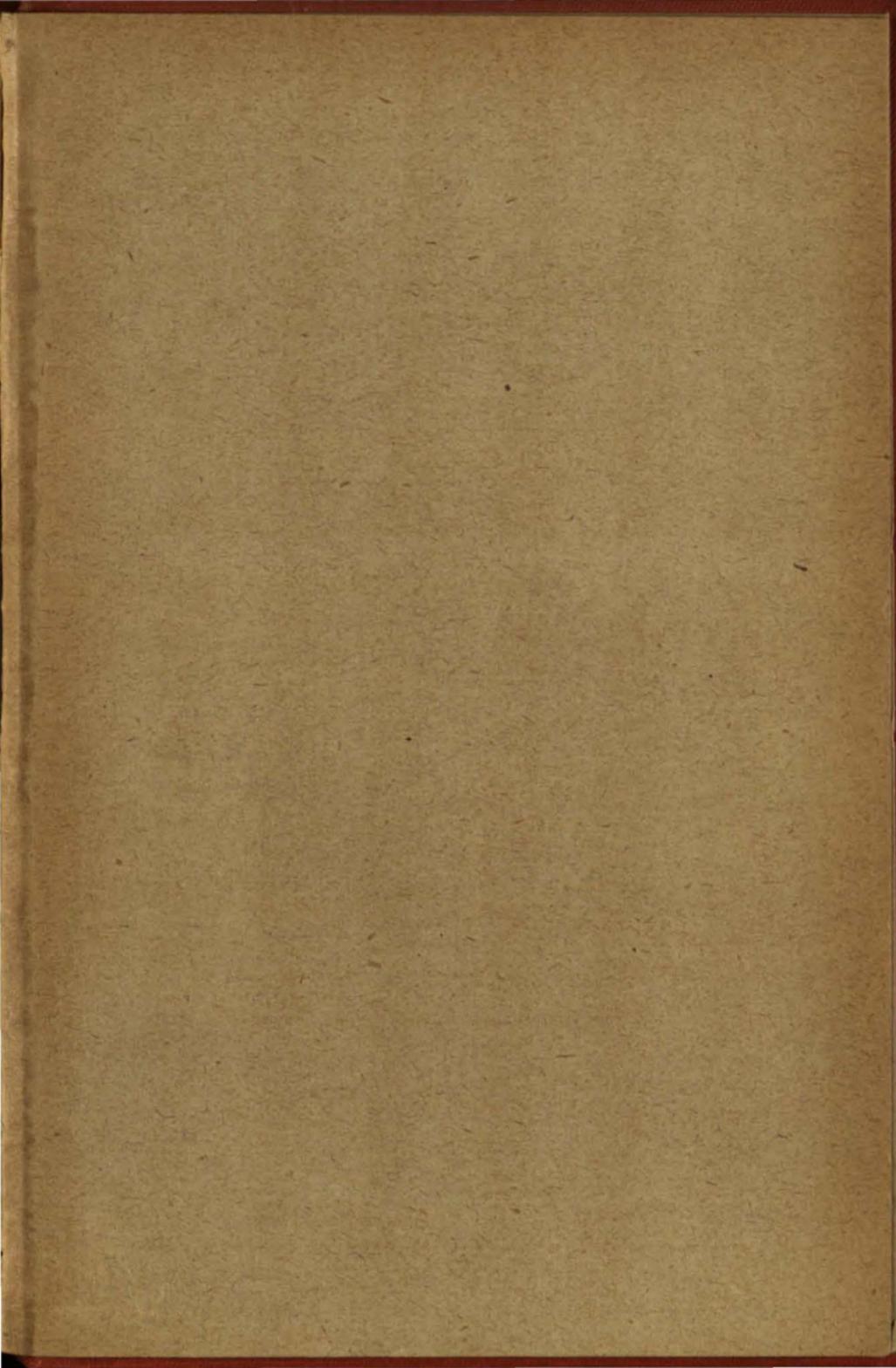
1916

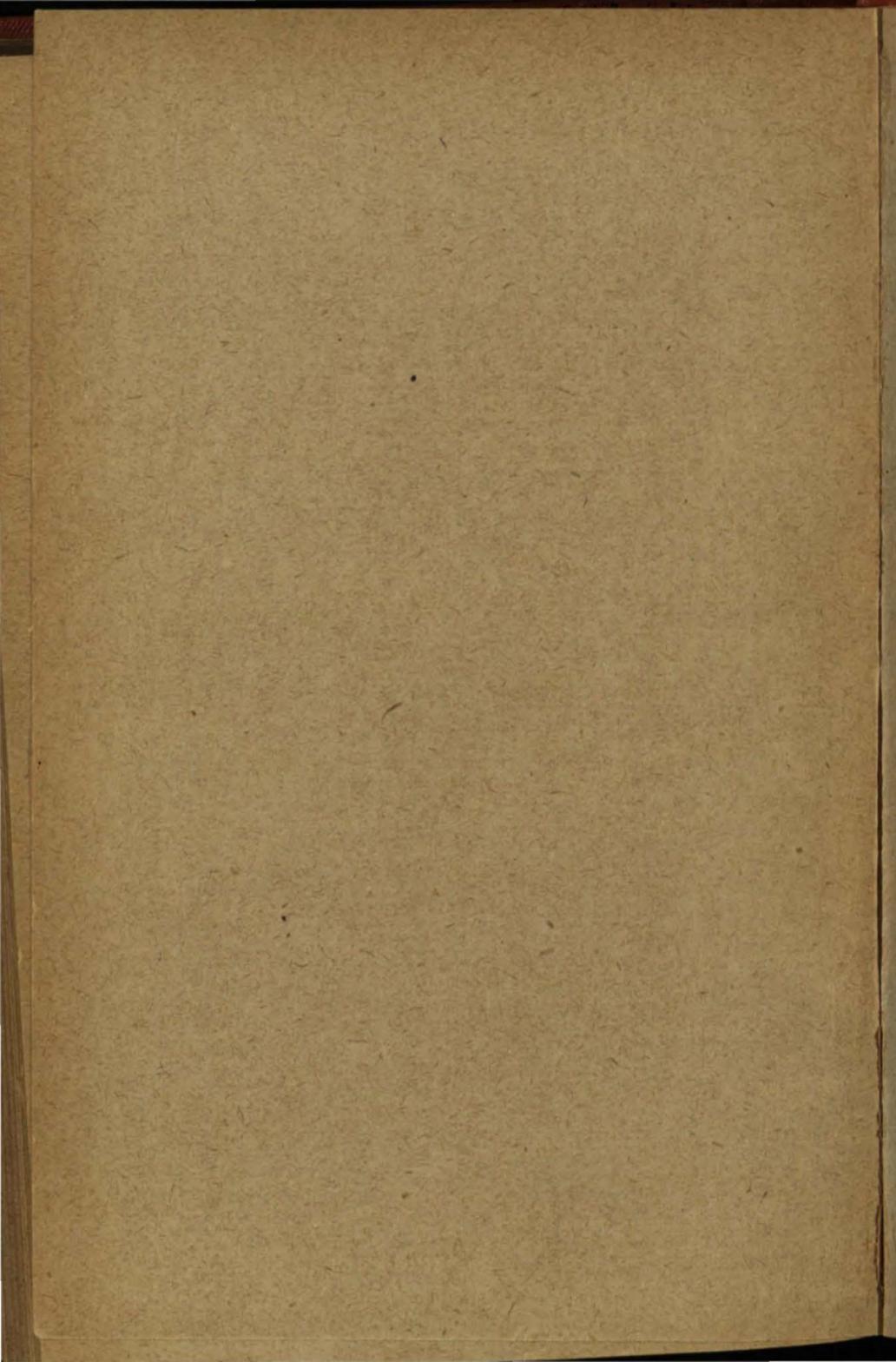
1917

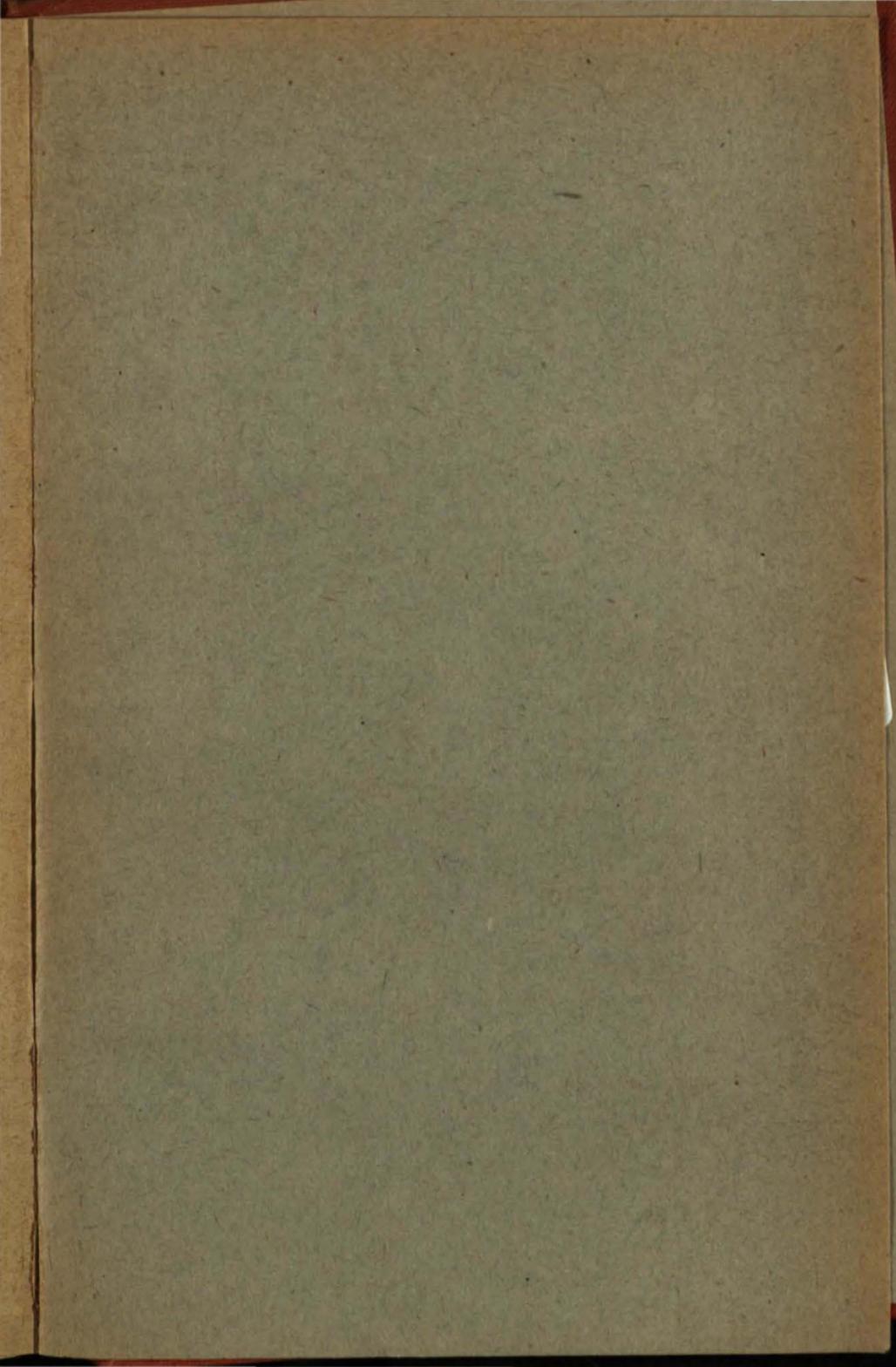
1918

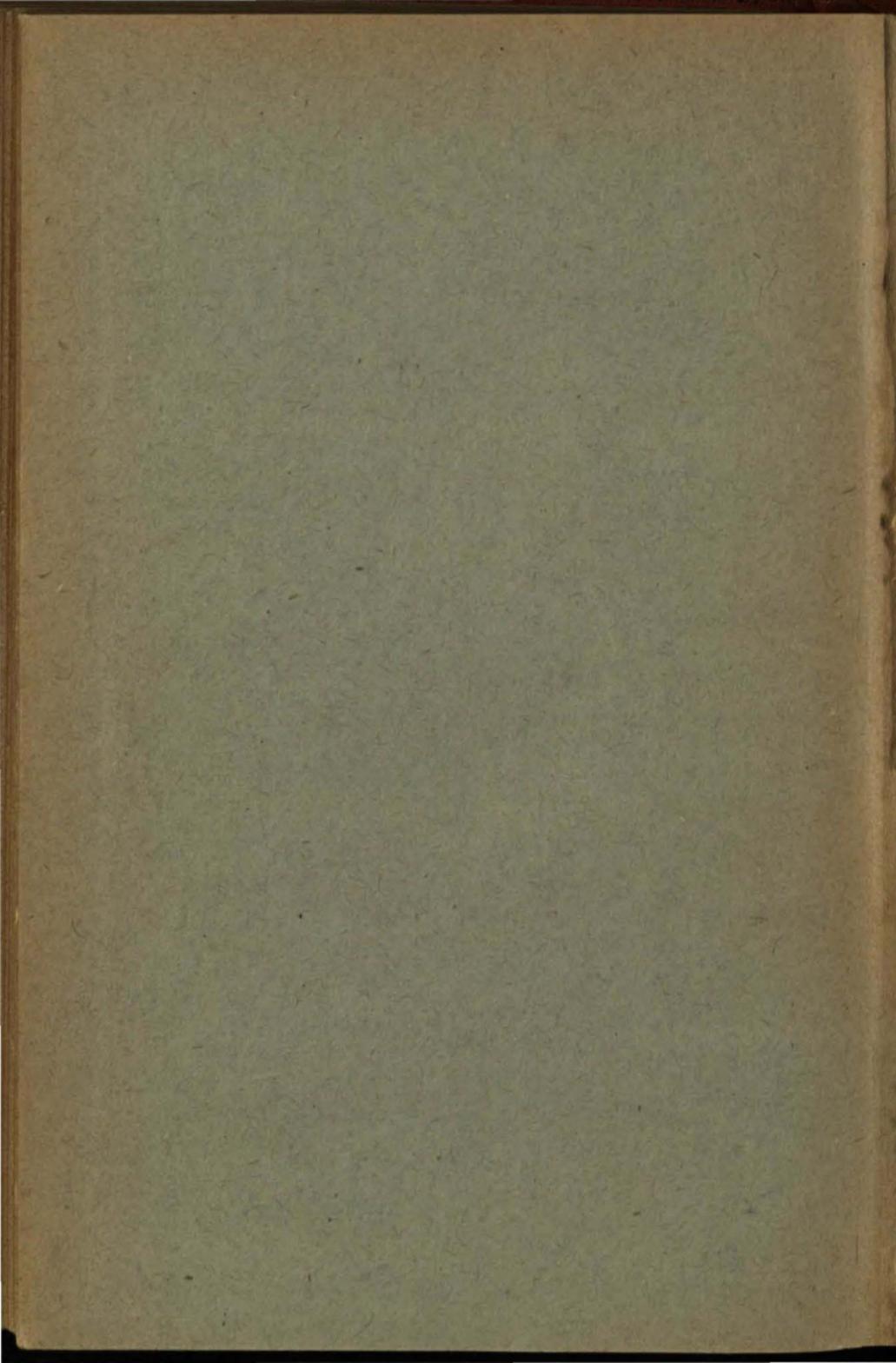
1919

1920









Universidad de Murcia

S-XIX 838

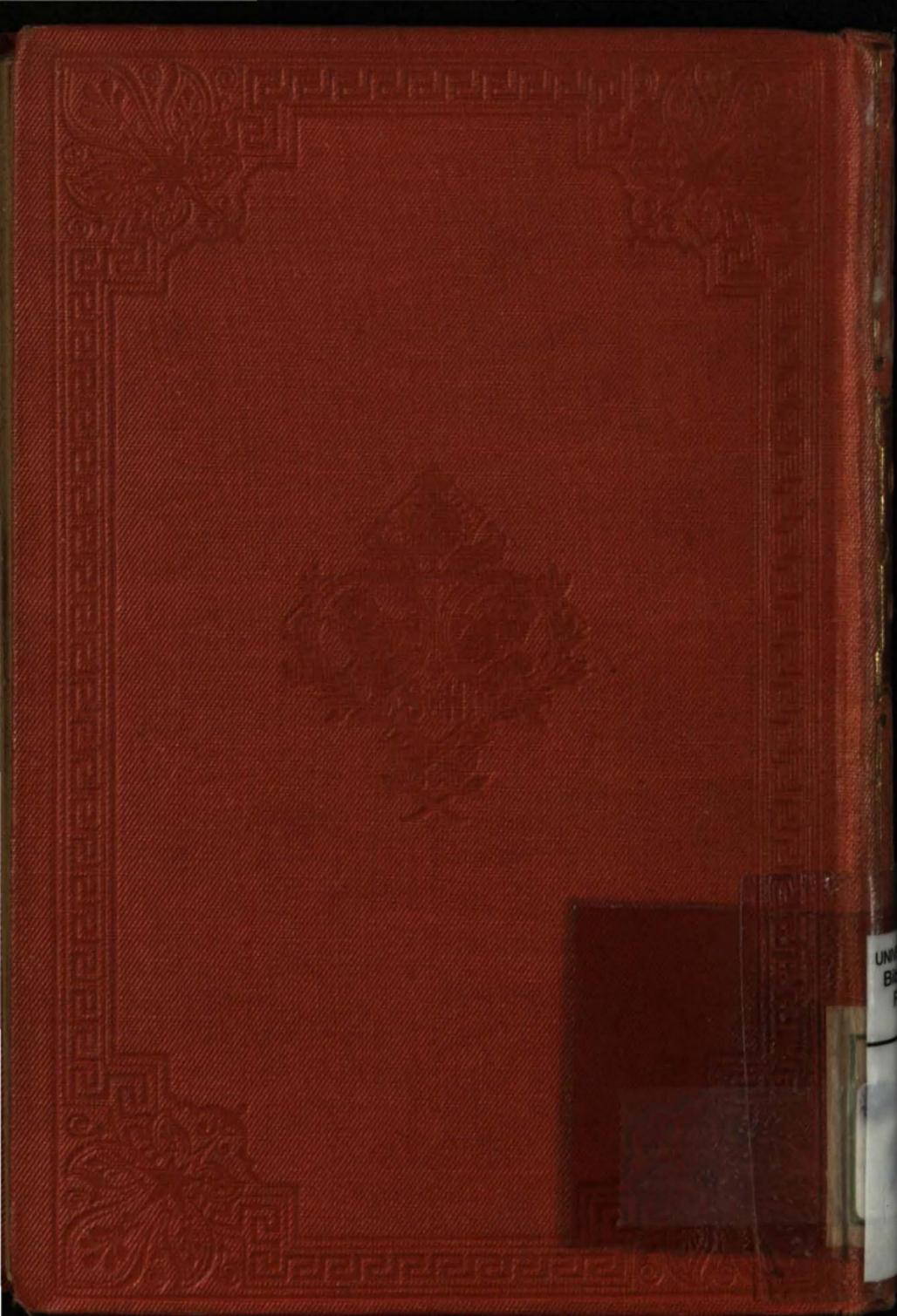
126275

UNIVERSIDAD DE MURCIA



1507657

126275



UNIVERSITY
BIBLIOTECA